Dickon el Diablo
y otros relatos extraordinarios

J. SHERIDAN LE

Lectulandia

Joseph Sheridan Le Fanu (1818-1873), heredero de la tradición gótica, nos ha legado una colección incomparable de relatos donde abundan los misterios escabrosos, las crónicas de fantasmas y el terror sobrenatural, mostrándose siempre como un maestro renovador del cuento de terror.

Le Fanu es el verdadero iniciador de la «*ghost story*» contemporánea; imaginó una de las pesadillas más conspicuas del género de vampiros: *Carmilla*, la fascinante mujer vampiro, y dio vida a un personaje singular: el doctor Martin Hesselius, que prefigura a los detectives ocultistas profesionales a la manera de Van Helsing, el cazavampiros de *Drácula*, John Silence de Blackwood, Carnacki de Hodgson, etc.

La presente selección recoge parte de su producción en el terreno de los espectros y el misterio, y se evidencia en ella la consideración de la naturaleza corrupta del alma humana como generadora del mal, o de la visión del abismo —la bajada a los infiernos o lugar de la desesperación eterna—, de manera que la deformación psicológica del hombre se convierte en putrefacción del cosmos.

Lectulandia

Joseph Sheridan Le Fanu

Dickon el Diablo

y otros relatos extraordinarios

Valdemar - Gótica 11

ePub r1.0
Titivillus 31.10.16

Joseph Sheridan Le Fanu, 1993
Traducción: Rafael Lassaletta
Ilustración de cubierta: *La bestia de la revelación*, William Blake

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Prólogo

La obra de Sheridan Le Fanu, aunque quedó relegada al olvido en los años posteriores a su muerte, se ha convertido con el tiempo en algo imprescindible en las antologías o colecciones de literatura sobrenatural y de terror, gracias, en gran medida, a la labor de otro de los grandes del cuento espeluznante, que la dio a conocer al gran público: M.R. James. Descendiente de una familia hugonote emigrada a Dublín en 1730, Le Fanu (1818-1873) consagró casi toda su vida a las letras y a labores editoriales, después de haberse graduado en el Trinity College de Dublín y haber ejercido la carrera de las leyes durante poco tiempo. De las revistas y periódicos que publicó a lo largo de su vida cabe destacar el *Dublin University Magazine*, que fue conocido y apreciado internacionalmente. Parece que nunca abandonó Dublín, y su vida estuvo marcada por la ausencia de acontecimientos exteriores, lo que se acentuó tras la muerte de su mujer. Acabó convirtiéndose en un auténtico recluso que ni siquiera frecuentaba a sus amigos más íntimos, dedicándose a escribir sus narraciones en la oscuridad y a meditar sobre cuestiones espirituales relacionadas con la filosofía de Swedenborg, por lo cual empezaron a llamarle «el príncipe invisible». Le Fanu fue un autor prolífico; escribió catorce novelas, treinta relatos cortos, algunas baladas y numerosos artículos. Muchas de sus novelas han sido olvidadas; sin embargo, algunas de ellas siguen siendo muy apreciadas en la actualidad: *Uncle Silas*, *The House by Churchyard* y *Wyldefs Hand*. Pero es en el relato corto donde sobresale con brillantez el arte narrativo de Le Fanu, y algunas de sus creaciones permanecen como auténticas obras maestras del género. Citemos simplemente *Carmilla* —precursora insigne de las mujeres vampiro— y *Green Tea*, en las cuales aparece otra de las grandes creaciones de Le Fanu: el doctor Martin Hesselius, investigador de lo sobrenatural.

Los relatos seleccionados en el presente volumen, tanto los considerados cuentos de fantasmas como los de misterio son herederos directos de la tradición gótica instaurada en la segunda mitad del XVIII. Como en *El Castillo de Otranto*, «todo se desliza hacia la catástrofe» en los cuentos de Le Fanu, cuya característica común es la representación artística de la tendencia corrupta en la naturaleza humana y su resolución trágica en el desastre. De la lectura de estos cuentos parece desprenderse la idea de que la naturaleza corrupta del hombre movida por una pasión desordenada y dominante está destinada a la perdición y a la desesperación sin que cualquier intento de reforma de la voluntad sea capaz de corregirla y enderezarla. Este pensamiento se hace patente sobre todo en "El sueño del bebedor" y en "La visión de Tom Chuff", publicados en el *Dublin University Magazine*, 1838, y en *All the Year Round*, 1870, donde el sueño o la visión del abismo, es decir, la bajada a los infiernos o lugar de la desesperación eterna, consigue producir un falso remordimiento nacido exclusivamente del terror y dotar de

una fuerza efímera a la voluntad para luchar contra la tendencia hacia la autodestrucción; pero la voluntad de reforma se muestra demasiado débil y accidental como para poder triunfar sobre la naturaleza corrupta, cuya inclinación cumple su destino de un modo inexorable. En estos dos ejercicios góticos, compuestos en pleno siglo XIX, se deja a un lado el esplendor teatral propio de las novelas del XVIII. Así, los villanos que protagonizan estos dos cuentos no son príncipes que habitan suntuosos palacios y poseedores de un gran poder ejercido de una manera tiránica sobre sus súbditos; son más bien personajes que pertenecen a las capas bajas de la sociedad, como un cazador furtivo o un proletario del capitalismo temprano, cuyas moradas están sumidas en la sordidez y sus familias en la indigencia. Parece decir Le Fanu que el mal psicológico en el hombre no es exclusivo de ningún régimen, de ninguna época, de ninguna posición social.

Tanto "La prima asesinada" publicado en *Ghost Stories and Tales of Mysteries*, 1851, como "Un capítulo en la historia de una familia de Tyrone", *Dublin University Magazine*, 1839, tienen más elementos comunes con las primeras novelas góticas, al tiempo que introducen situaciones nuevas y originales, que serán tomados y desarrollados en la ficción posterior. En estos dos cuentos los villanos pertenecen a la aristocracia y persiguen a doncellas. El primero de ellos sorprende por la acumulación de aspectos comunes con *El Castillo de Otranto*, si bien es cierto que su goticismo se halla mucho más refinado y desarrollado, pues expone con más intensidad la psicología de los personajes e imagina el aislamiento de la doncella de una forma más original, al crear el primer caso de la habitación cerrada, tan cultivado en la ficción posterior. El segundo cuento es considerado como la fuente de Jane Eyre, y representa situaciones atípicas en el relato gótico, destinadas a enmascarar el carácter perverso del protagonista. "Historias de fantasmas de Chapelizod", "Dickon el diablo" —que da título al presente volumen, y que es uno de los relatos de fantasmas más sencillo, breve y eficaz del género—, "El huésped misterioso" —relato semialegórico atribuido por M. R. James a Le Fanu— y "El perverso capitán Walshawe de Wauling" completan esta selección de cuentos que suponen un avance considerable en la técnica de representar literariamente el mal como deformación psicológica del hombre.

Agustín Izquierdo

Relatos incluidos en la presente recopilación:

Historias de Fantasmas de Chapelizod (*Ghost Stories of Chapelizod*, 1851)

La visión de Tom Chuff (*The Vision of Tom Chuff*, 1870)

La prima asesinada (*The Murdered Cousin*, 1838)

Dickon el Diablo (*Dickon the Devil*, 1872)

El huésped misterioso (*The Mysterious Lodger*, 1850)

El sueño del bebedor (*The Drunkard's Dream*, 1838)

Un capítulo en la historia de una familia de Tyrone (*A Chapter in the History of a Tyrone Family*, 1839)

El perverso capitán Walshave de Wauling (*Wicked Captain Walshave of Wauling*, 1864)

Historias De Fantasmas

De Chapelizod

Créame usted que no existe un pueblo antiguo, especialmente si ha conocido mejores tiempos, que no se adorne con leyendas de terror. Las mismas posibilidades tendría de encontrar un queso podrido sin ácaros, o una casa vieja sin ratas, o una ciudad antigua y en ruinas sin una auténtica población de duendes. Y aunque a los habitantes de este tipo no se les puede conducir ante las autoridades policiales, sin embargo, puesto que su conducta afecta directamente a la comodidad de los súbditos de su Majestad, no puedo por menos que considerar una grave omisión que hasta ahora no se le hayan proporcionado al público datos estadísticos sobre su número, actividad, etc., etc. Estoy persuadido de que una comisión que investigara, informando de ello, sobre la fuerza numérica, hábitos, lugares que frecuentan, etc., etc., los agentes sobrenaturales residentes en Irlanda, sería mucho más inofensiva y entretenida que la mitad de las comisiones por las que paga el país; y todo lo más resultaría igual de poco instructiva. Digo todo esto más por un sentido del deber, y para liberar mi mente de una importante verdad, que por cualquier esperanza de que esta sugerencia vaya a adoptarse. Pero estoy seguro de que mis lectores deplorarán conmigo el hecho de que la capacidad general de credulidad, y el ocio aparentemente ilimitado, de las comisiones parlamentarias de investigación nunca se hayan aplicado a este tema, y que la acumulación de estas informaciones se haya confiado al trabajo gratuito e inconstante de aquellos individuos que, como yo mismo, tienen otras ocupaciones que atender. Y todo lo anterior, sin embargo, no es sino una digresión previa.

Entre los pueblos cercanos a Dublín, Chapelizod tuvo en otro tiempo un rango considerable, si no el primero. Sin mencionar su relación con la historia del gran Preceptorio Kilmainham de los Caballeros de San Juan, bastará con recordar al lector su antiguo y famoso castillo, del que ahora no permanece ni un solo vestigio, y el hecho de que creemos que fue durante algunos siglos la residencia veraniega de los Vicerreyes de Irlanda. Pensamos que la circunstancia de que fuera el cuartel general de la Artillería Real Irlandesa en el momento en que ese cuerpo fue desmantelado tuvo como consecuencia que se volviera más humilde, pero no menos importante. Con estas ventajas en su favor, no es sorprendente que en otro tiempo la ciudad tuviera una atmósfera de importante y casi aristocrática prosperidad desconocida en los pueblos irlandeses de los tiempos modernos.

Los rasgos principales de la ciudad eran una calle ancha con una acera bien pavimentada, casas tan altas como las que se encontraban en aquel tiempo en las calles de moda en Dublín; un cuartel con una buena fachada de piedra; una iglesia antigua, abovedada, y con una torre revestida de arriba abajo por una abundante hiedra; una humilde capilla católica romana; un elevado puente que cruzaba el Liffey y un molino imponente y viejo en el extremo más cercano de éste. Estos rasgos, o al menos la mayor parte de ellos, permanecen todavía, aunque en su mayor parte en unas condiciones muy alteradas y de abandono. Algunos han sido sustituidos, aunque sin desaparecer del todo, por construcciones modernas, como es el caso del puente, la capilla y en parte la

iglesia; el resto fue olvidado por la orden que lo construyó, y entregado a la pobreza, en algunos casos a la decadencia absoluta.

El pueblo se encuentra en la falda del rico y arbolado valle del Liffey, dominado por un lado por la meseta del hermoso Phoenyx Park y por el otro por la cumbre de las colinas Palmerstown. Su situación es, por tanto, eminentemente pintoresca; y creo que a pesar de las chimeneas y las fachadas de las fábricas sigue teniendo, incluso en su decadencia, su propio pintoresquismo melancólico.

Pero en cualquier caso, lo que quiero hacer es relatar dos o tres historias que puedan leerse placenteramente junto a una chimenea encendida en una noche invernal de frío cortante, y todas están directamente relacionadas con la pequeña, cambiada y algo melancólica ciudad de la que he hablado. La primera que relataré concierne a

El matón del pueblo

Hace unos treinta años vivía en la ciudad de Chapelizod un personaje de mal carácter y fuerza hercúlea conocido en todos los alrededores con el apodo de Larkin el Matón. Además de su notable superioridad física, había adquirido tal grado de habilidad como pugilista que sólo por ella habría resultado formidable. Pero con ambas cosas se había convertido en el autócrata del pueblo; y no llevaba el cetro en vano. Consciente de su superioridad, y absolutamente seguro de su impunidad, señoreaba sobre sus iguales con un espíritu de cobarde y brutal insolencia que le hacía ser más profundamente odiado que temido.

En más de una ocasión, había forzado deliberadamente peleas con hombres a los que había elegido sólo para exhibir sus salvajes proezas; en todos los encuentros el antagonista vencido había recibido un importante «castigo» que edificara y aterrara a los espectadores, dejando en algunos casos cicatrices imborrables y heridas duraderas.

Pero Larkin el Matón nunca había puesto a prueba su valor, ya que, debido a su superioridad prodigiosa en peso, fuerza y habilidad, sus victorias habían sido siempre seguras y fáciles; y en proporción con la facilidad con la que siempre aplastaba a un antagonista, se inflamaban su insolencia y belicosidad. Se convirtió así en una molestia odiosa para la vecindad, en el terror de toda madre que tuviera un hijo y de toda esposa que tuviera un marido que aceptaran mal los insultos, o tuvieran la más ligera confianza en su propia capacidad para el pugilismo.

Sucedió que había un hombre joven llamado Ned Moran, mejor conocido con el sobrenombre de «el Larguirucho Ned» por sus proporciones esbeltas, que vivía en aquel tiempo en la ciudad. En realidad sólo era un muchacho de diecinueve años, doce más joven que el forzudo matón. Pero como el lector verá, no por ello se libró de las provocaciones cobardes del desconsiderado pugilista. El Larguirucho Ned, en mala hora, puso su afecto en cierta jovial damisela que, a pesar de la rivalidad de Larkin el Matón, se sintió inclinada a la reciprocidad.

Es innecesario decir con qué facilidad la chispa de los celos, una vez encendida, se convierte en llama, y con qué naturalidad ésta explota en actos de violencia y afrenta en una naturaleza brutal y carente de gobierno.

«El Matón» aguardaba su oportunidad y trató de provocar a Ned Moran a un altercado mientras bebía en un pub con un grupo de amigos, y para ello no dejó de proferir a su rival insultos tales que la hombría no puede tolerar. El Larguirucho Ned, aunque era un joven sencillo y afable, no carecía de espíritu, por lo que respondió en un tono de desafío que fue ejemplar para los más tímidos, pero dio a su oponente la oportunidad que secretamente ansiaba.

Larkin el Matón desafió al joven heroico, pensando para sí proporcionar a ese bello rostro la disciplina sangrienta y despedazadora que tan capaz era de administrar. La

pelea, que él mismo se había esforzado en provocar, ocultaba en cierta medida la mala sangre y la perversa premeditación que inspiraron sus actos, y el Larguirucho Ned, lleno de ira generosa y con el acicate del whisky, aceptó al instante la propuesta de la batalla. El grupo entero, acompañado por una turba de muchachos y hombres ociosos, y por todos los que pudieron sustraerse un momento a sus asuntos, avanzó lentamente a través de la vieja puerta para llegar a Phoenyx Park, y subiendo por la colina desde la que se dominaba la ciudad, los contendientes eligieron cerca de su cima una zona rasa en la que decidir la disputa.

Los combatientes se desnudaron, y hasta un niño podría haber visto lo desesperadas que eran las posibilidades del pobre Ned Moran al contrastar entre los miembros y las formas delgadas del muchacho y la constitución musculosa y maciza de su veterano antagonista.

Se designaron «segundos» y «portabotellas», desde luego por su amor a ese deporte, y comenzó «la pelea».

No aturdiré a mis lectores con una descripción de la carnicería que se produjo a sangre fría. El resultado del combate era el que cualquiera podía haber predicho. En el undécimo asalto el pobre Ned se negaba a «abandonar»; el púgil musculoso, indemne, yéndole todo bien, y pálido por su concentración en la venganza, de la que todavía no se había saciado, tuvo la gratificación de ver que su oponente se sentaba sobre la rodilla de su segundo, incapaz de levantar la cabeza, con el brazo izquierdo desencajado; su rostro era una masa sangrienta, hinchada e informe; su pecho estaba marcado y cubierto de sangre, y todo su cuerpo jadeaba y se estremecía por la rabia y el agotamiento.

—Abandona, Ned, muchacho —gritaron algunos espectadores.

—Jamás, jamás —respondió él con un grito áspero y sofocado.

Como empezara el siguiente asalto, su segundo volvió a ponerle en pie. Cegado por su propia sangre, jadeando y tambaleándose, sólo era el blanco indefenso de los golpes de su fornido oponente. Resultaba evidente que un solo golpe habría bastado para derribarlo al suelo. Pero Larkin no deseaba deshacerse de él tan fácilmente. Se entrelazó con él sin darle un golpe (el efecto de éste, si lo hubiera hecho prematuramente, hubiera sido el de derribarle enseguida al suelo, poniendo así fin al combate), y cogiendo bajo el brazo su cabeza golpeada, casi sin sentido, en esa «llave» peculiar conocida en una imagen agradable por el nombre de la «cancillería», le sostuvo firmemente mientras que con golpes monótonos y brutales daba la impresión de meterle el puño casi dentro del rostro. Un grito de «vergüenza» brotó de la multitud, pues era evidente que aquel hombre estaba ya insensible y sólo se mantenía en pie gracias al brazo hercúleo del matón. El asalto y la pelea terminaron lanzándole al suelo mientras caía con la rodilla sobre su pecho.

El matón se levantó limpiándose el sudor de su rostro blanco con las manos manchadas de sangre, mientras Ned quedaba tirado e inmóvil sobre la yerba. Fue imposible ponerle en pie para otro asalto, por lo que le llevaron, tal como estaba, hasta

el estanque que había junto a la puerta del parque, y allí al lado le lavaron la cabeza y el cuerpo. No estaba muerto, contrariamente a lo que todos pensaban, por lo que le llevaron a su casa, y al cabo de unos meses se recuperó en cierta medida. Pero no volvió nunca a levantar cabeza y antes de que hubiera transcurrido un año murió consumido. Nadie dudaba de qué era lo que había provocado la enfermedad, pero como no existía una prueba real que relacionara la causa con el efecto, el rufián Larkin escapó a la venganza de la ley. Sin embargo, le aguardaba un extraño y justo castigo.

Tras la muerte del Larguirucho Ned se volvió menos pendenciero que antes, y más sombrío y reservado. Algunos decían que «se lo había tomado a pecho», y otros que no tenía la conciencia muy tranquila. En todo caso, su salud no se vio resentida por esa supuesta agitación, ni estorbada la prosperidad mundana por las explosivas maldiciones con que le perseguía la enfurecida madre del pobre Moran; por el contrario, puede decirse que mejoró su posición al obtener un trabajo fijo y bien pagado como jardinero del Primer Ministro, al otro lado del Parque. Seguía viviendo en Chapelizod, a donde solía regresar al terminar su jornada de trabajo cruzando las tierras conocidas con el nombre de Fifteen Acres.

Aproximadamente tres años más tarde de la catástrofe que acabamos de mencionar, a finales de otoño, una noche no se presentó en la casa en la que se alojaba, contrariamente a su costumbre, ni fue visto en el pueblo en parte alguna durante las últimas horas de la tarde. La hora de su regreso había sido tan regular que su ausencia provocó una considerable sorpresa, aunque desde luego ninguna alarma; y la casa fue cerrada para la noche a la hora habitual, entregando al ausente a la piedad de los elementos y a su buena suerte. Pero a primeras horas de la mañana lo encontraron tumbado e indefenso en la pendiente desde la que se dominaba la puerta de Chapelizod. Había sufrido una apoplejía que le había dejado paralítico: tenía muerto el lado derecho; pasaron varias semanas antes de que recuperara el habla lo suficiente como para hacerse entender.

Contó entonces el relato siguiente: se había entretenido más de lo habitual y se había hecho oscuro antes de que comenzara a regresar a casa a pie cruzando el parque. La noche estaba iluminada por la luna, pero masas de nubes deshilachadas surcaban lentamente el cielo. No se había cruzado con nadie, y sólo podía oír el golpe amortiguado del viento entre los matorrales y las oquedades. Esos sonidos monótonos de la naturaleza, y la soledad profunda que le rodeaba, no provocaron sin embargo ninguna de esas incómodas sensaciones atribuidas a la superstición, aunque dijo que se sintió deprimido, o utilizando sus propias palabras, «solitario». En el momento en que cruzaba la cresta de la colina que da abrigo a la ciudad de Chapelizod, la luna lució por unos momentos con gran brillo, y su vista, que recorrió los sombríos recintos que estaban al pie de la pendiente, se detuvo ante una figura humana que subía, con la prisa de aquél que es perseguido, el muro del cementerio, y ascendía la pendiente en su dirección. Mientras observaba a aquella figura de aspecto sospechoso, cruzaron por su mente historias de «exhumadores de cadáveres». Pero al instante empezó a darse

cuenta, con una especie de miedo instintivo que no podía explicar, de que aquella figura corría, con un propósito siniestro, dirigiéndose hacia él.

La forma era la de un hombre cubierto con una capa suelta, que se abrió sin dejar de correr, y que se quitó, por lo que Larkin pudo ver, pues la luna estaba ocultándose de nuevo tras las nubes. La figura avanzó de ese modo hasta encontrarse a algo menos de cuarenta metros de donde él estaba, momento en el que redujo la velocidad y empezó a acercarse con una paso suelto y fanfarrón. La luna volvió a brillar con claridad y, ¿cuál cree el lector que fue el espectáculo que vio ante él? Vio allí, tan claramente como si hubiera estado presente en cuerpo y alma, al propio Ned Moran desnudo desde la cintura para arriba, como preparado para un combate de boxeo, y que se acercaba hacia él en silencio. Larkin hubiera deseado gritar, rezar, maldecir, huir a través del parque, pero se sentía totalmente indefenso. La aparición se detuvo a pocos pasos y le miró descaradamente con ese terrible gesto de desafío con el que los púgiles tratan de acobardarse el uno al otro antes del combate. Permaneció fascinado algún tiempo, que luego fue incapaz de precisar, ante esa mirada sobrenatural, hasta que finalmente aquello, fuera lo que fuera, se acercó de pronto a él en plan fanfarrón y con las palmas extendidas. Con un impulso de horror, Larkin tendió su mano para alejar a la figura, y durante un instante de indecible agonía sus palmas le tocaron, o al menos eso creyó él, recorrieron su brazo, invadieron todo su cuerpo y le hicieron caer a tierra sin sentido.

Aunque Larkin vivió muchos años después de aquello, su castigo fue terrible. Quedó lisiado, y como no podía trabajar se vio obligado para sobrevivir a pedir limosna a aquellos que en otro tiempo le habían temido y halagado. Sufrió también por la horrible interpretación que daba al encuentro preternatural que originó todas sus desgracias. En vano trataron de sacudir su fe en la realidad de la aparición, e igualmente fue en vano el intento que algunos hicieron compasivamente de persuadirle de que el saludo con el que terminó la visión significó, aunque infligiéndole una prueba temporal, una reconciliación.

—No, no —solía decir—, eso no es así. Bien conozco el significado; es un desafío para que me enfrente a él en el otro mundo, en el infierno, a donde voy... eso es lo que significa, y no otra cosa.

Y así vivió algunos años, en la desgracia y negándose a ser consolado, hasta que murió y fue enterrado en el mismo estrecho cementerio que contiene los restos de su víctima.

No es necesario decir la fe absoluta que, en la época en la que me contaron la historia, tenían los habitantes honestos de la ciudad en la realidad de los requerimientos preternaturales que, a través de las puertas del terror, la enfermedad y la desgracia, llevaron a Larkin el Matón hasta su última y permanente morada, y en el mismo terreno sobre el que se había producido el más culpable de los triunfos de su vida violenta y vengativa.

Recuerdo otra historia preternatural que hace unos treinta y cinco años produjo

una gran sensación entre las buenas gentes de la ciudad; y con su permiso, amable lector, paso a relatarla.

La aventura del enterrador

Los que se acuerdan del Chapelizod de hace un cuarto de siglo, o más, posiblemente recuerden al sepulturero de la parroquia. Bob Martin era muy temido por los jóvenes truhanes que los domingos correteaban por el cementerio para leer las lápidas, o jugar al salto de la rana sobre ellas, o trepar por la yedra buscando nidos de murciélagos o golondrinas, o escudriñar por la misteriosa abertura que había bajo la ventana del este, desde la que se abría una perspectiva sombría de escalones descendentes que se perdían en la oscuridad más profunda, donde los ataúdes sin tapa bostezaban horriblemente entre los jirones de terciopelo, los huesos y el polvo que habían esparcido allí el tiempo y la mortalidad. Bob era, desde luego, el terror y el azote especial de aquellos jóvenes terriblemente curiosos y emprendedores. Pero por horrible que resultara el aspecto oficial del sepulturero, y por mucho que se opusiera a cualquier idea de amable fragilidad su forma seca, cubierta con una vestimenta negra amarillenta, el rostro pequeño y frío, los suspicaces ojos grises y su envejecida peluca de color castaño, era cierto, sin embargo, que la moralidad grave de Bob Martin se adormecía a veces y que Baco no siempre le llamaba en vano.

Bob tenía una mente curiosa y almacenaba en su memoria abundantes «cuentos alegres» y relatos de terror. Por su profesión se había familiarizado con las tumbas y los duendes, y por su afición con las bodas, borracheras y todo tipo de alegres retozos. Y puesto que sus recuerdos personales se remontaban casi sesenta años en la perspectiva de la historia del pueblo, su fondo de anécdotas locales era copioso, preciso y edificante.

Como sus ingresos profesionales no eran en absoluto considerables, para permitirse sus aficiones se veía obligado con bastante frecuencia a poner en práctica algunas artes que, en el mejor de los casos, podrían calificarse de poco dignas.

Frecuentemente se invitaba él solo cuando los anfitriones se habían olvidado de hacerlo; se dejaba caer accidentalmente en los establecimientos públicos en los que algún grupo de conocidos se había reunido a beber, entreteniendo a sus amigos con historias, extrañas o terribles, sacadas de su reserva inagotable, no negándose jamás a aceptar el reconocimiento de aquellos en la forma de un ponche caliente de whisky o cualquier otra cosa que estuvieran tomando.

En aquel tiempo se hallaba establecido en un local situado casi en frente del viejo portazgo un melancólico cervecero llamado Philip Slaney. Por sí solo este hombre no se daba inmoderadamente a la bebida, pero como era por naturaleza de carácter triste y su espíritu necesitaba constantemente un estímulo, adquirió una prodigiosa afición a la compañía de Bob Martin. La relación con el sepulturero se fue convirtiendo de hecho en el solaz de su existencia, y en la fascinación por las historias maravillosas y las taimadas bromas del último parece ser que perdía su melancolía constitucional.

Dicha intimidad no redondeó en la prosperidad ni la fama de ninguno de ellos. Bob

Martin bebía mucho más ponche del que era bueno para su salud o estaba de acuerdo con el carácter de un empleado de la iglesia. También Philip Slaney se veía atraído a similares indulgencias, pues era difícil resistirse a la seducción genial de su dotado compañero; y como se veía obligado a pagar por ambos, se pensaba que su bolsa sufría todavía más que su cabeza e hígado.

Sea como sea, Bob Martin cobró fama de haber convertido en un borracho al «negro Phil Slaney», pues con ese apodo se le conocía; y acusaban a Phil Slaney de haber convertido al sepulturero, si ello era posible, en alguien más juerguista todavía. Bajo estas circunstancias las cuentas del negocio situado junto al portazgo se volvieron algo irregulares; y una soporífera mañana de verano, en la que el tiempo era a la vez nuboso y sofocante, Phil Slaney entró en una pequeña habitación trasera, en la que guardaba los libros de contabilidad, y desde la que sólo se veía un muro a través de los sucios cristales de las ventanas, cerró la puerta, cogió una pistola cargada, introdujo el cañón en la boca y se saltó la tapa de los sesos.

Esta terrible catástrofe conmovió en extremo a Bob Martin. En parte por esa historia, y en parte también porque últimamente en varias ocasiones le habían encontrado por la noche en un estado de abstracción, al borde de la insensibilidad, en la calle principal, habían amenazado con despedirle; pero también, como dijeron algunos, en parte por la dificultad de encontrar a alguien que le «convidara» como el pobre Phil Slaney solía hacerlo, por algún tiempo abjuró del alcohol en todas sus combinaciones y se convirtió en un ejemplo eminente de moderación y sobriedad.

Bob observó sus buenas resoluciones con tolerable puntualidad para el consuelo de su esposa y la edificación de sus vecinos. Raramente se le veía achispado, y nunca borracho, por lo que fue recibido por la parte más importante de la sociedad con todos los honores del hijo pródigo.

Un año más tarde del triste acontecimiento que hemos mencionado sucedió que el sacerdote recibió por correo noticia de un funeral que había que celebrar en el cementerio de Chapelizod, con ciertas instrucciones respectivas al lugar que ocupaba la tumba, y mandó llamar a Bob Martin para comunicarle aquellos detalles oficiales.

Era una encapotada noche otoñal: abundantes nubes cárdenas de tormenta, tras levantarse lentamente de la tierra, habían cargado el cielo con un tormentoso toldo solemne y ominoso. A lo lejos, a través del aire quieto y apagado, se oía el quejido del distante trueno, y por así decirlo parecía como si toda la naturaleza se hubiera callado y acobardado bajo la influencia opresiva de la tempestad inminente.

Pasaban ya de las nueve cuando Bob, poniéndose su capa oficial negra y andrajosa, se disponía a asistir a su superior profesional.

—Bobby, querido —le dijo la esposa antes de entregarle el sombrero que tenía en las manos—. Seguro que no lo harás, Bobby, querido... que no harás... ya sabes qué.

—No sé qué —replicó el sacristán con viveza tratando de coger el sombrero.

—No echarás una cana al aire, Bobby, ¿verdad? —preguntó ella evitando darle el sombrero.

—Claro que no, ¿por qué iba a hacerlo, mujer? Venga, dame el sombrero, ¿quieres?

—¿Pero me lo prometes, Bobby, querido... no lo harás?

—Venga, venga, seguro que no... anda, dame el sombrero y me voy.

—Ay, pero no lo has prometido, Bobby, prenda mía; no lo has prometido.

—Bueno, que el diablo me lleve si bebo una gota antes de regresar —respondió el sepulturero coléricamente—. ¿Te vale eso? ¿Y me darás *ahora* mi sombrero?

—Aquí lo tienes, querido. Y que Dios te traiga sano y salvo de regreso.

Tras esta bendición de despedida, la mujer cerró la puerta y dejó de verle enseguida, pues estaba ya totalmente oscuro, y muy aliviada se dispuso a tejer hasta que él regresara; pues pensaba que últimamente había estado achispado con más frecuencia de la que convenía a su reforma, y tenía miedo del atractivo que pudieran ejercer sobre él la media docena de «locales» junto a los que tendría que pasar de camino al otro extremo de la ciudad.

Estaban todavía abiertos y exhalaban un delicioso vapor de whisky cuando Bob pasó lleno de ansiedad junto a ellos; pero apretó las manos dentro de los bolsillos y miró en otra dirección, silbando resueltamente y llenando la mente con la imagen del sacerdote y el pensamiento en sus próximos ingresos. Consiguió así mantener a salvo su moralidad gobernándola diestramente entre aquellos peligros y llegando a salvo al alojamiento del sacerdote.

Sin embargo, éste había tenido que atender la inesperada llamada de un enfermo y no se encontraba en su casa, por lo que Bob Martin tuvo que esperarle sentado en el salón, tamborileando los dedos sobre una mesa para distraerse hasta su regreso. El sacerdote, por desgracia, se retrasaba mucho, y debían haber dado ya las doce de la noche cuando Bob Martin decidió regresar a su casa. Para entonces la tormenta cerrada había vuelto la noche negra como la pez, se escuchaba el bramido del trueno entre los roquedales y las hondonadas de las montañas de Dublín, y el relámpago pálido y azul brillaba llamativamente en las fachadas de las casas.

Todas las puertas estaban ya cerradas; pero mientras Bob caminaba trabajosamente buscaba con la vista de forma mecánica el local que había pertenecido en otro tiempo a Phil Slaney. A través de las persianas y de los cristales situados encima de la puerta se filtraba una luz débil que formaba en la fachada de la casa una especie de halo apagado y neblinoso.

Como para entonces los ojos de Bob se habían acostumbrado ya a la oscuridad, esa débil luz le permitió ver a un hombre vestido con una especie de capa suelta de montar a caballo y sentado en un banco adosado a la parte inferior de la ventana. Llevaba el sombrero muy caído sobre los ojos y fumaba una larga pipa. Podía verse también junto a él, aunque oscuramente, el perfil de un vaso y de una botella de a litro; un caballo grande ensillado, débilmente discernible, aguardaba pacientemente mientras su amo se divertía.

Sin duda había algo extraño en la aparición de un viajero que se refrescara a esa hora en la calle; pero el sepulturero se lo explicó fácilmente suponiendo que, al cerrar

el local para la noche, había sacado lo que le quedaba de la botella para disfrutarla allí, al fresco.

En otro momento Bob habría saludado al pasar al desconocido con un amigable «buenas noches», pero no se encontraba de humor ni tenía un estado de ánimo afable, por lo que iba a pasar junto a él sin la menor señal de cortesía cuando el desconocido, sin quitarse la pipa de la boca, levantó la botella y le llamó con ella de una manera familiar, al tiempo que con una sacudida de la cabeza y los hombros, y trasladándose a un extremo del banco, le invitaba por señas a que compartiera el asiento y su alegría. Se extendía por allí una fragancia divina a whisky y Bob casi se detuvo, pero recordando la promesa en el momento en que empezó a vacilar, dijo:

—No, señor, se lo agradezco. Esta noche no puedo detenerme. El desconocido siguió llamándole vehementemente por señas, indicándole el espacio vacío que tenía a su lado.

—Le agradezco su amable ofrecimiento —dijo Bob—, pero es que voy muy retrasado y no puedo perder tiempo, por lo que le deseo que pase una buena noche.

El viajero hizo resonar el vaso contra el cuello de la botella, como dando a entender que al menos podría beber un trago sin perder tiempo. Mentalmente Bob era de la misma opinión, pero, aunque la boca se le hacía agua, recordó la promesa, así que sacudió la cabeza con incorruptible resolución y siguió andando.

El desconocido, con la pipa en la boca, se levantó del banco llevando la botella en una mano y el vaso en la otra, y se puso a los talones del sacristán, siguiéndole a su vez su caballo pardo.

En esa inoportunidad había algo sospechoso e inexplicable.

Bob aceleró el paso, pero el desconocido le siguió de cerca. El sepulturero comenzó a sentir sospechas y se volvió. El perseguidor estaba detrás, y seguía invitándole con gestos impacientes a que probara su licor.

—Ya le dije antes que no lo probaría, y basta con eso —dijo Bob, sintiéndose al mismo tiempo colérico y asustado—. No tengo nada que decirle a usted ni a su botella; y en el nombre de Dios —añadió con mayor vehemencia, al observar que el perseguidor se acercaba todavía más—, vuelva atrás y no me atormente de este modo.

Pareció como si esas palabras irritaran al desconocido, pues agitó la botella ante Bob Martin en forma de violenta amenaza; aunque a pesar de ese gesto de desafío permitió que aumentara la distancia que les separaba. Bob vio, sin embargo, que aún le seguía de lejos, pues la pipa emanaba un extraño brillo rojizo que iluminaba oscuramente su figura como la atmósfera fantástica de un meteoro.

—Si dejas que el diablo lo consiga, muchacho —murmuró el excitado sepulturero—, sé muy bien adónde irás a parar.

La siguiente vez que miró por encima del hombro observó con espanto que el inoportuno desconocido le seguía más de cerca que nunca.

—Que el diablo te confunda —gritó el hombre haciéndose cruces, casi fuera de sí por el horror y la ira—. ¿Qué es lo que quieres de mí?

El desconocido pareció más confiado y siguió sacudiendo la cabeza y extendiendo

hacia él el vaso y la botella mientras se acercaba; Bob Martin oyó bufar al caballo, como si le siguiera en la oscuridad.

—Guárdalo para ti, sea lo que sea, pues no traes ni gracia ni suerte —gritó Bob Martin helado por el terror—. Déjame en paz.

En vano buscó, entre la agitada confusión de sus ideas, una oración o un exorcismo. Aceleró el paso, convirtiéndolo casi en una carrera; estaba ya cerca de la puerta de su casa, junto a la orilla del río.

—Molly, por el amor de Dios, déjame entrar, déjame entrar... abre la puerta —gritó mientras corría hasta el umbral apoyando la espalda en la puerta. Su perseguidor, en el camino, se colocó frente a él; ya no llevaba la pipa en la boca, pero seguía rodeándole el oscuro brillo rojizo. Pronunció unos sonidos cavernosos e inarticulados, indescriptibles, como salidos de la garganta de un lobo, mientras parecía servirse un vaso de la botella.

El sacristán pateó la puerta con toda su fuerza mientras gritaba con voz desesperada.

—En el nombre de Dios todopoderoso, déjame en paz.

Furioso, el perseguidor arrojó a Bob Martin el contenido de la botella; pero de ésta, en lugar de un líquido, salió una corriente de llamas que se expandieron y giraron a su alrededor, envolviendo a ambos por un momento en una débil llamarada; en ese mismo instante un repentino golpe de viento se llevó el sombrero de la cabeza del extraño y el sepulturero vio que al cráneo le faltaba la parte superior. Permaneció un instante contemplando la abertura, negra y astillada, y cayó entonces, perdido el sentido, junto a la puerta de su casa que acababa de abrir la atemorizada esposa.

No es necesario que le dé al lector la clave de esta narración comprensible y auténtica. Todos reconocieron que el viajero había sido el espectro del suicida, convocado por el Maligno para que tentara al jovial sepulturero para que violara su promesa, cuando estaba sellada por una imprecación. De haberlo logrado, sin duda el oscuro corcel, que Bob había visto a la espera con la silla puesta, habría estado destinado a transportar una doble carga hasta su lugar de origen.

Atestiguando la realidad de la visita, el antiguo espino que colgaba por encima de la puerta apareció por la mañana quemado por los fuegos infernales que habían salido de la botella, como si un rayo lo hubiera abrasado.

La moraleja de la anterior historia resulta evidente ya en su superficie, y por así decirlo se explica a sí misma, circunstancia que obvia, felizmente, la necesidad de que lo analicemos. Despidámonos por tanto del honesto Bob Martin, quien duerme ahora reposadamente en el mismo solemne dormitorio en el que, durante su vida, tantas camas hizo para los demás, y pasemos a una leyenda de la Artillería Real Irlandesa, cuyo cuartel general estuvo durante mucho tiempo en la ciudad de Chapelizod. No quiero decir que no pueda contar otras muchas importantes historias, igualmente auténticas y maravillosas, relativas a esta antigua ciudad; pero posiblemente podría hacer algo semejante con otras localidades, llevando, tal como se sabe que hacía Anthony Paoplar, lo mismo que Atropos, unas tijeras con las que recortar todas las

«exageraciones» que exceden de los límites razonables; pero considero que en general es más seguro poner fin a las tradiciones de Chapelizod con un relato más.

Permítame el lector, sin embargo, darle primero un nombre, pues un autor no puede entregar un relato sin un título, lo mismo que un farmacéutico no puede entregar su medicina sin una etiqueta. Por tanto, al relato le daremos el nombre de

Los amantes espectrales

Vivió allí hace unos quince años, en una casa pequeña y ruinosa que era poco mejor que una choza, una anciana de la que se decía rebasaba con mucho los ochenta años y que respondía alegremente al nombre de Alice, o popularmente Ally Moran. Su compañía no era muy solicitada, pues no era ni rica ni tampoco, tal como el lector podrá suponer, hermosa. Además de un perro flaco y un gato sólo tenía una compañía humana, su nieto Peter Brien, a quien ella había cuidado con una benevolencia digna de alabanza desde que se quedó huérfano hasta el momento de mi historia, cuando contaba veinte años. Peter era un muchacho no muy bueno aunque afable, más adicto a la lucha, el baile y el amor que al trabajo duro, y más encariñado con el ponche de whisky que con los buenos consejos. La abuela tenía en muy alta estima los logros del muchacho, lo que ciertamente no dejaba de ser natural, y también su genio, pues en los últimos años Peter había empezado a aplicar su mente a la política; y puesto que era evidente que tenía un odio mortal al trabajo honesto, su abuela predijo, como si fuera una auténtica echadora de suertes, que el chico había nacido para casarse con una heredera, y el propio Peter (que no tenía intención de verse privado de su libertad ni siquiera en tales condiciones) pensaba que estaba destinado a encontrar una olla de oro. Sobre un punto estaban ambos de acuerdo: que no estando dotado para el trabajo, por la peculiar desviación de su genio, adquiriría la inmensa fortuna a la que le daban derecho sus méritos mediante un golpe de buena suerte. Esta solución del futuro de Peter produjo el efecto doble de reconciliarle a él y a su abuela con sus ociosos vagabundeos, y también el de mantener esa fluencia uniforme de espíritus bulliciosos que le hacía ser bien recibido en todas partes y que en realidad era la consecuencia natural de la conciencia que abrigaba de su inminente riqueza.

Sucedió que una noche Peter se quedó disfrutando hasta una hora muy tardía con dos o tres amigos de lo más escogido cerca de Palmerstown. Habían hablado de política y amor, cantado canciones y contado historias, pero sobre todo cada uno de ellos había bebido, bajo el purificado disfraz de un ponche, al menos casi medio litro de buen whisky.

Hacía ya mucho que había dado la una de la noche cuando Peter se despidió de sus compañeros, con un suspiro y un hipido, y tras encender la pipa emprendió en solitario el regreso a casa.

El puente de Chapelizod se encontraba aproximadamente en el punto medio de su marcha nocturna, y por una causa u otra su avance era bastante lento, por lo que habían pasado las dos cuando se encontró apoyado sobre sus antiguos antepechos mirando el río, sobre cuya corriente serpenteante y orillas arboladas caía la suave luz de la luna.

Agradeció la brisa fría que soplaba ligeramente corriente abajo. Refrescaba su

cabeza palpitante y la absorbió con sus labios ardientes. La escena le producía también, aunque no fuera muy consciente de ello, una fascinación secreta. El pueblo se encontraba sumergido en el más profundo de los sueños sin que mortal alguno se moviera ni sonido alguno llegara flotando, con una neblina suave cubriéndolo todo, y la luz de la luna, como si fuera la de una fábula, encima de todo el paisaje.

En un estado a medio camino entre la meditación y el embeleso, Peter siguió apoyado en el antepecho del antiguo puente y vio entonces, o creyó ver, que emergían una tras otra a lo largo de la orilla del río, en los pequeños jardines y recintos de la parte trasera de la calle de Chapelizod, las más extrañas y pequeñas cabinas y chozas enjalbegadas que había visto nunca. No estaban allí aquella noche cuando cruzó el puente para dirigirse a su alegre cita. Pero lo más notable de todo era la extraña manera en la que se mostraban estas fantásticas cabañas. Al principio sólo vio una o dos de ellas con el rabillo del ojo, y cuando las miró directamente se desvanecieron y desaparecieron, por extraño que pueda parecer. Luego aparecieron otra y otra más, aunque siempre de esa manera esquiva, apareciendo y yéndose de nuevo antes de que pudiera fijar la vista en ellas; sin embargo, poco después empezaron a soportar su mirada directa, y Peter descubrió, o eso le pareció, que mediante un esfuerzo de la atención podía fijar la visión durante un tiempo cada vez más prolongado, y que cuando empezaban a desvanecerse y casi habían desaparecido, tenía él el poder de convocarlas de nuevo a la luz y la sustancia, hasta que por fin su indistinción vacilante fue haciéndose cada vez menor y asumieron un lugar permanente en el paisaje iluminado por la luna.

—Vaya jugarreta —exclamó Peter asombrado y dejando caer en el río la pipa sin darse cuenta—. Son las chozas de barro más extrañas que he visto nunca, que crecen como setas con el relente de la noche y brotan aquí y de nuevo allí, y luego en otro lugar, como muchos conejos blancos en una conejera; y allí están al final tan firmes y seguras como si lo estuvieran desde el Diluvio; la verdad que basta para que un hombre crea en las hadas.

Esto último fue una importante concesión de Peter, quien tenía un poco de librepensador y en su conversación ordinaria hablaba despectivamente de ese tipo de seres. Tras concederse una larga y última contemplación de aquellos misteriosos alojamientos, Peter se dispuso a proseguir su camino a casa. Tras cruzar el puente y pasar el molino, llegó a la esquina de la calle principal de la pequeña ciudad, y lanzando una descuidada mirada por el camino de Dublín, su vista quedó detenida por el espectáculo más inesperado.

Éste no era otro que una columna de soldados de infantería que avanzaba con perfecta regularidad hacia el pueblo, encabezada por un oficial montado a caballo. Estaban en el otro extremo del portazgo, que se hallaba cerrado; pero con gran perplejidad percibió que avanzaban a través de él, sin que pareciera que esa barrera les estorbara lo más mínimo.

Venían a marcha lenta y lo más singular de todo era que arrastraban varios

cañones, algunos tirando de las cuerdas, otros enrayando las ruedas y otros desfilando delante y detrás de los cañones, con los mosquetes al hombro, dándole al conjunto un carácter majestuoso de desfile y de regularidad, aunque a Peter le pareciera aquello un procedimiento muy poco militar.

Debido a algún defecto temporal de la vista de Peter, o a alguna ilusión producida por la niebla y la luz lunar, o quizás a alguna otra causa, la procesión entera tenía un cierto carácter ondulante y vaporoso que le llenaba de perplejidad y le obligaba a esforzar no poco la vista. Era como el espectáculo pintoresco de una fantasmagoría reflejada en el humo. Como si la menor respiración pudiera perturbarla, a veces se emborronaba aquí y allá, y otras veces se borraba. En ocasiones, mientras la parte superior era muy clara, las piernas de la columna casi desaparecían totalmente, y luego volvían a tener un relieve claro, marchando con paso medido, mientras que, por así decirlo, los tricornios y los hombros se iban haciendo transparentes y casi desaparecían.

Pero la columna siguió avanzando con regularidad a pesar de aquellas extrañas fluctuaciones ópticas. Peter cruzó la calle desde la esquina cercana al viejo puente, corriendo de puntillas y con el cuerpo inclinado para evitar que le observaran, quedándose en la acera elevada a la sombra de las casas; desde allí, mientras los soldados cogían el centro de la calle, podría verlos con bastante claridad sin ser detectado, pensó.

—¿Qué di... qué será esto? —murmuró evitando la imprecación poco religiosa que iba a comenzar, pues a pesar del valor revoltoso de la botella de whisky sentía en su corazón extraños recelos—. ¿Cuál será el significado de esto? ¿Es que por fin han desembarcado los franceses para echarnos una mano y ayudarnos seriamente en esta bendita restauración? Y si no son ellos, me pregunto quiénes di..., quiero decir quiénes son, pues nunca en todos los días de mi vida he visto hombres tan faltos de sustancia como éstos.

Para entonces, la vanguardia estaba muy cercana, y la verdad es que eran los soldados más extraños que había visto en toda su vida. Llevaban polainas largas y calzones de cuero, tricornios atados con blonda, largas capas azules, de revestimientos y forros escarlata, que con una atadura cerraba por detrás las dos esquinas opuestas de la falda; y por delante los pectorales se encontraban en un solo punto, desde donde caían hacia atrás dejando al descubierto un chaleco de faldones largos y blancura de nieve; llevaban un cinturón cruzado muy grande y largo del que colgaban, a baja altura, enormes bolsas de cuero blanco en cada una de las cuales brillaba una pequeña estrella plateada. Pero lo que a Peter le sorprendió por más grotesco y anticuado de ese uniforme fue la extraordinaria exhibición de chorreras por delante, y de volantes en las muñecas, y la extraña manera en que llevaban el cabello con bucles y empolvado debajo de los sombreros, y formando grandes trenzas por detrás. Un miembro del grupo iba a caballo, cabalgaba en un animal alto y blanco, de alta andadura y cuello arqueado; en el tricornio portaba una pluma blanca, y su capa resplandecía con una profusión de blondas. Por esas circunstancias Peter concluyó que debía de ser el jefe del

destacamento, por lo que al pasar le examinó atentamente. Era un hombre alto y de complexión ligera, de unos sesenta años largos. Su rostro, del color de la mora, estaba contraído y batido por la intemperie, con un ojo cubierto por un gran parche negro, y no se volvía ni hacia la derecha ni hacia la izquierda, cabalgando a la cabeza de sus hombres con una ceñuda inflexibilidad militar.

En los semblantes de los soldados, tanto oficiales como clase de tropa, podía contemplarse la turbación, y por así decirlo el miedo y la turbulencia. En vano buscó un solo rostro alegre o bien parecido. Todos, uno tras otro, tenían una mirada melancólica y furtiva; y Peter tuvo la impresión de que al pasar ellos el aire se volvía más frío.

Se había sentado en un banco de piedra desde el cual, mirando con toda su atención, contempló la grotesca y silenciosa procesión que desfilaba junto a él. Pero no se producía ruido alguno; no podía oír el retintín de los atavíos, el arrastrar de los pies ni el rumor de las ruedas; y cuando el viejo coronel giró un poco el caballo y dio la impresión de que estaba dando una orden, un corneta que caminaba a su lado, de hinchada nariz azul y un borde de pluma alrededor del sombrero, se volvió y llevó la boquilla a los labios; Peter siguió sin oír nada, aunque resultaba evidente que el sonido había llegado a los soldados, pues al instante cambiaron la formación y se pusieron de tres en fondo.

—¡Vaya fastidio! —murmuró Peter—. ¿Es que me estoy quedando sordo?

Pero no podía ser, pues oía con claridad suficiente el suspiro de la brisa y la furia del vecino Liffey.

—Pues bien —dijo con la misma voz baja de precaución—, ¡por el gaitero que esto es el colmo! Ni es el ejército franchute que viene aquí a tomar por sorpresa la ciudad de Chapelizod, y no hace ruido por miedo a despertar a los habitantes; ni es... ni es... otra cosa. Pero rayos y centellas, ¿qué le ha pasado a la tienda de Fitzpatrick?

El oscuro y sucio edificio de piedra del otro lado de la calle parecía ahora más nuevo y limpio que nunca; la puerta principal estaba abierta, y un centinela vestido con el mismo grotesco uniforme y mosquete al hombro paseaba sin hacer ruido a un lado y a otro. En ángulo con este edificio, y de manera muy semejante, una ancha puerta (de la que Peter no tenía recuerdo alguno) estaba abierta, y ante ella se deslizaba un centinela parecido, y por esa puerta entró gradualmente la columna entera, hasta que Peter dejó de verla.

—No estoy dormido; ni estoy soñando —dijo frotándose los ojos y golpeando ligeramente el pavimento con los pies para asegurarse de que se encontraba bien despierto—. Sea lo que sea, es muy extraño; y no sólo es eso, sino que toda la ciudad me parece rara. ¡Ahí está la casa de Tresham nueva y pintada, de veras, y con flores en las ventanas! ¡Y también la casa de Delany, a la que esta mañana no le quedaba ni un solo cristal y apenas un trozo de pizarra en el tejado! No es posible que esté borracho. Ahí está el árbol grande, y no ha cambiado ni una hoja desde que yo pasé, y arriba en el cielo las estrellas están donde estaban. No creo que lo que pase sea culpa de mis ojos.

Y así, mirando a su alrededor, y encontrando a cada momento motivos para maravillarse, o creyendo verlos, caminó por la acera intentando llegar a su casa sin más retrasos.

Pero su aventura nocturna no había terminado. Apenas había llegado a la esquina del pequeño campo que lleva hasta la iglesia, cuando por primera vez se dio cuenta de que sólo unos metros por delante de él caminaba un oficial con el uniforme que había visto en los otros.

El oficial caminaba con paso tranquilo y oscilante, con la espada bajo el brazo, contemplando el pavimento con aire de ensoñación.

Había algo tranquilizador en el hecho mismo de que pareciera no darse cuenta de la presencia de Peter y mantuviera sus reflexiones para sí mismo. Además, al lector le agradará recordar que nuestro héroe había tomado una *quantum sufficit* de buen ponche antes de iniciar su aventura, y estaba así fortalecido contra esos ataques y terrores en los que posiblemente habría podido caer de encontrarse en un estado mental más razonable.

La idea de una invasión francesa tomó cuerpo plenamente en la imaginación trastocada de Peter mientras seguía al impasible oficial.

—Por los poderes de Moll Kelly, le voy a preguntar qué es —dijo Peter con un repentino acceso de audacia—. Me lo dirá o no, según le plazca, pero tampoco va a ofenderse por ello.

Después de inspirarse con esa reflexión, Peter se aclaró la voz y empezó a decir:

—¡Capitán! —gritó—. Le pido perdón, Capitán, y ojalá sea condescendiente con mi ignorancia y me diga, si ello va bien a su honor, si su honor no es un franchute, si es que es de su agrado decírmelo.

Eso preguntó sin pensar que, de haber sido como él sospechaba, ni una sola palabra de la pregunta hubiera sido probablemente comprensible para la persona ala que se dirigía. Sin embargo, le entendió, pues el oficial le respondió en inglés, aflojando al mismo tiempo el paso y haciéndose un poco al lado del camino, como invitando al que le interrogaba a que se pusiera junto a él.

—No; soy irlandés —respondió.

—Se lo agradezco humildemente a su honor —dijo Peter acercándose más, pues la afabilidad y la naturalidad del oficial le estimularon—. ¿Pero quizás su honor está al *sarvice* del Rey de Francia?

—Sirvo al mismo Rey que tú —respondió con un trasfondo de pena que Peter no entendió en ese momento; e interrogándole él a su vez, preguntó—: ¿Pero qué te trae por aquí a esta hora del día?

—¿El *día*, su honor...? Querrá decir la noche.

—Siempre nos correspondió convertir la noche en día, y seguimos haciéndolo —comentó el soldado—. Pero no importa, ven hasta mi casa; si quieres ganar algún dinero fácilmente, tengo un trabajo para ti. Vivo aquí.

Al decir esto, hizo una seña autoritaria a Peter, que le siguió de cerca, casi

mecánicamente, hasta que llegaron a un pequeño callejón situado tras la antigua capilla católica romana, al final del cual se encontraban, en la época de Peter, las ruinas de una alta casa de piedra.

Como todo lo demás en la ciudad, había sufrido una metamorfosis. Los muros manchados y rotos estaban ahora erguidos, perfectos, cubiertos de una mezcla de guijarros; los cristales brillaban fríamente en todas las ventanas; la puerta verde de la entrada tenía un brillante llamador de bronce. Peter no sabía si creer a esa impresión o a las anteriores; pero como ver es creer, no podía negar la realidad de la escena. Todos los recuerdos de su memoria parecían las imágenes del sueño de una borrachera. Por tanto, en un trance de asombro y perplejidad, se sometió al azar de su aventura.

Se abrió la puerta, el oficial le hizo una señal con un aire melancólico de autoridad y entró por ella. Nuestro héroe le siguió hasta una especie de recibidor que estaba muy oscuro, pero se guió por los pasos del soldado y subieron, en silencio, las escaleras. La luz de la luna, que brillaba en los pasillos, reveló un entablamiento antiguo y oscuro y un grueso pasamanos de roble. En distintos rellanos cruzaron junto a puertas cerradas, pero todo estaba oscuro y en silencio, como debía ser a una hora tan tardía de la noche.

Subieron al piso de arriba. El Capitán se detuvo un momento junto a la puerta más cercana y, tras emitir un fuerte gemido al empujar para abrirla, entró en la habitación. Peter permaneció en el umbral. En mitad de la habitación había, dándoles la espalda, una forma femenina y ligera vestida con una especie de túnica blanca y suelta, y con una gran mata de cabellos oscuros que caían desmadejados sobre ella.

El soldado se detuvo poco antes de llegar a ella y dijo con voz de gran angustia:

—¡Todo sigue igual, dulce ave mía... dulce ave mía! Todo sigue igual.

Entonces ella se dio la vuelta de repente y arrojó sus brazos sobre el cuello del oficial con un gesto de afecto y desesperación, mientras el cuerpo se le agitaba por un ataque de sollozos. Él, en silencio, la mantuvo apretada contra su pecho; y el honesto Peter sintió que un terror extraño se deslizaba sobre él al presenciar esas misteriosas penas y caricias.

—Esta noche, esta noche... y luego diez años más... diez largos años... otros diez años.

El oficial y la dama parecían pronunciar esas palabras conjuntamente; la Voz de ella se mezclaba con la de él en un gemido musical y temeroso, como el de un distante viento de verano que deambulara entre las ruinas en las horas muertas de la noche. Entonces oyó Peter que el oficial decía con voz angustiada:

—Que caiga todo sobre mí eternamente, dulce mía, todo sobre mí.

Y de nuevo parecía que se quejaban juntos con el mismo gemido suave y desolado, como si fueran sonidos lastimeros que se oyeran desde una gran distancia.

Peter estaba conmocionado por el horror, pero se sentía también arrebatado por una fascinación extraña; una curiosidad espantosa pero intensa le mantenía allí.

La luz de la luna entraba oblicuamente en la habitación, y a través de la ventana Peter vio las pendientes conocidas del Parque que dormitaban bajo su luz trémula.

También podía ver con una claridad tolerable el amueblamiento de la habitación: las viejas sillas de respaldo en forma de globo, una cama de cuatro postes metida en una especie de nicho y una percha en la pared de la que colgaban algunas prendas y atavíos militares; la visión de todos esos objetos hogareños le tranquilizó algo, aunque no pudo evitar sentir una inexpresable curiosidad por ver el rostro de la joven cuyos largos cabellos se derramaban sobre las charreteras del oficial.

Peter tosió, al principio ligeramente, y después con mayor fuerza, para sacarla de su apenada ensoñación, y por lo visto lo consiguió, pues ella se dio la vuelta, lo mismo que su compañero, y ambos permanecieron de pie, cogidos de la mano y mirándole fijamente. Pensó que en toda su vida había visto unos ojos tan grandes y extraños; le dio la impresión de que aquella mirada enfriaba el aire que le rodeaba, y detenía los latidos de su corazón. En los rostros sombríos que le miraban había una eternidad de desgracia y remordimiento.

Con que Peter hubiera tomado un solo vasito menos de whisky es probable que hubiera perdido los sentidos ante esas figuras que, a cada momento, parecían asumir un contraste más marcado y temible, aunque difícilmente definible, con las formas humanas ordinarias.

—¿Qué quieren de mí? —preguntó tartamudeando.

—Que lleves al cementerio mi tesoro perdido —contestó la dama con una voz argéntea que contenía una desolación mortal.

La palabra «tesoro» reavivó la resolución de Peter, aunque le cubría un sudor frío y el horror había erizado sus cabellos; creyó sin embargo que estaría a punto de conseguir la fortuna si tenía los nervios suficientes para atreverse a llevar esa entrevista hasta el final.

—¿Y dónde... —empezó a preguntar entrecortadamente— está escondido... dónde lo encontraré?

Los dos le señalaron el antepecho de la ventana a través de la cual brillaba la luna en el extremo opuesto de la habitación, y el soldado dijo:

—Bajo esa piedra.

Peter respiró profundamente y se limpió el sudor frío del rostro antes de dirigirse hacia la ventana, donde esperaba encontrar la recompensa a su prolongado terror. Pero al mirar fijamente la ventana, vio bajo la luz de la luna la débil imagen de un recién nacido colocado en el antepecho, con sus bracitos extendidos hacia él y una sonrisa tan celestial como nunca antes había contemplado.

Parece extraño, pero ante esa visión perdió totalmente el ánimo, miró hacia las figuras que estaban de pie allí al lado y vio cómo contemplaban esa forma infantil con una sonrisa tan distorsionada y culpable que Peter sintió como si estuviera entrando, vivo todavía, en el escenario del infierno, y estremeciéndose gritó por la agonía de su horror.

—No tengo nada que decirles ni nada que hacer con ustedes. No sé quiénes son o lo que quieren de mí, pero en el nombre de Dios les ruego a ambos que me dejen ir en

este mismo momento.

Nada más pronunciar estas palabras, en los oídos de Peter resonaron unos suspiros y rumores extraños; perdió totalmente la visión y tuvo esa sensación peculiar, pero nada desagradable, de caer suavemente, la misma que se produce a veces mientras dormimos y termina con un golpe apagado. Después ya no tuvo sueños ni conciencia alguna de nada hasta que despertó, frío y rígido, entre dos montones de cascotes dentro de las paredes ennegrecidas y sin techo de las ruinas de la casa.

No es necesario mencionar que el pueblo había recuperado su aire de olvido y decadencia, o que Peter miró en vano a su alrededor buscando rastros de aquellas novedades que tanto le habían asombrado y distraído la noche anterior.

—Ay, ay —comentó su abuela quitándose la pipa cuando él terminó de describir la visión que había tenido desde el puente—. Yo misma me acuerdo, cuando no era más que una chicuela, de aquellas pequeñas cabañas blancas entre los huertos, junto a la orilla del río. En ellas solían vivir los artilleros que estaban casados o los que no tenían sitio en el cuartel, pero todos se han ido ya hace mucho tiempo.

Peter le describió entonces el desfile militar, lo que provocó nuevos comentarios de la abuela.

—¡Que el Señor tenga piedad de nosotros! A menudo vi al regimiento desfilando por la ciudad igual que tú lo viste anoche. Ay, pero pensar en aquellos días hace que me duela el corazón; fue una época agradable, vaya que sí; ¿pero no es terrible pensar que lo que viste fue el fantasma del regimiento? Que el Señor nos libre de todo mal, pues tan segura como que estoy sentada aquí que no fue otra cosa.

Cuando Peter mencionó la figura y fisonomía peculiar del viejo oficial que cabalgaba a la cabeza del regimiento, la abuela le interrumpió:

—¡Que el Señor nos libere, que ése era el viejo Coronel Grimshaw! —exclamó dogmáticamente la anciana—. Está enterrado en el cementerio de Chapelizod, y bien que lo recuerdo, cuando yo era una jovencita, como un pendenciero entre los hombres y un diablo entre las mujeres... ¡Que su alma descanse en paz!

—¡Amén! —contestó Peter—. Yo mismo he leído a menudo su lápida; pero murió hace mucho tiempo.

—Pues claro que sí, ya te dije que murió cuando yo no era más que una chicuela... ¡Que el Señor nos libere de todo mal!

—Tengo miedo de que, después de ver algo así, no vaya a quedarme mucho tiempo en este mundo —exclamó Peter con voz asustada.

—Tonterías —replicó la abuela con tono de indignación, aunque ella misma tuviera sus dudas al respecto—. Lo mismo que Phil Doolan, el barquero, que vio a Ann Scanlan en su barca, ¿y qué daño le produjo eso?

Peter siguió con su relato, pero al llegar a la descripción de la casa en la que su aventura tuvo una conclusión tan siniestra, la anciana se mostró perpleja.

—Conozco bien la casa y los viejos muros, y me acuerdo de cuando tenía techo, puertas y ventanas, pero tenía también la fama de estar encantada, aunque me he

olvidado totalmente de por quién o qué.

—¿Alguna vez oíste que hubiera allí oro o plata? —preguntó el nieto.

—No, no, ni pienses en esas cosas; acepta este buen consejo y no vuelvas a acercarte de nuevo a sus feos muros negros mientras vivas; y te juro que son las mismas palabras que te diría el cura si te tomaras la molestia de preguntarle a su reverencia sobre ello, pues claramente se ve que nada bueno puedes sacar de que se te vea por allí, y ninguna suerte ni favor obtendrías de ello.

La aventura de Peter provocó un buen alboroto en la vecindad, como podrá suponer el lector; y algunas noches después, cuando fue a llevar un recado al Comandante Vandeleur, que vivía en una casa anticuada pero cómoda junto al río, bajo una hermosa glorieta de antiguos árboles, le pidieron que relatara su historia en el salón.

El Comandante era un anciano pequeño y delgado y se mantenía muy erguido, tenía la tez de color caoba y una inflexibilidad de madera en el rostro. Era, además, hombre de pocas palabras, y si él era anciano, de ello se deduce claramente que su madre lo era todavía más. Nadie podía saber o conjeturar cuánto, pero se admitía que la generación de la madre hacía ya tiempo que había desaparecido, y que no le quedaba un solo competidor. Por sus venas corría sangre francesa, y aunque no mantenía su encanto tan bien como Ninond L'Enclos, estaba en posesión plena de su actividad mental y hablaba lo suficiente por ella y por el Comandante.

—Entonces, Peter —dijo la anciana—, has vuelto a ver en las calles de Chapelizod a nuestro querido y viejo Royal Irish. Dale una medida de ponche, Frank; y tú, Peter, siéntate y cuéntanos la historia mientras te lo tomas.

Siguiendo las indicaciones de la anciana, Peter se sentó junto a la puerta con un vaso humeante del estimulante néctar, y con verdadero valor, teniendo en cuenta que no había más luz que el incierto brillo del fuego de la chimenea, procedió a relatar con minuciosos detalles su terrible aventura. La anciana dama le escuchó al principio con una sonrisa de afable incredulidad; el interrogatorio minucioso al que le sometió para saber cuánto había bebido en Palmerstown había resultado fastidioso, pero conforme avanzaba la narración fue prestando cada vez mayor atención y al final quedó plenamente absorbida por la historia, lanzando en una o dos ocasiones exclamaciones de piedad o espanto. Cuando terminó, la anciana dama se quedó mirando la mesa con una abstracción algo triste y seria, sin dejar en ningún momento de acariciar a su gato, hasta que de pronto clavó la mirada en su hijo, el Comandante, y dijo:

—Frank, tan segura como que estoy viva que a quien vio fue al perverso Capitán Devereux.

El Comandante pronunció una inarticulada expresión de asombro.

—La casa era precisamente la que él ha descrito. Te conté la historia muchas veces, tal como se la oí a tu querida bisabuela, acerca de la pobre joven a la que perdió y las temibles sospechas sobre el niño. Ella, la pobre, murió en esa casa con el corazón roto, y ya sabes que poco después le mataron a él en un duelo.

Ésa fue la única luz que Peter conoció nunca respecto a su aventura. Sin embargo se supuso que siguió aferrado a la esperanza de que en alguna parte de la vieja casa hubiera un tesoro escondido, pues con frecuencia se le veía rebuscando entre sus paredes, y al final el pobre fue vencido por el destino en su búsqueda; pues un día, mientras estaba encaramado sobre un muro, éste cedió y cayó al suelo, duro y desigual, fracturándose una pierna y una costilla, tras lo cual murió al poco tiempo. Y él, como los otros héroes de estos relatos auténticos, yace enterrado en el pequeño cementerio de Chapelizod.

La Visión De

Tom Chuff

Al borde del melancólico Catstean Moor, en el norte de Inglaterra, junto a media docena de antiguos chopos rodeados por ramas viejas y ásperas, con una herida en el centro producida un verano, treinta años antes, por un rayo, y todos ellos, por su gran altura, haciendo que parezca más baja la morada junto a la que crecen, se levanta una tosca casa de piedra con una chimenea gruesa, la cocina y un dormitorio en la planta baja, y un ático dividido en dos habitaciones, al que se accede por una escalera, bajo el tejado de guijarros.

Su propietario era un hombre de mala fama llamado Tom Chuff. Era un hombre fuerte, de cabeza impresionante y ancho de hombros, aunque algo bajo de estatura, con las cejas descendentes y una mirada hosca. Se dedicaba a la caza furtiva y raramente tenía la intención de ganarse el pan mediante cualquier trabajo honesto. Era un borracho. Golpeaba a su esposa y cuando estaba en casa sus hijos llevaban una vida de terror y lamentaciones. Para su pequeña y aterrorizada familia era una bendición cuando se iba, como hacía a veces, durante una semana o más.

La noche de la que hablo, hacia las ocho, golpeó la puerta con la porra. Era invierno y estaba muy oscuro. Creo que los que estaban en la casa no habrían sentido mayor terror si hubiera llamado un duende del páramo.

Con miedo, pero presurosa, la esposa descorrió la barra que cerraba la puerta. Su hermana, que era jorobada, permaneció de pie junto al hogar, mirando hacia el umbral; y los acobardados hijos se protegieron tras ella.

Tom Chuff entró con la porra en la mano, sin decir nada, y se dejó caer en una silla frente al fuego. Había estado fuera dos o tres días, parecía ojeroso y tenía los ojos inyectados en sangre, por lo que todos supieron que había estado bebiendo.

Inclinándose, Tom golpeó con el palo el fuego de turba y luego aproximó los pies. Mirando hacia el pequeño aparador, hizo una señal a su esposa por la que ésta supo que quería una taza y se la dio en silencio. Sacó del bolsillo del abrigo una botella de ginebra y, tras llenarla casi hasta el borde, la bebió en pocos tragos.

Solía refrescarse con dos o tres tragos así antes de golpear a los miembros de la familia. Sus tres hijos pequeños, acobardados en una esquina, le miraban desde debajo de una mesa, como hacía Jack con el ogro en el famoso cuento. Su esposa Nell, de pie tras una silla que estaba dispuesta a utilizar para defenderse del golpe de la porra que podía caerle encima en cualquier momento, no apartaba su mirada de él; y Mary la jorobada dejaba ver el blanco de un gran par de ojos con los que también le vigilaba mientras estaba de pie y apoyada contra el armario de hojas de roble, y su rostro oscuro apenas podía distinguirse desde lejos del panel marrón que tenía a su espalda.

Tom Chuff iba ya por el tercer trago y no había dicho una sola palabra desde su entrada, por lo que el suspense se estaba volviendo terrible, cuando de pronto se inclinó hacia atrás en el asiento, la porra le resbaló de la mano y se produjo en su rostro un cambio, al cubrirse de una palidez mortal.

Por un momento, todos se le quedaron mirando; le tenían tanto miedo que no se

atrevían a hablar o moverse por si acaso sólo se había quedado dormido para despertar y proceder enseguida a dar rienda suelta a su temperamento con la porra.

Sin embargo, aquello empezó enseguida a parecerles tan extraño que su esposa y Mary se atrevieron a intercambiar miradas de duda y de sorpresa. Colgaba tanto por el lado de la silla que de no haber sido ésta tosca y enorme la habría derribado al suelo. Un tono plomizo le oscurecía la palidez del rostro. Empezaron a alarmarse y finalmente su esposa se atrevió a hablar.

—¡Tom! —dijo Nell tímidamente, para luego repetirlo en voz más alta, y finalmente gritar su nombre una y otra vez acompañada de los aterrorizados familiares—. ¡Se está muriendo... se está muriendo! —repitió mientras su voz se elevaba hasta convertirse en un grito y darse cuenta de que aunque tiraba de él y le movía el hombro, no conseguía sacarle de su letargo.

Ahora, sobrecogidos por un terror nuevo, los niños añadieron sus gritos estridentes a las palabras y gritos de la madre y la tía; y si algo hubiera podido sacar a Tom de su letargo habría sido el coro penetrante que resonó en la tosca habitación de la casa del cazador furtivo. Pero Tom permaneció inmóvil y sordo.

Su esposa envió a Mary al pueblo, que apenas estaba a cuatrocientos metros, para implorar al doctor, para cuya familia ella trabajaba como lavandera, que acudiera a ver a su esposo, quien parecía estar muriéndose.

Así lo hizo el médico, hombre de buen temperamento. Con el sombrero todavía puesto, miró a Tom, le examinó y tras ver que el emético que había llevado con él, tras lo que Mary le había contado, no actuaba, y que con su lanceta no sacaba sangre, y que la muñeca no tenía pulso, sacudió la cabeza y pensó para sí: «¿Por qué llorará esta mujer? ¿Acaso podía haber deseado para sí misma y para sus hijos una bendición mayor que la que se ha producido?»

Tom parecía estar muerto. En sus labios no podía percibirse respiración alguna. El doctor no le pudo encontrar el pulso. Tenía fríos los pies y las manos, y la frialdad se iba extendiendo por todo el cuerpo.

Tras una estancia de unos veinte minutos, el médico se había abotonado el sobretodo y vuelto a poner el sombrero, indicándole con ello a la señora Chuff que su presencia era ya inútil, pero de pronto un pequeño hilillo de sangre empezó a gotear desde el corte que había hecho con la lanceta en la sien de Tom Chuff.

—¡Qué extraño! —dijo el doctor—. Esperemos un poco.

Debo describir ahora las sensaciones que había experimentado Tom Chuff.

Con los codos sobre las rodillas y la barbilla apoyada en las manos estaba mirando las ascuas, con la ginebra al lado, cuando de pronto tuvo un vértigo en la cabeza, dejó de ver el fuego y un sonido parecido al tañido de una pesada campana de iglesia conmovió su cerebro.

Escuchó entonces un zumbido confuso y el peso de plomo de su cabeza le hizo caer hacia atrás hundiéndose en la silla, mientras perdía totalmente la conciencia.

Al volver en sí sintió frío y se encontró apoyado en un árbol grande y sin hojas. La

noche no tenía luna, y al mirar hacia arriba pensó que nunca había visto las estrellas tan grandes y brillantes, ni el cielo tan negro. Además, las estrellas parecían titilar con intervalos de oscuridad cada vez más largos, para aparecer luego con mayor violencia y brillo, y vagamente pensó que aquello tenía el carácter de una furia y una amenaza silenciosa.

Recordaba confusamente haber llegado a aquel lugar, o más bien como si varios hombres le hubieran transportado en hombros hasta allí, con una especie de movimiento de balanceo. Pero se trataba de algo totalmente confuso, el imperfecto recuerdo de una simple sensación. En el camino no había visto ni oído nada.

Miró a su alrededor y en las cercanías no encontró el menor indicio de un ser vivo. Con una sensación de temor empezó a reconocer el lugar.

El árbol en el que se había apoyado era una de las antiguas y nobles hayas que rodeaban a intervalos irregulares el cementerio de Shackleton, el cual extiende su verde y ondulante pendiente sobre el borde del páramo de Catstean, en cuyo otro lado se encuentra la tosca casa de campo en la que acababa de perder la conciencia. Había más de diez kilómetros, a través del páramo, entre ese punto y su habitación, y la negra extensión se presentaba ante él desapareciendo poco a poco en la oscuridad, pues ante él cielo y tierra se unían en un vacío indistinguible y terrible.

Había en aquel lugar un silencio totalmente innatural. Se había apagado el murmullo distante del riachuelo, que él conocía tan bien; las hojas no producían murmullo alguno; el aire, la tierra, todo lo que había en ella y sobre ella estaba indescriptiblemente silencioso; sintió entonces ese temblor del corazón que parece presagiar la proximidad de algo horrible. Y se habría dispuesto a regresar a través del páramo de no haber tenido el presentimiento indefinido de que había allí algo que no se atrevía a traspasar.

Por detrás se erguían como una sombra la torre y la antigua iglesia gris de Shackleton. Ahora que la vista se le había acostumbrado a la oscuridad podía percibir su perfil. Pero no producía en su mente ninguna asociación consoladora; tan sólo amenaza y recelo. La temprana formación en su actividad ilegal estaba relacionada con ese mismo lugar, pues en él solía reunirse su padre con otros dos cazadores furtivos, llevando con él a su hijo, entonces sólo un muchacho.

Bajo el porche de la iglesia, hacia el amanecer, solían repartirse la caza que había capturado y rendían cuentas de las ventas que habían hecho el día anterior, dividiendo el dinero y bebiéndose la ginebra. Allí había recibido sus primeras lecciones en beber, maldecir e incumplir la ley. La tumba de su padre apenas estaba a ocho pasos del lugar en el que ahora se encontraba. En su actual estado de terrible desfallecimiento ningún escenario de la tierra habría ayudado tanto a aumentar su miedo.

Había un objeto cercano que potenciaba su tristeza. A un metro de distancia, al otro lado del árbol, detrás de él y extendiéndose hacia su izquierda, había una tumba abierta, con la tierra y los cascotes apilados al otro lado. A la cabeza de la tumba se levantaba el haya; su tronco se elevaba como una enorme columna monumental. Él

conocía todas las líneas y grietas de su lisa superficie. Las iniciales de su propio nombre, grabadas mucho tiempo atrás en la corteza, se habían ido extendiendo y arrugando como si fueran las letras grotescas de un caprichoso grabador, y ahora, dominando la tumba abierta, adquirían un significado siniestro, como si respondieran a la pregunta que él se estaba haciendo mentalmente: «¿Para quién han abierto la tumba?».

Como se encontraba todavía algo aturdido y sentía un temblor débil en las articulaciones no se veía con deseos de esforzarse; pero además tenía la sensación vaga de que con independencia de la dirección que tomara encontraría peligros peores al de permanecer donde estaba.

De pronto las estrellas comenzaron a titilar con mayor violencia, una luz débil y extraña se extendió durante un minuto sobre el paisaje desértico y vio que se acercaba desde el páramo una figura que avanzaba con una especie de oscilación, dando de vez en cuando uno o dos saltos en zigzag, como acostumbran a hacer los hombres que cruzan esos lugares para evitar los pequeños cenagales y lodazales que se encuentran en ellos. La figura se asemejaba a la de su padre, y como aquél silbó con los dedos a modo de señal al acercarse; pero ahora el silbido no sonaba fuerte y agudo, como en otros tiempos, sino inmensamente lejano, y parecía resonar extrañamente en la cabeza de Tom. Bien por costumbre o por miedo, Tom, como respuesta a la señal, silbó como solía hacerlo veinticinco años antes, aunque ya estaba estremecido por un miedo sobrenatural.

Lo mismo que su padre, la figura levantó al acercarse la bolsa que llevaba en la mano izquierda, tal como solía hacer aquél, gritándole lo que llevaba en su interior. Puede estar seguro el lector de que aquello no tranquilizó a Tom, pues le llegó un grito innatural y débil, en el momento en que el fantasma agitó la bolsa en el aire, y oyó con claridad estas palabras:

—¡El alma de Tom Chuff!

Apenas a cuarenta y cinco metros de la cerca baja del cementerio en el que estaba Tom, había en la tierra una abertura más amplia en la que crecían juncos y eneas, entre los cuales, tal como solía hacer el viejo cazador furtivo ante cualquier alarma repentina, la figura que se aproximaba se escondió.

De la misma zona de altos juncos surgió al instante lo que Tom tomó equivocadamente al principio como la misma figura arrastrándose a cuatro patas, pero enseguida se dio cuenta de que era un enorme perro negro de áspero pelaje, como el de un oso, que al principio permaneció inmóvil, olisqueando, pero luego comenzó a dirigirse hacia él al paso, dando un bote de vez en cuando. Al acercarse mostró unos ojos temibles que brillaban como carbones encendidos y por la abertura monstruosa de la mandíbula emitió un gruñido aterrador.

El animal parecía a punto de apresarle, por lo que Tom retrocedió aterrorizado, cayendo en la tumba abierta tras él. Se agarró al borde, pero cedió y cayó hacia abajo, por lo que esperó llegar en un instante al fondo. ¡Pero no se produjo tal cosa! ¡El

abismo parecía no tener final! Empezó a caer y caer, con una velocidad inconmensurable pero siempre creciente, a través de la oscuridad profunda, con el pelo recto hacia arriba, sin aliento, mientras la fuerza del aire le obligaba a elevar incluso los brazos, un segundo tras otro, un minuto tras otro, cayendo hacia abajo por la abertura, con el sudor helado del terror cubriéndole el cuerpo, hasta que de pronto, cuando esperaba ser aniquilado, el descenso se detuvo instantáneamente con un golpe tremendo que, sin embargo, no le privó de la conciencia ni por un momento.

Miró a su alrededor. El lugar se asemejaba a una catacumba o una caverna teñida por el humo, cuyo techo se perdía en la oscuridad salvo por algún arco nervado que era visible aquí y allá. Desde varios toscos pasillos que se abrían desde la cámara central, y se asemejaban a las galerías de una mina gigantesca, surgía débilmente un brillo apagado, como de carbón encendido, la única luz que le permitía discernir, aunque imperfectamente, los objetos que le rodeaban inmediatamente.

Lo que al principio parecía ser una proyección de la roca en la esquina de una de aquellas lóbregas entradas se movió de pronto y resultó ser una figura humana que le hizo señas. Al aproximarse vio a su padre, aunque apenas pudo reconocerle porque estaba monstruosamente alterado.

—Te he estado buscando, Tom. Bienvenido a casa, muchacho; ocupa tu puesto.

Al escuchar estas palabras, pronunciadas con una voz hueca y, según pensó Tom, burlona, que le hizo temblar, el corazón se le hundió en el pecho. Pero no pudo evitar acompañar al perverso espíritu, que le condujo hasta un lugar en el que al pasar Tom escuchó, como si salieran del interior de la roca, temibles gritos y súplicas de piedad.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—No importa.

—¿Quiénes son?

—Recién llegados, lo mismo que tú, muchacho —respondió el padre con indiferencia —. Dejan de alborotar con el tiempo, al descubrir que no vale de nada.

—¿Y qué voy a hacer? —preguntó Tom agónicamente.

—Eso da lo mismo.

—¿Pero qué puedo hacer? —reiteró Tom mientras le temblaban todos los nervios y las articulaciones.

—Ponerle al mal tiempo buena cara, supongo.

—¡Por el amor de Dios, si alguna vez te has preocupado por mí, porque soy tu propio hijo, sácame de aquí!

—No hay salida.

—Si hay una entrada tiene que haber una salida, y por los cielos, sácame de aquí.

Pero la temible figura no volvió a responder, y tras estar junto a su hombro se deslizó hacia atrás; aparecieron otras, cada una con un débil halo rojizo a su alrededor, mirándole con ojos terribles, imágenes todas ellas de furia o irrisión eternas, y de una variedad horrible. Pensó que se estaba volviendo loco bajo la mirada de tantos ojos, que aumentaban en número y se acercaban más a cada momento, al tiempo que miles y

miles de voces le llamaban por su nombre, algunas lejanas, otras cercanas, unas desde un punto y otras desde otro, algunas incluso desde atrás, cerca de sus oídos. Esos gritos aumentaban en rapidez y multitud, y se entremezclaban con risas, blasfemias, burlas e insultos entrecortados, se sucedían unas a otras, borrándose, antes de que pudiera captar ni siquiera la mitad de su significado.

Durante todo ese tiempo, en proporción con la rapidez y la urgencia de aquellos temibles sonidos y visiones, la epilepsia del terror fue instilándose en su cerebro, y con un grito largo y atemorizado perdió la conciencia.

Al recuperar el sentido se encontró en una pequeña cámara de piedra, abovedada por arriba y con una puerta enorme. Un solo punto de luz situado en el muro, y que emitía un brillo extraño, iluminaba esa celda.

Sentado frente a él había un hombre venerable de larguísima barba blanca; era una imagen de una pureza y una severidad imponentes. Iba vestido con una túnica tosca de cuyo ceñidor colgaban tres grandes llaves. Podía ajustarse a la idea que tenemos de un vigilante de la puerta de una antigua ciudad; diría que de esas ciudades espirituales que le gustaba describir a John Bunyan.

Los ojos del anciano eran brillantes y temibles, y al fijarse en él Tom Chuff se sintió indefenso en sus manos. Finalmente habló así:

—He recibido la orden de que te permita una prueba más. Pero si volvemos a encontrarte bebiendo con los borrachos, y golpeando a tus semejantes, volverás a traspasar la puerta por la que llegaste aquí y ya no podrás salir nunca más.

Tras pronunciar esas palabras, el anciano le tomó por la muñeca y le hizo traspasar la primera puerta, y luego, abriendo la que estaba en la caverna exterior, empujó con fuerza a Tom Chuff en el hombro cerrando la puerta tras él con un ruido que resonó como un trueno, repitiéndose en un eco tras otro en las proximidades y en la lejanía, a su alrededor y por arriba, hasta que fue desapareciendo gradualmente en el silencio. Estaba totalmente a oscuras, pero sintió una brisa de aire fresco que le estimuló. Comprendió que se encontraba de nuevo en el mundo superior.

Pocos minutos después comenzó a escuchar voces que conocía, apareció ante su vista un punto de luz, débilmente primero, y gradualmente vio la llama de la vela, y después de eso los rostros familiares de su esposa y sus hijos, y les oyó levemente cuando le hablaron, aunque todavía no fue capaz de responderles.

Vio también al doctor como una figura aislada en la oscuridad, y le oyó decir:

—Bueno, ya lo ha recuperado. Creo que se pondrá bien.

Cuando pudo hablar, viendo claramente a su alrededor y sintiendo la sangre en el cuello y la camisa, sus primeras palabras fueron éstas:

—Esposa, perdóname. He cambiado. Ve a buscar al señor.

Lo que significaba la última frase era que fuera a buscar a un sacerdote.

Cuando llegó el vicario y entró en el pequeño dormitorio donde yacía acostado el asustado cazador furtivo, cuya alma había muerto en su interior, enfermo y débil todavía, sobre la cama, y con el espíritu abatido por el terror, Tom Chuff hizo una débil

seña a los demás para que salieran de la habitación, y tras haberse cerrado la puerta el buen párroco oyó la extraña confesión, y también, con asombro, los agitados y ansiosos votos de enmienda, así como sus desvalidas súplicas de apoyo y consejo.

Todo ello el párroco lo recibió, evidentemente, con amabilidad; y sus visitas fueron frecuentes durante algún tiempo.

Un día, al tomar la mano de Tom Chuff para despedirse, el enfermo la retuvo y le dijo:

—Señor, es usted el vicario de Shackleton, y si yo muero prométame una cosa, como yo le he prometido muchas. Como he dicho nunca daré paliza ni golpes a mi esposa, ni a animal ni a ningún tipo de persona, y ya no me verá más entre los bebedores. Y Tom ya nunca apretará el gatillo ni pondrá una trampa, sino que vivirá de un modo honesto, pero después de eso le pido un favor sin importancia, pues es vicario de Shackleton y puede hacerlo: que no deje que me entierren a menos de veinte metros de las hayas que rodean el cementerio de Shackleton.

—Ya veo que cuando llegue tu momento quieres que tu tumba esté bien alejada de donde estaba la del sueño.

—Eso es. ¡Antes preferiría que me echaran al fondo de un pozo de marga! O que me enterraran en cualquier otro cementerio, por miedo a ése, pero los míos son enterrados en Shackleton, y tiene que darme su promesa y no romper la palabra.

—Por supuesto que te lo prometo. No es probable que te sobreviva; pero si lo hiciera, y sigo siendo vicario de Shackleton, serás enterrado en el lugar más cercano al centro del cementerio que pueda encontrar.

—Con eso bastará.

Y así se despidieron contentos.

El efecto de la visión sobre Tom Chuff fue poderoso y prometía ser duradero. Haciendo un doloroso esfuerzo, cambió su vida de aventuras irregulares y ocio relativo por otra de trabajo regular. Dejó de beber; con su esposa y familia fue tan amable como se lo permitió su naturaleza, originalmente hosca; acudió a la iglesia; con el buen tiempo, cruzaban el páramo para ir a la de Shackleton; el vicario decía que acudía allí para ver el escenario donde había tenido lugar la visión, y fortalecer así, con el recuerdo, sus buenas resoluciones.

Pero las impresiones provocadas sobre la imaginación son transitorias, y un mal hombre que actúa movido por el miedo no es libre; su carácter auténtico no aparece. Cuando las imágenes de la visión se desvanecen, y cesa la acción del miedo, se reafirman las cualidades esenciales del hombre. Es por eso que, al cabo de algún tiempo, Tom Chuff empezó a cansarse de su nueva vida; se fue volviendo perezoso y la gente comenzó a decir que estaba cazando liebres y que ocultamente había vuelto a llevar su antigua vida de contrabando.

Una noche regresó a casa con signos de haber bebido, que delataban el lenguaje grueso y el temperamento violento. Al día siguiente se sentía apenado, o asustado, en cualquier caso arrepentido, y durante una semana o más volvió el viejo horror y

mantuvo otra vez su buena conducta. Pero al poco tiempo tuvo una recaída, y otro arrepentimiento, seguido de otra nueva recaída, y así, gradualmente, regresaron las malas costumbres y su antiguo modo de vida, con más violencia y tenebrosidad por cuanto que el hombre se sentía alarmado y exasperado por el recuerdo de su despreciada pero terrible advertencia.

Con el antiguo modo de vida volvió la miseria a su casa. Dejaron de verse las sonrisas que habían empezado a aparecer con la insólita luz del sol. Regresaron al rostro de su pobre esposa la antigua palidez y la desolación. La casa perdió su atmósfera pulcra y alegre, haciéndose visible de nuevo la melancolía del olvido. Algunas noches, quien acertara a pasar junto a ella podía oír los gritos y los sollozos que partían del nefasto alojamiento. Ahora Tom Chuff solía estar bebido, y no frecuentaba la casa salvo que acudiera para llevarse las ganancias de su pobre esposa.

Tom dejó de ver al honesto y viejo párroco. Con su degradación se mezclaba la vergüenza y aún le quedaba la gracia suficiente para que, cuando veía la figura delgada del «señor» caminando por la carretera, apartarse de su camino para no encontrarse con él. Cuando le mencionaban el nombre de Tom, el clérigo sacudía la cabeza y a veces gemía. Pero reservaba su horror y lamentos más para la pobre esposa que para el empecinado pecador, pues el caso de ella era realmente lamentable.

Llegó el hermano de la mujer, Jack Everton, procedente de Hexley, y al enterarse de todo aquello decidió darle una paliza a Tom por el mal trato que éste estaba dando a su hermana a cada momento. Posiblemente fue una suerte para todos que Tom se encontrara fuera, en una de sus prolongadas excursiones, y la pobre Nell, aterrada, suplicó a su hermano que no se interpusiera entre ellos. Por eso Jack regresó a su casa, aunque murmurando y sombrío.

Pero unos meses más tarde, Nelly Chuff enfermó. Llevaba ya con dolencias mucho tiempo, como les suele suceder a aquellos que tienen el corazón roto, pero ahora había llegado el final.

Cuando murió hubo una investigación del forense, ya que el médico dudaba de que un golpe no hubiera al menos precipitado su muerte. Sin embargo, de la investigación no salió nada en claro. Tom Chuff había abandonado el hogar más de dos días antes de la muerte de su esposa. Y seguía ausente, dedicado a sus asuntos ilegales, cuando el forense realizó la investigación.

Jack Everton vino desde Hexley para asistir a las tristes honras fúnebres de su hermana. Sentía más cólera que nunca contra el perverso marido, quien de una u otra manera había precipitado la muerte de Nelly. La investigación se había cerrado a primera hora de ese día y el marido no había aparecido.

Pero sí se presentó un compañero ocasional de Chuff, quizás deberíamos decir un cómplice. Le había dejado en los límites de Westmoreland y dijo que probablemente llegaría a casa al día siguiente. Pero Everton fingió no creerlo. Sugirió que para Tom Chuff podía representar una satisfacción secreta el coronar la historia de su mala vida matrimonial con el escándalo de su ausencia en el funeral de su despreciada y

maltratada esposa.

Everton se había encargado de dirigir los tristes preparativos. Había ordenado que se cavara una tumba para su hermana junto a la de la madre, en el cementerio de Shackleton, al otro lado del páramo. Con el propósito, creo yo, de señalar el cruel desprecio del marido, decidió que el funeral se celebrara aquella noche. Le había acompañado su hermano Dick, y ellos y la hermana, con Mary y los hijos, y un par de vecinos, formaron el humilde cortejo.

Jack Everton dijo que esperaría e iría después, por si Tom Chuff llegaba a tiempo, para decirle lo que había sucedido y acompañarle cruzando el páramo hasta el funeral. Pienso que su verdadero objetivo era el de propinarle al villano la paliza que deseaba darle desde hacia tanto tiempo. En cualquier caso había resuelto cruzar el páramo y llegar al cementerio a tiempo para recibir al cortejo funerario, intercambiando algunas palabras con el vicario, el sacristán y el sepulturero, todos ellos amigos suyos, pues la parroquia de Shackleton era su lugar de nacimiento y de allí tenía sus primeros recuerdos.

Pero Tom Chuff no se presentó en la casa aquella noche. Se dirigía hacia ella con un estado de ánimo furioso y sin una moneda en el bolsillo. Tal como solía suceder en esos regresos, del bolsillo del abrigo sobresalía el cuello de su botella de ginebra, su última inversión, ya medio vacía.

Para regresar a su casa tenía que cruzar el páramo de Catstean, y el punto que mejor conocía para el camino partía del cementerio de Shackleton. Saltó el muro bajo que sirve de límite y pasó por las tumbas, cruzando sobre muchas lápidas planas y medio enterradas, hacia el lado del cementerio que daba a Catstean Moor.

Justo a su derecha, como si fuera una sombra negra contra el cielo, se elevaban la vieja iglesia de Shackleton y su torre. Era una noche sin luna, pero clara. Había llegado ya al muro del límite bajo, en el otro lado, desde donde se domina la gran extensión de Catstean Moor. Se detuvo junto a una de las enormes y antiguas hayas y apoyó la espalda en su tronco liso. ¿Alguna vez había visto que el cielo pareciera tan negro, y que las estrellas brillaran y titilaran tan vívidamente? Un silencio casi mortal dominaba el escenario, como el que precede al trueno cuando hace un tiempo sofocante. La extensión que se abría ante él se perdía en una profunda negrura. Un estremecimiento extraño debilitó su corazón. ¡Eran el cielo y el escenario de su visión! El mismo horror y recelo. El mismo miedo invencible a aventurarse alejándose de donde estaba. Habría rezado de haberse atrevido. El desfallecimiento de su corazón le exigía alguna ayuda externa y sacó la botella del bolsillo del abrigo. Al hacerlo se volvió hacia la izquierda y vio la tierra apilada de una tumba abierta con la cabeza junto a la base del gran árbol sobre el que estaba apoyado.

Quedó espantado. Su sueño estaba regresando y envolviéndole lentamente. Todo lo que veía se entretejía con la textura de su visión. Se apoderó de él el frío del horror.

Desde el páramo escuchó un silbido débil y agudo, pero claro, y vio una figura que se aproximaba con paso oscilante, en zigzag, saltando de vez en cuando, como suelen

hacer los hombres sobre una superficie en la que tienen que medir sus pasos. La figura avanzaba entre los juncos y eneas; y con el mismo impulso inexpresable que le había obligado en el sueño, respondió al silbido de la figura que avanzaba.

Ante esa señal, la figura se encaminó directamente hacia él. Se subió sobre el muro bajo y quedándose allí de pie miró hacia el cementerio.

—¿Quién ha respondido? —preguntó el recién llegado desde su puesto de observación.

—Yo —respondió Tom.

—¿Y quién eres tú? —volvió a preguntar el hombre del muro.

—Tom Chuff. ¿Para quién han cavado esta tumba? —respondió con un tono salvaje para ocultar el estremecimiento secreto de su pánico.

—¡Ya te lo diré yo a ti, villano! —respondió el desconocido bajando del muro—. Te he buscado por todas partes, te he esperado mucho tiempo, pero por fin te he encontrado.

No sabiendo qué hacer ante la figura que avanzaba hacia él, Tom Chuff retrocedió, dio un traspiés y cayó hacia atrás sobre la tumba abierta. En la caída se cogió de los lados, pero inútilmente.

Una hora más tarde, cuando llegaron las luces con el ataúd, encontraron el cadáver de Tom Chuff en el fondo de la tumba. Había caído de cabeza, rompiéndose el cuello. Su muerte debió ser simultánea con la caída. Y así se cumplió su sueño.

Había sido su cuñado quien cruzaba el pantano y se acercó al cementerio de Shackleton, exactamente en la misma dirección que en la visión extraña había tomado la imagen de su padre. Por suerte para Jack Everton, el sepulturero y el sacristán de la iglesia de Shackleton estaban cruzando en ese momento el cementerio dirigiéndose hacia la tumba de Nelly Chuff, sin que Jack pudiera verlos, en el preciso instante en el que Tom, el cazador furtivo, dio el traspiés y se cayó. De no ser por esos testigos, se habría sospechado que el exasperado hermano había ejercido una violencia directa. Pero tal como sucedió, la catástrofe no tuvo consecuencias legales.

El buen vicario mantuvo su palabra y los habitantes viejos de Shackleton gustan de enseñar la tumba de Tom Chuff, muy cerca del centro del cementerio. El cumplimiento consciente de la súplica del hombre aterrorizado con respecto al lugar de su sepultura puso un énfasis horrible y burlón a la extraña combinación mediante la cual el destino había derrotado sus precauciones, fijando el lugar de su muerte.

Durante muchos años, y creemos que así sigue sucediendo, la historia ha sido contada junto a muchas chimeneas de casas de campo, y aunque apela a lo que muchos llamarían superstición, para los oídos de un público tosco y simple era como una emocionante homilía, que es de esperar no carezca totalmente de fruto.

La Prima

Asesinada

«Y allí yacen aguardando su propia sangre: acechan ocultos sus propias vidas.
» Así hacen todos los que codician ganancias; y que por ello quitan la vida del que las posee».

Esta historia de la nobleza irlandesa está escrita en la medida de lo posible con las mismas palabras con las que fue relatada por su «heroína», la fallecida Condesa D., y por tanto se narra en primera persona.

Mi madre murió cuando era yo una niña y no tengo de ella el más ligero recuerdo. Con su muerte, mi educación quedó exclusivamente bajo la dirección de mi padre. Éste emprendió su tarea apreciando rígidamente la responsabilidad que había recaído sobre él. Mi instrucción religiosa se llevó a cabo con una ansiedad casi exagerada; y desde luego tuve los mejores maestros para perfeccionarme en todos aquellos conocimientos que parecían requerir mi posición y riqueza. Mi padre era lo que solía llamarse una persona rara, y su tratamiento hacia mí, aunque por lo general amable, estaba regido no tanto por el afecto y la ternura como por un alto e inflexible sentido del deber. Raramente le veía o hablaba con él salvo en las horas de las comidas, y entonces, aunque amable, solía ser reservado y triste. Sus horas de ocio, que eran muchas, las empleaba en pasear a solas o en su estudio; en resumen, no parecía tener más interés por mi felicidad o mejora que el que parecía imponerle el cumplimiento consciente de su deber.

Poco antes de mi nacimiento se había producido un hecho que contribuyó en gran parte a promover y confirmar los poco sociales hábitos de mi padre. Había recaído sobre su hermano menor una sospecha de *asesinato*, y aunque no era lo bastante concreta como para llevarlo ante los tribunales, sí resultó tener la fuerza suficiente como para arruinar su vida pública. La terrible e infortunada duda cayó sobre el nombre de familia afectando a mi padre profunda y amargamente; ante todo porque estaba plenamente convencido de la inocencia de su hermano. Poco después demostró la sinceridad y la fuerza de esta convicción de una manera que produjo la catástrofe de mi historia.

Antes, sin embargo, de referir mis aventuras inmediatas debería relatar las circunstancias que habían provocado la mencionada sospecha, sobretodo porque en sí

mismas resultan curiosas, y en sus efectos están estrechamente relacionadas con mi historia posterior.

Mi tío, Sir Arthur Tyrrell, era un hombre alegre y extravagante que, entre otros vicios, sentía una ruinosa adicción por el juego. Incluso cuando su fortuna había sufrido tan gravemente que se hizo imperativo su alejamiento de la vida pública, aquella desafortunada inclinación siguió atrayéndole casi hasta el punto de excluir cualquier otra actividad. Era sin embargo un hombre orgulloso, o más bien vano, y no podía soportar el hecho de que la disminución de sus ingresos fuera un triunfo para aquellos con los que hasta entonces había competido; en consecuencia, no frecuentaba ya las dispendiosas moradas de su disipación y se retiró del mundo alegre dejando que sus contertulios descubrieran como pudieran sus motivos. Pero no se privó de su vicio favorito, pues aunque ya no pudiera venerar a su gran divinidad en aquellos templos costosos en los que hasta entonces habituaba a ocupar su puesto, descubrió que le era posible atraer a un número suficiente de devotos del azar como para satisfacer sus fines. En consecuencia, en Carrickleigh, nombre de la residencia de mi tío, nunca faltaban uno o varios visitantes del tipo que acabo de describir. Sucedió que en una ocasión le visitó un tal Hugh Tisdall, caballero de costumbres licenciosas, ciertamente bajas, pero de riqueza considerable, quien en su temprana juventud había viajado con mi tío por el Continente. Realizó esa visita en invierno, por lo que la casa estaba casi desierta, salvo sus habitantes habituales; la situación era por ello muy aceptable por cuanto que mi tío conocía bien que los gustos de su visitante concordaban exactamente con los suyos.

Ambos parecían decididos a aprovechar sus intereses mutuos durante la breve estancia que le había prometido el señor Tisdall; en consecuencia, se pasaban encerrados en los aposentos privados de Sir Arthur casi todo el día y la mayor parte de la noche, durante casi una semana, al final de la cual cuando un criado acudió como de costumbre a despertar al señor Tisdall, llamó repetidamente a su puerta sin recibir respuesta, y al intentar entrar descubrió que estaba cerrado por dentro. Aquello le resultó sospechoso y, tras alarmar a los habitantes de la casa, se abrió la puerta por la fuerza y al dirigirse a la cama encontraron sin vida el cuerpo de su ocupante, colgando a medias de ella, con la cabeza hacia abajo casi tocando el suelo. Tenía una herida profunda en una sien, aparentemente hecha con algún instrumento sin punta, que había penetrado hasta el cerebro, y otro golpe, menos eficaz, y probablemente el primero que recibió, le había rozado en la cabeza desprendiendo parte del cuero cabelludo. La puerta había sido cerrada doblemente desde el interior, como demostraba el hecho de que la llave siguiera colocada en la cerradura. La ventana, aunque sin asegurarse desde el interior, estaba cerrada; esa circunstancia resultaba sorprendente, pues la ventana representaba la única otra posibilidad de salir de la habitación. Además daba a una especie de patio interior rodeado por el edificio que anteriormente había resultado accesible por una puerta y un pasillo estrechos pertenecientes al ala más antigua del cuadrado, pero que más tarde habían sido cerrados impidiendo la entrada o

la salida; añadamos a ello el hecho de que la habitación estaba en el segundo piso y que la altura de la ventana era considerable; además, la repisa de piedra resultaba demasiado estrecha como para permitir que alguien permaneciera en pie sobre ella con la ventana cerrada. Cerca de la cama encontraron dos cuchillas de afeitar pertenecientes a la víctima, una de ellas en el suelo, y las dos abiertas. El arma que infligió la herida mortal no se encontró en la habitación, ni pudieron descubrirse huellas o cualquier otro rastro del asesino. Por sugerencia del propio Sir Arthur, se llamó inmediatamente al forense y se abrió una investigación. Sin embargo, de ésta no salió nada que fuera mínimamente concluyente. Examinaron cuidadosamente las paredes, techo y suelo de la habitación para averiguar si había en ellos alguna trampilla o cualquier otro modo oculto de entrada, pero no encontraron nada. Fue tal la minuciosidad de la investigación que aunque en la chimenea había ardido un gran fuego durante la noche procedieron a examinar el cañón de ésta para saber si alguien hubiera podido escapar por ella. Pero también ese intento fue inútil pues la chimenea, construida a la antigua usanza, se elevaba en línea perpendicular desde el hogar hasta una altura de casi cinco metros por encima del tejado, no permitiendo por su interior la menor posibilidad de ascenso por cuanto que la campana estaba enyesada y era lisa y se elevaba hacia la parte superior en la forma de un embudo invertido; además, aunque se llegara arriba, por su gran altura sólo ofrecía un precario descenso sobre la empinada pendiente del tejado. Añadamos a ello que las cenizas y el hollín que había en la chimenea no habían sido pisados y se consideró que esa circunstancia resultaba casi concluyente al respecto.

Evidentemente, interrogaron a Sir Arthur. Aportó sus pruebas con claridad y sin reserva hasta el punto de que parecían silenciar toda sospecha. Afirmó que durante el día y la noche inmediatamente precedentes a la catástrofe había perdido una fuerte suma, pero que en la última ronda no sólo había recuperado las pérdidas sino que había ganado 4.000 libras; como prueba de esto, presentó un reconocimiento de deuda por esa cantidad escrito de puño y letra por el fallecido y con la fecha de la noche de la catástrofe. Había mencionado esta circunstancia a Lady Tyrrell, y en presencia de algunos criados, declaración que se vio confirmada por las de *éstos*. Un miembro del jurado comentó sagazmente que la circunstancia de que el señor Tisdall hubiera tenido tan fuertes pérdidas pudo sugerir a alguna persona mal intencionada, que se enterara de ello accidentalmente, el plan de robarle asesinándole de tal manera que diera la impresión de que se hubiera suicidado; esa suposición se apoyaba poderosamente en el hecho de que se hubieran encontrado las cuchillas fuera de su caja y desplazadas. Probablemente habrían participado dos personas en el intento, una para vigilar al durmiente, dispuesta a golpearle en caso de que despertara repentinamente, mientras la otra buscaba las cuchillas y las utilizaba para infligir la herida fatal, de manera que pareciera que el propio asesinado lo hubiera hecho. Se dijo que mientras el jurado hacía esta sugerencia Sir Arthur cambió de color. Sin embargo, no había nada semejante a una prueba legal que lo implicara y en consecuencia el veredicto se emitió

contra una o varias personas desconocidas, y el asunto quedó así durante algún tiempo hasta que, unos cinco meses después, mi padre recibió una carta de una persona que firmaba con el nombre de Andrew Collis, quien decía ser primo del fallecido. Decía en esa carta que su hermano, Sir Arthur, incurriría probablemente no sólo en sospechas, sino también en riesgo personal a menos que pudiera explicar algunas circunstancias relacionadas con el reciente asesinato, e incluía una copia de una carta escrita por el fallecido fechada el mismo día de la noche del asesinato. La carta de Tisdall contenía, entre otros muchos asuntos, los pasajes siguientes:

«He tenido un duro trabajo con Sir Arthur: intentó alguno de sus viejos trucos, pero pronto se dio cuenta de que también yo soy de Yorkshire; que no le serviría de nada, ya me entiendes. Nos pusimos al trabajo como los buenos, con la cabeza, el corazón y el alma; y la verdad es que, desde que llegué aquí, no he perdido el tiempo. Me encuentro bastante fatigado, pero estoy convencido de haber sido bien recompensado por mis esfuerzos; nunca quise dormir mientras pudiera escuchar la música de un cubilete de dados, y tuviera con qué pagar al gaitero. Tal como te dije, intentó algunas de sus ridículas estratagemas, pero contraataqué como un hombre y le di, a cambio, más de lo que él podía tragar de la auténtica *sabiduría mortal*. En resumen, he desplumado al viejo baronet como ningún baronet fue desplumado antes; apenas si le dejé el palo de una pluma. Tengo pagarés escritos de su puño y letra por la cantidad de...; si lo prefieres en números redondos, digamos que de 25.000 libras, depositados a salvo en mi caja fuerte portátil, es decir, la billetera de cierre doble. Mañana a primera hora me iré de esta ruinosa y vieja ratonera, y por dos razones: en primer lugar, no quiero jugar con Sir Arthur más allá de lo que creo pueda garantizar su seguridad; y en segundo lugar, porque estaré más seguro a cien kilómetros de Sir Arthur que viviendo en su casa. Mira, amigo mío, esto lo digo entre tú y yo, quizás me equivoque, pero por..., tan seguro estoy como de que ahora vivo de que Sir A... intentó envenenarme anoche. Se acabó la vieja amistad entre ambos. Cuando gané el último envite, que fue bastante fuerte, mi amigo apoyó la frente en las manos y te reirás si te digo que su cabeza echaba literalmente humo, como un budín caliente. No sé si su agitación estaba producida por el plan que tenía contra mí o por el hecho de sostener pérdidas tan fuertes; hay que aceptar, no obstante, que tenía motivos para sentirse un poco asustado, fuesen cuales fuesen sus pensamientos; el caso es que tocó la campanilla y pidió dos botellas de champagne. Mientras un criado las traía, redactó un pagaré por la cantidad total, lo firmó y cuando llegó el criado con las botellas y las copas, le pidió que nos dejara solos. Llenó una copa para mí y mientras creía que yo tenía la vista apartada, pues en ese momento estaba guardando el pagaré, solapadamente dejó caer algo en la copa, sin duda para endulzarla; pero yo lo vi todo, y cuando me entregó la copa le dije con un

énfasis que él debió entender fácilmente: "tiene sedimentos, no voy a beberla". Él hizo un comentario intrascendente y me quitó la copa de la mano arrojando su contenido al fuego. ¿Qué piensas de eso? ¿Verdad que ha sido una buena racha? Gane o pierda, esta noche no jugaré más de 5.000 y mañana me pondré fuera del alcance del champagne de Sir Arthur».

Nunca oí a mi padre expresar la menor duda con respecto a la autenticidad de ese documento. Y estoy convencida de que, por su poderosa convicción en favor de su hermano, no lo habría admitido sin una investigación suficiente, por cuanto que tendía a confirmar las sospechas que ya existían en su contra. Ahora bien, el único punto de esta carta que perjudicaba gravemente a mi tío era la mención del «billetero de cierre doble», en cuanto que receptáculo de documentos que probablemente le involucraban, pues la billetera no apareció, ni se encontró en ninguna parte, ni el fallecido tenía documento alguno referente a sus transacciones de juego.

Pero con independencia de cuál fuera la intención original de este hombre, Collis, ni mi tío ni mi padre volvieron a oír hablar de él. Sin embargo publicó la carta en un periódico de Faulkner, que se convertiría poco después en el vehículo de un ataque mucho más misterioso.

El pasaje de ese periódico al que aludo apareció unos cuatro años más tarde, cuando el suceso fatal estaba todavía fresco en la memoria pública. Comenzaba con un prefacio lleno de divagaciones en el que se afirmaba que «una *cierta persona* a quien *ciertas* personas consideran muerto, no lo está, sino que vive, y en plena posesión de su memoria, y además está dispuesto, y puede hacerlo, a hacer que tiemblen *importantes* delincuentes». Pasaba después a describir el asesinato, pero sin mencionar nombres; y al hacerlo entraba en particulares minuciosos y circunstanciales que sólo podría haber conocido un *testigo ocular*, añadiendo implicaciones demasiado inequívocas como para ser consideradas como insinuaciones que involucraban como culpable de la transacción al «*jugador con título nobiliario*».

Mi padre pidió enseguida a Sir Arthur que procediera contra el periódico acusándolo de difamación, pero no quiso ni oír hablar de ello, ni consintió que mi padre diera el menor paso legal en ese asunto. Sin embargo mi padre escribió en tono amenazador a Faulkner, pidiéndole que facilitara el nombre del autor del ofensivo artículo. Todavía guardo la respuesta a esa petición, escrita en tono apologético: afirma que el manuscrito había sido entregado, pagado e insertado como anuncio sin una investigación suficiente ni conocimiento alguno de a quién se refería. Sin embargo no se dio paso alguno para limpiar ante el conocimiento público el nombre de mi tío; y como inmediatamente después éste vendió una pequeña propiedad, sin que nadie supiera lo que había hecho con el dinero obtenido, se dijo que lo había utilizado para comprar la información amenazadora; aunque hubiera podido ser así, lo cierto es que no se hicieron acusaciones contra mi tío por el misterioso asesinato y que por lo que concierne a molestias exteriores disfrutó desde entonces de absoluta seguridad y

tranquilidad.

Sin embargo, en la opinión pública se había producido una impresión profunda y duradera por lo que la gente acomodada de la zona ya no visitaba ni tenía en cuenta a Sir Arthur Tyrrell, aunque hasta entonces éste había recibido sus atenciones. Por ello, simuló despreciar aquellas cortesías de las que ya no disfrutaba e incluso rehuyó la compañía que podría haber obtenido. Esto es todo lo que necesito recapitular acerca de la historia de mi tío, por lo que pasaré ahora a la mía.

Aunque, que yo recuerde, mi padre nunca visitó a mi tío, ni fue visitado por éste, pues ambos eran de costumbres indolentes, poco sociales y acostumbraban a dejar las cosas de un día para otro, y además sus residencias respectivas estaban muy alejadas, pues una de ellas se encontraba en el condado de Galway y la otra en el de Cork, se sentía muy unido a su hermano y puso de manifiesto su afecto con una correspondencia activa y resintiéndose profunda y orgullosamente del desprecio que había etiquetado a Sir Arthur como indigno de mezclarse con la sociedad.

Cuando yo tenía unos dieciocho años, mi padre, cuya salud había ido empeorando gradualmente, murió dejándome con el corazón desolado y, por su habitual aislamiento, con muy pocos conocidos y casi ningún amigo. Las provisiones de su testamento fueron curiosas, y cuando me recuperé lo suficiente para escucharlas y comprenderlas me sorprendieron no poco: me dejaba sus enormes propiedades a mí y a los herederos de mi cuerpo; y a falta de tales herederos a mi muerte pasarían a mi tío, Sir Arthur, sin ninguna vinculación. Al mismo tiempo el testamento lo designaba como mi tutor deseando que yo pudiera ser recibida en su casa y residir con su familia, bajo sus cuidados, durante mi minoría de edad; y en consideración del incremento de los gastos consiguiente a ese acuerdo se le concedía una buena asignación mientras durara mi residencia con él. Entendí enseguida el objetivo de esta última cláusula: como con ella resultaba del interés evidente de Sir Arthur el que yo muriera sin herederos biológicos, al tiempo que me colocaba totalmente bajo su voluntad, mi padre deseaba mostrar al mundo lo grande que era su confianza en el honor y la inocencia de su hermano. Era un plan extraño, quizás inútil, pero como se me había educado en la costumbre de considerar que mi tío era un hombre que había resultado profundamente herido, y se me había enseñado, casi como si formara parte de mi religión, a considerarlo como el alma misma del honor, no me inquietó en absoluto un acuerdo que probablemente tendría que afectar a una joven tímida por la perspectiva de tener que vivir, por primera vez en su vida, entre desconocidos. Antes de abandonar mi casa, lo que pensé iba a hacer con el corazón apesadumbrado, recibí de mi tío una carta de lo más tierna y afectiva pensada, si es que eso podía conseguirse, para eliminar la amargura de separarme de los escenarios familiares y queridos de mi primera infancia, y en cierto grado para reconciliarme con la medida. Llegué a los viejos dominios de Carrickleigh en un hermoso día otoñal. Me costará olvidar la impresión de tristeza y tenebrosidad que produjo en mi mente todo lo que vi; los rayos del sol caían con un brillo rico y melancólico sobre los hermosos y antiguos árboles, que crecían en grupos

señoriales, arrojando sus largas sombras sobre las rocas y el césped; había en aquel lugar una atmósfera de olvido y despreocupación que llegaba casi hasta la desolación, y que tristemente aumentó cuando nos acercamos al edificio, en cuya proximidad el terreno había sido en origen más cuidadosa y artificialmente cultivado que en otros lugares, por lo que el abandono resaltaba de manera más inmediata y sorprendente.

Al avanzar, el camino rodeaba casi los lechos de lo que antiguamente habían sido dos lagunas de peces, y ahora no eran apenas más que charcas estancadas en las que crecían hierbajos, y aquí y allá sobresalían matorrales dispersos. La propia avenida tenía muchas interrupciones, pues en numerosos lugares las piedras casi llegaban a quedar ocultas por las ortigas y hierbas; los muros de piedra sin trabar que aquí y allá cortaban el ancho parque se habían venido abajo por muchos sitios, y ya no satisfacían su objetivo original de servir de cercas; de vez en cuando veía pilares cuyas puertas habían desaparecido; y para aumentar la atmósfera general de dilapidación, troncos enormes yacían esparcidos por el suelo entre los antiguos y venerables árboles, bien como consecuencia de las tormentas invernales o quizás como víctimas de algún plan extenso, pero inconstante, de desforestación cuyo proyectista no había tenido dinero suficiente, o perseverancia, para llevarlo hasta el final.

Cuando el carruaje había recorrido ya casi dos kilómetros de esta avenida, llegamos a la cumbre de un promontorio bastante abrupto, uno de los muchos que aumentaban el pintoresquismo, pero no la comodidad de la aproximación. Desde arriba pude verlas paredes grisáceas de Carrickleigh, elevándose delante a corta distancia, y oscurecidas por los bosques blancuzcos que se arracimaban alrededor. Era una edificación cuadrangular de considerable extensión y la fachada, en la que se encontraba la entrada principal, miraba hacia nosotros con idénticas e inequívocas señales de antigüedad. El aspecto solemne y gastado por el tiempo de la antigua edificación, la apariencia ruinosa y desértica de todo el lugar, y las asociaciones que lo relacionaban con una página oscura de la historia de mi familia se combinaron deprimiendo mi espíritu, predispuesto ya a recibir impresiones sombrías y abatidas.

Cuando el carruaje nos llevó hasta el patio de césped cortado que había frente a la puerta principal, dos hombres de aspecto perezoso, muy acordes con el lugar en el que habitaban, alarmados por los ladridos estrepitosos de un enorme perro que había allí encadenado, salieron de unas casas casi en ruinas y se hicieron cargo de los caballos. Se abrió la puerta principal y entré en una estancia triste e imperfectamente iluminada sin encontrar a nadie en su interior. Pero no tuve que esperar demasiado tiempo en esa difícil situación, pues antes de que hubieran entrado en la casa mi equipaje, antes incluso de que me hubiera quitado el abrigo y los demás embozos, para poder mirar así fácilmente a mi alrededor, entró corriendo en el recibidor una mujer joven que me besó cordialmente y exclamó ruidosamente:

—Mi querida prima, mi querida Margaret, estoy tan encantada... y sin aliento, no te esperábamos hasta las diez; mi padre está en algún sitio de la finca, debe estar cerca. James... Corney... id corriendo a decírselo a vuestro amo; mi hermano raras veces está

en casa, al menos a una hora razonable; debes estar tan cansada... tan fatigada. Permíteme que te enseñe tu habitación; subid arriba el equipaje de Lady Margaret. Tienes que acostarte y descansar. Deborah, sube un poco de café; estamos tan encantados de verte... no te puedes imaginar lo sola que he estado; qué empinados son estos escalones, ¿verdad? Estoy tan contenta de que hayas venido... apenas podía creer que fueras a venir realmente; qué buena has sido, querida Lady Margaret.

Había placer y afabilidad auténticos en el saludo de mi prima, y una especie de confianza familiar que me hizo sentirme inmediatamente a gusto, y en intimidad con ella. La habitación ala que me llevó, aunque en general compartía la atmósfera de decadencia que invadía toda la mansión, sin embargo había sido arreglada prestando una evidente atención a la comodidad, e incluso con un deslucido intento de lujo; pero lo que más me complacía es que mediante una segunda puerta se abría a un pasillo que comunicaba con el apartamento de mi prima; una circunstancia que a mis ojos le quitaba a la habitación ese aire de soledad y tristeza que de otro modo la habría caracterizado, y en una medida casi dolorosa para alguien que como yo se sintiera tan deprimida y agitada.

Después de completar los arreglos que consideré necesarios, ambas bajamos al salón, una habitación grande y entablada que rodeaban tristes y viejos retratos, y que incluía, lo que no me apenó en absoluto, un fuego grande y alegre en su amplia chimenea. Allí mi prima podía hablar con mayor tranquilidad; y de ella aprendí algunas de las costumbres y hábitos de los otros dos miembros de su familia, a quienes todavía no había visto. A mi llegada no sabía nada de la familia con la que iba a residir, salvo que la componían tres personas, mi tío, su hijo y su hija, pues Lady Tyrrell hacía ya mucho tiempo que había muerto; aparte de esta escasa información, enseguida supe por mi comunicativa compañera que mi tío, tal como yo había sospechado, era de costumbres totalmente solitarias, como siempre había sido, por lo que ella podía recordar, bastante estricto, tal como suelen volverse los libertinos reformados, últimamente se había ido haciendo cada vez más religioso, pero de una manera triste y rígida. La descripción que me hizo de su hermano fue mucho menos favorable, aunque no llegara a decir nada que le atacara directamente. Por todo lo que pude sacar de sus palabras supuse que era un ejemplar de «*terrateniente*» ocioso, de maneras toscas y disoluto; consecuencia que podía deberse naturalmente a la circunstancia de que, por así decirlo, hubiera quedado marginado de la sociedad, y obligado a verse acompañado por quienes eran inferiores a él... disfrutando además de la peligrosa prerrogativa de gastar mucho dinero. Sin embargo, puede suponer fácilmente que no encontré nada en la compañía de mi primo que me llevara a comprobar plenamente y de manera decidida esa conclusión.

Aguardé la llegada de mi tío, al que esperaban en cualquier momento, con sentimientos en los que se combinaban a partes iguales la alarma y la curiosidad, sensación esa que desde entonces he experimentado a menudo, aunque en menor grado, siempre que conocía por primera vez a alguien de quien he oído hablar, o en el

que hubiera pensado con interés. Por eso me sentí algo turbada cuando oí primero una ligera agitación junto a la puerta exterior, luego unos pasos que atravesaban lentamente el salón y finalmente vi que se abría la puerta y que mi tío entraba por ella. Era un hombre de notable aspecto; por las peculiaridades tanto de su persona como de su vestimenta, el efecto de su aparición producía una singularidad extrema. Era alto, y de joven su figura debió ser muy elegante; pero ese efecto se veía ya estorbado por una clara inclinación; su vestido era de un color sobrio, y de una moda anterior a cualquiera que yo pudiera recordar. Sin embargo era guapo y en modo alguno descuidado; pero lo que completaba la singularidad de su apariencia eran sus cabellos blancos y sin cortar que colgaban en largos rizos, no totalmente descuidados, hasta los hombros, y que se combinaban con sus rasgos clásicos regulares y hermosos ojos oscuros para darle un aire de venerable dignidad y orgullo que raramente he vuelto a ver en nadie más. Me levanté cuando él entró y fui a saludarle hasta el centro de la habitación; me besó en la mejilla y en ambas manos y me dijo:

—Eres bienvenida, querida niña, y espero que puedas ser tan feliz como te lo permita este pobre lugar y todo lo que contiene. Me regocijo de verte... verdaderamente me alegro. Espero que no estés muy fatigada; pero te ruego que vuelvas a sentarte —se interrumpió aquí para conducirme hasta mi silla antes de seguir hablando—. Me alegro de darme cuenta de que ya te has hecho amiga de Emily; veo en ello los fundamentos de una amistad duradera. Las dos sois inocentes, y ambas jóvenes. Que Dios te bendiga... que Dios te bendiga y te conceda todo lo que te deseo.

Levantó los ojos y permaneció en silencio unos momentos, como si estuviera rezando en secreto. Me pareció imposible que este hombre de sentimientos claramente tan tiernos pudiera ser el infortunado que la opinión pública decía que era. Más que nunca me sentí convencida de su inocencia. Sus maneras eran fascinantes, o así me lo parecían. No sé hasta qué punto la luz de la experiencia habría alterado esa estimación. Pero entonces yo era muy joven y lo contemplé con una mezcla perfecta de la cortesía de la vida educada y las más amables virtudes del corazón. Empezó a brotar en mi interior un sentimiento de afecto y respeto hacia él, que se hacían más intensos cuando recordaba lo mucho que había sufrido en su fortuna, y lo cruelmente que había padecido en su fama. Mi tío había hecho todo lo posible para darme a entender que era muy bien recibida, y podía solicitar cualquier cosa que fuera suya, tras lo cual me dijo que fuera a cenar algo, y al negarme yo a ello observó que, antes de darme las buenas noches, tenía un deber que cumplir y que estaba convencido que yo lo aceptaría alegremente. Procedió entonces a leer un capítulo de la Biblia; tras ello se despidió con la misma amabilidad afectuosa con la que me había saludado, tras repetir su deseo de que considerara yo que tenía a mi disposición cualquier cosa que se hallara en su casa. No es necesario decir lo complacida que estaba con mi tío... y era imposible no estarlo. No podía dejar de decirme a mí misma que si un hombre como aquel no estaba a salvo del ataque de la calumnia, ¿quién podía estarlo? Me sentía más feliz que nunca desde la muerte de mi padre y aquella noche disfruté del primer sueño auténtico y recuperador

que me había visitado desde aquella calamidad. Mi curiosidad con respecto a mi primo no quedó insatisfecha mucho tiempo; se presentó al día siguiente a la hora de la cena. Sus maneras, aunque no tan toscas como yo había esperado, resultaban muy desagradables; había en él una seguridad y descaro para los que no estaba preparada; pero no había esa vulgaridad de las maneras ni de la mente que yo había anticipado. En su presencia me sentía muy incómoda; era esa confianza en su mirada y su tono que le llevaba a ver un estímulo en lo que simplemente era tolerancia; y todavía me sentí más disgustada y molesta por los cumplidos toscos y extravagantes que me hacía de vez en cuando que por el alcance pleno de su atrocidad. Había sin embargo un consuelo, y era el que no solía presentarse con frecuencia por estar dedicado a actividades que ni sabía cuáles eran ni me importaban; pero cuando venía, dirigía hacia mí sus atenciones de manera tan evidente y perseverante, quizás con la idea de divertirse o con algún objetivo más serio, que aunque fuera joven e inexperta ni siquiera yo podía ignorar su significado. Esta persecución odiosa me provocaba más de lo que soy capaz de expresar, y le desanimé con tanto vigor que ni siquiera la rudeza me detenía con el fin de convencerle de que su asiduidad no era bien recibida; pero todo resultaba en vano.

Las cosas estaban así desde hacía casi doce meses, provocándome molestias infinitas, cuando un día en el que estaba sentada realizando un trabajo de costura con mi compañera Emily, tal como acostumbrábamos, en el salón, se abrió la puerta y entró mi primo Edward en la habitación. Pensé que había algo extraño en sus maneras, una especie de lucha entre la vergüenza y la indiscreción, una especie de confusión y ambigüedad que le hacían parecer, si ello era posible, más desagradable que de ordinario.

—Vuestro servidor, damas —dijo al tiempo que se sentaba—. Siento estropearos vuestro *tête-à-tête*; pero no importa, ocuparé el lugar de Emily durante uno o dos minutos y luego saldremos un rato, bella prima. Emily, mi padre quiere verte en la torreta de la esquina; sin vacilar, tiene prisa —ella dudó un momento y él continuó—. Vamos, en marcha te digo —exclamó en un tono que la pobre chica no se atrevió a desobedecer.

Salió de la habitación y Edward la siguió hasta la puerta. Se quedó allí en pie unos momentos, como reflexionando acerca de lo que debía decir, o quizás asegurándose de que no hubiera nadie en el salón que pudiera escucharle. Finalmente se dio la vuelta, tras cerrar la puerta descuidadamente con el pie, y avanzando con lentitud, sumido en pensamientos profundos, se sentó en la mesa enfrente de donde yo estaba. Se produjo un breve intervalo de silencio y después dijo:

—Imagino que habrás sospechado perspicazmente el objetivo de mi temprana visita; pero creo que deberé entrar en los particulares. ¿No es así?

—No tengo la menor idea de cuál pueda ser tu objetivo —contesté yo.

—Bueno, bueno —dijo él sintiéndose más tranquilo conforme iba hablando—. Se puede decir en muy pocas palabras. Ya sabes que es totalmente imposible, que está absolutamente fuera de cuestión, el que un tipo joven y sincero como yo y una chica de

buen aspecto como tú se puedan encontrar continuamente, tal como tú y yo hemos estado haciendo, sin que una unión... un agrado, crezca por un lado u otro; en resumen, creo que he de hacerte saber con toda claridad que me he enamorado de ti casi desde la primera vez que te vi —ahí hizo una pausa, pero yo estaba demasiado horrorizada para hablar, y él interpretó favorablemente mi silencio—. Reconozco que he sido bastante difícil de agradar, y que todavía me ha sido más difícil encontrar. Ni siquiera sé cuándo me atrajo una chica antes, por lo que ves que la fortuna me reservó...

En ese momento, el miserable me rodeó la cintura con un brazo: ese acto me llevó de inmediato a exclamar, mientras con la vehemencia más indignada me libraba de su abrazo, lo siguiente:

—Señor, desde luego que he percibido sus desagradables atenciones; hace tiempo que han sido para mí causa de grandes molestias; y debe ser consciente de que le he señalado mi desaprobación y disgusto tan inequívocamente como me ha sido posible sin llegar a ser realmente poco delicada.

Me detuve porque estaba casi sin aliento por la rapidez con la que había hablado; y sin darle tiempo a renovar la conversación, abandoné precipitadamente la habitación dejándole en un paroxismo de rabia y mortificación. Mientras subía las escaleras le oí abrir la puerta del salón con violencia y dar dos o tres zancadas rápidas en la dirección en la que yo me movía. Me sentí muy asustada y corrí hasta llegar a mi habitación, cerré la puerta con el pestillo, y me quedé escuchando sin respirar, pero no oí sonido alguno. Por el momento aquello me alivió; pero presa de la agitación y las molestias de la escena que acababa de vivir, cuando mi prima Emily llamó a la puerta yo lloraba muy agitada. Entenderá fácilmente mi angustia si reflexiona en lo que me desagradaba mi primo Edward, unido a mi juventud e inexperiencia extrema. Cualquier proposición de esa naturaleza tenía que agitarme; pero que procediera de un hombre al que instintivamente odiaba y aborrecía por encima de todos los demás, y a quien con toda la claridad que permiten las buenas costumbres había expresado el estado de mis sentimientos, era algo demasiado tremendo para poder soportarlo; también era una calamidad que no pudiera exigir la simpatía de mi prima Emily, quien siempre me había apoyado en mis pequeñas inquietudes. Esperaba sin embargo que la situación no dejara de tener cosas buenas, pues pensaba que una consecuencia inevitable y agradable de este doloroso *éclaircissement* sería que mi primo abandonaría su odiosa persecución.

Cuando me desperté a la mañana siguiente tenía la ferviente esperanza de no volver a contemplar nunca su rostro, y ni siquiera oír su nombre; pero aunque devotamente deseara tal cosa, era poco probable que sucediera. Las impresiones dolorosas del día anterior eran todavía demasiado fuertes como para poder borrarse de inmediato, y no pude evitar sentir un oscuro presagio de la inminencia de algo malo y molesto. Estaba fuera de cuestión esperar por parte de mi primo algo semejante a la delicadeza o consideración hacia mí. Vi que había puesto su corazón en mis propiedades y que

probablemente no se olvidaría fácilmente de ese premio, pues tenía a su favor todas las oportunidades y facilidades para exigir casi mi entrega. Siento ahora agudamente lo poco razonable de la conducta de mi padre al obligarme a residir con una familia a cuyos miembros, con una excepción, desconocía totalmente; y sentí amargamente lo indefensa que estaba en aquella situación. Sin embargo, decidí que si mi primo perseveraba en sus intentos, le expresaría todos los particulares a mi tío, aunque éste nunca, por amabilidad o intimidad, había ido un paso más allá de nuestra primera entrevista, y entregarme a su hospitalidad y sentido del honor para que me protegiera contra la repetición de tales incomodidades.

La conducta de mi primo no parecía una causa adecuada para tan grave inquietud; pero no eran sus actos ni sus palabras las que provocaban mi alarma, sino sus maneras, extrañas e incluso intimidatorias. Al principio de nuestra conversación del día anterior había en él una especie de fanfarronería que, hacia el final, dejó paso a algo que estaba en el límite de la vehemencia brutal de un rufián absoluto, transición ésta que me había tentado a creer que mi primo podía buscar, incluso a la fuerza, extraer mi consentimiento a sus deseos, o incluso, por medios todavía más horribles en los que apenas me atrevía a pensar, apropiarse de mis bienes.

A primera hora del siguiente día me dijeron que mi tío me esperaba en sus habitaciones privadas, situadas en la torreta de la esquina del antiguo edificio; y por tanto acudí a verle preguntándome todo el tiempo por el significado de aquella medida tan poco habitual. Cuando entré en la habitación no se levantó para saludarme, tal como acostumbraba, sino que simplemente me designó una silla situada frente a la suya; aquello no presagiaba nada agradable. Sin embargo, me senté, en silencio aguardando a que él iniciara la conversación.

—Lady Margaret —dijo por fin en un tono de mayor rigidez de la que le consideraba capaz de utilizar—. Hasta ahora te he hablado como a una amiga, pero no he olvidado que soy también tu tutor y que mi autoridad como tal me da derecho a controlar tu conducta. Te haré una pregunta y espero y exijo una respuesta clara y directa. ¿He sido bien informado cuando me han dicho que despreciativamente has rechazado la petición y la mano de mi hijo Edward?

Temblorosa y tartamudeando, respondí:

—Señor, creo haber rechazado las proposiciones de mi primo; y mi frialdad y desaliento deben haberle convencido de que estaba decidida a ello.

—Madame —replicó él con una cólera reprimida pero que a mí me pareció intensa—. He vivido lo suficiente para saber que *frialdad y desaliento*, y términos semejantes, forman parte de la hipocresía común de una coqueta indigna. Sabe plenamente, lo mismo que yo, que la *frialdad y el desaliento* pueden mostrarse para convencer al objetivo de que no es indiferente ni desagradable a la mujer que así se comporta. Sabe también, mejor que nadie, que un desprecio simulado que se muestra habilidosamente se encuentra entre los señuelos más formidables que puede emplear una beldad artificial. Madame, le aseguro que habiendo permitido sin expresar una sola palabra de

desaliento las más notables atenciones de mi hijo durante doce meses o más, no tiene *derecho* a rechazarle sin mayor explicación que decirle gravemente que siempre le había considerado con frialdad, y ni su riqueza ni *su señorío* (había un énfasis de desprecio en la palabra que habría convenido al propio Sir Giles Overreach) le permite tratar con desprecio la consideración afectuosa de un corazón honesto.

Me sentía demasiado sorprendida por ese intento claro de forzarme a una aquiescencia ante un plan interesado y carente de principios destinado a su propio crecimiento, dándome cuenta ahora de que mi tío y su hijo lo habían preparado deliberadamente, como para encontrar fuerzas con las que estructurar una respuesta a lo que me habían dicho. Pero finalmente, con una firmeza que me sorprendió a mí misma, respondí:

—En todo lo que ha dicho hasta ahora, señor, ha equivocado gravemente la consideración de mi conducta y motivos. Su información debe haber sido muy incorrecta por lo que se refiere a mi conducta hacia mi primo; mis maneras hacia él no pueden haber transmitido otra cosa que desagrado; y si algo pudiera añadirse ala poderosa aversión que he sentido siempre hacia él, sería su intento de asustarme así para llevarme a un matrimonio que él sabe que me es desagradable, y que sólo busca como medio de asegurarse mis propiedades. Mientras decía esto, fijé mis ojos en los de mi tío, pero él era ya demasiado viejo en las costumbres mundanas como para flaquear ante la mirada de ojos más inquisitivos que los míos, y simplemente añadió:

—¿Conoce las cláusulas del testamento de su padre?

Respondí afirmativamente y él siguió hablando.

—Entonces sabrá que si mi hijo Edward fuera, y que Dios lo impida, el hombre libertino y sin principios, el rufián que piensa que es —(aquí empezó a hablar muy lentamente, como si intentara que cada palabra que decía se grabará en mi memoria, y al mismo tiempo la expresión de su semblante sufrió un cambio gradual pero horrible, y los ojos que tenía fijos en mí se volvieron tan vivos y oscuros, que casi dejé de ver cualquier otra cosa)—, si él fuera tal como lo ha descrito, ¿no habría encontrado un camino más corto que el matrimonio para lograr sus fines? ¡Un solo golpe, una conducta en modo alguno peor que la que insinúa transferiría a nosotros vuestras propiedades!

Cuando dejó de hablar permanecí en pie unos minutos, mirándole fijamente, fascinada por su mirada terrible, como de serpiente, hasta que él, cambiando de nuevo el semblante, prosiguió su discurso.

—No hablaré con usted sobre este tema hasta que haya pasado un mes. Tendrá tiempo para considerar las ventajas relativas de las dos opciones que se le abren. Me apenaría precipitarla a tomar una decisión. Me siento satisfecho con haber expresado mis sentimientos sobre el tema y señalarle el camino del deber. Recuerde, un mes a partir de hoy; ni una palabra hasta entonces.

En ese momento se levantó y yo abandoné la habitación sintiéndome agitada y exhausta. Esta entrevista, las circunstancias que la rodearon, pero ante todo la

expresión formidable del semblante de mi tío mientras hablaba, aunque hipotéticamente, de *asesinato*, se combinaron para despertar mis peores sospechas hacia él. Tenía miedo de mirar el rostro que recientemente se había puesto el uniforme terrible de la culpa y la malignidad. Lo miraba con la combinación de miedo y aversión con que se contempla un objeto que nos ha torturado durante una pesadilla.

Pocos días después de la entrevista que acabo de detallar encontré una nota en mi mesa de tocador y al abrirla leí lo siguiente:

> «Mi querida Lady Margaret,
>
> Posiblemente le sorprenderá ver hoy en su habitación un rostro desconocido. He despedido a su doncella irlandesa y he contratado a una francesa que le aguarda; un paso que se hace necesario porque en breve me propongo visitar el Continente con toda mi familia.
>
> Su fiel guardián,
> ARTHUR TYRRELL».

Al investigar descubrí que mi fiel servidora había desaparecido, y llevaba ya mucho tiempo de camino hacia la ciudad de Galway. En su lugar apareció una francesa de edad avanzada, alta, huesuda y del mal aspecto, cuyas maneras hoscas y presuntuosas parecían implicar que nunca hasta ese momento había trabajado de doncella. No pude evitar considerarla como una mujer de mi tío, y por tanto sentí miedo aunque no hubiera sido sospechosa por ninguna otra causa.

Pasaron días y semanas sin que por mi parte tuviera la menor duda con respecto a lo que debía hacer. El período de tiempo fijado pasó finalmente; llegó el día en el que tenía que comunicar la decisión a mi tío. Aunque mi resolución no había vacilado un solo momento, no podía evitar sentir miedo ante la inminente entrevista, y mi corazón se me hundió al oír que me convocaba a su habitación. No había visto a mi primo Edward desde que se produjo el gran *éclaircissement*; debió evitarme a propósito; imagino que por estrategia, no por delicadeza. Estaba dispuesta a soportar un terrible ataque de furia por parte de mi tío en cuanto le hiciera saber mi decisión; no irrazonablemente, temía que recurriera entonces a algún acto de Violencia o intimidación. Con esos temibles augurios en mi interior, abrí temerosamente la puerta del estudio y al minuto siguiente me encontré en presencia de mi tío. Me recibió con una cortesía que me resultó temible por cuanto que significaba que anticipaba que le iba a dar una respuesta favorable; y tras un ligero retraso, empezó diciendo:

—Creo que sería un alivio para ambos llevar lo antes posible esta conversación a su culminación. Me excusará entonces, mi querida sobrina, por hablar con una franqueza que en otras circunstancias sería imperdonable. Estoy seguro de que habrá considerado con seriedad y justicia el tema de nuestra última entrevista; y que estará dispuesta ahora a darme su respuesta con sinceridad. Bastarán algunas palabras; nos entendemos

perfectamente el uno al otro.

Hizo una pausa, y yo, aunque me sentía de tal manera que podía explotar en cualquier instante, respondí sin embargo con absoluta compostura:

—Señor, debo darle ahora la misma respuesta que en la última ocasión, y reiterar la declaración que entonces hice según la cual no puedo ni podré nunca, mientras tenga vida y razón, consentir a una unión con mi primo Edward.

Ese anuncio no produjo ningún cambio aparente en Sir Arthur, salvo una extrema palidez. Durante un minuto pareció perdido en oscuros pensamientos, hasta que luego, con un ligero esfuerzo, dijo:

—Me ha respondido directa y honestamente; y dice que su resolución es inalterable; bien, si hubiera sido de otra manera... si hubiera sido otra... pero es como es y estoy satisfecho.

Me dio la mano, fría y húmeda como la muerte; era evidente que bajo una calma fingida estaba terriblemente agitado. Siguió estrechándome la mano con una presión casi dolorosa mientras parecía olvidarse de mi presencia y, casi inconscientemente, murmuraba:

—¡Qué extraño, verdaderamente extraño! ¡Fatuidad, sólo fatuidad! —en ese momento hizo una larga pausa antes de continuar—. *Verdaderamente* es una locura tensar un cable que está podrido en su corazón; tiene que romperse... y entonces... pasa todo.

De nuevo volvió a hacer una pausa de varios minutos, tras la cual, cambiando repentinamente su voz y sus maneras, y adoptando un aire oficioso, exclamó:

—Margaret, mi hijo Edward no volverá a acosarte. Abandona mañana este país para irse a Francia; no volverá a hablar más sobre el tema... nunca, nunca más; los acontecimientos que dependían de tu respuesta seguirán ahora su propio curso; pero en cuanto a esa proposición sin frutos, ya se ha puesto a prueba lo suficiente; no podrá repetirse más.

Tras estas palabras soltó mi mano con frialdad, como expresando así que abandonaba totalmente todos sus proyectados planes de alianza; y ciertamente esa acción, con las palabras que la acompañaban, produjo en mi mente un efecto más solemne y deprimente del que hubiera creído posible que causara la decisión que había tomado; produjo en mi corazón ese respeto y pesadez que acompañan al logro de un acto importante e irrevocable, aunque ninguna duda o escrúpulo queden en el agente que le hagan pensar que hubiera preferido no realizarlo.

—Bien —dijo mi tío al cabo de un rato—. Dejemos ahora de hablar de este tema y nunca regresemos a él. Recuerda que ya no deberás sentirte nunca incómoda por lo de Edward; abandona Irlanda para irse a Francia mañana; para ti, será un alivio; ¿puedo confiar en tu *honor* que ninguna palabra relativa al tema de esta entrevista se te escapará nunca? —Cuando le ofrecí la tranquilidad que deseaba, añadió—: está bien; me siento satisfecho; creo que ya no tenemos nada que decir ninguno de los dos, y mi presencia puede ser una cohibición para ti, por tanto, me despido.

Abandoné entonces la sala sin saber apenas qué pensar de la extraña entrevista que acababa de tener.

Al día siguiente mi tío aprovechó una ocasión para decirme que Edward habría zarpado si no se lo hubiera impedido el clima o los vientos adversos; y dos días más tarde, sacó una carta de su hijo, escrita según me dijo a bordo, y enviada mientras el barco se estaba cargando. Fue una gran satisfacción para mí que me comunicó, como era de esperar, Sir Arthur.

Durante todo aquel terrible período encontré infinito consuelo en la compañía y simpatía de mi querida prima Emily. Nunca después volví a tener una amistad tan íntima, tan ferviente, que pueda recordar con un placer tan entero, y en cuyo final pensaré siempre con una pena tan profunda, pero sin amargura. En alegres conversaciones con ella recuperé pronto y de manera considerable mi ánimo, y pasé el tiempo agradablemente, aunque todavía en el mayor de los aislamientos. Las cosas iban relativamente bien, aunque a veces no podía evitar un sentimiento momentáneo, aunque horrible, de incertidumbre con respecto al carácter de mi tío; y no me faltaban razones para ello, teniendo en cuenta las circunstancias de las dos duras entrevistas cuyos particulares acabo de detallar. Las desagradables impresiones que aquellas entrevistas dejaron en mi mente desaparecían rápidamente cuando se produjo una circunstancia, insignificante en sí misma, pero pensada para despertar mis peores sospechas y volverme a abrumar de ansiedad y terror.

Un día había salido de la casa con mi prima Emily para dar un largo paseo con el propósito de dibujar algunas vistas favoritas y llevábamos ya caminado aproximadamente un kilómetro cuando me di cuenta de que habíamos olvidado los materiales de dibujo, y que sin ellos no tenía sentido nuestro paseo. Riéndonos de nuestro descuido, regresamos a la casa y Emily se quedó en el exterior mientras yo subía corriendo las escaleras para coger los lápices y cuadernos de dibujo, que estaban en mi habitación. Al subir las escaleras me encontré con la mujer francesa, alta y de mal aspecto, quien evidentemente se mostró bastante confusa.

—*Que veut Madame?* —dijo ella con un esfuerzo por mostrarse cortés mayor que el que había hecho nunca.

—No, no... no importa —dije yo pasando presurosa junto a ella camino de mi habitación.

—*Madame* —gritó ella en tono agudo—. *Restez ici s'il vous plaît, votre chambre ¡fest pas faite.*

Seguí avanzando sin hacerle caso. Ella iba un poco por detrás de mí, y pensando que no podría impedir mi entrada de ningún otro modo, pues me encontraba ya en el pasillo, hizo un intento desesperado de agarrarme. Consiguió coger el extremo de mi chal, que me quitó de los hombros, pero resbalando al mismo tiempo en el suelo de roble pulimentado, cayó cuán larga era sobre las tablas. Un poco asustada, y también enfadada por la rudeza de aquella mujer extraña, abrí la puerta de mi habitación precipitadamente, dispuesta a escapar de ella; pero con gran asombro por mi parte, al

entrar encontré que el dormitorio estaba ocupado. La ventana se encontraba abierta y a su lado había dos hombres; parecían estar examinando los cierres y daban la espalda a la puerta. Uno de ellos era mi tío; ambos se dieron la vuelta al entrar yo, como sorprendidos; el desconocido iba vestido con botas y manto, y llevaba un sombrero grueso de ala ancha sobre las cejas; se dio la vuelta un momento y ocultó el rostro, pero había visto lo suficiente para convencerme de que no era otro que mi primo Edward. Mi tío llevaba en la mano un instrumento de hierro que ocultó rápidamente a su espalda; viniendo hacia mí, dijo algo, en tono de excusas, pero yo me encontraba demasiado sorprendida y confundida para entenderle. Dijo algo sobre «*reparaciones... marco de la ventana... frío y seguridad*». Sin embargo no esperé para preguntar o recibir explicaciones, sino que salí rápidamente de la habitación. Al bajar la escalera, creí escuchar la voz de la francesa que en tono agudo gritaba excusas, y otras imprecaciones reprimidas y vehementes, o lo que me parecieron tales.

Cuando llegué junto a Emily me encontraba sin aliento. No es necesario decir que mi cabeza estaba demasiado llena de otras cosas como para pensar en dibujar aquel día. Le conté con franqueza la causa de mi alarma, pero lo hice tan amablemente como pude; y con lágrimas, ella me prometió vigilancia, devoción y amor. Nunca he tenido el menor motivo para arrepentirme de la confianza sin reservas que puse entonces en ella. No se sintió menos sorprendida que yo por la inesperada aparición de Edward, de cuyo viaje a Francia ninguna de nosotras había dudado un momento, pero que ahora, con su presencia real, demostraba no ser más que una impostura llevada a cabo, me temía, sin un buen fin. La situación en la que había encontrado a mi tío eliminó casi cualquier duda con respecto a sus planes; convertí las sospechas en certeza y temí, noche tras noche, que fuera a ser asesinada en mi cama. El nerviosismo producido por las noches de insomnio y los días de miedo y ansiedad aumentó el horror de mi situación hasta tal grado que por fin escribí una carta al señor Jefferies, un amigo antiguo y fiel de mi padre, quien estaba totalmente al tanto de todos sus asuntos, rogándole en el nombre de Dios que me liberara de mi terrible situación actual, y comunicándole sin reservas la naturaleza y motivos de mis sospechas. Cerré la carta y la llevé conmigo durante dos o tres días, pues si me la hubieran encontrado habría sido ruinoso, esperando una oportunidad de que pudiera confiarla a alguien con seguridad o dejarla en la oficina de correos. Como ni a Emily ni a mí nos permitieron ir más allá del recinto de la finca, rodeada por altos muros de piedra seca, aumentó mucho la dificultad de disfrutar de dicha oportunidad.

En aquel momento Emily tuvo una breve conversación con su padre, que me contó al instante. Tras hablar de algunos asuntos indiferentes, le preguntó si ella y yo nos llevábamos bien, y si yo me reafirmaba sin reservas en mi disposición. Ella respondió afirmativamente, y entonces él le preguntó si yo me había sorprendido mucho de encontrarle en mi habitación aquel día. Ella contestó que al mismo tiempo me había sorprendido y divertido.

—¿Y qué pensó del aspecto de George Wilson?

—¿De quién? —preguntó ella.

—Del arquitecto —respondió él—. El que he contratado para reparar la casa; dicen que es muy guapo.

—No pudo verle la cara —contestó Emily—. Y tenía tanta prisa por escapar que apenas lo observó.

Con eso, Sir Arthur pareció satisfecho y terminó la conversación.

La charla, que Emily me repitió exactamente, confirmó, si es que todavía necesitaba hacerlo, todo lo que antes había creído con respecto a la presencia real de Edward; y lógicamente, me sentí más ansiosa que nunca, si ello era posible, por enviar la carta al señor Jefferies. Finalmente se me presentó una oportunidad. Mientras Emily y yo paseábamos un día cerca de la puerta de la finca, un muchacho del pueblo bajaba por la avenida viniendo desde la casa; el lugar era apartado, y como no estaba relacionado con el servicio, por quien temía ser observada, le entregué la carta con instrucciones estrictas de que la pusiera sin tardanza en el buzón de correos de la ciudad; añadí al mismo tiempo una propina conveniente y éste, tras hacer muchos juramentos de puntualidad, se marchó. Apenas lo había hecho cuando empecé a dudar de si habría sido discreta por confiar en él; pero no tenía medios mejores o más seguros de enviar la carta, ni tenía derecho a sospechar de tanta deshonestidad en él; sin embargo, no podría estar totalmente satisfecha de la seguridad de la carta hasta que recibiera una respuesta, lo que tardaría unos cuantos días. Antes, sin embargo, se produjo un incidente que me sorprendió un poco. Estaba sentada en mi dormitorio, a primera hora del día, leyendo para mí misma, cuando oí que llamaban a la puerta.

—Entre —dije, y como respuesta entró mi tío en la habitación.

—Espero que me excuse —dijo éste—. La busqué en el salón, y después he venido aquí. Deseaba decirle unas palabras. Espero que hasta ahora le haya parecido que mi conducta ante usted en cuanto que tutor con su pupila haya sido correcta —no me atreví a negarle mi asentimiento, por lo que siguió hablando—. Y espero que yo no le haya parecido duro o injusto, y que haya percibido, mi querida sobrina, que he intentado conseguir que este lugar sea para usted tan agradable como resulte posible — volví a asentir, y entonces él metió una mano en el bolsillo sacando un papel doblado y dejándolo en la mesa, tras lo cual añadió con renovado énfasis—: ¿escribió usted esta carta?

La alteración repentina y temible de su voz, sus maneras y su rostro, pero sobre todo la visión de la carta que yo le había escrito al señor Jefferies, y que reconocí enseguida, me confundió y aterró, sintiendo casi que me estaba ahogando. Era incapaz de pronunciar una palabra.

—¿Escribió usted esta carta? —repitió con lentitud y énfasis intenso—. Lo hizo, mentirosa e hipócrita. Se atrevió a escribir esta calumnia loca e infame; pero será la última. Todos los hombres la creerán loca si decido pedir una investigación. Puedo conseguir que les parezca tal cosa. Las sospechas expresadas en esta carta son las alucinaciones y alarmas de una lunática adormecida. He derrotado su primer intento,

señora; y por Dios santo que si vuelve a intentarlo otra vez se encontrará con cadenas, oscuridad y látigo.

Tras aquellas sorprendentes palabras, abandonó la habitación dejándome casi desvanecida. Me vi reducida a la desesperación; mi última jugada había fracasado y no me quedaba otra opción que la de escapar secretamente del castillo y ponerme bajo la protección del magistrado más cercano. Pensaba que si no lo hacía, y velozmente, podría ser *asesinada*. Nadie, con la simple descripción que acabo de hacer, puede hacerse una idea del horror ilimitado de mi situación: una joven indefensa, débil e inexperta colocada bajo el poder y totalmente a la merced de hombres malvados, y sintiendo que no estaba en mis manos escapar ni un momento de las influencias malignas bajo las que, probablemente, estaba destinada a caer; y además, consciente de que si se había planeado la violencia, el asesinato, no tendría cerca a ningún ser humano que pudiera ayudarme. Mi grito de muerte se perdería en el espacio vacío.

Sólo había visto una vez a Edward durante su visita, y como no volví a encontrarlo empecé a pensar que se debía haber marchado. Esa convicción resultaba en cierta manera satisfactoria, pues consideraba su ausencia como indicativa de que no existía peligro inmediato. Emily llegó también al cabo de un tiempo a la misma conclusión, y no sin buenos motivos, pues indirectamente logró enterarse de que el caballo negro de Edward había estado durante un día y parte de una noche en los establos del castillo precisamente en el momento de la supuesta visita de su hermano, pero el caballo había desaparecido, y tal como ella argumentaba el jinete debió irse con él.

Zanjada así esa cuestión, me sentí algo menos incómoda. Pero un día que estaba a solas en mi dormitorio miré desde la ventana y con horror inexpresable vi a través de una ventana situada enfrente el rostro de mi primo Edward. Si hubiera visto al propio maligno en forma corporal no habría experimentado una revulsión más enfermiza. Me sentí demasiado abatida para apartarme enseguida de la ventana, pero rápidamente reuní fuerzas suficientes para evitar su mirada. Éste miraba fijamente desde el estrecho cuadrángulo en el que se abría la ventana. Me eché hacia atrás sin ser vista y pasé el resto del día sumida en el terror y la desesperación. Aquella noche me retiré pronto a mi dormitorio, pero me sentía demasiado desgraciada para poder dormir.

Hacia las doce, sintiéndome muy nerviosa, decidí llamar a mi prima Emily, que como recordará el lector dormía en la habitación de al lado, la cual se comunicaba con la mía por una segunda puerta. Por ella llegué hasta su dormitorio y sin dificultad la persuadí para que viniera a mi habitación a dormir conmigo. Nos acostamos juntas, ella desnuda y yo con la ropa, pues a cada momento me levantaba a recorrer arriba y abajo la habitación, y me sentía demasiado nerviosa y desgraciada para pensar en el descanso o la comodidad. Emily se durmió enseguida, pero yo permanecí despierta, ansiando fervientemente los primeros y pálidos rayos de la mañana, y contando cada campanada del viejo reloj con una impaciencia que hacía que cada hora me parecieran seis.

Debía ser la una cuando creí escuchar un ligero ruido en la puerta que separaba el dormitorio de Emily del mío, como si lo causara alguien que estuviera girando la llave

en la cerradura. Retuve el aliento y se repitió el mismo sonido en la segunda puerta de mi habitación, la que daba al pasillo. Esa vez el sonido estaba producido claramente por el giro de la llave en la cerradura, y después se produjo una ligera presión en la puerta, como para averiguar que estuviera bien cerrada. Quienquiera que fuera el que hizo aquello se debió sentir satisfecho, pues escuché crujir las viejas tablas del suelo del vestíbulo bajo el peso de alguien que se movía con precaución. Mi sentido del oído se había vuelto excesivamente agudo, casi hasta un punto doloroso. Supongo que la imaginación añadía claridad a unos sonidos que en sí mismos serían vagos. Creí poder oír realmente la respiración de la persona que cruzaba lentamente el pasillo.

En el extremo de la escalera se produjo una pausa, y pude oír con claridad dos o tres frases susurradas presurosamente; después, los pasos bajaron por la escalera, evidentemente con menos precaución. Me aventuré a acercarme rápidamente a la puerta del pasillo tratando de abrirla; pero estaba bien cerrada por el exterior, lo mismo que la otra. Pensé que había llegado la terrible hora; pero me quedaba una solución desesperada: despertar a Emily, y uniendo nuestras fuerzas intentar abrir la puerta que daba a su dormitorio, que era más ligera, para llegar desde allí a la parte inferior de la casa, desde donde podríamos escapar hasta la finca y desde allí al pueblo. Regresé junto a la cama y sacudí a Emily, pero en vano; nada de lo que yo le hacía producía más que unas palabras escasas e incoherentes, pues dormía con una profundidad mortal. Seguramente había bebido algún narcótico, probablemente igual que yo, a pesar de todas las precauciones con las que había examinado todo lo que nos daban para comer o beber. Entonces, haciendo el menor ruido posible, intenté forzar la primera puerta, y luego la otra, pero todo fue en vano. Creo que no habría conseguido mi objetivo con ninguna fuerza, pues ambas puertas se abrían hacia dentro. Por eso recogí todos los objetos móviles que pudiera transportar hasta allí y los apilé contra las puertas, como ayuda ante cualquier intento que hicieran de entrar desde el exterior. Regresé entonces a la cama y volví a intentar, inútilmente, despertar a mi prima. No es que estuviera dormida, era un torpor, una letargia mortal. Me arrodillé y recé ansiosamente; y después, sentándome en la cama, aguardé mi destino con una especie de terrible tranquilidad.

Escuché un débil sonido metálico en el estrecho patio que ya he mencionado, causado, al parecer, por el frotamiento de algún instrumento de hierro contra las piedras o cascotes. Al principio decidí no turbar la calma que experimentaba ahora, dedicándome a observar sin hacer nada los procedimientos de aquellos que buscaban mi vida; pero como continuaran los sonidos la curiosidad horrible que sentía venció a todas las otras emociones y decidí, contra todo riesgo, satisfacerla. Me arrastré sobre las rodillas hasta la ventana de manera que por encima del alféizar resultara visible la menor parte de mi cuerpo.

La luna brillaba con una luminosidad incierta sobre los antiguos edificios grises y caía oblicuamente sobre el estrecho patio; uno de los lados de éste estaba por ello claramente iluminado, mientras que el otro se perdía en la oscuridad, hasta el punto de

que al principio sólo resultaban visibles los perfiles afilados delos viejos gabletes cubiertos de hiedra. Quienquiera que fuese el que había provocado el ruido que excitó mi curiosidad estaba oculto bajo las sombras del lado oscuro del cuadrángulo. Coloqué la mano sobre mis ojos para abrigarlos de la luz de la luna, tan brillante que casi deslumbraba, y mirando hacia la oscuridad contemplé, débilmente al principio, pero después, gradualmente, casi con una claridad completa, la forma de un hombre dedicado a cavar una especie de tosco agujero bajo el muro. Junto a él había algunas herramientas, probablemente una pala y un pico, y las iba cogiendo de vez en cuando conforme lo requería la naturaleza del suelo. Realizaba su tarea rápidamente, y con el menor ruido posible. Entonces, conforme una palada tras otra los cascotes desalojados iban formando un montón, pensé: «así que están cavando la tumba en la que antes de que pasen dos horas yaceré como un cadáver frío y mutilado. Soy suya... no tengo escapatoria».

Creí que iba a perder la razón. Me puse en pie e impulsada por la desesperación empujaba alternativamente cada una de las dos puertas. Forcé todos los nervios y tendones, pero era como si hubiera intentado derribar el edificio entero con mis únicas fuerzas. Me dejé caer enloquecida al suelo y me tapé los ojos con las manos como para evitar las imágenes horribles que me acosaban.

El paroxismo pasó. Volví a rezar con ese fervor amargo y agónico de quien siente que la hora de la muerte ha llegado y es inevitable. Cuando me levanté, me acerqué de nuevo a la ventana y miré hacia fuera a tiempo de ver una figura oscura que se deslizaba furtivamente por la pared. Había terminado la tarea. Pronto culminaría la catástrofe de la tragedia. Decidí defender mi vida hasta el final; y para poder hacerlo con alguna efectividad busqué por la habitación algo que me pudiera servir de arma; pero bien por casualidad, o porque habían previsto esa posibilidad, no había nada que pudiera servirme con ese fin.

Por tanto debía morir sumisamente, sin hacer esfuerzo alguno por defenderme. De pronto me sobrevino un pensamiento; ¿no sería posible escapar por la puerta, que el asesino tendría que abrir para entrar en la habitación? Resolví intentarlo. Me convencí de que la entrada a la habitación se haría por la puerta que daba al pasillo. Era el camino más directo, y además, por razones evidentes, había menos posibilidades de tener interrupciones. Decidí por tanto situarme tras una proyección de la pared cuya sombra serviría para ocultarme, y cuando se abriera la puerta, y antes de que descubrieran la identidad de la ocupante de la cama, deslizarme sin hacer ruido fuera de la habitación y confiar en la Providencia para escapar. Para facilitar el plan, quité todos los trastos que había amonto nado contra la puerta; y ya había completado casi la tarea cuando me di cuenta de que la habitación se oscurecía repentinamente al acercarse un objeto oscuro a la ventana. Al girar los ojos en esa dirección observé que en la parte de arriba del bastidor, como si se suspendiera desde arriba, aparecían primero los pies, luego las piernas, el cuerpo y la figura completa de un hombre. Era Edward Tyrrell. Parecía dirigir su descenso para poner los pies en el centro del bloque

de piedra que ocupaba la parte inferior de la ventana; y cuando aseguró así los pies, se arrodilló y empezó a mirar en la habitación. Como la luna brillaba en el dormitorio, y las cortinas de la cama estaban descorridas, pudo distinguir el lecho y su contenido. Pareció satisfecho con su examen, pues miró hacia arriba e hizo un signo con la mano. Aplicó entonces las manos sobre el marco de la ventana, que debía haber sido preparado ingeniosamente con ese fin, pues sin aparentemente resistencia alguna todo el marco se deslizó de la posición que ocupaba en la pared y cayó hacia la habitación. El aire frío de la noche onduló entre las cortinas de la cama y se detuvo un momento; todo estaba tranquilo de nuevo y avanzó por el suelo de la habitación. Llevaba en la mano algo que se parecía a una herramienta de acero, con una forma parecida a la de un martillo alargado. Lo sostenía por detrás de su cuerpo, y con tres zancadas largas, *dadas sobre las puntas de los pies*, se acercó al lecho. Pensé que ahora iba a hacer el descubrimiento y retuve el aliento esperando momentáneamente la imprecación con la que daría rienda suelta a su sorpresa y decepción. Cerré los ojos; hubo una pausa, pero fue breve. Escuche dos golpes sordos dados en rápida sucesión; un suspiro estremecido y terminó para siempre la respiración pesada de la durmiente. Abrí los ojos y vi al asesino que cubría con la colcha la cabeza de su víctima; después, llevando todavía en la mano el instrumento mortal, se dirigió hacia la puerta del pasillo, que golpeó dos o tres veces. Escuché unos pasos rápidos que se aproximaban y una voz que susurraba algo desde el exterior. Con una especie de risa sofocada y estremecida, Edward respondió:

—La señora ha dejado de quejarse; abre la puerta, por el diablo, a no ser que tengas miedo de entrar para ayudarme a sacarla por la Ventana.

Giró la llave en la cerradura, se abrió la puerta y entró por ella mi tío. Ya he contado que me había protegido tras la sombra de una proyección de la pared cercana a la puerta. Pero instintivamente me había encogido, agachándome hacia el suelo, cuando Edward entró por la ventana. Al entrar mi tío, él y su hijo se quedaron de pie tan cerca de mí que estuvo a punto de tocar mi rostro en cualquier instante con su mano. Retuve el aliento y quedé inmóvil como si estuviera muerta.

—¿No ha habido interrupciones desde la otra habitación? —dijo mi tío.

—No —respondió Edward secamente.

—Asegura las joyas, Ned; la harpía francesa no debe poner sus garras en ellas. Tienes una mano firme, por Dios; no habrá habido mucha sangre... ¿verdad?

—Ni veinte gotas —contestó el hijo—. Y ésas han caído sobre la colcha.

—Me alegro de que haya terminado —susurró entonces mi tío—. Debemos bajar... esa *cosa* por la ventana y echar los cascotes encima.

Se dirigieron entonces hacia la cama y envolviendo el cuerpo con las sábanas lo llevaron entre los dos lentamente hacia la ventana, y tras intercambiar unas breves palabras con alguien que había abajo lo echaron desde la ventana y lo oí caer pesadamente al suelo.

—Cogeré las joyas —dijo mi tío—. Hay dos estuches en el cajón de abajo.

Con una precisión que de haber estado más tranquila me hubiera asombrado,

dirigió la mano al lugar mismo en donde estaban mis joyas; y tras apoderarse de ellas dijo a su hijo:

—¿Está la cuerda atada por arriba?

—No soy un tonto; claro que sí —contestó él.

Entonces bajaron desde la ventana; y yo me levanté rápida y precavidamente, atreviéndome apenas a respirar, desde el lugar en el que me hallaba oculta, y me deslizaba hacia la puerta cuando escuché la voz de mi tío que con un susurro agudo exclamaba:

—Sube otra vez; por Dios, te has olvidado de cerrar la puerta de la habitación.

Me di cuenta de que la orden era obedecida al instante porque la cuerda desde la que colgaban se tensó. No perdí ni un segundo. Pasé a través de la puerta, que estaba cerrada sin llave, y me moví tan rápidamente como pude, sin hacer ruido, por el pasillo. Antes de haber recorrido varios metros oí cerrarse desde el interior la puerta por la que acababa de pasar. Aterrorizada, me deslicé por las escaleras temiendo encontrarme en cada esquina con el asesino o uno de sus cómplices. Llegué hasta el vestíbulo y escuché unos momentos para asegurarme de que todo estuviera en silencio. No se oía ni un sonido; las ventanas del salón daban al parque, y pensé que podría escaparme fácilmente por una de ellas. Entré en el salón, pero vi con consternación que una vela ardía allí, y bajo su luz distinguí una figura sentada en la mesa del comedor sobre la que había copas, botellas y los otros instrumentos necesarios para una fiesta alcohólica. Alrededor de la mesa había colocadas dos o tres sillas, de una manera irregular, como si sus ocupantes las hubieran abandonado precipitadamente. Con una sola mirada me di cuenta de que la figura era la de mi criada francesa. Probablemente había bebido mucho y dormía profundamente. Había algo maligno y fantasmal en la tranquilidad de los rasgos de aquella mala mujer, iluminados débilmente por la llama parpadeante de la vela. Sobre la mesa había un cuchillo y me sobrevino un pensamiento terrible: «¿Y si matara a esta cómplice dormida del asesinato, asegurándome así la huida?». Nada podría ser más sencillo; bastaba con pasar la hoja por su garganta; era el trabajo de un segundo.

Pero me bastó con pensarlo un instante para no hacerlo, diciéndome: «No, el Dios que me ha llevado así al exterior del valle de las sombras de la muerte, no me abandonará ahora. Me dejaré caer en sus manos o escaparé, pero no mancharé las mías con sangre; hágase Su voluntad».

Sentí que esa reflexión me producía confianza, la confianza en una protección que no soy capaz de describir. No había otra manera de escapar, por lo que avancé con paso firme y mente tranquila hasta la ventana. Sin hacer ruido abrí la persiana y la reja; crucé el marco y sin aguardar a mirar a mis espaldas corrí con toda la velocidad de la que fui capaz, sin sentir apenas el suelo bajo mis pies, por la avenida hacia abajo, procurando hacerlo por la hierba que la bordeaba.

Ni por un momento reduje la velocidad, y llegué enseguida al punto situado entre la puerta del parque y la mansión. Allí la avenida da un amplio rodeo y para evitar

cualquier retraso crucé por encima del césped llegando, al otro lado, a un punto que distinguí por un grupo de antiguos abedules, entrando desde allí de nuevo en el camino que se dirigía ya directamente hacia la puerta. Apenas había llegado, corriendo a toda velocidad, hasta la mitad de esta parte amplia cuando escuché el ruido rápido de los cascos de un caballo. El corazón se me hinchó en el pecho, como si fuera a ahogarme. Se aproximaba el repiqueteo de los cascos al galope; me perseguían; estaban ahora sobre el césped por el que yo corría; no había ni un solo arbusto o zarzal en el que ocultarme; y para que mi huida fuera totalmente desesperada, la luna que hasta entonces había estado oscurecida brilló repentinamente con una luz amplia y clara que volvía visible cualquier objeto. Los sonidos estaban ahora muy cerca de mí, a mi espalda. Sentí que se me doblaban las rodillas con esa sensación que nos debilita en un sueño. Me tambaleé, di un traspiés y caí; y en ese mismo instante la causa de mi alarma pasó junto a mí a galope tendido. Era una de las potrillas que pastaba suelta en el parque y que casi me había llegado a enloquecer de terror con sus juegos. Me puse en pie y corrí con pasos débiles pero rápidos mientras mi deportiva compañera seguía galopando dando vueltas a mi alrededor con muchos saltos y brincos hasta que finalmente, más muerta que viva, llegué a la puerta de la avenida y, sin saber apenas cómo, crucé el portillo. Corrí a través del pueblo, que estaba tan silencioso como una tumba, hasta que me detuvo la voz áspera de un centinela que gritó:

—¿Quién anda ahí?

Comprendí que estaba a salvo. Gire en la dirección de la voz y caí desmayada a los pies del soldado. Cuando volví en mí estaba sentada en una choza miserable rodeada por rostros extraños que transmitían curiosidad y compasión. Había también numerosos soldados; más tarde me enteré de que aquella cabaña era empleada como puesto de guardia por un destacamento de tropas acuartelado para pasar la noche en la ciudad. Con pocas palabras informé al oficial de las circunstancias que se habían producido, describiendo también el aspecto de las personas comprometidas en el asesinato; y él, sin perder más tiempo del que era necesario para procurarse la ayuda de un magistrado, acudió a la mansión de Carrickleigh con un grupo de hombres. Pero los villanos habían descubierto su error y habían escapado antes de que llegaran los militares.

La francesa fue arrestada en las cercanías al día siguiente. La juzgaron y condenaron en las posteriores sesiones del tribunal; y antes de ser ejecutada, confesó que «*había participado en la muerte de Hugh Tisdall*». En aquel tiempo era el ama de llaves del castillo y la *chêre amie* de mi tío. En realidad podía hablar inglés como una nativa, pero había utilizado exclusivamente la lengua francesa, imagino que para facilitar sus planes. Murió con la misma dureza con la que había vivido, confesando sólo sus crímenes, pero suponiendo que al hacerlo así comprometía a Sir Arthur Tyrrell, causante de su culpa y desgracia, y a quien ahora detestaba sin reservas.

Respecto a las circunstancias de la fuga de Sir Arthur y su hijo, ya las conoce. También conoce su destino posterior: el castigo terrible y tremendo que, tras el largo

retraso de muchos años, finalmente les alcanzó y aplastó. ¡Maravillosos e inescrutables son los designios de Dios con sus criaturas!

Aunque siempre será profunda y ferviente mi gratitud a los cielos por mi liberación, debida a una cadena de acontecimientos providenciales de la que con la falta de un solo eslabón se habría producido mi perdición, pasó mucho tiempo antes de que pudiera recordarlo todo con sentimientos que no fueran los de amargura, casi de agonía. El único ser que me amó realmente, mi amiga más íntima y querida, dispuesta siempre a sentir simpatía por mí, a aconsejarme y ayudarme; el corazón más alegre, amable y dulce que he conocido; el único ser que en la tierra se preocupó por mí: esa amiga pagó con su vida el precio de mi liberación. Y en esos momentos sentí el deseo, que ningún acontecimiento de mi larga y penosa vida me ha hecho rechazar, de que ella se hubiera salvado y hubiera sido yo, en su lugar, la que pudriéndome en una tumba hubiera quedado olvidada para descansar así en paz.

Dickon

El Diablo

Hace unos treinta años dos solteronas ricas y viejas me eligieron para que visitara una propiedad en esa parte de Lancashire que está cerca del famoso bosque de Pendle, con el que tan agradablemente nos hemos familiarizado gracias a la obra del señor Ainsworth, *Las brujas de Lancashire*. Tenía yo que hacer la partición de una pequeña propiedad, formada por una casa con la tierra solariega, que mucho tiempo antes habían recibido como coherederas.

Los últimos sesenta kilómetros del viaje me vi obligado a realizarlos en posta, principalmente por atajos poco conocidos, y todavía menos frecuentados, que presentaban paisajes extremadamente interesantes y hermosos. La estación en la que viajaba, principios de septiembre, mejoraba el pintoresquismo del paisaje.

Nunca había estado en esa parte del mundo; me han dicho que ahora es mucho menos salvaje, y en consecuencia menos hermosa.

En la posada en la que me detuve para cambiar los caballos y cenar algo, pues pasaban ya de las cinco, encontré que el hospedero, un tipo robusto que tenía, según me dijo, sesenta y cinco años, era de una benevolencia fácil y charlatana, que deseaba distraer a sus huéspedes con cualquier charla y para el que la menor excusa bastaba para que se pusiera a fluir su conversación sobre cualquier tema que a uno le complaciera.

Tenía yo curiosidad por saber algo sobre Barwyke, nombre de la casa y las tierras a las que me dirigía. Como no había ninguna posada a algunos kilómetros de ella, había escrito al administrador para que me alojara allí, lo mejor que pudiera, por una noche.

El hospedero de «Three Nuns», que tal era el cartel bajo el que entretenía a los viajeros, no tenía mucho que contar. Hacía ya veinte años o más desde que había muerto el viejo Squire Bowes, y nadie había vivido allí desde entonces salvo el jardinero y su esposa.

—Tom Wyndsour debe tener la misma edad que yo; pero es un poco más alto, y no ha de tener tantas carnes —comentó el grueso posadero.

—¿Pero no decían que había historias en la casa que impedía a los arrendatarios entrar en ella? —pregunté.

—Relatos de viejas, de hace muchos años, eso será, señor; los olvidé; me olvidé de todos. Claro que los habrá siempre cuando una casa queda así abandonada; a los tontos del pueblo siempre les gusta hablar; pero no he oído una palabra de esto desde hace veinte años.

En vano traté de sondearle. El viejo dueño del «Three Nuns», por alguna razón, prefirió no contar nada de Barwyke Hall, si es que realmente lo recordaba, tal como yo sospechaba.

Pagué la cuenta y reanudé el viaje, complacido por el solaz que había encontrado en la antigua posada, aunque algo decepcionado.

Llevábamos ya más de una hora de viaje cuando empezamos a cruzar unos pastos comunes; sabía que a partir de ellos faltaba un cuarto de hora para llegar ante la puerta

de Barwyke Hall.

Muy pronto quedaron atrás la turba y el tojo; de nuevo nos encontrábamos en ese paisaje arbolado que tanto me gustaba, y al que apenas molestaba ningún tipo de tráfico. Estaba mirando por la ventanilla de la silla de posta y enseguida detecté el objeto que desde hacía algún tiempo estaban buscando mis ojos. Barwyke Hall era una casa grande y singular del tipo de labor enrejada conocida con el nombre de «blanco y negro», en el que las barras y ángulos de una estructura de roble contrastan, negras como el ébano, con la cal blanca que se extiende sobre la albañilería construida en los intersticios. La casa isabelina de inclinados tejados se levantaba en medio de unos terrenos no muy extensos, semejantes a un parque, pero resultaba imponente por la noble altura de los viejos árboles que ahora, con el sol poniente, lanzaban sus sombras alargadas hacia el este.

El muro del parque se había vuelto gris con el tiempo, y muchos lugares estaban recubiertos de yedra. En una hondonada suave y en una sombra gris y profunda, que contrastaba con los fuegos oscuros del atardecer reflejados en el follaje superior, se extendía un lago que parecía frío y negro; y que, por así decirlo, daba la impresión de ocultarse a la observación con un conocimiento culpable.

Me había olvidado de que en Barwyke había un lago; pero en el momento en el que lo captaron mis ojos, con la apariencia del frío pulido de una serpiente en la sombra, mi instinto pareció reconocer algo peligroso y supe que el lago estaba relacionado, aunque no podía recordar de qué manera, con las historias que sobre este lugar había oído de joven.

Tomé una avenida cubierta de hierba bajo las ramas de aquellos nobles árboles cuyo follaje, teñido por el amarillo y el rojo otoñales, devolvía con magnificencia los haces del sol occidental.

Llegamos a la puerta. Salí del coche y pude ver bien la fachada de la casa; era una mansión grande y melancólica con señales de haber sido olvidada desde hacía tiempo; las grandes y anticuadas persianas de madera estaban cerradas con barras por el exterior; la hierba, incluso las ortigas, crecía profusamente en el patio, y una delgada capa de musgo veteaba las vigas de madera; el yeso estaba descolorido por el tiempo y la intemperie y había en él grandes manchas rojizas y amarillas. El gran número de árboles viejos que se arremolinaban alrededor de la casa aumentaba la oscuridad.

Subí los escalones y miré a mi alrededor; ahora el oscuro lago quedaba cerca de mí, un poco a la izquierda. No era grande; debía cubrir unas cuatro o cinco hectáreas, pero aumentaba la melancolía del paisaje. Cerca del centro había una pequeña isla en la que crecían dos viejos fresnos que se inclinaban cada uno hacia el otro y cuya imagen melancólica se reflejaba en las quietas aguas. La única influencia alegre en aquel escenario de antigüedad, soledad y olvido era el calor que proyectaban los rojizos haces solares occidentales sobre la casa y el paisaje. La llamada resonó en mi oído hueca y poco reconfortante; y la campana devolvió desde la distancia un tañido grave y ronco, como si se quejara de que la hubieran despertado de un sueño de una docena de años.

Con una prontitud que indicaba que aguardaban hospitalariamente mi llegada, abrió la puerta un hombre viejo de miembros ligeros y aspecto alegre, vestido con calzones y chaqueta de barragán, sonrisa de bienvenida y una nariz muy afilada y rojiza que parecía prometer buenos ratos en su compañía.

En el recibidor sólo había una luz pequeña cuyos rayos se perdían en la oscuridad del fondo. Era muy espacioso y elevado, con una galería que lo rodeaba y que resultó visible en dos o tres puntos cuando se abrió la puerta. Casi en la oscuridad, mi reciente amigo me condujo a través de ese amplio recibidor hasta la sala destinada a mi recepción. Era espaciosa y estaba entablada hasta el techo. Los muebles de ese amplio salón eran anticuados y rústicos. Las ventanas seguían teniendo cortinas y había una alfombra turca en el suelo; las ventanas eran dos, y desde ellas, por entre los troncos de los árboles cercanos a la casa, podía atisbarse el lago. Para animar aquella melancólica sala necesité de todo el fuego y todas las agradables asociaciones que provocaba en mi mente la nariz rojiza de aquel hombre. Una puerta situada en el extremo más lejano daba paso a la habitación que me habían dispuesto como dormitorio. También estaba entablada, como la otra. Contenía una cama de cuatro postes con gruesas cortinas tapizadas, y en otros aspectos estaba amueblada con el mismo estilo anticuado y pesado que la otra. Su ventana daba también al lago.

Aquellas habitaciones, aunque sombrías y tristes, se hallaban escrupulosamente limpias. No había nada de lo que pudiera quejarme, pero el efecto resultaba bastante decepcionante. Tras dar algunas indicaciones sobre la cena, un incidente agradable que cabía esperar, y asearme rápidamente, llamé a mi amigo el de la nariz roja y los calzones (Tom Wyndsour), cuya ocupación era la de «mayordomo», o ayudante del administrador, de la propiedad, para que me acompañara a dar un paseo por la zona, pues todavía faltaba una hora para la puesta de sol.

Era una agradable tarde otoñal y mi guía, hombre resistente, caminaba a un paso que me costaba mantener.

Entre los grupos de árboles situados en la parte septentrional vimos por casualidad la pequeña y antigua iglesia parroquial. La observé desde un promontorio, con el muro del parque por en medio; pero un poco más abajo había un portillo que daba acceso al camino y por él nos acercamos a la puerta de hierro del campo de la iglesia. Vi que la puerta de la iglesia estaba abierta; el enterrador estaba dejando el pico, la pala y el azadón, con los que acababa de cavar una tumba, en un pequeño receptáculo situado bajo la escalera de piedra de la torre. Era un jorobado cortés y de ingenio vivo que se mostró encantado de enseñarme la iglesia. Entre los monumentos había uno que me interesó; había sido levantado en conmemoración del mismo Squire Bowes, del que las dos solteronas habían heredado la casa y la finca de Barwyke. El monumento hablaba de él en términos de elogiosa grandilocuencia e informaba al lector cristiano que había muerto, en el seno de la Iglesia de Inglaterra, a la edad de setenta y un años.

Pude leer la inscripción con los últimos rayos del sol poniente, que desapareció tras el horizonte en el momento en que pasábamos bajo el porche.

—Ya hace veinte años desde que murió Squire —comenté en tono reflexivo, quedándome todavía en el camposanto.

—Ay, señor; en septiembre cumplirán esos años.

—¿Y era un buen caballero?

—Un caballero muy amable y de trato fácil, señor; creo que en toda su vida no debió hacer daño ni a una mosca —asintió Tom Wyndsour—. No siempre es fácil saber lo que van a hacer tales caballeros, y qué giro tomarán después; y creo que algunos de ellos se vuelven locos.

—¿Y no cree que había perdido el control de su mente? —pregunté.

—¿Él? ¡Qué va! No; él no, señor. Quizás fuera un poco perezoso, como los otros de su familia, pero sabía endiabladamente bien lo que estaba haciendo.

El relato de Tom Wyndsour me pareció un poco enigmático; pero igual que le pasaba al viejo Squire Bowes, aquella noche me sentía «un poco perezoso» y no hice más preguntas sobre él.

Pasamos por el portillo que daba a la estrecha carretera que rodeaba el camposanto. La bordeaban olmos de más de cien años de edad, y en el crepúsculo, que prevalecía ahora, se estaba poniendo muy oscura. Uno al lado del otro recorrimos aquel camino cercado por dos muros que parecían de piedra, cuando algo que corría hacia nosotros en zig-zag nos pasó a gran velocidad emitiendo un sonido como el de un estremecimiento o risa atemorizada, y vi, en el momento en que nos pasaba, que se trataba de una figura humana. He de confesar ahora que al principio quedé un poco sorprendido. Aquella persona iba vestida en parte de blanco: y sé que al principio la confundí con un caballo blanco que viniera camino abajo al galope. Tom Wyndsour se apartó y se quedó mirando a la figura mientras se alejaba.

—Se dedicará a sus viajes esta noche —dijo en tono bajo—. Cualquier cosa le sirve de cama a este muchacho; dos metros de turba o brezo secos, o un rincón en una zanja seca. En los últimos veinte años ese muchacho no ha dormido ni una sola vez en una casa, y no lo hará mientras siga creciendo la yerba.

—¿Está loco? —pregunté.

—Algo parecido, señor; es un idiota, un perdido; le damos el nombre de «Dickon el Diablo», porque diablo es casi la única palabra que sale de su boca.

Tuve la impresión de que, de alguna manera, aquel idiota estaba relacionado con la historia de Squire Bowes.

—¿Me equivoco al pensar que se cuentan historias extrañas sobre él? —sugerí.

—Más o menos, señor; más o menos. Algunas historias extrañas.

—¿Y hace veinte años que no duerme en una casa? Es más o menos el tiempo que hace que murió Squire —le dije.

—Así es, señor; no mucho después.

—Tienes que hablarme de eso, Tom, esta misma noche, cuando pueda oírlo cómodamente, después de la cena.

A Tom no pareció gustarle mi invitación, y mirando hacia adelante mientras

seguíamos caminando, añadió:

—Ya ve, señor, que la casa ha estado tranquila y no ha habido gente que alborotara ni dentro ni fuera de sus paredes, ni en los bosques de Barwyke, desde hace diez años o más; y mi mujer afirma claramente que no se debe hablar de esas cosas, y, lo mismo que yo, cree que es mejor dejar que los perros duerman.

Hacia el final de la frase bajó el tono de su voz e hizo un significativo gesto de asentimiento.

Llegamos enseguida a un lugar en el que abrió un portillo en la cerca del parque y por él entramos de nuevo a los terrenos de Barwyke.

La luz crepuscular que iba oscureciendo el paisaje, los árboles enormes y solemnes y el perfil distante de la casa encantada ejercieron sobre mí una influencia sombría, que unida a la fatiga de un día de viaje, y a la caminata que nos habíamos dado, me llevaba a no desear interrumpir el silencio en el que se había encerrado ahora mi compañero.

A nuestra llegada, una cierta atmósfera de comodidad disipó en gran medida la tristeza que me estaba embargando. Aunque no hacía en absoluto una noche fría, me sentí muy contento al ver unos leños encendidos en la parrilla; un par de velas se sumaban a la iluminación, lo que hacía que la habitación pareciera alegre. Una mesa pequeña, con un mantel muy blanco y los preparativos para la cena, era también un objeto muy agradable.

Bajo estas influencias, me habría gustado mucho escuchar la historia de Tom Wyndsour; pero tras la cena me sentí demasiado somnoliento como para intentar introducir el tema; y tras bostezar un rato, comprendiendo que de nada servía luchar contra mi somnolencia, me fui al dormitorio y a las diez estaba profundamente dormido.

Más tarde me referiré a la interrupción que experimenté aquella noche, pues aunque fue muy extraña no resultó demasiado importante.

A la noche siguiente había completado mi trabajo en Barwyke. Desde primeras horas de la mañana había estado incesantemente ocupado y había realizado un duro trabajo, por lo que no tuve tiempo para pensar en lo que acabo de referir. Al final me encontré sentado de nuevo ante mi pequeña mesa tras terminar una confortable cena. Había sido un día sofocante y abrí todo lo que puede una de las ventanas grandes. Estaba sentado al lado, con el brandy y el agua a mi lado, mirando hacia la oscuridad. No había luna y los árboles que se agrupaban alrededor de la casa hacían que la oscuridad circundante resultara extrañamente profunda.

—Tom —le dije en cuanto noté que la jarra de ponche caliente que le había pasado empezaba a ejercer su influencia cordial y comunicativa—; debes decirme quién, además de tu esposa, de ti y de mí mismo, durmió en la casa la noche anterior.

Tom, que estaba sentado junto a la puerta, dejó el recipiente y me miró de reojo, sin decir una palabra, mientras se podría haber contado hasta siete.

—¿Que quién más durmió en la casa? —repitió deliberadamente—. Ni un ser vivo, señor —añadió mirándome fijamente, y era evidente que esperando todavía algo más.

—Pues es muy extraño —contesté devolviéndole la mirada y sintiendo realmente que sucedía algo singular—. ¿Estás seguro de que no entraste en mi habitación la noche pasada?

—No hasta que fui a llamarle, señor, y eso ya por la mañana; podría jurarlo.

—Pues bien —repliqué yo—, hubo alguien más allí, también yo podría jurarlo. Estaba tan fatigado que no conseguí levantarme; pero me despertó un sonido que me hizo pensar que habían caído violentamente al suelo las dos latas de estaño en las que guardo mis papeles. Oí unos pasos lentos en el suelo, y había luz en la habitación, aunque recordaba haber apagado la vela. Pensé que debías ser tú, que habías entrado por mi ropa, y por accidente habías tirado las cajas. Pero fuese quien fuese, se marchó, llevándose con él la luz. De nuevo me disponía a reposar cuando, como la cortina estaba un poco abierta al pie de la cama, vi una luz en la pared opuesta; como la que arrojaría una vela desde el exterior si estuvieran abriendo cautelosamente la puerta. Me erguí en la cama, abrí la cortina lateral y vi que la puerta se *estaba* abriendo, y entraba luz desde el exterior. Ya sabes que está cerca del cabezal de la cama. Una mano sostenía el borde de la puerta mientras la abría; pero no una como la tuya; una mano muy especial. Enséñame la tuya.

Extendió una mano para que pudiera inspeccionarla.

—Oh, no; a tu mano no le pasa nada. Aquélla tenía una forma muy distinta; más gruesa; y el dedo corazón era más pequeño que los demás, como si alguna vez se hubiera roto y la uña se hubiera encorvado como una garra. «¿Quién anda ahí?», pregunté, y con ello la luz y la mano se retiraron y nada volví a oír ni a ver de mi visitante.

—¡Tan seguro como que está usted vivo, que era él! —exclamó Tom Wyndsour, mientras su nariz se ponía pálida y los ojos casi se le salían de las órbitas.

—¿Quién? —pregunté.

—El viejo Squire Bowes; lo que vio fue su mano; ¡el Señor tenga piedad de nosotros! —Respondió Tom—. El dedo roto y la uña curvada como un arco. Tuvo suerte, señor, de que no regresara cuando lo llamó. Usted vino aquí por los asuntos de las señoritas Dymock, y él nunca quiso que ellas pusieran un pie en Barwyke; estaba haciendo un testamento muy diferente cuando la muerte se lo llevó. Nunca fue descortés con nadie, pero a ellas no podía soportarlas. Mi mente se llenó de recelos cuando me enteré de que venía usted por los asuntos de ellas; y ya ve lo que ha pasado: ¡él ha vuelto a las andadas!

Con un poco de presión, y algo más de ponche, logré convencer a Tom Wyndsour para que explicara sus misteriosas alusiones y contara las cosas que habían sucedido a la muerte del viejo Squire.

—Como usted sabe —dijo Tom—, Squire Bowes de Barwyke murió sin hacer testamento. Todas las gentes de los alrededores se apenaron; es decir, señor, se apenaron como lo hacen las gentes por un anciano que ha vivido muchos años y no tiene derecho a quejarse porque la muerte haya llamado a su puerta a una hora

demasiado temprana. Squire era muy querido; nunca tuvo una pasión ni dijo una palabra más alta que otra; y no haría daño ni a una mosca; por eso resulta más sorprendente lo que sucedió tras su fallecimiento.

» Lo primero que hicieron esas damas cuando tuvieron la propiedad fue comprar ganado para el parque.

» En cualquier caso, no fue prudente dejar que el ganado pastara por su cuenta. Pero no sabían a lo que tenían que enfrentarse.

» No pasó mucho tiempo antes de que el ganado empezara a dar problemas; primero una cabeza, y luego otra, enfermaban y morían, y así hasta que las pérdidas empezaron a ser muy fuertes. Fue entonces cuando, —poco a poco, empezaron a contarse extrañas historias. Primero uno, y luego otro, dijeron haber visto a Squire Bowes hacia el anochecer, caminando tal como solía hacerlo cuando estaba vivo entre los viejos árboles, apoyándose en su bastón; y a veces, cuando se encontraba con el ganado se detenía y pasaba una mano afablemente sobre el lomo de uno de los animales; y con seguridad ese animal enfermaba al día siguiente y moría poco después.

» Nadie se encontró con él en el parque o en el bosque, ni lo vio salvo a buena distancia. Pero todos conocían bien su manera de andar y su figura, y la ropa que solía llevar; y todos conocían el animal sobre el que había puesto la mano por su color: blanco, castaño oscuro o negro; y con seguridad ese animal enfermaba y moría. Los vecinos fueron teniendo cada vez más miedo de coger el camino del parque; y a ninguno le gustaba pasear por el bosque o entrar en los límites de Barwyke. Y el ganado seguía enfermando y muriendo como antes.

» En aquel tiempo vivía un tal Thomas Pyke; había sido mozo de cuadra del viejo Squire y estaba a cargo del lugar, siendo el único que solía dormir en la casa.

» Tom se enfadaba al escuchar esas historias, de las que no creía ni la mitad; y sobre todo cuando ya no pudo ser capaz de conseguir ningún hombre o muchacho que pastoreara el ganado, pues todos tenían miedo. Por eso escribió a Matlock, Derbyshire, pidiendo que viniera su hermano, Richard Pyke, un muchacho listo y que no sabía nada de las historias sobre el viejo Squire.

» Llegó su hermano Dick y el ganado empezó a mejorar; la gente decía que a veces podía ver todavía al viejo Squire, paseando como antes por los claros del bosque, con el bastón en la mano; pero ya no se acercaba al ganado, por la razón que fuese, desde la llegada de Dickon Pyke; y solía quedarse mucho tiempo en pie, mirando los animales, sin moverse más que el tronco de un árbol grande, a veces durante una hora, hasta que su forma desaparecía poco a poco, como el humo de un fuego que se ha apagado.

» Tom Pyke y su hermano Dickon eran los únicos seres vivos que vivían en la casa y dormían en la cama grande de la habitación de los criados, pues la casa había sido cerrada y enrejada una noche de noviembre.

» Tom dormía al lado de la pared, y me contó que en ese momento estaba tan despierto como si fuera mediodía. Su hermano Dickon dormía en el lado de fuera y se encontraba profundamente dormido.

» Pues bien, mientras Tom estaba allí pensando, con los ojos vueltos hacia la puerta, ésta se abrió lentamente y el que entró por ella fue el viejo Squire Bowes, con el rostro tan cadavérico como lo tenía dentro del ataúd.

» Tom se quedó sin respiración; no podía apartar los ojos de él y sintió que se le erizaba el cabello de la cabeza.

» El Squire llegó al lado de la cama, puso sus brazos por debajo de Dickon y levantó al muchacho, que estuvo todo el tiempo profundamente dormido, llevándoselo fuera, hacia la puerta.

» Así es como Tom Pyke vio la aparición, y estaba dispuesto a jurárselo a cualquiera.

» Cuando sucedió aquello, la luz, que no se sabía de dónde procedía, se apagó de pronto, y Tom ya no pudo ver ni su propia mano delante de él.

» Más muerto que vivo, se quedó tumbado hasta el amanecer.

» Con toda seguridad su hermano Dickon había desaparecido. No pudo encontrar ningún signo de él en toda la casa; y con algunos problemas, consiguió que un par de vecinos le ayudaran a buscarlo en el bosque y por toda la finca. Pero tampoco encontraron signo alguno de su presencia.

» Al final, uno de ellos se acordó de la isla del lago; el pequeño bote estaba amarrado al poste clavado en la orilla del agua. Subieron en él, aunque con pocas esperanzas de encontrarle allí. Sin embargo allí le encontraron, sentado debajo del gran fresno, y con la cabeza perdida. A todas sus preguntas, sólo respondía con un grito: "¡Bowes el Diablo! ¡Miradle, miradle, Bowes el Diablo!". Le encontraron como un idiota; y así seguirá hasta que Dios arregle todas las cosas. Nadie ha podido conseguir que vuelva a dormir de nuevo bajo techo. Va de casa en casa mientras hay luz del día; y nadie se ha preocupado por encerrar a ese ser inofensivo en el asilo. Pero la gente prefiere no encontrárselo tras la caída de la noche, pues se piensa que donde él está debe haber cerca cosas peores.

Tras la historia de Tom se produjo un silencio. Él y yo estábamos solos en la habitación grande; yo me encontraba cerca de la ventana abierta, mirando la atmósfera oscura de la noche. Me pareció ver que algo se movía en el exterior y oí un sonido parecido a una conversación susurrada que de pronto se convirtiera en un grito discordante: «¡Huuu! ¡Bowes el Diablo! Encima de tu hombro. ¡Huuu! ¡Ha! ¡Ha! ¡Ha!». Me levanté y vi, a la luz de la Vela con la que Tom llegó corriendo hasta la ventana, los ojos salvajes y el rostro cubierto de tizón de un idiota, y luego, con un repentino cambio del estado de ánimo, se marchó, susurrando y riendo entre dientes para sí mismo, extendiendo el dedo corazón de las dos manos y mirando las puntas como si para él fueran un amuleto.

Tom bajó la ventana. La historia y su epílogo habían terminado. Confieso que me sentí contento cuando unos minutos después escuché en el patio los cascos de los caballos; y todavía más contento cuando, tras despedirme amablemente de Tom, dejé varios kilómetros atrás la olvidada casa de Barwyke.

El Huésped

Misterioso

PARTE I

Hacia el año 1822 residía en una casa confortable y espaciosa en una población cuya localización exacta no particularizaré, diciendo tan sólo que no estaba lejos de Old Brompton, en la vecindad inmediata, o más bien en la continuidad (como saben incluso mis lectores de Connemara) de la famosa ciudad de Londres.

Aunque la casa era, tal como he dicho, espaciosa y confortable, en modo alguno podría afirmase que era hermosa. Estaba construida con ladrillos de color rojo oscuro, ventanas pequeñas de gruesos marcos blancos; el recibidor lo oscurecía permanentemente un porche, pero no del habitual enrejado fino, sino una proyección sólida del mismo ladrillo bermellón, sobre el que había una balconada plomiza, con barandillas gruesas y medio podridas. La mansión se levantaba en un recinto cercado por un muro que se había dedicado a flores y matorrales quizá desde la fecha misma en que se había construido. Algunos matorrales habían crecido casi tanto como si fuesen árboles; dos tejos pequeños y oscuros se levantaban a cada lado del porche, como dos enanos morenos y desfavorables que defendieran la entrada de un castillo encantado. Y no es que mi domicilio mereciera por alguna causa la comparación: no tenía fama de ser una casa encantada, y si alguna vez había tenido fantasmas, nadie los recordaba.

Desconocía la historia de esa casa: pudo haber sido testigo de tramas, conspiraciones y falsificaciones, de suicidios sangrientos y crímenes crueles. Era, ciertamente, lo bastante antigua como para estar familiarizada con la iniquidad; una pequeña loseta de piedra, situada bajo la balaustrada, sobre el arco del porche que he mencionado, tenía escrita la fecha de 1672 y un escudo de armas, borrado a medias, que podría haber descifrado de haberme tomado la molestia de coger una escalera, pero siempre lo dejaba de un día para otro. Lo único que puedo decir de la casa es que estaba cargada de años, tenía un cierto aire de confort sombrío, contenía un gran número de habitaciones y gabinetes y, lo más importante de todo, la conseguí como una ganga.

Su individualidad me atrajo. Me encariñé con ella por ella misma y por lo que con ella asociaba, hasta que otras asociaciones de un tipo odioso turbaron primero su encanto, y finalmente lo destruyeron. Perdoné su ladrillo rojizo y sus ventanas rodeadas de blanco por los rostros amados y alegres de quienes vivían en su interior; su fealdad se había suavizado con la edad; y sus sombrías plantas de hoja perenne y los maceteros cubiertos de musgo se aliviaban con los tonos brillantes de mil flores alegres y graciosas que crecían en ellos o se levantaban entre la hierba.

¡En aquella vieja casa estaba el tesoro de mi vida! Allí vivían mi encantadora hija de nueve años y un maravilloso hijo de cuatro; y mucho más querida que ellos, una esposa: la más hermosa, alegre y querida esposa de todo Londres. Si digo que nuestros ingresos

apenas llegaban a 380 libras al año, el lector comprenderá que nuestra posición no podía ser magnificente; sin embargo le aseguro que vivíamos más cómodamente que muchos grandes lores, y me atrevo a decir que éramos más felices que todos los nobles juntos.

Esta felicidad no era, sin embargo, lo que debía haber sido. El lector lo entenderá enseguida, ahorrándome un mundo de circunloquios morales, cuando se entere franca y directamente de que, con mi comodidad y bendiciones, yo era un infiel y pagano.

No es que hubiera carecido de educación religiosa; todo lo contrario, pues desde mi más temprana niñez se habían esforzado más de lo habitual en mi instrucción religiosa. Mi padre, que era un clérigo rural bueno y sencillo, había trabajado mucho para que yo fuera tan bueno como él; y al menos había conseguido formarme en las costumbres piadosas. Sin embargo, murió cuando yo tenía apenas doce años, cuando el destino hacía ya tiempo que me había privado de la atención amable de una madre. La vida en un internado, y más tarde en un colegio universitario, en donde nadie tenía un gran interés de que se cumpliera en mí la antigua bendición de que, al terminarse mi tiempo, «muriera como un buen hombre», me dejaron viviendo según mis propios impulsos, que en verdad no eran de los mejores que se podían tener.

Entre ellos se encontraba el estudio de Voltaire, Tom Paine, Hume, Shelley y la escuela entera de ateos, tanto en prosa como en verso. Esa búsqueda, y la vehemencia que lo era todo, salvo blasfema, con la que me entregaba a ella, constituían en parte una reacción. En mi infancia, una austeridad y precisión poco juiciosas me habían hecho unir de manera indisoluble las ideas de tristeza y represión con la de la religión. La consideraba una molestia; y por eso, cuando a temprana edad me convertí en dueño de mí mismo, decidí cobrarme a mi manera la cuenta pendiente que le debía. Además, como todos los otros ateos jóvenes que me he encontrado en mi vida, era yo un mequetrefe engreído. Mi base intelectual la formaba un conocimiento superficial de la literatura, sin un conocimiento real, y una gran colección de diversas petulancias de la escuela que había abrazado. Como casi todos los miembros de mi escuela de filosofía, estaba muy orgulloso de ser un incrédulo; y complaciéndome en mi infeliz ignorancia me suponía muy por encima del rebaño que acudía a la iglesia y leía la Biblia, a cuyos miembros trataba con una arrogancia jocosa que me parecía muy indulgente. Mi esposa era una persona excelente y verdaderamente piadosa. Se había casado conmigo confiando plenamente en que mi veleidad era simplemente fingida y cedería inmediatamente ante la influencia que esperaba ejercer sobre mí. ¡Pobre mujer! Se engañaba a sí misma. Ciertamente, le permitía hacer lo que ella quisiera; pero en cuanto a mí, llevaba mi ateísmo hasta el punto de convertirlo en una auténtica superstición, hacía ostentación de él. Antes hubiera preferido encontrarme en un «infierno» que en una iglesia los domingos; y aunque no impedí que mi esposa introdujera sus principios en la mente de nuestros hijos, procuraba especialmente transmitirles los míos en cualquier ocasión en la que me escucharan, confiando así en sembrar en ellos las semillas del escepticismo libre de prejuicios del que me

enorgullecía, al menos en la misma medida en que mi buena esposa dejaba caer suavemente su «superstición» en sus mentes infantiles. De haber conseguido imponer mi voluntad absurda e impía en esta materia, mis hijos no habrían tenido la menor educación religiosa, poseyendo una libertad completa para elegir por ellos mismos entre todos los sistemas existentes, incluyendo el ateísmo, según les determinara el azar, el capricho o el interés.

No es de suponer que tal estado de cosas no le produjera a ella una gran inquietud. Sin embargo, estábamos tan enamorados el uno del otro, y a nuestro modo humilde disfrutábamos de tantas bendiciones, que éramos tan felices como pueda serlo cualquier pareja sin la influencia sagrada de la simpatía religiosa.

Pero el flujo uniforme de prosperidad que durante tanto tiempo había alegrado mi pequeño hogar no estaba destinado a durar eternamente. Se ordenó que yo experimentara la amarga verdad de más de uno de los proverbios del hombre sabio, y primero, especialmente, aquel que afirma que «el que odia ser fiador está seguro». Me vi comprometido (como les ha sucedido a muchos antes) por un «m... amigo afable» en más de doscientas libras. Este agradable acuerdo me lo transmitió una carta de abogado que, para evitar medidas desagradables, me aconsejaba vivamente que pagara la cantidad entera antes de pasar una semana de la fecha de su amable epístola. Si me hubieran pedido que en ese tiempo consiguiera el diamante Pitt, o consiguiera los títulos de las fincas de Buckingham, me habría sido igual de fácil satisfacer la petición.

No deseo aburrir más a mi lector con esta pequeña preocupación, aunque sin embargo para mí era muy grave, y bastará con mencionar que la amabilidad de un amigo me liberó de las garras de la ley con un oportuno préstamo que sin embargo había de devolver en el plazo de dos años. Para poder cumplir este compromiso, tras repetidas consultas mi esposa y yo decidimos hacer aquello que produjo las extrañas y desagradables consecuencias que constituyen el tema de esta historia.

Decidimos poner un anuncio pidiendo un huésped, con o sin comidas; habíamos calculado que sometiéndonos con resolución durante un año a la economía que nos habíamos prescrito y a la molestia de la intrusión de un extraño, al final de ese plazo habríamos liquidado nuestra deuda.

En consecuencia, sin pérdida de tiempo redactamos un anuncio con las frases más tentadoras que fuimos capaces de escribir, pero coherente con el laconismo económico que el precio por línea de las columnas del diario Times impone a la retórica de un anuncio público.

El caso es que no tuvimos suerte; pues aunque repetimos nuestra notificación pública por tres veces durante una quincena, sólo nos llegaron dos solicitudes. Una de ellas pertenecía a un clérigo con mala salud; hombre de gran capacidad y edad, del que ambos conocíamos su fama, pero que tenía que hacer reposo. Mi buena esposa deseaba en gran manera que aceptáramos su oferta, considerablemente muy inferior al precio que nos habíamos fijado; no me cabe duda de que se sintió influida por la esperanza de que el celo y el talento del clérigo ejercieran una influencia feliz sobre mi corazón

incrédulo y tenaz. En cuanto a mí, me desagradaba su carácter religioso. No deseaba que llenara la cabeza de mis hijos con dogmas místicos, pues así consideraba yo a las doctrinas de nuestra fe sagrada, e instintivamente le rechacé. Decliné por ello su oferta; y desde entonces he pensado muchas veces que no lo hice con la benevolencia debida. La otra oferta, si así puede llamarse, era tan inadecuada que ni siquiera pudimos considerarla.

Empezaba a inquietarme gravemente, pues nuestro pequeño proyecto, lejos de producimos las ganancias que habíamos calculado, me había dejado casi sin dinero de bolsillo; pues independientemente del costo del anuncio que he mencionado, tuvimos pequeños y diversos gastos en la preparación de la recepción del huésped que esperábamos, gastos en los que ni siquiera habríamos soñado en circunstancias ordinarias. Así estaban las cosas cuando se produjo un incidente que reavivó inmediatamente mis esperanzas decaídas.

Como no teníamos demasiados criados, nuestros hijos se vieron obligados desde bien pronto a adquirir el hábito de la independencia; por ejemplo, la niña, que sólo tenía nueve años, con frecuencia quedaba al cuidado de su buen sentido, en compañía de un pequeño grupo de compañeros de juegos, de circunstancias bastante similares, con los que acostumbraba a pasar el rato. Una hermosa tarde de verano que había salido como de costumbre con sus compañeros, no regresó tan pronto como esperábamos; al hacerlo, estaba sin aliento y excitada.

—Papá, he visto a un caballero muy amable, viejo y agradable, y me pidió que te dijera que tiene un amigo que quiere alojarse en un lugar tranquilo, y piensa que tu casa le sería muy conveniente, y todavía más; y mira, me dio esto.

Abrió la mano y me enseñó un soberano.

—Bueno, esto parece prometedor —dije, y mi esposa y yo intercambiamos por primera vez una mirada sonriente.

—¿Y cómo era ese caballero? —preguntó mi mujer—. ¿Iba bien vestido... a quién se parece?

—A nadie que conozca yo, pero llevaba unas ropas nuevas y muy bonitas, y era uno de los hombres más gordos que he visto nunca; estoy segura de que está enfermo, pues parece muy pálido y tenía a su lado una muleta.

—¡Querida, qué extraño! —exclamó mi esposa; aunque en realidad no había nada de especial en ello.

—Sigue, niña —dije yo—. Cuéntanoslo todo.

—Pues bien, papá, ¡llevaba un inmenso chaleco amarillo! Nunca había visto un chaleco así; y estaba sentado o apoyado, no lo sé muy bien, en un banco de la calle verde; ¡supongo que para descansar, pues el pobre parece muy débil!

—¿Y cómo es que hablaste con él? —preguntó mi esposa.

—Cuando pasábamos por allí, ninguno de nosotros lo vio, pero supongo que oyó a mis compañeros hablar conmigo y decir mi nombre, pues enseguida nos interrumpió diciendo: «Fanny, pequeña Fanny, así que ése es tu nombre, ven aquí, niña, tengo que

hacerte una pregunta».

—¿Y entonces te acercaste a él? —pregunté yo.

—Sí, me llamó y acudí junto a él, pero no demasiado cerca, pues al principio le tenía mucho miedo.

—¡Miedo! ¿Y por qué miedo, querida? —volví a preguntarle.

—Tenía miedo porque parecía muy viejo, y espantoso, y pensé que podría hacerme daño.

—¿Y qué había en él que le hiciera parecer tan viejo y espantoso? —pregunté.

Hizo una pausa, reflexionó, y contestó a mi pregunta:

—Su cara era muy grande y pálida, y miraba hacia arriba: pensé que parecía muy enfadado, pero podía estar enfadado por el dolor; y a veces uno de sus costados parecía temblar durante un ratito, y luego se volvía a quedar quieto; y en todo el tiempo que estuvo hablando conmigo no me miró una sola vez, pues tenía siempre la cara y los ojos vueltos hacia arriba. Pero su voz era muy suave, y me llamó pequeña Fanny, y me dio esta moneda para que comprara juguetes; por eso al ratito ya no estaba enfadada, y luego me pidió que te transmitiera un largo mensaje, papá, y me dijo que si me olvidaba me pegaría; pero sabía que sólo estaba bromeando, por lo que ya no me volví a asustar.

—¿Y cuál era ese mensaje, hija mía? —pregunté acariciándole su hermosa cabecita con la mano.

—Bueno, déjame que lo recuerde todo —contestó reflexivamente—. Me lo dijo dos veces. Me preguntó si habría un buen dormitorio en la parte de arriba de la casa, y que fuera independiente, y ya sabes que lo hay, así que se lo dije; era exactamente el tipo de habitación que él había descrito. Y luego dijo que su amigo pagaría doscientas libras al año por esa habitación, la manutención y el servicio; y me dijo que te lo preguntara, y que le diera tu respuesta la próxima vez que me encontrara con él.

—¡Doscientas libras! —exclamó mi pobre esposa—. Vaya, eso es casi el doble de lo que esperábamos.

—¿Pero dijo si su amigo estaba enfermo, o era muy viejo, o si tenía también algún criado que le ayudara? —pregunté yo.

—¡Oh, no! Me dijo que era muy capaz de cuidarse él solo, y que tenía... creo que dijo un asma, pero nada más; y que no daría ningún problema, y que cualquier amigo que quisiera verle se encontraría con él en el jardín, no en la casa.

—¡En el jardín! —repetí echándome a reír a pesar de mí mismo.

—Sí, así lo dijo; y añadió que dijera que pagaría cien libras al llegar aquí, y las otras cien a los seis meses, y así lo iría haciendo.

—¡Vaya, vaya! Medio año por adelantado... mejor que mejor —exclamé yo.

—Y también me pidió que dijera que si preguntabas sobre su carácter, que es tan bueno como el dueño de la casa —añadió—. Y al decir eso se echó a reír un poco.

—Bueno, si nos paga cien libras por adelantado —respondí dirigiéndome a mi esposa —, estamos a salvo; pues no encontrará ni la mitad de eso en plata y joyas en toda la

casa, si es que su plan es el de robarnos. Así que no veo ninguna razón para no aceptar la oferta, si ésta es seria... ¿no te parece, querida?

—Todo lo contrario, mi amor —respondió ella—. Pienso que es de lo más deseable... casi diría que *providencial.*

—¡Providencial! ¡Mi pequeña beata! —repetí con una sonrisa—. Pues bien, sea así. Yo simplemente lo llamo *suerte;* pero quizá seas tú más feliz con tu fe que yo con mi filosofía. Sí, tú sientes *agradecimiento* por aquello que a mí sólo me regocija. Lo recibes como una prueba del tierno amor divino... y para mí sólo es un accidente. Los engaños suelen ser más elevados que la verdad.

Y diciendo eso, la besé para borrar esa nube de tristeza que por un momento cubrió su rostro.

—Papá, me pidió que estuviera segura de tener una respuesta para él cuando nos volviéramos a encontrar —volvió a intervenir mi hija—. ¿Qué tengo que decirle cuando me pregunte?

—Dile que estamos de acuerdo con su proposición, querida... o espera —me interrumpí dirigiéndome a mi esposa—. ¿No sería prudente poner por escrito lo que dice la niña y aceptar así la oferta? Así se impedirán malos entendidos, pues a lo mejor ha cometido algún error.

Mi esposa estuvo de acuerdo y escribí una breve nota afirmando que deseaba recibir un huésped en los términos descritos por la pequeña Fanny, y que especificaba claramente para que no pudiera surgir ningún error por la vaguedad de lo que los abogados llaman contrato de palabra. Puse ese importante escrito en manos de mi hija, quien lo entregaría al anciano caballero del chaleco amarillo en cuanto la encontrara. Y finalizadas todas esas disposiciones, aguardé el final del asunto con tanta paciencia como me fue posible fingir. Entretanto, mi esposa y yo hablábamos incesantemente; y ella, un alma buena, casi se agota hasta la muerte poniendo y quitando los muebles y la decoración de las habitaciones del huésped esperado. Pasaron los días: días en los que la esperanza se atrasaba, tediosos. De nuevo empezábamos a desalentarnos cuando una mañana nuestra hija entró corriendo en el comedor, más excitada que nunca, por una nueva entrevista que había tenido con el caballero del chaleco amarillo. Se había encontrado con él de repente, muy cerca del lugar en el que lo hizo la vez anterior, y éste había leído la pequeña nota que he mencionado y deseaba que la niña me informara que su amigo, *el señor Smith*, tomaría posesión de las habitaciones que le proponía, en los términos acordados entre nosotros, aquella misma tarde.

—¡Esta tarde! —exclamamos mi esposa y yo simultáneamente; yo con la cabeza llena por la idea de abonar un primer pago al día siguiente; ella, preocupada por los cien y uno preparativos que todavía restaban por hacer.

—¡Así que se llama Smith! Bueno, eso no nos dice mucho —comenté yo—. ¿Pero dónde te encontraste esta vez con tu amigo, y cuándo fue eso?

—Cerca de la esquina del callejón del muro de flores (así es como llamábamos a uno en el que abundaban fragantes plantas); tenía la espalda apoyada en el viejo árbol en el

que grabaste mi nombre, y la muleta debajo del brazo.

—¿Pero cuándo fue eso? —insistí.

—Hace sólo un momento; vine corriendo a casa tan rápido como pude —contestó mi hija.

—Pero bueno, pequeña cabeza dura, eso es lo primero que me tendrías que haber dicho —grité cogiendo mi sombrero y lanzándome en persecución del hombre del chaleco amarillo, pues lógicamente deseaba conocerlo, ya que un hombre que por primera vez admite a un desconocido en su casa, ofreciéndosela como residencia permanente, desea saber sobre él algo más que el simple hecho de que se llame Smith.

El lugar indicado estaba tan sólo a un paso; y puesto que el hombre del chaleco amarillo era gordo y usaba una muleta, pensé que le alcanzaría fácilmente. Sin embargo, me vi decepcionado; habían desaparecido la muleta, el chaleco amarillo y todo lo demás. Me subí al muro y desde esa atalaya observé los alrededores, pero en vano. Regresé a casa maldiciendo mi mala suerte, la torpeza de la niña y la actividad del viejo gordo.

No es necesario decir que el señor Smith, en todos sus aspectos morales, sociales, físicos y económicos, constituyó un tema de conversación fructífero e interesante durante la comida. Durante el ansioso *tête-à-tête* que mantuvimos, y que probablemente se vería interrumpido por la llegada del caballero, danzaron ante nosotros interminables laberintos de conjeturas caprichosas, muchos fantasmas de Smith, bajos y altos, robustos y delgados, de buen y mal temperamento, comerciantes, espías, timadores, ricachos, tramposos ricos, respetuosos o muy peligrosos.

Mi esposa y yo abordamos el problema como lo harían otros con el posible *dénouement* de una novela francesa; y finalmente, por mutuo consentimiento, llegamos a la conclusión de que Smith resultaría ser un impedido afable con chaleco amarillo, y como tal evidentemente humorista, y un millonario, tal como afanábamos sin vacilación, que no tenía parientes cercanos, y que yo esperaba, mientras mi esposa «estaba ya segura de ello», que se encapricharía claramente de nuestra pequeña Fanny; acaricié la cabeza de la niña con algo semejante al orgullo mientras pensaba en las posibilidades magníficas, aunque remotas, que la aguardaban.

Entretanto fueron pasando una hora tras otra. Era una hermosa tarde otoñal y el brillo ambarino del sol poniente cayó suavemente sobre los tejos y las flores, produciendo una atmósfera mitad melancólica y mitad alegre en los pilares de ladrillo rojo oscuro sobre los que había unas urnas de piedra agrietadas cubiertas por el follaje ligero de plantas trepadoras que habían crecido por sí solas. Mi mirada se desviaba constantemente al camino corto y ancho que conducía a esa entrada sombría; pero ningún traqueteo impaciente del pestillo, ningún golpe en la puerta, indicaban la presencia de un visitante, y la perezosa campana colgaba muda entre las madreselvas.

—¿Cuándo vendrá? ¡Chaleco amarillo prometió hacerlo esta tarde! Ha pasado ya más de hora y media y todavía no está aquí. ¿Cuándo vendrá? Pronto oscurecerá... habrá terminado la tarde... ¿Llegará por fin?

Tales eran las inquietas especulaciones que empezaban a preocuparnos. La luz del sol poniente se fue haciendo más rojiza y oscura hasta que tristemente se convirtió en las nieblas de la noche. Llegó el crepúsculo, después la oscuridad, y ni llegaba nadie ni nadie llamaba a la puerta. Ni siquiera ante mi esposa estaba dispuesto a admitir mi gran impaciencia. Sin embargo, no podía soportarlo más, por lo que tomé el sombrero y caminé hasta la puerta, quedándome de pie al lado del camino público para observar, con expectación enfebrecida, a todas las personas y vehículos que se aproximaban. Pero incluso éstos empezaron a faltar, y el camino se fue volviendo comparativamente tranquilo y desértico. Tras montar guardia como un centinela durante más de media hora, regresé bastante malhumorado por la puntualidad del huésped esperado, ordené a la criada que corriera las cortinas y cerrara la puerta del salón y mi esposa y yo nos sentamos desconsolados a tomar una taza de té. Debían ser las diez de la noche y ambos estábamos sentados silenciosos; ella trabajaba, yo miraba tristemente un periódico, y ninguno teníamos ya esperanza alguna de que resultara de ese asunto algo que no fuera la decepción, cuando una llamada repentina fuerte y sostenida en el cristal de la ventana nos sacó en un instante de nuestras ensoñaciones.

No estoy seguro de haber mencionado antes que la sala de estar que ocupábamos se hallaba en la planta baja, y el césped crecía bajo la ventana. Descorrí la cortina y abrí los cerradores con reanimadas esperanzas. Al mirar hacia el exterior vi una figura muy delgada y alta, bien cubierta, de pie a un metro de mí, indicando con impacientes movimientos de cabeza y mano la puerta de entrada. Aunque la noche era clara, no había luna, por lo que no pude ver más que el perfil negro, como una *ombre chinoise*, haciéndome muecas. Al momento estaba en la puerta de entrada con una vela en la mano; entró el desconocido; con sus largos dedos sujetaba el asa de una valija y una bolsa que arrastraba por el suelo tras él.

Le iluminó la luz. Llevaba un sobretodo largo y mal hecho, abotonado, que se arrugaba y combaba sobre su figura delgada; su sombrero no era en absoluto el mejor posible, y los bordes eran bastante anchos; una especie de bufanda de lana blanca le cubría la parte inferior del rostro; unas prominentes gafas verdes sujetadas con cuero le ocultaban completamente los ojos; por ello, la mirada curiosa de su humilde servidor no pudo ver nada del hombre auténtico, salvo un trocito de la frente amarillenta y un pequeño segmento transversal de la nariz y las mejillas, igualmente amarillentas.

—Usted es... supongo —empecé a decir, pues en realidad tenía mis dudas con respecto a aquel hombre.

—El señor Smith... en persona; si tiene la amabilidad de enseñarme mi dormitorio —me interrumpió bruscamente el desconocido, y en un tono que, a pesar de la bufanda que le tapaba la boca, resultaba bastante chirriante y agudo.

—¡Ah! El señor Smith, tal como suponía. Espero que lo encuentre todo tan cómodo como deseamos...

Iba yo a pronunciar un discurso, pero me cortó con una inclinación ligera y un gesto autoritario de la mano en dirección a la escalera. Era evidente que el desconocido

odiaba los ceremoniales.

Por ello subimos juntos la escalera; seguía arrastrando el equipaje por detrás y ascendía con ligereza sin articular una palabra; al llegar a su dormitorio, se quitó inmediatamente el sombrero dejando al descubierto una siniestra peluca negra, y después empezó a desenvolver la gruesa bufanda de lana que le cubría la boca y la barbilla.

«Vamos, *veamos* por fin algo de tu cara», pensé yo.

Pero fue muy poco lo que descubrió; pues bajo la bufanda de lana llevaba otra de seda que le cubría la barbilla y la boca, y un respirador, instrumento que no había visto antes y cuyo uso ignoraba totalmente.

Había algo que resultaba tremendamente extraño en el efecto de ese desconocido mecanismo sobre su boca, unido a las enormes gafas que le tapaban los ojos, por lo que creí que iba a soltar una carcajada de no ser por la impresión peculiar y desagradable del *tout ensemble* de la figura cadavérica, de piernas largas, pecho estrecho y vestida de negro. Permanecimos varios segundos en silencio, en pie, mirándonos el uno al otro.

—Se lo agradezco, señor —dijo por fin abruptamente—. Esta noche no deseo nada más; pero sí puede dejarme esta vela.

Asentí; y volviéndose de pronto más comunicativo, añadió:

—Aunque inválido, soy un hombre bastante independiente. Soy un poco filósofo; hago de mi propio criado, y espero que también de mi propio dueño. Para los asuntos del cuerpo y de la mente confío en mí mismo. Para mí los criados y los sacerdotes pertenecen a la misma categoría: personas que viven gracias a nuestra pereza, intelectual o corporal. Yo soy un Voltaire, pero sin sus lujos; un Robinson Crusoe, sin su Biblia; un anacoreta, sin su superstición; en suma, mi indulgencia es el ascetismo, y mi fe el ateísmo. Por eso no turbaré a sus criados tocando la campana, ni les molestaré a ustedes con mi salmodia. Tiene usted un huésped racional que sabe cómo cuidar de sí mismo.

Durante este singular discurso se quitó los guantes negros, que le ajustaban mal, y al hacerlo apareció en su mano un billete de banco que llevaba bajo los guantes por seguridad.

—La puntualidad, señor, es uno de mis escasos placeres —dijo—. ¿Me permitirá disfrutarla ahora? Mañana podrá hacerse cargo de esto; no descansaría si se negara a ello.

Extendió sus dedos manchados y huesudos y colocó el billete en mi mano. ¡Ay, Fortuna y Plutón! Era un billete de banco de 100 libras.

—Por favor, ni una sola palabra, mi querido señor —siguió diciendo mientras se estiraba todavía más—. Es simplemente el cumplimiento del contrato. Espero que dentro de poco nos conozcamos mejor; descubrirá que siempre soy igualmente puntual. Por el momento le luego que no se tome ninguna molestia; no necesito nada más. Buenas noches.

Le devolví la despedida, cerré la puerta y bajé las escaleras. Cuando casi había

llegado al salón recordé que me había olvidado de preguntarle al nuevo huésped a qué hora deseaba que le llamáramos por la mañana, por lo que volví a subir. Al llegar al pasillo al que daba su habitación, percibí una larga línea de luz que salía por la puerta parcialmente abierta, dentro de la cual estaba el señor Smith, con la misma figura extraña con que lo había dejado; a lo largo de las tablas se arrastraba hacia él por el pasillo un enorme gato de cabeza grande y color cuero. Nunca había visto a aquel feo animal; llegó hasta el umbral, arqueó el lomo y se frotó contra el marco antes de que pareciera darse cuenta de mi presencia, y en ese momento, con un gruñido colérico, se metió de un salto en la habitación del desconocido.

—¿Qué es lo que desea? —preguntó con voz aguda plantándose en el umbral.

Le expliqué mi deseo.

—Yo mismo me despertaré —fue su única respuesta, tras lo cual cerró con un portazo que no indicaba emociones muy placenteras.

Me importaba muy poco el temperamento de mi huésped. El crujido de su billete de banco en el bolsillo de mi chaleco era una música suficiente para endulzar los tonos más duros de su voz, y para mantener vivo un alegre buen humor en mi corazón; y aunque sin la menor duda había algo extraño en él, en general me sentía muy complacido con mi contrato.

Al siguiente día el huésped no tocó la campana hasta las doce. Tras haber tomado el desayuno, del que apenas comió nada, le dijo al criado que en el futuro deseaba que dejara fuera de la puerta una determinada cantidad de leche y pan; y tras ello, prescindiría de las comidas habituales. También deseaba que a mi regreso me dijera que quería verme en su habitación a las nueve de la noche; y entretanto, pidió que no le molestaran. Encontré a mi esposa muy asombrada por el aislamiento y la frugalidad del señor Smith, y con gran curiosidad por conocer el objetivo de la entrevista que deseaba mantener conmigo. A las nueve acudí a su habitación.

Le encontré vestido tal como lo había dejado, con las mismas gafas verdes, la misma bufanda en la boca, salvo que ahora no era más que un pañuelo de seda negra de anchos dobleces, muy suelto, y que cubría incluso la parte inferior de la nariz, colocado evidentemente con el único propósito de ocultarlo. Era evidente que yo no iba a ver de sus rasgos más que lo que había permitido que contemplara en nuestra primera entrevista. El efecto era como si tuviera una terrible llaga o herida en la parte inferior del rostro. Al entrar yo, él mismo cerró la puerta, hizo una ligera inclinación y tomó asiento. Yo esperaba que él empezara a hablar, pero guardó silencio durante tanto tiempo que al final me vi obligado a dirigirle la palabra.

A falta de algo más conveniente, dije que esperaba que no le hubiera atormentado el extraño gato la noche anterior.

—¿Qué gato? —preguntó abruptamente—. ¿A qué tormento se refiere?

—Bueno, vi con claridad un gato que entraba en su habitación anoche —respondí yo a mi vez.

—Bueno, ¿y qué si lo vio...? aunque sospecho que lo soñó... yo no tengo miedo de un

gato; ¿usted sí? —me interrumpió agriamente.

En ese momento salió un maullido bajo del gabinete de la habitación en la que estábamos sentados.

—Hablando del diablo —dije yo señalando hacia el gabinete.

Mi compañero, sin que se hubiera producido exactamente un cambio de expresión, me pareció todavía más siniestro y sombrío; por un momento tuve una especie de recelo supersticioso que hizo que el resto de la frase no llegara a salir de mis labios.

Quizás el señor Smith se diera cuenta de ello, pues en un tono pensado para tranquilizarme dijo:

—Bien, señor, creo que estoy obligado a decirle que me gustan mucho mis aposentos; me resultan convenientes, y probablemente sea su inquilino mucho más tiempo del que al principio usted pensaba.

Le expresé mi alegría por ello. Él entonces empezó a hablar, del mismo modo que lo habíamos hecho la noche anterior, de sus peculiaridades y costumbres. Empleo todo tipo de clases y denominaciones de la superstición con una jerga tan sarcástica que me resultó cautivadora y perdí pronto toda reserva, descubriéndome a mí mismo escuchándole y sugiriéndole cosas alternativamente, adquiescente y complacido, y a veces atreviéndome a disentir; pero siempre que así lo hacía, me derrotaba y vencía con algunas frases agudamente satíricas cuya retórica, pues como tal la considero ahora, me confundía con una rapidez que habría picado e irritado mi vanidad no poco de no ser por la admiración que, sin darme cuenta, me provocaba.

Mientras así hablábamos, los maullidos y gruñidos del gato se hacían cada vez más audibles desde dentro del gabinete. Por fin los sonidos se hicieron tan fuertes, acompañados del arañar de las garras en la puerta, que me detuve en mitad de una frase y comenté:

—¿No hay un gato encerrado en el gabinete?

—¿Cree usted? —exclamó en tono de sorpresa—. No, yo no lo oigo.

Se levantó de pronto y se acercó a la puerta; me daba la espalda, pero me di cuenta de que se levantaba las gafas, que habitualmente le cubrían los ojos, y miraba fijamente la puerta del gabinete. Los sonidos de cólera del interior fueron reduciéndose hasta convertirse en un gruñido bajo y más tarde todo quedó en silencio. Siguió en la misma actitud unos momentos y regresó junto a mí.

—No oigo nada —dijo mientras volvía a ocupar su lugar y, sacando un libro del enorme bolsillo, me preguntó si lo había visto antes.

No lo había visto nunca, lo que me sorprendió, pues me vanagloriaba de conocer, al menos por su nombre, todas las obras publicadas en Inglaterra en los últimos cincuenta años favorables a la filosofía en la que ambos creíamos. El libro resultó además extraño, tanto por su título como por el índice de sus contenidos.

Mientras discutíamos sobre estos temas, claramente fui tomando conciencia de un nuevo tipo de sonidos procedentes del mismo gabinete. Oí claramente unos pasos fuertes y medidos acompañados del golpeteo de algún objeto duro y pesado, como el

extremo de un bastón, recorriendo aquella habitación de arriba a abajo; al principio con cierta cautela, pero después cada vez más abiertamente. Empecé a sentirme incómodo y suspicaz. Como el ruido proseguía y se hacía cada vez más inequívoco, el señor Smith se levantó abruptamente, abrió la puerta del gabinete sólo lo suficiente para dar cabida a su delgada figura, y se deslizó en su interior unos segundos. No pude ver lo que hizo, aunque me di cuenta de que allí estaba oculto algún amigo; y aunque mis ojos permanecían fijos en el libro, no pude evitar escuchar algunas palabras o una señal de advertencia. Sin embargo no oí nada claramente. El señor Smith regresó, se aproximó uno o dos pasos hacia mí y me dijo:

—Creí haber oído algo en ese gabinete, pero no hay nada... nada... nada en absoluto; coja la vela y echemos un vistazo.

Obedecí con cierto temblor, anticipando plenamente que detectara al intruso de cuya presencia mis propios oídos me habían dado las pruebas más inequívocas durante casi media hora. Entramos juntos en el gabinete, en el que sólo había unas sillas y una mesa. En el otro extremo de la habitación había sobre el suelo una especie de pano de lana grisáceo, que envolvía algo. Lo miré y casi llegué a pensar que había visto el perfil de una figura humana; pero, en tal caso, estaba absolutamente inmóvil.

—Parte de mi pobre guardarropa —murmuró él señalando en esa dirección con su dedo delgado—. No se parece a un gato, ¿no cree? —murmuró, y sin esperar mi respuesta empezó a recorrer la habitación palmeando con las manos y gritando—: ¡fuera... fuera... fuera!

La caza, fuera de lo que fuera, no empezó. Sin embargo, al entrar había visto una muleta grande apoyada en la pared del otro lado de la puerta. Era el único objeto que había en la habitación, salvo los que he mencionado, que yo no conocía. A excepción de nosotros dos, no se veía allí a ningún ser vivo; sólo nuestras sombras ocupaban las paredes desnudas; sólo nuestros pies pisaban el incómodo suelo.

Nunca antes había tenido una sensación tan extraña y desagradable.

—Lo único no habitual en la habitación es esa muleta —dije yo.

—¿Qué muleta, zoquete? No veo ninguna muleta —exclamó en un tono de furia repentina pero reprimida.

—¿Que qué muleta?, *esa* —respondí (por alguna razón, no me inquietó su rudeza) dándome la vuelta y señalando hacia donde la había visto. ¡Pero había desaparecido!

No estaba allí, ni en ningún otro lugar. Debió ser una ilusión... aunque desde luego bastante extraña. Y sin embargo, en ese momento habría podido *jurar* con plena conciencia que jamás había visto un objeto con tanta claridad como aquella muleta un segundo antes.

Mientras se retiraba, mi compañero murmuró algo presuroso para sí mismo; su presencia me tranquilizaba más que asustarme; y sentí algo casi próximo al horror cuando, sosteniendo la vela por encima de su figura cadavérica y oscura, se quedó de pie en el umbral, mientras yo bajaba las escaleras, y con una especie de murmullo dijo:

—Vaya, aunque yo sea, como usted, un filósofo, diría que su casa está... está... en...

ENCANTADA.

—Estás muy pálido, mi amor —me dijo mi esposa cuando entré en la sala de estar, donde había estado aguardando mi regreso—. ¿Ha sucedido algo desagradable?

—Nada, nada, te lo aseguro. ¡Pálido...! *¿Parezco pálido?* —pregunté—. Somos excelentes amigos, te lo aseguro. Lejos de haber tenido el menor desacuerdo, hay todas las perspectivas de que nuestro acuerdo sea, como tú dices, demasiado bueno; pues he descubierto que mantiene las mismas opiniones que yo con respecto a los temas especulativos. Hemos mantenido una buena conversación esta noche, te lo aseguro; y creo que nunca había conocido a un hombre tan erudito y tan capaz.

—Pues entonces lo siento, querido —me contestó ella con tristeza—. Si son tales sus opiniones, cuanto mayor sea su talento más peligroso será como compañero.

Sin embargo pasamos a temas más alegres y nos demoramos bastante antes de retirarnos a descansar. Creo que fue el orgullo, quizá sólo vanidad, o en todo caso algún instinto tenaz de mi naturaleza, lo que impidió que le hablara a mi esposa de los incidentes extraños que habían turbado mi visita a nuestro huésped. Fui incapaz de confesar, o me avergonzaba hacerlo, que algo tan ligero me hubiera inquietado; y por encima de todo, que algún incidente hubiera podido nublar, aunque sólo fuera por un momento, la prístina claridad de mi escepticismo puro y elevado con respecto a las sombras de la superstición.

Casi todos los días parecían traer alguna nueva excentricidad de nuestro extraño huésped. Su dieta se componía del monótono pan y la leche con que iniciaba el día, sin la menor variedad o alivio; su cama no se había hecho durante casi una semana; desde la visita que yo le hice, y que acabo de describir, nadie había entrado en su habitación; y nunca se aventuró escaleras abajo, o fuera de la puerta, hasta mucho después de la caída de la noche, cuando solía deslizarse velozmente dando vueltas por nuestro pequeño recinto, o en ocasiones se quedaba quieto e inmóvil, como en actitud de profunda atención. Tras emplear aproximadamente una hora en esos menesteres, regresaba, subía a su habitación, se encerraba en ella y no se le volvía a ver hasta la noche siguiente... o quizás hasta dos noches más tarde, cuando repetía la extraña excursión.

Por extrañas que fueran sus costumbres, su excentricidad no nos causaba problemas. No necesitaba literalmente la menor atención; y en cuanto a sus ocasionales paseos nocturnos ni siquiera con ellos nos producía la menor perturbación de nuestra hora rutinaria de cerrar la casa y la puerta del salón para la noche, puesto que invariablemente se retiraba antes de esa hora.

Todo aquello estimuló mi curiosidad, y en no poca medida también la de mi esposa, quien a pesar de su vigilancia y de la ansiedad por ver a nuestro extraño huésped, se lo había impedido una serie de accidentes. Estábamos sentados hacia las diez de la noche cuando llamaron a la puerta. Acabábamos de hablar acerca de la conducta inexplicable de Smith; y sentí apuro al pensar que pudiera ser él mismo quien estuviera en la puerta y hubiera escuchado lo que decíamos sobre él, que podía ser cualquier cosa menos un

cumplido.

—Entre —grité con cierto esfuerzo; el alto cuerpo de nuestro huésped se deslizó en la habitación. Mi esposa se mostró claramente asustada, y mientras él avanzaba se quedó mirándole con manifiesta aprensión, incluso retrocedió mecánicamente y me cogió de la mano.

Sin embargo, el defecto de nuestro huésped no era la sensibilidad: hizo una especie de rígida inclinación mientras yo murmuraba una presentación, se sentó sin que nadie se lo pidiera y empezó de inmediato a charlar con ese estilo extraño, burlón y sin cumplidos que tan bien se le daba, y que cuando lo utilizaba producía una fascinación que ni siquiera puedo pretender transmitir.

Remitió la alarma de mi esposa, y aunque siguió sintiendo de manera manifiesta ciertos recelos con respecto a nuestro visitante, escuchó su conversación y pronto, a pesar de sí misma, comenzó a disfrutar con ella. Se quedó durante casi media hora. Pero aunque tocó una gran variedad de temas, no abordó el de la religión. En cuanto se fue, mi esposa emitió un juicio sobre él. Admitió que era amable, pero inmediatamente después añadió que era una persona de aspecto horrible y poco natural: además creía que había algo indescriptiblemente atemorizador en sus maneras... el tono mismo de su voz resultaba extraño y odioso; y en general, se sintió muy aliviada cuando se marchó.

Unos días más tarde encontré a mi regreso a mi pobre esposa agitada y desalentada. El señor Smith le había hecho una visita, llevando con él un libro que decía que había estado leyendo y que contenía algunas referencias a la Biblia que le suplicaba a ella que le explicara en su sentido más profundo y menos obvio. Ella se había esforzado por hacerlo; y él, simulando estar muy contento con su satisfactoria exposición, le había pedido que reconciliara algunas discrepancias que le habían turbado a menudo al leer las Escrituras. Algunas de ellas eran absolutamente nuevas para mi buena esposa; la sorprendieron, incluso la horrorizaron. Él siguió con el tema, simulando que sólo buscaba información para tranquilizar sus dudas, cuando en realidad estaba sembrando en la mente de mi mujer las semillas de las primeras perturbaciones que habían inquietado las fuentes de su paz. Mi esposa pensaba que había estado con él no más de un cuarto de hora; pero él se había esforzado por dejarle abundantes temas sobre los que meditar durante varios días. La encontré sobrecogida y horrorizada por las dudas que aquel potente mago había sacado del pozo... dudas que mi esposa no sabía cómo combatir, y de cuyo tormento no le era posible escapar.

—Me ha hecho sentirme muy desgraciada con sus engañosas preguntas. Nunca antes había pensado en ellas... ¡y por el Dios de los cielos, no puedo darles respuesta! ¿Qué voy a hacer?

Mi serenidad ha desaparecido; nunca volveré a ser feliz. En realidad se sentía tan desgraciada, y me pareció a mí que tan desproporcionadamente excitada, que a pesar de que la tarea no hubiera sido coherente con mi pensamiento, con gran alegría le habría explicado las dificultades, para que su mente recuperara la serenidad y confianza habituales, si hubiera poseído un conocimiento suficiente para ello. Sentí

realmente piedad de ella, y de todo corazón deseé que el señor Smith se fuera, por esta vez, al diablo.

Más tarde observé que el espíritu de mi esposa había sido afectado de manera permanente. Había en ella una ansiedad que volvía constantemente, y pensé que en su corazón había algo todavía más pesado que las incertidumbres provocadas por el huésped.

Una noche en la que los dos estábamos sentados juntos, tras un largo silencio me puso de repente una mano en el hombro y me dijo:

—¡Ay, Richard, querido! ¡Ojalá pudieras rezar por mí!

Había en su actitud algo tan agitado y aterrado que me sobresalté. Le supliqué que revelara lo que la acosaba en su mente.

—No puedes compadecerte de mí... no puedes ayudarme... ¡Apenas si puedes darte cuenta de mi desgracia! ¡Ay, mi querido Richard! Alguna influencia maligna se ha apropiado de mi corazón, amortiguando y destruyendo mis convicciones, matando todos mis afectos sagrados, y... transformándome absolutamente. Contemplo mi interior con asombro, con terror... con... ¡Ay, Dios mío...! ¡Con verdadera desesperación!

Tras decir esto, se dejó caer de rodillas y brotó de ella un torrente de lágrimas mientras reposaba la cabeza en mi regazo.

¡Pobre esposa mía, mi corazón sangraba por ella! ¿Pero qué podía hacer o decir yo?

Lo único que podía sugerir era lo que realmente pensaba, que se encontraba mal, que estaba histérica, y necesitaba cuidar mejor de su preciosa persona; que su cambio de sentimientos era algo imaginario, y no real; y que en pocos días recuperaría su salud, su espíritu y su serenidad de siempre.

—A veces —volvió a decirme cuando había terminado un discurso consolador, que claramente no debió aprovecharla mucho—, entran en mi mente esos pensamientos terribles e impíos, lo quiera yo o no; vienen y se quedan, y vuelven, por mucho que yo me esfuerce; y no puedo rezar contra ellos. Entran forzadamente con la potencia de una voluntad independiente; y ay, qué horrible, son blasfemos para el carácter del propio Dios; vituperan al TODOPODEROSO en su trono, y no puedo rezar contra ellos; ahora hay algo en mí que se resiste a la oración.

Había una angustia tan real y temible en la agitación de mi amable compañera que sacudió el interior de mi alma, aunque yo simulara tomarme a la ligera sus confesiones. Jamás antes había presenciado una lucha de este tipo, y el espectáculo me sobrecogió.

Finalmente consiguió una comparativa tranquilidad. Gradualmente, aunque con muchas imperfecciones, conseguí tranquilizarla. Se esforzó de nuevo por luchar contra su depresión y recuperó en parte su alegría habitual.

Sin embargo, al poco rato regresaron las nubes. Se puso triste, aunque dejó de estar excitada; y me rogó, más bien me imploró, que le hiciera un favor especial, el de evitar la compañía de nuestro huésped.

—Nunca entendí hasta ahora el temor instintivo con el que la pobre Margaret, en *Fausto*, se aparta de la presencia odiosa de Mefistófeles —me dijo—. Pero ahora lo siento

en mí misma. El desagrado y la sospecha que sentí al principio por ese hombre, Smith o como quiera que se llame, se ha convertido en auténtico terror y aversión. Le odio... le tengo miedo... nunca supe lo que era la angustia mental hasta que él cruzó nuestra puerta; y ojalá hubiera querido Dios... que se hubiera ido.

Razoné con ella, la bese, me reí de ella; pero no pude disipar lo más mínimo el horror intenso y preternatural con el que consideraba al pobre inválido filosófico, quien en aquel momento probablemente estaría sumido en algún libro metafísico en su solitario dormitorio.

La circunstancia que voy a mencionar dará alguna idea de hasta que extremo afectaban a los nervios de mi esposa esos sentimientos excitados.

Aquella noche me despertó un grito penetrante; me incorpore sobresaltado en la cama y vi a mi esposa de pie junto al lecho, blanca como la ceniza por el terror. Tan asombrado estaba que pasaron unos segundos antes de que encontrara las palabras necesarias para preguntarle por la causa de su miedo. Me cogió la muñeca con una mano helada y se subió a la cama temblando violentamente. A pesar de mis repetidas preguntas, permaneció durante mucho tiempo estupefacta y muda. Sin embargo, al final me contó que cuando llevaba despierta un buen rato, sintió de pronto que era capaz de rezar, y encendiendo la vela se había apartado de mi lado para arrodillarse y hacerlo. Sin embargo, apenas había asumido la actitud orante, cuando alguien le cogió del brazo violentamente, cerca de la muñeca, y en ese mismo instante escuchó una amenaza blasfema cuya importancia no pudo entender en el momento en el que se la murmuraron cerca del oído. Esa interrupción aterradora fue la causa del grito que me había despertado; y la condición en la que se mantuvo durante el resto de la noche me confirmó más que nunca en la idea de que sufría alguna acción mórbida del sistema nervioso.

Tras aquel incidente, que sin la menor vacilación atribuí a la fantasía, literalmente le amedrentaba rezar, y en correspondencia con ello aumentaban su desesperación y desgracia.

Poco después de aquello una presión de mis asuntos poco habitual me exigió quedarme en la ciudad una tarde después de la hora de oficina. Había dejado a mi querida esposa en una situación tolerablemente aceptable y la pequeña Fanny la acompañaría hasta que yo regresara. Ella y mi hija ocupaban la misma habitación en la que habíamos estado sentados la tarde memorable en la que llegó nuestro excéntrico huésped. Aunque habitualmente era una niña muy vivaz, aquella noche sucedió que Fanny estaba excesivamente seria y somnolienta. Su madre la habría enviado a la cama, pero tenía verdadero miedo de quedarse sola; y aunque no pudo superar el horror ante la soledad como para enviarla a acostarse, no persistió en combatir el sueño de la pobre niña.

En consecuencia, al poco tiempo Fanny se había quedado profundamente dormida mientras la madre proseguía tranquilamente sus labores junto a ella. Llevaban quizás unos diez minutos así cuando mi esposa escuchó que levantaban suavemente la ventana

desde el exterior: una mano huesuda separó las cortinas y el señor Smith se asomó en la habitación.

Quedó tan sobrecogida ante esa aparición que incluso si hubiera entrado, tal como ella esperaba, me dijo que no habría emitido un solo sonido, ni se habría movido del lugar en donde estaba sentada, petrificada por el miedo.

—¡Ja, ja! —exclamó él suavemente—. Espero que excusará esta, he de admitir, extraña intrusión; pero sabía que la encontraría aquí y no pude resistirme a la oportunidad de levantar la ventana sólo un momento para observar este pequeño cuadro familiar y decirle unas palabras. Entiendo que esté preocupada porque, por alguna causa, no puede decir sus oraciones, ya que lo que usted llama su «fe», por así decirlo, ha desaparecido y muerto, y también porque lo que *usted* considera malos pensamientos surgen una y otra vez en su mente. Pero todo eso es una tontería. Si realmente le es imposible creer y rezar, ¿qué consecuencias ha de sacar de ello? Es absolutamente evidente que su sistema cristiano no puede ser verdadero: por todas partes la fe y la *oración* lo representan como las condiciones de la gracia, la aceptación y la salvación; y sin embargo, su CREADOR no le *permite* ni creer ni rezar. Ciertamente, el sistema cristiano es un regalo *gratuito*, pero aquel que lo formó, y que le formó a usted, hace que sea absolutamente imposible que usted lo acepte. Y le pregunto, ¿es así según su experiencia... es un regalo? Y si su propia experiencia, según la cual no puede equivocarse, convierte sus pretensiones en una mentira, ¿por qué, en nombre del sentido común, persiste en creerlo? Digo que es una blasfemia absoluta pensar que ha emanado del ESPÍRITU DIVINO... suponiendo que exista tal. Éste le dice que será atormentada en el más allá de una manera que sólo hace inteligible la imagen del fuego eterno, que debemos admitir que es bastante fuerte, a menos que cumpla usted ciertas condiciones, que se supone son tan fáciles que es un verdadero placer abrazarlas y realizarlas; y sin embargo, no puede, físicamente *no puede*, hacerlo. ¿Es esto la verdad y la piedad? ¿O es una estafa y una crueldad? ¿Forma parte del Redentor, o del tirano, el mentiroso y el atormentador?

Hasta ese momento, mi esposa había estado sentada, inmóvil y casi sin respirar, escuchando en la catalepsia de la pesadilla una especie de eco del razonamiento vil e impío que la había acosado durante mucho tiempo. Con las últimas palabras de la frase, la voz del huésped se volvió dura y estremecedora; y toda su actitud traslucía una especie de odio terrible y oculto como mi esposa no había sido hasta entonces capaz de pensar que existiera.

Con independencia de cuál fuera la causa, de repente perdió el hechizo. Se puso en pie y, aunque estaba temblando por el horror, con un grito agudo de agonía le ordenó en el nombre de Dios que se apartara de ella. Dio la impresión de que el cuerpo de él se oscurecía; se echó hacia atrás silenciosamente; la cortina volvió a cerrarse, la ventana bajó tan furtivamente como había subido; y mi esposa se encontró en el salón con nuestra hijita, que acababa de despertar por el grito de angustia de su madre, y con palabras terribles como la de «tentador», «destructor», «diablo» sonándole todavía en los

oídos, lloraba amargamente y sujetaba la mano de su aterrada madre.

Creo que no hay nada que se contagie más que esa especie de nerviosismo que se muestra con el miedo supersticioso. Aunque me cuesta admitir algo semejante, sin darme cuenta empecé a compartir poderosamente los sentimientos peculiares con los que mi esposa, en realidad todos los que vivían en mi casa, consideraban ya al huésped de arriba. Además el hecho era que el estado mental de mi pobre esposa empezaba a inquietarme seriamente; y aunque me daba plena cuenta de las ventajas económicas, y otras, que producían su estancia, estaban lejos de pesar más que la tristeza constante y la desgracia frecuente que el huésped estaba trayendo a mi casa, en otro tiempo tan alegre. Decidí por ello, sin importarme el sacrificio económico necesario, poner fin a esas conmociones; y tras varios debates con mi esposa en los que como de costumbre el tema giró alrededor de todas las consecuencias posibles e imposibles, llegamos al acuerdo de que deduciendo una proporción justa de su estancia de cinco semanas le devolvería el resto de las cien libras y le pediría que abandonara inmediatamente sus habitaciones. Como un hombre liberado repentinamente de una carga insufrible, y que vuelve a respirar libremente una vez más, me dispuse al instante a llevar a efecto el resultado de nuestras deliberaciones.

De acuerdo con la resolución, aguardé al señor Smith. Esta vez la cita se produjo por la mañana, alrededor de las nueve. Me recibió en su puerta, de pie como de costumbre en la tímida abertura que apenas dejaba pasar su delgada persona. Allí estaba él, con el equipo completo de gafas y respirador, y envuelto, más que vestido, en sus plegadas prendas negras.

Como no parecía dispuesto a invitarme a entrar en su estancia, aunque había anunciado que mi visita era de negocios, me vi obligado a transmitirle el recado allí donde estaba; y tras algunas tentativas y bisbeos me esforcé por exponerle claramente la resolución que había ido a transmitirle.

—No puedo ni pensar en recuperar una parte de la suma que le he pagado —dijo él con un énfasis frío y seco.

—El no querer hacerlo, señor Smith, es un rasgo muy hermoso, y le aseguro que apreciado —contesté yo—. Es muy generoso; pero al mismo tiempo me resulta totalmente imposible aceptar aquello a lo que no tengo derecho, y debo suplicarle que no vuelva a mencionar esa parte del tema.

—¿Y por qué iba a aceptarlo? —preguntó el señor Smith.

—Porque ha pagado estas cien libras por seis meses, y se va cuando faltan casi cinco meses para que expire el contrato. Siempre soy justo en mis tratos, como espero que lo sean conmigo.

—¿Pero quién dice que vaya a irme tan pronto? —volvió a preguntar el señor Smith con el mismo tono seco y sarcástico—. *Yo* no lo he dicho, porque en realidad no pienso hacerlo; y pienso quedarme aquí hasta el último día de los seis meses que le he pagado. No tengo la menor intención de abandonar las habitaciones que he alquilado simplemente por que usted diga que me vaya. No discutiré con usted... nunca lo hago

con nadie. Soy su amigo como lo era antes; pero sin el menor deseo de mostrarme descortés, no puedo hacerlo, positivamente no puedo. ¿Desea algo más?

No había previsto en absoluto la dificultad que encontré y que turbaba nuestros planes. Había preparado mi corazón para llevar a cabo inmediatamente el desalojo de nuestro siniestro inquilino, por lo que la decepción me dejó literalmente aturdido por un momento. Sin embargo, volví a la carga: le pedí, le rogué, casi le supliqué que abandonara sus habitaciones y nos las dejara. Ofrecí devolverle la suma entera que me había pagado, sin reservar nada por el tiempo que ya había estado con nosotros. Le sugerí todas las desventajas de la casa. Cambie mis razones y le dije que mi esposa quería esas habitaciones; apelé a su galantería, a su buena naturaleza, a su economía; en suma, le asalté desde todos los puntos, pero en vano, pues ni siquiera se tomó la molestia de repetir lo que ya antes había dicho: ni cedió ni mostró la menor irritación, sino que simplemente dijo:

—No puedo hacerlo; aquí estoy y aquí estaré hasta que haya pasado el medio año. Quería un inquilino y lo obtuvo: la persona más tranquila, la que menos gastos y problemas podría darle; y aunque su casa, sus criados y sus muebles no sean de los mejores, no me ha importado. Aquí puedo llevar a cabo mis pobres negocios y placeres a mi entera satisfacción.

Tras haber hablado así, me saludó con una especie de inclinación de cabeza y cerró la puerta.

Por ello, en lugar de librarnos de él al día siguiente, tal como esperábamos, nos aguardaban casi cinco meses más de su compañía. Odiaba esa perspectiva, y mi esposa la temía. En su decepción se sintió profundamente desgraciada y se aterrorizó... y se fue poniendo tan nerviosa que decidí buscar algún alojamiento para ella y los niños (por mucho que ese paso subvirtiera todos nuestros planes de disminución de gastos), entregando totalmente la casa al señor Smith y los criados durante el resto del plazo.

Sin embargo se produjeron unas circunstancias que nos impidieron ejecutar ese plan. Entretanto, mi esposa se encontraba, si ello era posible, más deprimida y nerviosa cada día. Los criados parecían verse afectados por el mismo temor y tristeza que nosotros; los propios niños, sin saber la razón, iban perdiendo ánimo y se iban volviendo más tímidos; y la casa entera se vio invadida por una atmósfera de incertidumbre y miedo. Un hospicio o un calabozo habrían resultado alegres en comparación con una casa habitada sin cesar por alarmas y sospechas sobrenaturales. Habría hecho cualquier sacrificio, aunque me llevara a la ruina, para liberar nuestro hogar de la odiosa esclavitud mental y moral que, invisiblemente, se había ido estableciendo entre nosotros... abrumándonos con ansiedades extrañas y un terror indefinido.

Por aquel entonces mi esposa tuvo un sueño que la inquietó mucho, aunque no pudo explicar satisfactoriamente su supuesto significado mediante ninguna de las interpretaciones ordinarias. La visión fue la siguiente:

Soñó que nos dedicábamos a llevar a cabo nuestro plan de mudanza y que yo

entraba al salón, en donde ella estaba haciendo algunos arreglos, y con una actitud bastante agitada le decía que había llegado el vehículo para los niños. En consecuencia ella pensaba que había salido al vestíbulo llevando a la pequeña Fanny de una mano y al muchacho, o tal como le seguíamos llamando «el niño», de la otra, y sintiendo al hacerlo una inexplicable tenebrosidad, que llegaba casi hasta el terror, que iba extendiéndose por todo su cuerpo. Pensó que los niños también parecían asustados, y a punto de llorar.

Tan cerca de la puerta principal que no dejaba pasar la luz había una especie de vehículo del que no podía ver nada, pero que tenía la puerta totalmente abierta, y el interior en una oscuridad total. Mi esposa sintió que los niños retrocedían con grandes temblores, y ella trató de inducirlos mediante la persuasión a que entraran, diciéndoles que sólo «iban a la casa nueva». Al cabo de un rato la pequeña Fanny se aproximó; pero en ese mismo instante surgió velozmente alguna persona desde atrás y cogiendo al niño en sus manos dijo con violencia: «no, primero el niño», y lo colocó en el vehículo. Esa persona era nuestro inquilino, el señor Smith, y desapareció tan repentinamente como había aparecido. Mi esposa no podía actuar ni hablar dentro del sueño; pero cuando el niño era levantado hasta la puerta del vehículo, un hombre cuyo rostro estaba lleno de compasión y hermosa ternura, se inclinó desde el vehículo y recibió al niño, quien extendiendo sus brazos hacia el desconocido miró hacia atrás, a su madre, con una sonrisa extraña.

«Está a salvo conmigo, y se lo entregaré cuando usted venga».

Tales fueron las palabras que pronunció el hombre, mirando a mi esposa a la cara, al recibir al niño, e inmediatamente se cerró la puerta del vehículo y el ruido que produjo despertó a mi esposa de su pesadilla.

Este sueño la inquietó mucho, e incluso produjo efectos desagradables también en mí mismo. Sin embargo decidimos no hablar de él con nadie, no divulgar ninguna de nuestras sospechas con respecto al desconocido. Estábamos ansiosos porque ni los niños ni los criados se contagiaran del miedo que se había apoderado de mi pobre esposa, y si voy a ser sincero también de mí. Pero creo que esa precaución fue inútil, pues como ya dije antes todos los que se hallaban bajo el mismo techo en el que vivía el señor Smith se veían hasta cierto punto afectados por la misma aprensión y tristeza nerviosa.

Comenzó entonces un melancólico capítulo de mi vida. Mi pobre Fanny se vio aquejada por una tos que pronto se hizo muy violenta y al cabo de un tiempo degeneró en un ataque agudo de inflamación. Nos vimos seriamente alarmados por su vida y no ahorramos por salvarla ningún cuidado ni medicina. Su madre se mostraba infatigable y apenas la abandonaba de noche o de día; y la verdad es que durante algún tiempo todos desesperamos de poder recuperarla.

Una noche, cuando la niña estaba en uno de sus peores momentos, su madre, que llevaba junto a su lecho muchas horas sumida en la melancolía, escuchando las incoherencias del delirio y los gemidos de la fiebre, que tanto atormentaba a un corazón amoroso, fue sacando gradualmente de su misma desesperación el valor que

durante tanto tiempo había deseado, y arrodillándose al lado de la cama de su querida hija enferma rezó para que se salvara.

Con las manos entrelazadas, suplicando dolorosamente, rezó a Dios para que, en su piedad, perdonara a aquella pequeña niña; oró diciendo que aunque mereciera los peores castigos que la mano divina pudiera infligir, la tratara paciente y tiernamente en esto. Derramó sus penas ante la sede de la piedad; abrió su corazón y afirmó que su única esperanza estaba en la piedad divina, sin la cual estaba segura de que su hija abandonaría ese lecho para ir a la tumba.

Exactamente cuando estaba en esa parte de la súplica, la niña, quien por lo visto se había ido mostrando cada vez más inquieta, y gemía y murmuraba con irritación y dolor crecientes, de pronto se irguió en la cama y con una voz aguda gritó:

—¡No! ¡No...! Primero el niño.

La frase misteriosa que secretamente la había atormentado durante tanto tiempo, pronunciada así por aquella niña que deliraba, y que quizás estaba a punto de morir, con lo que parecía una fuerza y un impulso sobrenaturales, detuvo a mi esposa en sus devociones, produciéndole un sentimiento semejante al terror.

—¡Calla, calla, querida mía! —dijo la pobre madre casi enloquecida mientras cogía en sus brazos el cuerpo delgado de la niña enferma—. Calla, querida. No grites tanto... cálmate... cálmate, amor mío.

La niña no parecía verla ni oírla, pero sentada todavía con las mejillas enfebrecidas, y unos ojos brillantes e inestables, seguía pronunciando con sus labios secos palabras inaudibles.

—Acuéstate, mi dulce niña... acuéstate, haz caso a tu madre. Si te fatigas no podrás mejorar, y tu pobre madre te perderá.

Ante esas palabras, la niña de pronto volvió a gritar con la misma voz aguda y fuerte: «¡No! ¡No! El niño primero, el niño primero», e inmediatamente después cayó hacia atrás entrando por primera vez desde su enfermedad en un sueño tranquilo.

Mi buena esposa permaneció sentada, llorando amargamente junto a su lecho. La niña estaba mejor... y ciertamente eso era maravilloso. Pero había en aquellas palabras un presagio que repetía el de su sueño y que no se atrevía a interpretar, aunque como unas tenazas de hierro se había apoderado de todas las fibras de su cerebro.

—Ay, Richard —me dijo llorando mientras pasaba sus brazos por mi cuello—. Estoy aterrada ante esa horrible amenaza del mundo invisible. ¡Ay! ¡Mi pobre y querido hijo, voy a perderte! Estoy segura de que voy a perderte. Consuélame, querido, y dime que no va a morir.

Y así lo hice, poniendo en acción toda mi capacidad de argumentación y persuasión para convencerla de la poca base que tenía su ansiedad. El muchachito estaba perfectamente bien, y aunque fuera a morir antes que su hermana, ello podría tardar setenta años. Sin embargo, no pude ocultarme a mí mismo que había algo extraño y desagradable en la coincidencia; y mi pobre esposa se había vuelto tan nerviosa y excitable que una conjetura menos siniestra hubiera bastado para alarmarla.

Entretanto seguía aumentando el inexpresable terror que inspiraba la presencia de nuestro inquilino. Una de nuestras doncellas nos avisó de que nos dejaba sólo por el miedo a nuestro extraño huésped, y por los raros accesorios que lo acompañaban. Afirmó, y en esto fue corroborada por el otro criado, que el señor Smith parecía tener constantemente compañía en su habitación; que aunque nunca les habían oído hablar, de manera continua y clara oían pasear a dos personas arriba y abajo por la habitación, y describieron con precisión el sonido peculiar de un bastón o una muleta golpeando el suelo, como habían escuchado mis propios oídos. También habían visto al gato grande y feo que he mencionado, el cual con frecuencia se deslizaba dentro y fuera de la habitación del señor Smith; y habían observado que cuando nuestra niñita estuvo en la situación de mayor peligro el odioso animal se encontraba constantemente moviéndose y arrastrándose junto a la puerta del dormitorio de la enferma desde que caía la noche. Estaban absolutamente convencidos de que aquel animal de mal presagio era el propio demonio, y confieso que, aunque era un escéptico, no podía evitar absolutamente la creencia de que se trataba de algo más que «un gato inofensivo». Éstos y otros informes similares, cuyos autores los consideraban absolutamente reales, lógicamente hacían muy poco por aliviar la inquietud y la alarma que llenaban nuestra casa.

Para entonces los atardeceres se habían acortado mucho, y la oscuridad solía sobrevenir cuando estábamos todavía sentados tomando el té. Precisamente en ese período del que estoy hablando, después de que mi hija hubiera empezado a recuperarse claramente, sucedió que me encontraba sentado en el comedor con mi hijo profundamente dormido sobre mis rodillas y pensando no me acuerdo qué cuando mi esposa subió las escaleras, como de costumbre, para sentarse en la habitación de la pequeña Fanny. Y cuando estaba yo sentado así, sin la compañía de ningún adulto, se produjo una oscuridad absoluta.

Yo estaba con un codo apoyado en la mesa y rodeando con el otro brazo al niño dormido cuando creí sentir una fría corriente de aire que soplaba débilmente en mi frente. Levante la cabeza y vi con toda claridad, en el otro extremo de la mesa, dos grandes ojos verdes que me miraban. No pude ver más, pero al instante comprendí que eran los del abominable gato. Resistiéndome al impulso de horror y aversión, cogí una jarra de agua que tenía cerca de la mano y se la arrojé con toda mi fuerza. Debí fallar el blanco, pues los ojos brillantes siguieron fijos en mí durante un segundo, y luego se acercaron más, y todavía más. El ruido del cristal al estallar con fuerza sobre la mesa llamó la atención de una criada que pasaba en ese momento por allí. Llevaba una vela en la mano, y quizás la llama alarmó al odioso animal, pues cuando ella entró éste había desaparecido.

Tuve la sensación indefinida de que el hecho de la proximidad del animal estaba relacionado de alguna manera con una lesión provocada en alguna parte del cuerpo de mi hijo. No podía equivocarme con respecto a que había visto con claridad los dos grandes y brillantes ojos verdes. No me di cuenta de a donde se había ido el maldito animal; fácilmente podría haber escapado por la puerta cuando la abrió la criada, pero

ninguno de los dos lo vimos hacerlo; y estábamos todos en tal estado de excitación nerviosa que incluso ese incidente entró a formar parte del catálogo de nuestras experiencias ambiguas.

Fue una gran felicidad para nosotros ver cómo nuestra querida hijita Fanny mejoraba día a día y estaba ya fuera de peligro: aquello nos alegró y complació. También nos animó saber que habían pasado ya más de dos meses del plazo de ocupación de nuestro inquilino; y ya podíamos anticipar el alivio inexpresable de su marcha.

Mi esposa se esforzó al máximo para que la recuperación de nuestra querida hija se convirtiera en algo bueno para mí; pero las impresiones del miedo desaparecen pronto, y las de la gratitud religiosa deben ir precedidas por la fe. Todo quedó en unas semillas sembradas sobre rocas.

Aunque se recuperaba rápidamente, la pequeña Fanny seguía estando muy débil y su madre solía pasar una gran parte de la tarde en su dormitorio, pues la niña se sentía a veces inquieta al llegar la noche. En ese período sucedió que, estando sentada como de costumbre junto al lecho de Fanny, fue testigo de un incidente que la inquietó sobremanera.

Parece ser que la niña se había quedado dormida y estaba acostada e inmóvil, con los ojos abiertos a medias, aparentemente sin darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor. Sin embargo, de pronto, con una expresión de terror enloquecido, encogió las piernas, se acurrucó en el cabezal de la cama y empezó a mirar fijamente algún objeto; éste, a juzgar por el movimiento de sus ojos, debía moverse con lentitud desde un extremo de la habitación al otro.

La niña lanzó un grito bajo y estremecedor al tiempo que se aferraba a la mano de su madre, palideció y se puso tensa de terror, siguió con los ojos el movimiento inaudible de algún espectro invisible y se fue encogiendo más y más por el temor.

—¿Qué sucede? ¿Dónde está? ¿Qué es lo que te asusta, querida mía? —le preguntó la pobre madre, que estremecida de horror buscaba en vano la aparición que parecía arrebatar la razón a la niña.

—Quédate conmigo... sálvame... aléjalo... mira, míralo... me está haciendo señales... no dejes que me haga daño... está enfadado... ¡Ay, mamá, sálvame, sálvame!

Todo el tiempo que la niña decía esto se aferró a su madre con ambas manos, en un éxtasis de pánico.

—Ya pasó... ya pasó, querida mía —le dijo mi pobre esposa—. No tengas miedo, en la habitación sólo estamos yo, tu mamá, y el niño; no pasa nada, querida; no pasa absolutamente nada.

—Mamá, mamá, no te vayas; no te acerques a él —siguió diciendo la niña enloquecidamente—. Ahora está de espaldas; no le dejes que se dé la vuelta; está sacando su pañuelo. ¡Ay, el niño, el niño! ¡Va a matar al niño! Se está quitando esas cosas verdes de los ojos... ¿No le ves hacerlo? Mamá, mamá, ¿por qué ha venido aquí? Ay, mamá, pobre niño... ¡Pobre niñito!

Miraba aterrada la cama del niño, situada en frente de la suya, en donde éste dormía apaciblemente.

—Calla, calla, querida —le dijo mi esposa con grandes dificultades para evitar echarse a llorar históricamente—. Por el amor de Dios, no hables así, mi precioso amor... vamos, vamos, no te asustes... ya pasó, querida, ya pasó.

—¡Ay! Pobre niño... mi pobre querido niño —siguió diciendo la niña como antes—. Nadie le salvará... dile a ese hombre malo que se vaya... ay... está ahí, mamá... no... seguro que no se lo permitirás... no... no... va a llevarse la vida del niño... no le dejes que se acerque así a su cama... salva al pobre niño... niño, niño, despierta... ha acercado la cabeza sobre su cara.

Al decir esto, levantó la voz convirtiéndola en un grito de terror desesperado que resonó por todo el dormitorio.

El grito, o más bien el aullido, llegó a mis oídos mientras estaba sentado, leyendo, en el salón, y temiendo algo indefinido fui corriendo hasta el dormitorio. Antes de llegar a él, el sonido había remitido convirtiéndose en un sollozo bajo pero violento, y al cruzar el umbral escuché junto a mis pies un violento gruñido, y noté que algo pasaba rozando mis pantalones. Estaba en la oscuridad, pero con una sensación en la que se combinaba el terror y la furia traté de golpear al aborrecible animal con los pies, aunque en vano. Un momento después me encontraba en la habitación y escuché a la pequeña Fanny que decía entre sollozos:

—Ay, ha matado al pobre niño... ese hombre malo lo ha matado... se destapó la cara, la acercó a él y lo mató. Sé que vino para matarlo. Ay, papá, papá, ¿por qué no subiste antes de que se fuera...? Ahora se ha ido, se ha ido nada más matar a nuestro querido niño.

Sin poder ocultar totalmente mi agitación, le dije a mi esposa:

—¿Ha estado él aquí, Smith?

—No.

—¿Entonces, qué ha pasado?

—La niña ha visto a *alguien*.

—¿A quién ha visto? ¿A quién? ¿Quién ha estado aquí?

—Yo no lo vi; pero... pero estoy segura de que la niña lo vio... es decir, *creyó* verle a *él*... a ése que has nombrado. ¡Dios mío, ten piedad de nosotros! ¿Qué voy a hacer... qué voy a hacer?

Al decir esto, la pobre mujer estalló en lágrimas, y llorando como si se le hubiera roto el corazón me rogó entre sollozos que examinara al niño, añadiendo que no tenía valor para comprobar si su querido hijo estaba durmiendo o muerto.

—¡Muerto! —exclamé yo—. Calla, calla, querida; no debes permitirte esas fantasías morbosas... está muy bien, le veo respirar.

Mientras decía aquello, me incliné sobre la cama en la que estaba nuestro hijo. Dormía pesadamente, me pareció que con demasiada profundidad, y sus mejillas estaban encendidas.

—Duerme tranquilamente, querida... tranquila y profundamente; y con buen color en las mejillas —dije volviendo a colocarle el cobertor y acercándome a mi esposa, que estaba sentada, casi sin respirar, mientras yo examinaba a nuestro hijo.

—Demos gracias a Dios... démosle gracias —dijo en voz baja y se echó a llorar de nuevo; después, levantándose, se acercó a su cama.

—Sí, sí, vive; gracias a Dios; pero me parece que su respiración es muy corta, difícil, y parece... ¿No parece estar con fiebre? Sí, *está* muy caliente; tócale la manita... y el cuello. ¡Que el cielo se apiade de nosotros! Está ardiendo.

Era realmente cierto que su piel estaba anormalmente seca y caliente; el pulso le latía a gran velocidad.

—Creo que sólo es un *poco* de fiebre —dije yo decidido a ocultar mis aprensiones—. Con frecuencia ha tenido mucha más; y me atrevo a decir que por la mañana volverá a estar perfectamente. Diría que de no ser por el *sueño* de la pequeña Fanny ni siquiera nos habríamos dado cuenta.

—¡Querido mío, querido mío, querido mío! —exclamaba entre sollozos la pobre mujer inclinándose sobre la cama, con las manos entrelazadas, y pareciendo la imagen misma de la desesperación—. Ay, querido, ¿qué te ha pasado? Cuando te dejé en la cama parecías estar tan bien, y eras tan hermoso, esta misma tarde, pero estás aquí acosado por la enfermedad, amorcito mío. ¡No, no lo harás, no puedes abandonar a tu pobre madre!

Era evidente que desesperó de conservar a su hijo desde el momento en que supimos que no estaba bien. Su presentimiento fue Verdaderamente profético. El boticario dijo que la dolencia del niño era «una viruela contenida»; el médico pronunció la palabra «tifus». Lo único cierto fue el resultado: el niño murió.

Hay pocas cosas que me resulten tan hermosas como un niño muy pequeño en su sudario. El pequeño rostro inocente parece tan sublimemente simple y confiado entre los terrores fríos de la muerte: inocente y sin miedo, ese pequeño mortal ha pasado a solas bajo la sombra y explorado el misterio de la disolución. La muerte se da en su imagen más pura y sublime: ni el odio, ni la hipocresía, ni la sospecha, ni las preocupaciones por el mañana oscurecieron nunca ese pequeño rostro; la muerte llegó a él amorosamente; no había nada cruel ni duro en su victoria. Los anhelos del amor no pueden ciertamente ser sofocados; pues las charlas, las sonrisas y todo el pequeño mundo de pensamientos tan deliciosos han desaparecido para siempre. En su presencia también nos sobrecoge el temor, pues estamos mirando a la muerte; pero no tenemos miedo por el viajero pequeño y solitario, pues el niño, simple y confiado, ha ido ante la presencia del PADRE que todo los sabe; y de ellos, sabemos, es el reino de los cielos.

Así nos separamos del pobre niño. Su pobre y vieja ama y yo le acompañamos en un carruaje de duelo en el que iba el pequeño ataúd a primera hora de la mañana hasta la iglesia de... ¡Verdaderamente estaba herido mi corazón cuando seguí el pequeño ataúd hasta la tumba! Cuando entramos en el cementerio acababa de terminar otro entierro, y los miembros del duelo estaban en pie en grupos alrededor de la tumba sobre la que

el sepulturero estaba echando ahora paladas de tierra.

Cuando estaba allí, con la cabeza descubierta, escuchando el servicio sublime y conmovedor que ordena nuestro ritual, un caballero se acercó y se puso a mi lado. No me di la vuelta para mirarle hasta que la tierra hubo tapado a mi querido hijo; entonces me alejé un poco para estar a solas, y secándome los ojos me senté sobre una tumba esperando que remitiera la confusión de mi mente.

Mientras permanecía así, perdido en una apenada ensoñación, el caballero que había estado a mi lado junto a la tumba se volvió a acercar a mí. El rostro del desconocido resultaba notable, aunque no podría llamarlo bien parecido; su expresión era la más pura y noble que yo podía concebir, y lo embellecía una mirada de compasión como nunca antes había visto.

—¿Por qué se apena como si no tuviera esperanza? —me preguntó con voz amable.

—*No* tengo esperanza —contesté.

—No, creo que sí la tiene, y estoy seguro de que pronto tendrá más —volvió a decirme él—. Ese niño por el que se lamenta ha escapado de los peligros y miserias de la vida; su cuerpo ha perecido, pero recibirá al final la corona de la vida. Dios le ha concedido una victoria temprana.

Había algo en él, no sé qué, que repelía a mi orgullo sombrío, me humillaba y entristecía, mientras le escuchaba. El caballero iba vestido de luto absoluto, y parecía más sereno, noble y dulce que cualquiera que hubiera conocido nunca. Era también joven, y le escuché con involuntaria reverencia. Sin embargo, finalmente se fue diciendo que a menudo me había visto paseando por la ciudad a la misma hora y por el mismo camino que él solía recorrer, y que si volvía a verme pasearía conmigo y podríamos razonar juntos sobre estas cosas.

Era ya tarde cuando regresé a mi casa, ahora una morada de duelo.

PARTE II

En nuestra casa entró la pena y el miedo. La muerte del niño nos había sobrecogido de terror no menos que de pena. Al referirnos, tal como hacíamos tácitamente, al agente misterioso y diabólico del aborrecido ser al que en mala hora habíamos admitido en nuestra casa, ambos le considerábamos con un miedo de un grado y una especie para el que no encuentro nombre.

Sentía yo la inminencia de alguna otra calamidad. No podía esperar que nos viéramos libres de la presencia del agente maligno que acosaba nuestra casa, más que habitarla, sin alguna otra prueba de su malicia y poder.

Los presentimientos de mi pobre esposa eran todavía más terribles y abrumadores, aunque no más definidos, que los míos. No estaba nunca tranquila si no tenía a la vista a nuestra hija; siempre temía y esperaba alguna nueva revelación de influencia maligna como la que, tal como ambos creíamos, había privado de la vida a nuestro querido hijo. No había defensa contra una hostilidad tan sobrenatural e intangible, y la sensación de indefensión intensificaba la miseria de nuestra situación. Mi esposa, atormentada por dudas acerca de la base misma de su religión, y apartándose de la prueba de la oración con ese extraño horror con el que a la víctima de la hidrofobia le repele el agua pura, no encontraba ya el consuelo que habría extraído de la curativa influencia de la religión si la pena le hubiera atacado de alguna otra manera. Ambos éramos infelices, estábamos aterrados, ATACADOS POR DEMONIOS.

Entretanto, los hábitos de nuestro inquilino seguían siendo exactamente los mismos. Si podíamos confiar en los sonidos procedentes de sus habitaciones, él y sus agentes estaban más alerta que nunca. Querido lector, no soy capaz de transmitirle ni la más ligera idea de la sensación de terror presente siempre en mayor o menor grado en mi mente, a veces con una realidad que me conmovía casi hasta el frenesí, por la aprensión de que había admitido en mi casa el espíritu encarnado de los muertos o los condenados para que nos atormentara a mi familia y a mí.

Unas noches después del entierro de nuestro querido hijo no nos acostamos hasta muy tarde, y supongo que había dormido algunas horas cuando me despertó mi esposa, que se había aferrado a mí con la fuerza y la energía que da el terror. No decía nada, pero me sujetaba y me agitaba con una fuerza superior a la que por naturaleza tenía. Se había pegado a mí y se refugiaba metiendo la cabeza bajo las sábanas.

La habitación estaba absolutamente a oscuras, como de costumbre, pues no encendíamos ninguna lamparilla nocturna; pero del lado de la cama de mi esposa surgía una voz como de alguien sentado allí con la cabeza a treinta centímetros de las cortinas, y... ¡qué el cielo se apiade de nosotros! Era la voz de nuestro huésped.

Estaba hablando sobre la muerte de nuestro hijo, y en tono burlón de odio y furia

reprimida lanzaba invectivas contra la justicia, la piedad y la bondad de Dios. Lo hacía con esa terrible plausibilidad retórica y con una precisión y un énfasis resuelto que parecían dar a entender: «tengo algo que decirles, y les guste o no, lo *diré*».

Sería apartarme de la verdad pretender que sentí cólera, o cualquier otra emoción, por su intrusión, salvo una sensación de terror que me paralizaba. Frío y sin aliento, yacía como si estuviera mortalmente congelado; era incapaz de moverme, de lanzar un grito; mientras la voz de ese demonio derramaba en la oscuridad, cerca de mis oídos, sus tentaciones y blasfemias sin disfraz alguno. Finalmente cesó la terrible voz, no puedo saber si quien la pronunciaba se había ido o quedado, y el silencio, que él podía estar causando con el propósito de alguna estratagema infernal, me parecía a mí más tremendo todavía que su lenguaje.

Los dos permanecimos despiertos, sin atrevemos a movemos o hablar, apenas casi sin respirar, pero abrazados el uno al otro, hasta que por fin la esperada luz del día se derramó en la habitación por una puerta abierta y la criada vino a llamarnos. No es necesario decir que nuestro visitante nocturno se había ido.

El magnánimo lector pensará quizás que debería haberme puesto las botas y el batín rápidamente, que debería haber corrido al dormitorio del inquilino y echarlo escaleras abajo a patadas, hasta la calle, como compensación por la afrenta escandalosa que nos había hecho a mi esposa y a mí con su impertinente visita. En aquel tiempo no tenía escrúpulos contra lo que se denomina leyes del honor, no me faltaba en absoluto «valor» y estaba dotado, además, de un temperamento algo excitable. Sin embargo, afirmo honestamente que lejos de desear un enfrentamiento con el temido huésped habría retrocedido nada más verlo, procurando evitarlo con la mirada, tal era la ascendencia que había adquirido sobre mí y sobre todos los otros miembros de la casa, con sus actitudes calladas, irresistibles e infernales.

La antipatía que nuestro huésped inspiraba no privaba a su infernal homilía de su efecto. No era nuevo ni extraño que surgiera en nuestra mente. En el encadenamiento de sus sugestiones había una sutileza temible. Todo lo que él había dicho había pasado flotando antes por nuestra mente, aunque ciertamente sin orden, o desprovisto de lógica. En mi propio y rebelde corazón habían surgido los mismos pensamientos malignos como pálidas apariciones suspendidas y perdidas en los humos del caldero de un nigromante. Pero él era como la cumbre de todo aquello; un reflejo de mis propios sentimientos y fantasías, aunque reducido a un orden y una definición temibles, y revestido con una forma argumental retórica. El efecto del conjunto era poderoso. Reanimaba y exageraba aquellas emociones malvadas; las volvía metódicas y las justificaba; y daba a los impulsos e impresiones que antes habían sido vagos y volubles algo que tenía la calidad compacta de un sistema.

Me exasperaba que mi desventura no se suavizara. Consideraba a Aquel que dispone de los acontecimientos como un perseguidor de la raza humana que se complacía en la desgracia de ésta. Me preguntaba por la razón de que mi hijo inocente hubiera sido arrojado a la tumba. Y también por el motivo de que mi querida esposa,

cuyo principal objetivo había sido, bien lo sabía yo, servir y glorificar a su Hacedor, se hubiera visto así torturada y desolada por la calamidad más cruel que la malignidad de un demonio podría haber ideado. Yo injuriaba y blasfemaba, y en mi dolor incluso desafiaba a Dios con la desesperación y la rabia impotentes de un diablo que está sufriendo su tormento eterno.

En mi amargura, no podía evitar repetir el impenitente lenguaje de nuestro visitante nocturno, ni siquiera en presencia de mi esposa. Ésta me oía con dolor, casi aterrada. Yo me apiadaba de ella y la amaba demasiado como para no respetar incluso su debilidad; por eso le señalaba su humilde sumisión a los castigos del cielo. Pero aunque lo hubiera admitido su sensibilidad reverencial, el espectáculo de su paciencia sólo servía para aumentar mi rabia triste e impenitente.

Caminaba por la ciudad con estos malignos pensamientos cuando me abordó el caballero con el que había hablado en el cementerio la mañana en la que fue enterrado mi hijito. Le llamé *caballero*, aunque no sabía *cuál* era su rango, nunca había pensado en ello; pero había una pureza, compasión y grandeza de intelecto en su semblante, en su lenguaje y en su porte que resultaban hermosos y regios. En su compañía sentía un agradable respeto y una humildad que era más gratificante que cualquier júbilo que produjera el orgullo terrenal.

Adivinó el estado de mis sentimientos pero no dijo nada duro. No me reprendió, sino que razonó conmigo. ¡Y ay, qué poderoso fue su razonamiento! Sin formalidades, sin esfuerzo, como la flor crece y se embellece. Sus procesos estaban en armonía con la sucesión de la naturaleza: suaves, espontáneos e irresistibles.

Finalmente se despidió y me apenó su marcha; me sentía maravillado. Su discurso había provocado en mí lágrimas que al mismo tiempo eran dulces y amargas; había sondeado profundidades que yo desconocía, y en mi interior sentía inquieto el corazón. Sin embargo, mi turbación era más feliz que la calma resentida y desafiante que había reinado antes en mi interior.

Al llegar a casa le conté a mi esposa que me había encontrado con ese hombre bueno y sabio al que había visto por primera vez junto a la tumba de nuestro hijo. Le conté su discurso, y al traerlo de nuevo a mi mente volvieron a fluir mis lágrimas y me sentí feliz mientras lloraba.

Veo ahora que la calamidad que al principio dio un fruto tan maligno fue buena para mí. Fijó mi mente, aunque de manera rebelde, en Dios, y agitó todas las pasiones de mi corazón. La levedad, la falta de atención y la autocomplacencia son obstáculos más difíciles de superar que la violencia de las pasiones malignas: la transición desde el odio al amor es más sencilla que desde la indiferencia. En mi mente se estaba produciendo un poderoso cambio.

No necesito particularizar las ocasiones en las que de nuevo me encontré con mi amigo, pues sabía que tal era para mí, ni detallar la ordenación de los razonamientos y sentimientos que en esas entrevistas me transmitió; baste con decir que asiduamente cultivaba la buena semilla que había sembrado, y que sus enseñanzas benignas

enraizaron profundamente y florecieron en mi alma, estéril hasta ese momento.

Una tarde en la que había disfrutado de una de esas conversaciones placenteras y convincentes, regresaba a pie a casa; y como la oscuridad se estaba acercando y la noche amenazaba con ser fría y neblinosa, las calles estaban casi desérticas.

Al caminar absorbido profundamente en el discurso que había oído esa misma mañana, me encontré con una persona que caminaba, sin aumentar mucho la distancia entre nosotros, un poco por delante de mí. En ese momento se produjo un indefinible hundimiento de mi corazón, un miedo extraño e inexpresable. Desaparecieron los temas apacibles de mis meditaciones dejando paso a una sensación de peligro tanto más desagradable por cuanto que era vaga y sin objetivo. Levante la mirada. ¿Qué era lo que se movía delante de mí? Miré fijamente... y vacilé; mi corazón se agitaba como si fuera a ahogarme, y luego se quedaba inmóvil. Quien iba delante tenía la forma peculiar e inequívoca de nuestro huésped.

Exactamente en el momento en que le miraba, giró la cabeza y me miró a mí por encima del hombro. Como de costumbre, llevaba el rostro cubierto. Todavía no había podido contemplar sus rasgos totalmente, pero sentí sin embargo que su mirada era furiosa. Un instante después estaba a mi lado, y mi corazón se acobardó, mis piernas se negaban a caminar; sin embargo, la emoción misma del terror, que podría haberme superado, actuó como un estímulo y aceleré el paso.

—¡Vaya! ¡Qué persona tan piadosa! Supongo que ha aprendido por fin que «la comunicación maligna corrompe las buenas costumbres», y tiene un miedo absoluto del viejo infiel, del viejo blasfemo, ¿no es así?

No le respondí; me sentía demasiado agitado para hablar.

—Será un buen cristiano, sin duda —siguió diciendo él—. El hombre independiente, que piensa por sí mismo, razona el camino de sus principios y se mantiene fijamente en ellos, seguramente será más auténtico que cualquier sistema que acepte. Ha sido usted un filósofo tan coherente que estoy seguro de que será un magnífico cristiano. No es de esos hombres a los que le conduce por la nariz un charlatán retórico. *Usted* nunca podría ser presa de un proselitista codicioso; *usted* no es la diversión de cualquier caprichoso doctrinario, ni el esclavo fácil de cualquier superstición que le susurren al oído. No, no: usted tiene un intelecto masculino y piensa por sí solo, ¿verdad?

Me sentía incapaz de responderle. Aceleré el paso para escapar de su detestable persecución; pero no se apartaba de mí.

Caminamos así durante un rato durante el cual le oía murmurar para sí mismo como un hombre presa de una excitación violenta y maligna. Finalmente llegamos a la puerta de mi casa; abrí con la llave y entré. Cuando estábamos los dos en el interior, se dirigió a mí, y enfrentándose con un aspecto que más que ver percibí, dijo:

—¡Así que finalmente ha decidido ser un cristiano! Reflexione ahora en lo absurdo de lo que está eligiendo. Deje la Biblia a esos fanáticos que esperan ser salvados bajo su sistema, y en el nombre del sentido común estudie el Corán o algún tomo menos ascético. No deje que le engañe un esclavo creíble que sólo quiere multiplicar el

número de *profesores* de su teoría. ¿Por qué no *lee* la Biblia, infeliz y piadoso cobarde, antes de abrazarla como un tesoro? ¿Por qué no la lee y aprende de la boca del fundador del cristianismo que existe un pecado para el que *no* hay perdón: la blasfemia contra el ESPÍRITU SANTO? Y ese pecado se lo he oído cometer en mi presencia y en mi habitación. Se lo he oído cometer docenas de veces en nuestras libres discusiones. La BIBLIA le niega la piedad. Si *ella* es auténtica, está usted en este momento tan irrevocablemente perdido como si hubiera muerto pronunciando esas blasfemias.

Tras decir aquello, desapareció. Yo seguía avanzando lentamente.

Sus palabras sonaban en mis oídos y me sentía aturdido. Temía que fuera cierto lo que había dicho. Me entró una gigantesca desesperación. Él había recordado e iluminado con un brillo inferior memorias a las que no sabía cómo enfrentarme. Era cierto que yo había hablado con osada impiedad de temas cuyo carácter sagrado empezaba ahora a apreciar. Con manos temblorosas, abrí la Biblia. Leí una y otra vez el destino misterioso con el que el propio REDENTOR amenaza a quienes blasfeman contra el ESPÍRITU SANTO; monstruos que son apartados de la raza humana, y son condenados y muertos aunque vivan y caminen sobre la tierra. Gemí y lloré. Pensé que desde ese momento la Biblia sería para mí un recuerdo temible de mi desesperación. No me atreví a leerla.

No fatigaré al lector con el dolor de mi mente. Mi querida esposa hizo algo para aliviarme, pero le correspondía al amigo a quien tanto debía por su compañía celestial tranquilizarme una vez más. En esa ocasión habló conmigo más tiempo, y con más seriedad que antes. Muy pronto volví a encontrarle. Me habló de los caminos de la Providencia y me enseñó lo necesaria que era la pena para todo siervo de Dios. Me habló de cómo la piedad se disfrazaba de tribulación, y nuestra mejor felicidad venía a nosotros, lo mismo que nuestros hijos, con lágrimas y gemidos. Me mostró que las pruebas nos son enviadas, con una voz de poder preternatural, desde la apatía mortal del pecado y el mundo. Y luego vuelven otra vez, cuando nuestro estado es nuevo y mejorado, para poner a prueba nuestra paciencia y nuestra fe.

—Cuantos más problemas le acosen, más cercano está Dios de usted. Él le visita en la pena; y la pena es, lo mismo que la alegría, un signo de su presencia. Si entonces le sobrevienen otras penas, recuerde esto: sea paciente, sea fiel; y bendiga el nombre de Dios.

Regresé a casa consolado y feliz, aunque seguro de que tendría que enfrentarme a alguna otra prueba, todavía más triste.

Nuestra casa estaba todavía habitada por el temor insuperable que producía nuestro inquilino. Los mismos hábitos extraños le caracterizaban, y los mismos sonidos inexpresables nos inquietaban. Había una atmósfera de muerte y maldad suspendida sobre su puerta, y todos odiábamos y temíamos traspasarla.

Permítame el lector contar ahora, lo más brevemente que pueda, las terribles circunstancias de mi última e importante prueba. Una mañana, cuando mi esposa se dedicaba a sus tareas domésticas y yo estaba a punto de partir para la ciudad, fui al

salón a coger unas cartas que pensaba llevarme. No me es fácil describir la consternación que me asaltó cuando al entrar allí vi a nuestro inquilino sentado junto a la ventana, con nuestra querida hijita en sus rodillas.

Estaba de espaldas ala puerta, pero me di cuenta claramente de que se había quitado el respirador de la boca y levantado las odiosas gafas verdes. Estaba sentado y parecía absolutamente inmóvil, con su rostro cercano al de la niña.

Me quedé contemplándolos con estupor unos segundos. Imagino que era consciente de mi presencia, pues aunque no volvió la cabeza ni hizo signo alguno de apreciar mi llegada, se puso la bufanda que solía cubrirle la boca y volvió a colocarse las gafas.

La niña estaba sentada en sus rodillas y tan inmóvil como él, con un semblante blanco y rígido como el de un cadáver, del que había desaparecido todo rastro de significado, salvo un cierto terror vago, y le miraba al rostro con unos ojos fijos y dilatados.

No parecía que se hubiera dado cuenta de mi presencia. Sus ojos estaban fijos y fascinados. Ni siquiera me parecía que respirara. El horror y el dolor terminaron por superar mi asombro.

—¿Qué... qué sucede? —grité—. ¿Qué le pasa a mi niña, a mi querida niña?

—También a mí me gustaría saberlo —contestó él fríamente—. La verdad es que es algo muy extraño.

—¿Qué sucede, querida? —repetí frenéticamente dirigiéndome a la niña.

—¿Que qué sucede? —repitió él mi pregunta—. Pues está muy claro, supongo que la niña está enferma.

—¡Ay, Dios piadoso! —grité mitad furioso y mitad aterrado—. Usted la ha herido... usted la ha aterrado. Devuélvame a mi hija... devuélvamela.

Grité estas últimas palabras y pateé el suelo en mi terrible excitación.

—¡Venga, venga! —exclamó él con una especie de fea burla—. La niña está nerviosa y usted la pondrá más, tranquilícese y probablemente recuperará el habla. La he tenido en mis rodillas algunos minutos, pero el dulce pajarillo no puede decir qué es lo que le duele.

—Deje a la niña —grité con voz atronadora—. Le digo que la deje... que la deje.

Cogió a la niña, que estaba pasiva, como muerta, y la colocó en pie junto a la ventana, y levantándose, simplemente me dijo:

—En cuanto se tranquilice, puede hacerme todas las preguntas que quiera. Claramente, la niña está enferma. No me extrañaría que hubiera visto algo que la asustó.

Tras hablar así, salió de la habitación. Me daba la impresión de estar hablando, viendo y paseando dentro de un sueño terrible. Cogí a mi querida hija en los brazos y la llevé junto a su madre.

—¿Qué pasa...? ¿Qué sucede, por piedad? —gritó al tiempo que se ponía tan pálida como la misma niña.

—Encontré a ese... ese *demonio* en el salón, con la niña en su regazo, mirándola a la

cara. Está claramente aterrada.

—¡Ay, bondadoso Dios! Está perdida... la ha matado —gritó la pobre madre, mirando frenéticamente el rostro blanco, apático y sin significado de nuestra hija.

—Fanny, querida Fanny, dinos si estás enferma —grité yo apretando contra mi corazón, aterrado, a la pequeña niña.

—Díselo a tu madre, querida —repitió como un eco mi pobre esposa—. ¡Ay! Querida, querida niña, habla con tu pobre madre.

Todo fue en vano. Mantuvo su mirada dilatada, como si estuviera implorando... el mismo rostro pálido, salvaje y mudo. La llevamos junto a la ventana abierta, le dimos a beber agua fría, le rociamos el rostro con ella. Fuimos a buscar al boticario, que vivía cerca y llegó a los pocos momentos con un paquete de medicinas tranquilizantes. Pero tampoco éstas sirvieron de nada.

Pasaba una hora tras otra. Daba la impresión de que la niña hubiera dado el mundo con tal de hablar con nosotros, o de llorar, pero no emitió sonido alguno. De vez en cuando, lanzaba un largo suspiro, como si se dispusiera a decir algo, pero seguía muda. Con frecuencia se llevaba la mano a la garganta, como si allí tuviera algún dolor u obstrucción.

Jamás podré olvidar, mientras viva, una sola línea de ese retrato terrible y doliente: el rostro de mi hija enferma. Conforme pasaba una hora tras otra, sin producir el menor cambio o mejoría, nos fuimos alarmando cada vez más y al final estábamos absolutamente aterrados por ella.

Hacia la noche llamamos a un médico y le dijimos que teníamos razones para sospechar que algo había asustado a la niña y que no teníamos otro medio de explicar la condición extraordinaria en la que se encontraba.

Se trataba de un hombre que puedo afirmar, aunque no diga su nombre, que era la máxima eminencia en su profesión, y de cuya habilidad, por experiencia personal pasada, tenía las mejores razones para confiar.

Planteó múltiples preguntas, pero las respuestas estorbaban en su intento de llegar a una diagnosis satisfactoria. Había en el caso algo indudablemente anómalo, y vi claramente que algunos de los rasgos le producían no poco asombro y perplejidad.

Sin embargo, finalmente escribió su receta y prometió regresar a las nueve en punto. Recuerdo que teníamos que frotar algo por su columna vertebral, y darle algunas medicinas.

Pero estos remedios fueron tan inútiles como los otros. En un estado de desesperación, vigilábamos junto a la cama en la que, siguiendo las instrucciones del médico, la habíamos colocado. La inmutabilidad absoluta de su condición nos llenaba de desesperanza. En el día que había transcurrido no se había producido ni siquiera una variación transitoria del terrible carácter de su ataque. Cualquier cambio, aunque hubiera sido un empeoramiento, habría resultado mejor que ese sufrimiento monótono y sin esperanza.

El médico regresó a la hora que había dicho. Parecía decepcionado, casi

sorprendido, por el fracaso de sus medicamentos. Al tomarle el pulso afirmó que debíamos darle un poco de vino. Desde que la había visto la otra vez, se había producido una misteriosa postración de todas las fuerzas vitales. Era evidente que pensaba que el caso era extraño y precario.

Le hicimos tragar el vino y su pulso se animó un momento, pero enseguida volvió a reducirse. El médico y yo estábamos de pie junto al fuego, hablando en susurros acerca de los síntomas de la niña y las probabilidades de recuperación, cuando nos detuvo en nuestra conversación un grito de angustia lanzado por la pobre madre, que no había abandonado un momento el lecho de la niña, y que se convirtió en sollozos amargos y convulsos.

En un instante, la pobre niña había extendido las manos y los pies y había muerto. No hay error en los rasgos de la muerte: cuando se ha visto la mirada vidriada y la mandíbula inferior caída, se reconocen siempre que vuelven a verse. Pero a pesar de ello nos aferramos a la esperanza; la aturdida madre llamó al médico con un tono que hubiera conmovido a una estatua diciéndole que su querida hija no estaba muerta, no estaba totalmente muerta... que todavía podría hacerse algo... que no era posible que todo hubiera terminado. Silenciosamente, el médico se convenció de que la vida ya no latía en aquel pequeño cuerpo.

—Ciertamente, todo ha terminado —dijo en un tono apenas superior al de un susurro; y cogiéndome la mano con amabilidad, añadió—: consuele a su pobre esposa.

Tras una breve pausa, el médico abandonó la habitación.

Este golpe me había sobrevenido con una tremenda inmediatez. Miré a la niña muerta, y después a su pobre madre. La pena y la piedad me subían en arrebatos de furia y aversión por la presencia en mi casa del miserable que había llenado mi alma con toda aquella destrucción y desgracia. Brotó en mi corazón una rabia ingobernable; por un momento, el miedo que habitualmente le tenía quedó neutralizado por la vehemencia de esas pasiones. En silencio, cogí una vela y subí las escaleras. La visión del gato maldito deslizándose por el pasillo y la soledad de la hora me hizo vacilar un instante. Sin embargo, había llegado tan lejos que la vergüenza me sostuvo. Superando un breve momento de desmayo, y decidido a desafiar y combatir la influencia que durante tanto tiempo me había atemorizado, llamé con fuerza a la puerta y casi al mismo instante la abrí de un empujón y entré en el aposento de nuestro inquilino.

Éste no tenía ninguna vela en la habitación, que sólo estaba iluminada por la «oscuridad visible» que entraba por la ventana. La vela que llevaba yo sólo iluminaba imperfectamente la amplia estancia; pero vi su forma espectral flotando, más que caminando, arriba y abajo por delante de las ventanas.

Nada más verle regresó mi miedo instintivo aunque le odiaba más que nunca. Se enfrentó a mí y se fue acercando más y más, sin hablar nada. Había algo indefiniblemente espantoso en la atracción silenciosa que parecía ejercer sobre mí. No pude evitar retroceder, poco a poco, conforme él se acercaba, pero con un esfuerzo dije:

—Ya sabe por qué he venido: la niña... ¡ha muerto!

—Muerta... ¡ya! ¿Está... *muerta*? —preguntó con su odioso tono burlón.

—¡Sí, muerta! —grité con una excitación que llenó de horror mi propio interior—. Y *usted* la ha matado, como mató a mi hijo.

—¿Cómo? ¡Qué yo la he matado! ¿Eh? ¡Ja, ja! —exclamó, acercándose más y más a mí.

—¡Sí, afirmo que ha sido usted! —grité temblando en todas mis articulaciones, pero poseído por un inexplicable apasionamiento que ha hecho que los hombres invoquen, a pesar de sí mismos, su propia destrucción, y al que yo no podía resistirme—. ¡Puede negarlo, pero usted la ha matado...! ¡Miserable! ¡MALVADO! ¡No me extraña que no pudiera soportar el aliento y el brillo del INFIERNO!

—Y usted es de los que creen que ni un gorrión cae al suelo sin el consentimiento de su Creador —dijo con un sarcasmo helado—. ¿Es ésta una muestra de su resignación cristiana? Culpa de su acto a un pobre hombre como yo, considerándome el diablo, y se rebela contra los decretos del cielo con la pretensión de abusar de mí. ¡El aliento y el brillo del infierno! ¿Cómo? Se refiere a que me quité esto y esto (tocándose sucesivamente lo que le cubría la boca y los ojos) como *volveré a hacer* ahora, para que vea que no hay gran daño en ello.

En sus últimas palabras había un inequívoco tono de amenaza.

—¡Aunque ha sido desde el principio un asesino y un mentiroso, le desafío! —grité en un frenesí de odio y horror mientras pateaba furiosamente el suelo.

Mientras yo decía esto, me pareció que él se oscurecía y dilataba ante mis ojos. Mis sentidos, pensamientos y conciencia estaban terriblemente confusos, como si alguna voluntad poderosa y extraña se estuviera apropiando de las funciones de mi cerebro. No sabía si me estaba dominando la muerte, la locura o la posesión; pero era inminente algún tipo de horrible destrucción: en ese momento, en mi agonía, grité con fuerza una abjuración en el nombre de las tres personas de la Trinidad, para que no me atormentara.

Asombrado y perplejo, como un hombre que se recupera de un desmayo etílico, me mantenía en pie, inmóvil y sin respirar, en el mismo lugar, mirando a la habitación, que ante mis ojos había adoptado un carácter extraño y ultraterrenal. El señor Smith había retrocedido hacia la ventana, y al cabo de un momento de silencio me habló en un tono sombrío, parecido a un graznido, que sin embargo resultó inusualmente sumiso.

—¿No le parece un procedimiento extraño entrar en las habitaciones de un caballero a esta hora con el propósito de insultarle con el lenguaje más duro? Si tiene que hacerme alguna acusación, hágala; le invito a que investigue y le desafío. Si piensa que puede imputarme la menor culpa en este desgraciado asunto, llame al fiscal y deje que me examine una y otra vez, y estudie el asunto, si realmente hay algo que estudiar, hasta el fondo. Pero entretanto, ocúpese de sus asuntos y déjeme a mí los míos. Pero ya veo por donde van las cosas; quiere librarse de mí y por eso quiere hacer que el lugar me sea odioso. No le valdrá de nada; y si pretende hacerme acusaciones criminales, será

mejor que piense en sí mismo, pues en ese juego pueden participar dos personas.

En todo ese discurso había un gemido reprimido que contrastaba extrañamente con el tono frío y amenazador que había utilizado antes.

Salí de la habitación sin responder una palabra y enseguida me sentí seguro a pesar de que me encontraba de nuevo en la melancólica habitación en la que estaba llorando mi pobre esposa.

Aquella noche fue verdaderamente horrible. La pérdida de nuestra hija era una calamidad que no nos habíamos atrevido a pensar. Se había producido, y con una inmediatez que me privaba de la razón. Todo me parecía irreal y fantástico. Necesitaba un esfuerzo para convencerme, un minuto tras otro, de que ésa era la verdad terrible; pero enseguida regresaba la antigua y habitual sensación de que la niña estaba todavía viva, corriendo de una habitación a otra, y esperaba escuchar sus pasos y su voz, y verla entrar por la puerta. Pero seguía estando detrás la sensación de desmayo, de haber recibido un golpe terrible e irreparable; y después venía el esfuerzo horrible, como aquel con el que uno se despierta de un sueño fantasmal, y se pregunta: «¿Qué desastre es éste que se ha producido?». ¡Y la respuesta, ay, era demasiado sencilla pero terrible! En medio de todo esto, se presentaba constantemente ante mi fantasía la figura oscura y dilatada de nuestro inquilino tal como se había enfrentado a mí aquella noche con su poder maligno. Con un estremecimiento, rechazaba esa imagen siempre que se presentaba; e incluso ahora, con la distancia que da el tiempo, el simple esfuerzo de fijar mi recuerdo en sus odiosos rasgos mientras escribía los pasajes que acabo de concluir ha producido un sentimiento más fuerte de lo que soy capaz de describir.

No conté a mi pobre esposa aquella odiosa escena, pues su horror estaba demasiado fresco en mi mente. No tenía valor para confiar esa agitada narración; por eso permanecí sentado junto a ella, cogiéndola de la mano: no tenía otro consuelo que ofrecerle que el amor que por ella sentía.

Finalmente, como una niña, lloró hasta quedarse dormida, con el sueño pesado y embotado que produce la pena por fatiga. En cuanto a mí, la agitación de mi alma era demasiado temible y profunda como para poder reposar. Accidentalmente, mis ojos reposaban en el volumen sagrado que yacía abierto sobre la mesa tal como lo había dejado por la mañana, y las primeras palabras que encontró mi mirada fueron éstas: «Pues nuestra pequeña aflicción, que sólo dura un momento, nos permite alcanzar una gloria suprema y eterna». Mi atención se fijó en esa frase bendita y arrojó un chorro de alegría solemne sobre mi corazón; y así, durante la mayor parte de aquella dolorosa noche seguí obteniendo consuelo y sabiduría celestial de la misma inspirada fuente.

Al día siguiente hubimos de enfrentarnos a los odiosos trámites, la visita del agente funerario: la carpintería, la tapicería, la sombrerería de la muerte. ¿Por qué la civilización no ha abolido estas formalidades repulsivas y espeluznantes? ¿Qué tiene que ver el pobre cadáver con encajes, almohadas y pañuelos, y todo ese equipaje con el que realiza su último viaje? No hay intrusión más desgarradora para la pena decente del afecto, ni mascarada más burlesca de la mortalidad.

En la habitación que durante tanto tiempo nos habíamos habituado a llamar «de los niños», ahora desolada y muda, estaba el ataúd abierto con nuestra querida hija dentro, envuelta en un sudario. La visitamos antes de retirarnos a descansar durante la noche. Por la mañana, la tapa iba a ocultar su dulce rostro y el ataúd sería situado junto al de su hermanito. Contemplamos los conocidos y amados rasgos, purificados por la serenidad sublime de la muerte, durante mucho tiempo, murmurándonos el uno al otro, entre sollozos, lo dulce y hermosa que nos parecía; y al final, llorando amargamente, nos apartamos.

Hablamos y lloramos durante muchas horas, y al fin, agotados, nos quedamos dormidos. Mi esposa me despertó y dijo:

—Creo que han venido... los... los enterradores.

Todavía estaba oscuro y no pude consultar mi reloj, pero habían llegado pronto, y como era invierno y las noches largas, podía ser el momento.

—¿Qué te hace pensar eso? —pregunté.

—Estoy segura de haberles oído durante algún tiempo en la habitación de los niños —contestó ella—. ¡Ay, mi querida y pequeña Fanny! No les dejes que cierren el ataúd hasta que la haya visto otra vez.

Me levanté y me puse precipitadamente la ropa. Abrí la puerta y escuché. Desde la habitación de los niños llegaba un sonido parecido a unos golpes apagados.

—¡Sí, querida! Creo que han llegado. Voy a decirles que esperen hasta que la hayas vuelto a ver.

Y tras decir aquello, salí rápidamente del dormitorio.

Nuestro dormitorio estaba al extremo de un breve corredor que salía del vestíbulo situado arriba de las escaleras, y la habitación de los niños estaba casi en el extremo de un pasillo que salía del mismo vestíbulo pero por el lado opuesto. Al ir hacia allí oí claramente los mismos sonidos. Todavía no había aparecido la luz del amanecer pero una potente luna brillaba a través de las ventanas. Pensé que la mañana no podía estar tan avanzada como habíamos supuesto al principio, pero aun así, ahora me parece que extrañamente, sin sospechar que hubiera algo fuera de lugar, caminé sin hacer ruido, con zapatillas en los pies, hasta la puerta del cuarto de los niños. Estaba abierta a medias; sin la menor duda, alguien había entrado desde que salimos mi esposa y yo. Entré y en el mismo umbral el horror detuvo mi avance.

El ataúd estaba colocado sobre caballetes en el otro extremo de la habitación, con el pie casi hacia la puerta y un gran ventanal al lado por el que entraba el brillo frío de la luna, que daba directamente sobre el aparato de la mortalidad y los objetos que lo rodeaban.

Al pie del ataúd estaba la forma desmañada de nuestro inquilino. Parecía estar mirando fijamente el rostro del cadáver, y se detuvo un momento, mientras con sus manos daba fuertes golpes de vez en cuando en los lados del ataúd, como si pensara con ellos despertar a un dormido. Inclinado sobre el cuerpo de la niña, frotándose la nariz entre las telas mortuorias, con un extraño tipo de éxtasis, estaba el detestado animal, el

gato que tan a menudo he mencionado.

Me quedé mirando un instante el grupo que acabo de describir, pero al segundo siguiente grité con terror absoluto:

—¡En el nombre de Dios! ¿Qué está haciendo?

Nuestro inquilino se apartó abruptamente, como desconcertado; pero el repulsivo gato, dando vueltas, parecía como un centinela del demonio sobre el cadáver, gruñendo y bufando, arqueando el lomo con ojos brillantes.

El huésped se volvió abruptamente hacia mí y me indicó con un movimiento que me hiciera a un lado. Obedecí mecánicamente su gesto y salió precipitadamente de la habitación.

Regresé a mi dormitorio enfermo y mareado. Confieso que no tuve valor para combatir al animal infernal, que seguía en posesión de la habitación, y lo dejé sin hacer nada.

No le hablé a mi esposa de este incidente hasta algún tiempo después; y lo menciono aquí porque en mi mente estuvo y sigue estando relacionado con una dolorosa circunstancia que fue conocida muy poco después.

Aquella mañana presencié el entierro de mi querida hija. Mi corazón estaba dolorido y desolado, pero con gratitud infinita a Aquel que controla todas las cosas, sólo reconocí en Él el espíritu de todo bien. El amor y el temor de Dios se habían hecho fuertes en mi interior; con humildad me inclinaba ante su temible voluntad; con confianza sincera esperaba la bondad, la sabiduría y la piedad de Aquel que había enviado esta gran aflicción. Pero un nuevo incidente relacionado con esta misma calamidad iba a poner a prueba al máximo aquella confianza y paciencia.

Todavía era pronto cuando regresé, tras haber terminado el último y triste servicio. Mi esposa, como más tarde supe, seguía todavía llorando en su cama. Pero alguien aguardaba mi regreso en el vestíbulo, y abrió la puerta anticipando mi llamada. Esa persona era nuestro huésped.

Quedé tan sobrecogido por la presencia repentina del aborrecido espectro que no pude ni siquiera retirarme, tal como me indicaba mi instinto, por la puerta abierta.

—He estado esperando su regreso —me dijo—, con la idea de decirle algo que le puede ser beneficioso conocer, aunque ya es demasiado tarde para aprenderlo. Qué pena que sea usted tan violento e impaciente; con toda probabilidad, esta mañana no debió oírme. No se puede imaginar lo desabrido e inmoderado que se ha hecho desde que se convirtió en un santo... pero eso es asunto suyo, no mío. Esta mañana ha enterrado a su hijita. Y se necesita una buena dosis de ese nuevo atributo suyo, la *fe*, que juzga todas las cosas según la norma de los contrarios, y que no ve otra cosa que amabilidad en las peores aflicciones que la malignidad pueda idear, para encontrar benignidad y piedad en la calamidad y tortura con las que acaban de ser castigados, por *nada*, su esposa y usted. Pero imagino que todavía será más duro cuando le diga lo que es más que una sospecha... ja, ja. Sería realmente ridículo, de no resultar desolador: en realidad su hijita ha sido enterrada viva. ¿Entiende lo que le digo...? *viva*. Pues por mi

vida sé que en su ataúd no estaba muerta.

Supe que el miserable se gozaba con la nueva angustia que acababa de producir. No sé cómo, pero cualquier *desastre* que anunciaran sus labios me parecía necesariamente cierto. Casi ahogándome por las terribles emociones que me había provocado, palpitando entre la esperanza y el terror, regresé frenéticamente por el mismo camino, tan veloz como pude, hacia el por desgracia distante cementerio en el que yacía mi hija.

Detuve un coche que regresaba lentamente a la ciudad, en la esquina del callejón, salté a él, le dije al hombre que condujera hasta la iglesia de— y le prometí todo lo que quisiera a cambio de ser veloz. El hombre pareció sorprendido; quizás dudaba si se había subido a su vehículo un maníaco o un malhechor. Si embargo, pensó en la gratificación prometida y puso al galope el caballo, mientras yo, torturado por el suspense, le incentivaba frenéticamente a que aumentara la velocidad.

Finalmente, en un espacio de tiempo muy breve, pero que para mí se alargaba más allá de lo que podía soportar, llegamos. Llamé al enterrador, dedicado ahora a otra tumba, para que me siguiera. Yo mismo cogí un azadón, y él, obedeciendo mis órdenes incoherentes y doloridas, trabajó como nunca antes lo había hecho. Quitando la tierra superficial, rápidamente fuimos profundizando más y más, y a cada momento crecía el estrecho agujero. Finalmente sollocé y di gracias a Dios al ver aparecer la tapa del ataúd; unos segundos más tarde, estaba sobre la hierba a mi lado, y ambos, con los bordes de los azadones, lo abrimos.

Allí estaba el cadáver; pero no la estatua tranquila que había visto por última vez. Tenía levantadas las dos rodillas y una de sus pequeñas manos estaba agarrada a su garganta, como en una débil pero agónica lucha para quitarse de encima la enorme masa. Los ojos, que la última vez había visto cerrados, estaban abiertos ahora, y el rostro ya no tenía aquella palidez serena, sino que estaba lívido y distorsionado.

En un instante tuve tiempo para verlo todo; la escena se desvaneció y oscureció luego ante mí y me desmayé.

Cuando recuperé la conciencia vi que me habían llevado a la sacristía de la iglesia. El ataúd abierto estaba en una nave lateral, rodeado por una multitud de curiosos. Un médico había examinado el cuerpo cuidadosamente afirmando que la vida se había ido totalmente. El temblor y el horror que yo experimentaba eran indescriptibles. Me sentía como el asesino de mi propia hija. Pero como estaba desesperado de que pudiera existir alguna posibilidad de vida en ella, envié mensajeros a tres de los médicos más eminentes de Londres. Todos se presentaron, pero la niña estaba ahora tan muerta como el que llevaba más tiempo enterrado en aquel cementerio.

No obstante, no permití que volvieran a enterrar el cuerpo en varios días, hasta que los síntomas de podredumbre fueron inequívocos y ni la imaginación más fantástica pudiera tener una duda. Esto sólo lo menciono como un paréntesis, pues llego ya presurosamente a la conclusión de mi narración. La circunstancia que acabo de describir fue conocida por el público y produjo en la época no poca sensación.

Regresé en coche una parte del camino, pero luego lo despedí y caminé el resto. Al

ir hacia allí, con una emoción que no puedo describir, vi al bondadoso ser al que tanto debía. Corrí hacia él y sentí que sería capaz de arrojarme a sus pies y besar el suelo que pisaba. Supe, por su semblante celestial, que iba a hablarme trayendo consuelo y curación a mi corazón.

Con humildad y gratitud me embebí en su discurso sabio y santo. No tenía necesidad de seguir la exposición placentera y llena de gracia con la que animaba y daba fuerzas a mi espíritu titubeante. Una alegría solemne, una sensación de paz y de confianza, se derramaron sobre mi corazón. La desolación y la zozobra perdieron su carácter frío y fantasmal igual que las ruinas iluminadas por los haces suaves de un solemne ocaso veraniego.

En aquella conversación le conté lo que nunca había revelado a nadie: el terror absoluto, en toda su enloquecedora amplitud, con el que consideraba a nuestro siniestro inquilino y la agónica ansiedad que tenía de librar mi casa de él. Y esto es lo que respondió mi compañero:

—Conozco a la persona de la que habla... no piensa hacer bien alguno ni a usted ni a nadie. También él me conoce y le he hecho saber que ahora debe abandonarle y no volver a visitarle. Sea firme y audaz, confiando en Dios a través de su Hijo como un buen soldado y obtendrá la victoria sobre alguien que todavía es mayor y peor que él: el enemigo *invisible* de la humanidad. Ya no tiene necesidad de volver a ver a su huésped maligno, ni de hablar con él. Pídale desde el recibidor, en el nombre de lo MÁS SAGRADO, que se vaya de allí esta misma noche con todas sus pertenencias. Él sabe que tiene que irse y le obedecerá. Pero usted mismo debe abandonar la casa lo antes que pueda, pues en ella no podrá tener paz. Los recuerdos le turbarán *y lo harán también otras mentes que han establecido relaciones con sus paredes y habitaciones.*

Aquellas palabras sonaron misteriosamente en mis oídos.

Permítanme decir aquí, antes de que acabe con mis recuerdos, algunas palabras sobre la casa en la que se produjeron aquellas escenas detestables, y que no fui capaz de seguir habitando durante mucho tiempo. Lo que más tarde supe de ella parece proporcionar, en parte, una oscura explicación de estas palabras.

En un pueblo rural no es difícil explicar la tenacidad con la que se muestra el carácter siniestro de una morada encantada. Los vecindarios poco numerosos son proclives al escándalo; y en esos lugares la fama de una casa, lo mismo que la de una mujer, una vez que se ha disparado nunca puede recuperarse. Pero en el enorme Londres el asunto es muy distinto; y es por eso que me enteré con alguna sorpresa, cinco años después de haber abandonado la casa en la que tuvieron lugar los acontecimientos descritos, de que una familia respetable que la había ocupado se vio obligada a abandonarla por unas molestias que no fueron capaces de explicar y que procedían siempre de las habitaciones que había ocupado nuestro «inquilino». Entre los sonidos descritos hablaron de pasos que incansablemente recorrían el suelo de aquella habitación acompañados por el sonido peculiar de una muleta.

Aquello me produjo tanta ansiedad que me esforcé por investigar seriamente el

asunto. Sin embargo, los resultados apenas si añadieron algo a lo que ya sabía, salvo que nuestro viejo amigo, el gato, formaba parte de la escena; pues un criado al que le habían dado aquella habitación se quejó de que en la oscuridad algo recorría el pie de la cama dando botes. Ese mismo criado, estando en la habitación a la luz del día, había escuchado el sonido que produce alguien al caminar, e incluso el crujido de unas ropas cerca de él, como si alguien pasara y volviera a pasar a su lado; y aunque nunca llegó a ver nada, llegó a sentir tanto terror que afirmó que no permanecería en la casa y poco tiempo después abandonó el empleo.

En cuanto los ocupantes de la casa prestaron atención a aquellos sonidos no dejaron ya de escucharlos: el de alguien que paseaba arriba y abajo por la habitación, la puerta que se abría y se cerraba, y el molesto ruido de la muleta; aquellos sonidos se repitieron de manera continua hasta que por fin los habitantes de la casa, fatigados, asustados y preocupados, decidieron abandonarla.

Unos cuatro años después, cuando tuve ocasión de visitarla capital decidí dar un paseo por Old Brompton sólo para ver si la casa seguía habitada. Sin embargo, la busqué en vano, y finalmente, con dificultad, reconocí el lugar que había ocupado, y sobre el que ahora se levantaban dos pequeñas y nuevas casas de ladrillo, cada una de las cuales estaba rodeada por un alegre jardín de flores. Había desaparecido totalmente todo rastro de nuestra antigua casa, y esperemos que también de nuestro «misterioso inquilino».

Permítanme, sin embargo, volver a mi historia allí donde la dejé.

Hablando sobre asuntos celestiales, mi buen amigo me acompañó incluso hasta traspasar la puerta exterior de la casa. Le pedí que entrara y descansara, pero no quiso aceptar; y antes de darse la vuelta para irse, levantó la mano y con ella nos bendijo a la casa y a mí.

Después, se fue. Le seguí con mis ojos hasta que desapareció y me volví hacia la casa. Mi encantadora esposa estaba en pie mirándolo todo desde la ventana del salón. Había una sonrisa seráfica en su rostro pálido, puro y hermoso como la muerte. Nos contemplaba con una seriedad humilde y celestial. La bendición con la que se despidió el desconocido produjo una influencia dulce y santa en mi corazón. Fui al salón para reunirme con mi esposa: ahora ya no tenía hijos y yo necesitaba ser para ella un compañero todavía más tierno.

Alzó los brazos con una especie de embeleso y con la misma sonrisa de gratitud y pureza, y abrazándome con ellos por el cuello, me dijo:

—Lo he visto... es él... el hombre que vino contigo hasta la puerta y nos bendijo al despedirse... es el mismo al que vi en mi sueño... el mismo que cogió en sus brazos a nuestro hijito y dijo que se haría cargo de él y volvería a devolvérmelo sano y salvo.

Desde entonces ha pasado más de un cuarto de siglo; el buen Dios nos ha dado otros hijos que desde su infancia hasta la madurez han sido para nosotros un orgullo y una bendición. Las penas y reveses de la vida también nos han visitado ocasionalmente; sin embargo, en general han sido mayores las bendiciones; desde entonces la

prosperidad puso fin a todos los cuidados de la *res angusta domi*, ampliando nuestra capacidad de hacer el bien a nuestros semejantes. Dios nos lo dio y confiamos en que Dios nos dirigiera al repartirlo. En nuestros hijos, ¿y quién iba a pensarlo?, también en nuestros nietos, el mismo Dios benéfico nos ha entregado a aquellos que nos han devuelto todos los afectos, intercambiando dulces conversaciones que convierten el hogar y la familia en lo más querido de todo, salvo la casa bendita en donde la familia cristiana se reunirá por fin.

La querida compañera de mis primeros amores y penas vive todavía: ¡bendigo por ello a los cielos! El color del final de la vida ha caído sobre ella; pero el recuerdo amado de un primer amor que nunca se enfrió hace que su belleza no se haya alterado para mí. En cuanto a su humilde siervo es mucho mayor que ella y así lo representa: el tiempo le ha robado sus rizos morenos dándole en su lugar una cabellera nívea. Pero tal como dije antes, mi esposa y yo nos amamos, creemos el uno en el otro y nos admiramos más que nunca; a menudo he visto a nuestros hijos mayores sonreírse jocosamente unos a otros, cuando creían que no les observábamos, pensando sin duda que éramos como dos amantes.

El Sueño

Del Bebedor

Cuarto extracto del legado del finado F. Purcell, sacerdote párroco de Drumcoolagh

«Todo esto *él* lo contó con cierta confusión y desaliento,
consecuencia habitual de los sueños
de lo desagradable, sin tener a nadie
a quien exponer sus vanos y visionarios resplandores.
He conocido algunos bien extraños que realmente parecían
proféticamente planeados, como aquél que se considera
"una extraña coincidencia", por utilizar una frase
con la que hoy en día se dan por sentadas tales cosas».

BYRON.

Sueños... ¿Qué tiempo o qué país no han sentido y reconocido el misterio de su origen y su final? He meditado no poco sobre el tema, teniendo en cuenta que muchas veces me he visto obligado a fijar en él mi atención, en ocasiones de manera bastante extraña; y sin embargo, no he llegado a nada que pueda parecer una conclusión satisfactoria. Da la sensación de que un fenómeno mental tan extraordinario no puede carecer totalmente de utilidad. Sabemos, ciertamente, que en la antigüedad era el órgano de comunicación entre la deidad y sus criaturas; y tal como hemos visto, un sueño produce a Veces en una mente, que a todos los efectos parecía irremisiblemente réproba y depravada, un efecto tan poderoso y duradero que rompe hábitos inveterados y reforma la vida de un antiguo pecador. En los resultados, en la reforma moral de quien parecía incorregible, en la reclamación de un alma humana que parecía irremisiblemente perdida, vemos algo más de lo que podría producir la simple quimera de una caprichosa ensoñación, algo más de lo que podría surgir de las azarosas visiones de una imaginación aterrada; pero una vez prevenidos, en todas estas cosas, y en sus resultados tremendos y misteriosos, contemplamos la acción de la mano de Dios. Y aunque la Razón rechace como absurda la superstición según la cual deberíamos leer una profecía en cada sueño, sin violentarse a sí misma puede ésta reconocer, incluso en la parte más desbocada e incongruente de los delirios de un intelecto adormecido, las evidencias y fragmentos de un lenguaje que puede ser pronunciado, y lo ha sido, para aterrar, advertir y ordenar. Y tenemos además razones para creer, por la prontitud de la acción con la que en la edad de los profetas se producía tras toda insinuación de este tipo, y por la fuerza de la convicción y la permanencia extraña de los efectos resultantes de algunos sueños en épocas posteriores, efectos que personalmente hemos presenciado, que cuando la deidad ha empleado este medio de comunicación la evidencia de su presencia ha sido inequívoca. Mis pensamientos se concentraron en este tema, dejando una impresión duradera en mi mente, por los acontecimientos que relataré ahora; los cuales, aunque extraordinarios, son sin embargo *correctos y precisos*.

En el año diecisiete me concedieron el beneficio eclesiástico de C—H y alquilé una pequeña casa en la ciudad que lleva el mismo nombre. Una mañana del mes de noviembre me despertó mi criado, antes de la hora habitual, entrando presurosamente en el dormitorio para anunciarme que me reclamaba un enfermo. Puesto que la Iglesia Católica sostiene que los últimos ritos son totalmente indispensables para la salvación del pecador que se muere, ningún sacerdote consciente puede permitirse un instante de retraso innecesario, y en poco más de cinco minutos me encontraba ya con el manto y las botas calzadas dispuesto para el camino en el pequeño salón delantero, en el que aguardaba mi llegada el mensajero que iba a actuar como mi guía. Cerca de la puerta encontré a una niña pequeña que lloraba lastimosamente, y al cabo de algunas preguntas, contestadas con cierta dificultad, pude saber que su padre estaba muriéndose o que ya habría muerto.

—¿Y cuál es el nombre de tu padre, pobre hija mía? —le pregunté. Ella mantenía la cabeza agachada, como si se sintiera avergonzada. Repetí la pregunta y la apenada niña irrumpió en un llanto más amargo todavía que el anterior. Al final, casi provocado por una conducta que tan irrazonable me parecía, empecé a perder la paciencia a pesar de la piedad que no podía dejar de sentir hacia ella, por lo que añadí con bastante dureza: si no me dices el nombre de la persona junto a la que tienes que llevarme, tu silencio no puede deberse a ningún buen motivo y estaré justificado para negarme a acompañarte.

—¡Oh! No diga eso, no diga eso —exclamó llorosa—. ¡Ay! Señor, no se lo decía porque tenía miedo... temía que al oír su nombre no quisiera venir conmigo; pero ahora de nada vale ocultarlo... excelencia, es Pat Connell, el carpintero.

Me miró fijamente al rostro con la mayor ansiedad, como si su propia existencia dependiera de lo que pudiera leer en mi cara; pero la tranquilicé enseguida. El nombre, evidentemente, me resultaba desagradablemente familiar; pero por poco fructíferas que hubieran sido mis visitas y consejos de otro tiempo, la ocasión presente era lo bastante temible como para permitir que mis dudas acerca de su utilidad o mi falta de deseos de volver a intentar lo que parecía una tarea inútil tuvieran el menor peso ante la posibilidad, por muy ligera que fuese, de que la conciencia de su peligro inminente pudiera producir en él una disposición más dócil y tratable. En consecuencia, le dije a la niña que me guiara y yo la seguí en silencio. Ella se apresuró por la larga y estrecha calle que constituye la vía de comunicación más importante de la ciudad. La oscuridad de la hora se hacía todavía más profunda por la proximidad de las antiguas casas que se erguían, altas y sombrías, a ambos lados de la calle; la fría humedad que da una peculiar falta de alegría a la proximidad de la mañana, unido todo ello al objeto de mi caminata, visitar el lecho mortuorio de un pecador presuntuoso para intentar, casi en contra de mi convicción, infundir esperanza en el corazón de un réprobo moribundo... un borracho que probablemente perecía por las consecuencias de alguna loca intoxicación... todas las circunstancias anteriores, unidas, sirvieron para potenciar la lobreguez y solemnidad de mis sentimientos mientras seguía, en silencio, a mi pequeña guía, quien con pasos rápidos atravesó el pavimento desigual de la calle principal. Tras

una caminata de unos cinco minutos, se metió por un estrecho callejón, de esos oscuros e incómodos que se encuentran en casi todas las ciudades pequeñas y antiguas, fríos y sin ventilación, en los que se ahúman con todo tipo de efluvios ofensivos edificios sucios, malsanos y cerrados, frecuentemente en condiciones no sólo míseras, sino también peligrosas.

—Tu padre ha cambiado de domicilio desde la última vez que le visité, y me temo que para empeorar —dije yo.

—Ciertamente, señor, pero no debemos quejamos —contestó ella—. Hemos de dar gracias a Dios, excelencia, de tener alojamiento y comida, aunque sea muy pobre, que lo es.

¡Pobre niña!, pensé, cuánta sabiduría puede aprender de ti una cabeza adulta... ¡A cuántos filósofos sibaritas, que son hábiles para predicar pero no para sufrir, podrían enrojecer tus palabras pacientes! Las maneras y el lenguaje de esta niña estaban muy por encima de su edad y posición; y ciertamente, he observado que en todos los casos en los que las preocupaciones y penas de la vida se han anticipado a su tiempo habitual, y han caído, como hacen a veces, con melancólica premura sobre la infancia, el resultado ha sido siempre el mismo. Una mente joven, para la que han sido desconocidas la alegría y la indulgencia, y que desde el principio se ha familiarizado con el sufrimiento y la negación de sí misma, adquiere una solidez y elevación que ninguna otra disciplina podría haber concedido, y que en el presente caso prestaba una peculiaridad sorprendente pero triste a las maneras, incluso a la voz, de aquella niña. Nos detuvimos frente a una puerta estrecha y desvencijada, que ella abrió corriendo un pasador, y comenzamos a ascender las escaleras empinadas y rotas que conducían al dormitorio del enfermo. Conforme ascendíamos tramo tras tramo hacia la buhardilla, fui oyendo cada vez con mayor claridad la apresurada conversación de muchas voces. Podía también distinguir el sollozo bajo de una mujer. Al llegar al descansillo superior, esos sonidos resultaron plenamente audibles.

—Por aquí, excelencia —dijo mi pequeña guía mientras abría una puerta de tablas medio podridas y remendadas, dándome entrada a la escuálida cámara de la muerte y la miseria.

Una vela que sostenía entre sus dedos un niño asustado y de aspecto macilento iluminaba la habitación, y con tan poca eficacia que salvo en su zona de influencia inmediata todo era crepúsculo u oscuridad. Sin embargo, esa oscuridad general servía para dar prominencia y relieve al lecho mortuorio y su ocupante. La luz se aproximaba a él y caía con claridad horrible sobre los rasgos azulados e hinchados del bebedor. No me habría parecido posible que un semblante humano tuviera un aspecto tan terrible. Sus labios estaban ennegrecidos y separados; los dientes firmemente asentados; los ojos un poco entreabiertos, dejando al descubierto nada más que el blanco; todos sus rasgos estaban fijos y lívidos, y el rostro entero tenía una fantasmal y rígida expresión de terror desesperanzado como no he visto otro igual; tenía las manos cruzadas sobre el pecho, con los dedos firmemente entrelazados, y, como para aumentar el efecto cadavérico del

conjunto, habían atado en su frente y sienes unos paños blancos humedecidos en agua. Aparté en cuanto pude mi vista de aquel espectáculo horrible y observé a mi amigo el doctor D—, uno de los más humanos de tan humana profesión, de pie junto al lecho. Aunque sin éxito, había intentado sangrar al paciente y ahora aplicaba los dedos a su pulso.

—¿Hay alguna esperanza? —pregunté con un susurro.

Me respondió con una sacudida de la cabeza. Se detuvo un momento antes de seguir sujetándole la muñeca; pero en vano esperaba el latido de la vida, pues ya no estaba allí, y cuando soltó su mano ésta volvió rígidamente a su anterior posición, sobre la otra.

—Este hombre ha muerto —dijo el médico dándose la vuelta desde la cama en la que yacía la terrible figura.

¡Muerto! Pensé, aventurándome apenas a contemplar el tremendo y repugnante espectáculo... ¡Muerto!, sin una hora para el arrepentimiento, ni un momento para la reflexión... ¡Muerto!, sin los ritos que incluso los mejores deberían tener. ¿Hay alguna esperanza para él? La brillante cuenca ocular, la boca sonriente, el entrecejo distorsionado —esa mirada inexpresable en la que un pintor habría tratado de encamar la desesperanza segura del infierno más bajo—, fueron mi respuesta.

La pobre esposa estaba sentada algo más lejos, llorando como si se le hubiera roto el corazón; los niños más pequeños se arremolinaron alrededor de la cama, mirando con curiosidad la forma de la muerte, que nunca antes habían visto. Cuando hubo pasado el primer tumulto de pena incontrolable, valiéndome de la solemnidad y la impresión de la escena deseé que la desolada familia me acompañara en la oración, y todos se arrodillaron mientras con solemnidad y fervor repetí alguna de esas oraciones que parecen más ajustadas a la ocasión. Me emplee así de una manera que confío no dejara de ser provechosa, al menos para los vivos, durante unos diez minutos. Luego, cumplida la tarea, fui el primero en levantarme. Miré a las pobres y sollozantes criaturas indefensas que con tanta humildad estaban arrodilladas a mi alrededor y mi corazón sangró por ellas. Como una transición natural, pasé mi vista de ellos a la cama en la que yacía el cuerpo y... ¡Dios mío!, qué repulsión y horror experimenté al ver que esa cosa temible, cadavérica, estaba sentada y medio erguida ante mí... los trapos blancos que le habían atado en la cabeza se habían caído ahora en parte y colgaban, formando grotescos festones, sobre el rostro y los hombros, mientras que en medio de ellos sus ojos distorsionados miraban de soslayo...

«Una visión con la que soñar, pero que no puede decirse».

Me quedé realmente clavado en el sitio. La figura asintió con la cabeza y levantó el brazo, pensé yo que en un gesto amenazador. Mil pensamientos horribles y confusos se precipitaron en mi mente. Había leído a menudo que el cuerpo de un pecador arrogante que ha sido en vida el agente voluntario de todo impulso satánico, cuando le

abandona el alojamiento humano se convierte en el juguete horrible de la posesión demoníaca. Me sacó del terror estupefacto en el que me encontraba el grito agudo de la madre, quien acababa de percibir el cambio que se había producido. Se precipitó hacia el lecho, pero aturdida por el *shock* y superada por el conflicto de las emociones violentas antes de llegar a él cayó de rodillas en el suelo. Estoy absolutamente convencido de que de no haber salido con un sobresalto del torpor del horror en el que me encontraba gracias a algún estimulante poderoso, habría seguido contemplando esa aparición sobrenatural hasta perder el sentido. Sin embargo, como fuera que el hechizo se había roto, la superstición dio paso a la razón: ¡El hombre al que todos creíamos definitivamente muerto estaba vivo! Al instante, el doctor D—— se encontraba al lado de la cama y, al examinar el cuerpo, descubrió que un repentino y copioso flujo de sangre había salido desde la herida que había dejado la lanceta, y que sin duda aquello había producido la repentina y extraordinaria vuelta a una existencia de la que todos le considerábamos apartado para siempre. El hombre seguía sin habla, pero pareció entender al médico cuando éste le prohibió los repetidos, dolorosos e inútiles intentos que hacía por articular palabra, y se resignó enseguida, tranquilamente, en sus manos.

Dejé al paciente con sanguijuelas en las sienes y sangrando en abundancia... aparentemente con un poco de la somnolencia que acompaña a la apoplejía; el doctor me dijo que nunca antes había visto un ataque que pareciera combinar los síntomas de tantas cosas, y que sin embargo no perteneciera a ninguna de las clases reconocidas; ciertamente que no se trataba de apoplejía, catalepsia ni *delirium tremens*, y sin embargo parecía compartir en algún grado las propiedades de todas esas condiciones... era algo extraño, pero cosas más extrañas iban a producirse.

Durante dos o tres días el doctor no permitió que su paciente conversara de alguna manera que pudiera excitarle o agotarle; simplemente le permitió que, de la manera más breve posible, expresara sus necesidades inmediatas, y sólo cuatro días después de mi primera Visita, cuyos particulares acabo de detallar, se consideró conveniente que yo le viera, y ello sólo porque pareció que su impaciencia extrema podría retrasar la recuperación más que el agotamiento que cabía esperar de una breve conversación. Quizás mi amigo mantuviera también alguna esperanza de que si mediante la sagrada confesión el pecho de su paciente se aliviaba de materiales peligrosos que sin duda le oprimirían, su recuperación sería más segura y rápida. Fue entonces, tal como dije, al cuarto día tras mi primera visita profesional, cuando me encontré una vez más en la lúgubre cámara de la necesidad y la enfermedad. Al entrar yo en la habitación se irguió en la cama y murmuró dos o tres expresiones de agradecimiento a Dios. Ordené por señas a los familiares que allí estaban que salieran del dormitorio y me senté en una silla al lado de la cama. En cuanto estuvimos a solas me habló con tono obstinado:

—De nada sirve hablarme de lo pecaminoso del mal camino... lo conozco todo... sé a donde conduce... lo he visto todo con mis propios ojos con la misma claridad que le veo a usted —en ese momento giró en la cama como para ocultar su rostro entre las sábanas pero de pronto, alzándose, exclamó con sorprendente vehemencia—: Mire, señor, de

nada vale paliar las cosas; estoy condenado a los fuegos del infierno; ya he estado en él, ¿qué le parece...? En el infierno... estoy perdido para siempre... no tengo ninguna posibilidad... ya estoy condenado... condenado... condenado.

El final de aquella frase lo emitió con un verdadero grito; su vehemencia era absolutamente terrible; se dejó caer hacia atrás y rió y sollozó histéricamente. Llené de agua una taza de té y se la entregué. Después de beberla, le dije que si tenía cualquier cosa que comunicar, lo hiciera tan brevemente como pudiera, y de manera que se agitara lo menos posible; amenazándole al mismo tiempo, aunque no tuviera intención de hacerlo, con abandonarle enseguida si volvía a permitirse esa apasionada excitación.

—Es sólo locura —dijo al reanudar la confesión— que trate de agradecerle el que venga a ver a un villano como yo; pero de nada me vale desearle el bien o bendecirle; pues los que son como yo no tienen bendiciones que dar.

Le dije que sólo había cumplido con mi deber y le insté a que me hablara de aquello que le pesaba en el alma. Lo hizo entonces contándome, casi palabra por palabra, lo siguiente:

—El último viernes me emborraché y, aunque no recuerdo cómo lo hice, llegué hasta esta cama; creo que alguna vez durante la noche desperté y, sintiéndome inquieto, me levanté. Necesitaba aire fresco, pero no quería hacer ruido abriendo la ventana por miedo a despertar a los niños. Estaba muy oscuro y era difícil encontrar la puerta, pero al final lo conseguí, salí y bajé haciendo el menor ruido posible. Me sentía totalmente sobrio y al bajar conté los escalones uno tras otro para no dar un traspiés y caer abajo. Cuando llegué al primer descansillo, ¡qué Dios se apiade de mí!, el suelo se hundió bajo mi peso y caí y caí hasta casi perder el sentido. No sé cuánto tiempo estuve cayendo, pero me pareció mucho. Cuando por fin volví en mí, estaba sentado en una gran mesa, cerca de la parte superior; no podía ver dónde se hallaba su final, si es que lo tenía, tan lejos estaba; y había hombres en tal número que era imposible contarlos, sentados a ambos lados a lo largo de la mesa, hasta donde mi vista podía alcanzar. Al principio no me di cuenta de que estaba al aire libre; pero había una sensación de sofocación que no era natural y un tipo de luz que mi vista no había contemplado nunca, roja e inestable, por lo que durante mucho tiempo no me di cuenta de dónde procedía hasta que miré hacia arriba y vi entonces que venía de unas grandes bolas de fuego del color de la sangre que rodaban muy alto por encima de las cabezas, con una especie de sonido tembloroso y percibí que brillaban en las nervaduras del gran techo de roca que formaba un arco encima de nosotros que ocupaba el lugar del cielo. Al ver aquello, y sin saber apenas lo que hacía, me levanté y dije: «No tengo derecho a estar aquí; debo irme», y el hombre que estaba sentado a mi izquierda sonrió y dijo: «Vuelve a sentarte, *nunca* podrás irte de aquí», y su voz era más débil que la de cualquier niño que hubiera oído nunca, y tras haber dicho eso volvió a sonreír. Entonces hablé con fuerza y audacia y dije: «En el nombre de Dios, dejadme salir de este mal lugar». Y había allí un hombre grande, al que no había visto antes, sentado en el extremo más cercano de la mesa, y era más alto que doce hombres, y su rostro era muy orgulloso, y

resultaba terrible de mirar, y se levantó y extendió la mano ante él, y al levantarse, todo lo que allí había, grande y pequeño, se inclinó con un suspiro, y el terror entró en mi corazón y él me miró a mí y ya no pude hablar. Comprendí que podía hacer su voluntad, pues supe enseguida quién era, y él dijo: «Si prometes regresar, puedes irte durante una estación»; y la voz con la que habló era terrible y funesta, y el eco que produjo dio vueltas y se extendió por la interminable cueva, mezclándose con el temblor del fuego que había sobre nuestras cabezas; cuando se sentó produjo un sonido por todo el lugar como el rugido de un horno, y con toda la fuerza que tenía dije: «Prometo regresar; en el nombre de Dios déjeme ir», y con eso dejé de ver y oír lo que allí había y al recuperar el sentido estaba sentado en la cama cubierto de sangre y usted y los demás rezaban en la habitación.

Al decir aquello último se detuvo y se limpió las gotas frías de sudor que perlaban su frente. Permanecí en silencio unos momentos. La visión que acababa de describir golpeó con fuerza mi imaginación, pues aún faltaba mucho para que *Vathek* y el Palacio del Fuego Subterráneo hubieran deleitado al mundo; y la descripción que él me dio tenía todo el atractivo de la novedad, aparte de la sensación impresionante que hay siempre en la narración de un testigo ocular, ya lo sea corporal o espiritualmente, de las escenas que describe. Además había algo en el horror austero con el que el hombre relató aquellas cosas, y en la incongruencia de su descripción con las ideas que vulgarmente se tienen del gran lugar de castigo y el espíritu que lo preside, que llenó mi mente de respeto, casi de miedo. Después siguió hablando con una expresión de horrible e implorante formalidad que nunca olvidaré:

—Y bien, señor, ¿me queda alguna esperanza? ¿Tengo alguna posibilidad o está mi alma empeñada y prometida para siempre? ¿Está fuera de mi poder? ¿Tengo que regresar a aquel lugar?

Responderle no era una tarea fácil; pues por muy clara que pudiera ser mi convicción interior de que sus miedos carecían de base, y por fuerte que fuera mi escepticismo con respecto a la realidad de lo que había descrito, sentí, sin embargo, que el hecho de que él pensara lo contrario, y la humildad y terror que de ello se derivaban, podría servir mejor que nada para obrar su conversión y alejamiento del libertinaje, la recuperación de los hábitos decentes y el sentimiento religioso. Es por ello que le dije que debía considerar su sueño más desde la luz de una advertencia que de una profecía; que nuestra salvación depende no de las palabras o actos de un momento, sino de los hábitos de una vida, que si él rechazaba enseguida a sus compañeros ociosos y hábitos malvados, y seguía firmemente una vida sobria, laboriosa y religiosa, los poderes de la oscuridad reclamarían su alma en vano, pues había compromisos más altos y firmes que una lengua humana podía pronunciar y prometían la salvación a aquél que se arrepintiera y emprendiera una vida nueva.

Le dejé muy confortado y con la promesa de regresar al día siguiente. Así lo hice, y le encontré mucho más alegre y sin resto alguno del obstinado mal humor que supongo se debía a la desesperación. Sus promesas de enmienda fueron pronunciadas en ese

tono de formalidad deliberada que pertenece a una determinación profunda y solemne; y no con poca complacencia observé, tras repetidas visitas, que sus buenas resoluciones, lejos de fallar, no hacían sino cobrar fuerza con el tiempo. Y cuando vi que aquel hombre se apartaba de los compañeros libertinos y ociosos cuya amistad había sido durante años la causa de su diversión y de su ruina, y recuperaba la costumbre, rechazada desde hacía tiempo, de la laboriosidad y la sobriedad, me dije en mi interior que en todo aquello había algo más que el desencadenamiento de un sueño ocioso. Un día, poco después de que hubiera recuperado totalmente la salud, me sorprendí, al subir las escaleras para visitarle, de encontrarle atareado en clavar unas tablas en el descansillo por el que por lo visto se había hundido al inicio de su misteriosa visión. Me di cuenta enseguida de que estaba reforzando el suelo con la idea de asegurase contra tal catástrofe, y apenas pude evitar una sonrisa cuando le saludé con estas palabras:

—Dios bendiga su trabajo.

Supongo que percibió lo que yo había pensado, pues respondió de inmediato:

—Jamás puedo pasar sobre este suelo sin temblar. Dejaría esta casa si pudiera, pero no he podido encontrar en la ciudad otro alojamiento tan barato y no tomaré otro mejor hasta que haya pagado todas mis deudas para complacencia de Dios; pero mi mente no estará tranquila hasta que lo haya hecho tan seguro como pueda. Créame su excelencia, aunque le sea difícil, si le digo que mientras estoy trabajando a dos kilómetros de distancia mi corazón late presuroso todo el camino de regreso sólo por pensar en los dos pequeños pasos que tendré que dar sobre ese trozo de suelo. Por eso, señor, no le sorprenda que trate de hacerlo firme y sólido con cualquier madero que tenga.

Aplaudí su decisión de pagar las deudas y la firmeza con la que llevaba a cabo su plan de una economía consciente antes de entrar en la casa.

Habían pasado muchos meses y no se había presentado todavía ninguna alteración en su resolución de enmienda. Era un buen trabajador y al mejorar sus hábitos recobró su antiguo y beneficioso empleo. Todo parecía prometer comodidad y respetabilidad. Tengo poco más que añadir, y lo diré rápidamente. Una tarde me encontré a Pat Connell cuando éste regresaba del trabajo y como era habitual, tras un mutuo saludo, respetuoso por su parte, le dije algunas palabras de estímulo y aprobación. Le dejé siendo laborioso, activo y saludable, y cuando volví a verle, antes de que hubieran pasado tres días, era un cadáver. Las circunstancias que marcaron su muerte fueron algo extrañas... incluso diría que temibles. El pobre hombre se había encontrado accidentalmente con un antiguo amigo que acababa de regresar tras una larga ausencia, y en un momento de excitación, olvidándolo todo con el calor de la alegría, aceptó la insistente invitación que le hizo el otro de acompañarle a un local público que estaba cerca de donde se habían encontrado. Sin embargo, antes de entrar Connell le había anunciado su determinación de no tomar nada más que lo que la templanza más estricta permitiera. ¿Pero quién puede describir la tenacidad inveterada con la que los hábitos de un bebedor se adhieren a él durante toda la vida? Puede arrepentirse...

puede reformarse... puede contemplar con verdadero horror su pasado libertinaje; pero en medio de toda esta reforma y compunción no es posible saber en qué momento volverá la propensión ruinosa y básica, triunfando sobre la resolución, el remordimiento, sobre todo, postrando a su víctima una vez más en todo lo que es destructivo y llevándole de nuevo al vicio fatal.

El pobre hombre salió de allí en un estado de total embriaguez. Le llevaron a casa en estado casi insensible y le colocaron en la cama, donde durmió con la letargia profunda y tranquila de la embriaguez. Los miembros más jóvenes de la familia se acostaron a descansar mucho después de su hora habitual; pero la pobre esposa permaneció sentada junto al fuego, para disponerse a descansar, sintiéndose muy apenada y sorprendida porque aquello hubiera vuelto a producirse cuando no lo esperaba; pero la fatiga la venció finalmente y poco a poco se sumergió en un sueño inquieto. No supo cuánto tiempo había permanecido en ese estado, pero cuando despertó abrió los ojos inmediatamente y percibió gracias a la débil luz rojiza de las ascuas de turba a dos personas, en una de las cuales reconoció a su marido, que sin hacer ruido salían de la habitación.

—Pat, querido, ¿adónde vas? —dijo ella.

No hubo respuesta y la puerta se cerró tras ellos, pero un momento después quedó aterrada por un ruido fuerte, como si algún cuerpo pesado hubiera caído por la escalera. Muy alarmada, se levantó y salió a la escalera, llamando repetidamente a su esposo, aunque en vano. Regresó a la habitación y con la ayuda de su hija, a quien tuve ocasión de mencionar antes, consiguió encontrar y encender una vela y con ella se precipitó de nuevo a la escalera. Al fondo había lo que parecía ser un revoltijo de ropas sin vida, amontonadas e inmóviles: era su marido. Al bajar por la escalera con un propósito que nunca conoceremos, había caído violentamente abajo golpeándose primero la cabeza, dislocándose con el golpe la columna y el cuello, y produciéndose así la muerte instantánea. El cuerpo yacía sobre el descansillo al que hacía referencia su sueño. No merece la pena esforzarse por aclarar un solo punto en una narración en la que todo es misterio; sin embargo no puedo dejar de sospechar que la segunda figura que vio la esposa de Connell en la habitación, la noche de su muerte, no podía ser otra que su propia sombra. Sugerí esta solución de la dificultad, pero ella me dijo que la persona desconocida iba muy por delante de su marido, y que al llegar a la puerta se había dado la vuelta como para comunicar algo a su compañero... por tanto seguía siendo un misterio. ¿Se convirtió el sueño en realidad? ¿Adónde fue el espíritu desencarnado? ¿Quién puede saberlo? Nosotros no. Pero aquel día dejé la casa mortuoria en un estado de horror que no podría describir. Me daba la impresión de que apenas estaba despierto. Lo oí y lo vi todo como bajo el hechizo de una pesadilla. La coincidencia era terrible.

Un Capítulo En La Historia

De Una Familia De Tyrone

Décimo extracto del legado del fallecido Francis Purcell, párroco de Drumcoolagh

INTRODUCCIÓN. En la narración siguiente me he esforzado por transmitir lo más posible el «*ipsissima verba*» de la querida amiga de quien lo recibí, consciente de que cualquier alejamiento con respecto a su modo de contar el relato de su vida dañaría inmediatamente la precisión y el efecto. Si además de sus palabras pudiera traer también ante el lector su gesto animado, su semblante expresivo, esa atmósfera y acento solemnes y emocionantes con los que relataba los pasajes oscuros de su extraña historia, y si sobre todo pudiera comunicar la conciencia impresionante que la narradora había visto con sus propios ojos, actuando personalmente en las escenas que describía, todo ello, unido a las circunstancias adicionales, como el hecho de que quien contaba la historia estuvo profunda y tristemente impresionada con los principios religiosos para malinterpretar o fabricar lo que repetía como una verdad, darían al relato un interés profundo que los acontecimientos simplemente registrados difícilmente podrían producir por sí solos. Hace ya casi veinte años que conocí a la dama de cuyos labios oí esta historia, y fue tanto lo que me interesó la narración que la puse por escrito cuando todavía estaba fresca en mi mente, y si su lectura le entretiene durante media hora, mi trabajo no habrá sido inútil. He escrito la historia tal como debía, en primera persona, pues así me la contó ella. La empezó del siguiente modo.

Mi apellido de soltera era Richardson[1], nombre de una familia de cierta distinción en el condado de Tyrone. Era la más joven de dos hijas, y no teníamos más hermanos. Entre nosotras había una diferencia de casi seis años, por lo que en mi infancia no disfruté de esa compañía íntima que, en otras circunstancias, suele implicar la hermandad; y mientras yo era todavía una niña, mi hermana se casó. La persona a la que le concedió su mano era un tal señor Carew, caballero con propiedades y muy considerado en el norte de Inglaterra. Recuerdo bien el memorable día de la boda; los carruajes atestados, los sirvientes ruidosos, la fuerte risa, los rostros risueños y los alegres vestidos. Entonces aquella visión era nueva para mí y armonizaba mal con los sentimientos de pena con los que yo consideraba un acontecimiento que iba a separarme para siempre, como así sucedió, de una hermana cuya ternura había más que suplido todo el afecto que yo necesitaba de mi madre. Llegó pronto el día en el que la feliz pareja tuvo que abandonar la casa de Ashtown. El carruaje esperaba junto a la puerta principal y mi pobre hermana me besaba una y otra vez diciéndome que debía ir a verla pronto. Partió el carruaje y me quedé mirándolo hasta que los ojos se me llenaron de lágrimas y regresé lentamente a mi habitación, donde lloré con mayor amargura, podría decir que con mayor desolación, que nunca antes en mi vida. Mi padre jamás había parecido amarme, o interesarse por mí. Había deseado un hijo y creo

que nunca acabó de perdonarme mi desafortunada condición femenina. Como me había concebido pensando en un hijo, me consideró como una especie de intrusión fraudulenta, y ya que su antipatía hacia mí tenía su origen en una imperfección mía demasiado radical como para poder eliminarse, nunca tuve ni siquiera la esperanza de obtener su gracia. Por lo que respecta a mi madre, me atrevo a decir que me tenía tanto cariño a mí como a cualquiera; pero era una mujer de estructura mental masculina y mundana. No sentía la menor ternura o simpatía por la debilidad, ni siquiera por el afecto propio de una naturaleza femenina, por lo que su conducta hacia mí fue perentoria, con frecuencia incluso dura. Es de suponer, por tanto, que en la compañía de mis padres no encontré mucho con lo que sustituir la pérdida de mi hermana. Aproximadamente un año después de que ésta se casara, recibimos cartas del señor Carew acerca de la salud de mi hermana, que aunque no eran realmente alarmantes estaban calculadas para inquietarnos seriamente. Los síntomas a los que más se referían eran pérdida de apetito y tos. Las cartas concluían sugiriendo que se aprovechaba de las repetidas invitaciones que les habían hecho mi padre y mi madre para pasar algún tiempo en Ashtown, especialmente porque el médico al que había consultado con respecto a la salud de mi hermana le había aconsejado mucho que volviera a respirar el aire de su lugar de origen. Añadía repetidamente la idea tranquilizadora de que no se trataba de nada grave, puesto que se suponía que un desarreglo del estado del hígado era el origen único de aquellos síntomas, aunque parecieran sugerir que estaba enferma de tisis. De conformidad con ese anuncio previo, mi hermana y el señor Carew llegaron a Dublín, en donde uno de los carruajes de mi padre les aguardaba, dispuesto a partir en el día y la hora que ellos decidieran. Se había acordado que, cuando estuviera fijado definitivamente el día en que saldrían de Dublín, el señor Carew escribiría a mi padre, quien tenía pensado que las dos últimas etapas se hicieran con sus propios caballos, en cuya velocidad y seguridad podía tenerse más confianza que en los *caballos de posta* ordinarios, pues en aquel tiempo éstos eran, casi sin excepción, de la peor calidad. El viaje, de unos ciento cuarenta kilómetros, se haría por partes; la parte mayor se reservaba para el segundo día. El domingo nos llegó una carta en la que se decía que el grupo saldría de Dublín el lunes, y que a su debido tiempo llegaría a Ashtown el martes por la tarde. Llegó el martes: terminó la tarde sin que apareciera carruaje alguno; llegó la oscuridad sin que hubiera ningún indicio de los visitantes que esperábamos. Pasaron una hora tras otra, eran ya más de las doce; la noche era notablemente tranquila, apenas se agitaba una brisa, por lo que cualquier sonido, como el que produciría el movimiento rápido de un vehículo, podría escucharse a una distancia considerable. Yo prestaba una atención enfebrecida ala aparición de cualquier sonido de ese tipo. Sin embargo, para mi padre era una norma cerrar la casa con la caída de la noche, ajustando las contraventanas, por lo que me fue imposible quedarme contemplando la avenida tal como hubiera deseado. Era ya casi la una, y empezábamos a desesperar de verles aquella noche cuando creí distinguir el sonido de unas ruedas, aunque tan remotas y débiles que al principio me sentí insegura. Aumentó

el ruido; se hizo más fuerte y claro y se detuvo un momento. Pude oír luego el chirrido agudo del hierro oxidado cuando la puerta que daba a la avenida giró sobre sus goznes, y escuché otra vez el sonido de unas ruedas que se movían rápidamente.

—Son ellos —dije levantándome—. El carruaje está en la avenida.

Todos permanecimos en pie unos momentos, escuchando casi sin respirar. El vehículo atronó con la velocidad de un torbellino; el látigo restallaba y las ruedas resonaban mientras el carruaje traqueteaba sobre el pavimento desigual del patio; todos los perros de la casa saludaron su llegada con un ladrido general y furioso. Nos precipitamos al vestíbulo al tiempo de escuchar los pasos y los agudos sonidos resonantes peculiares de la operación, así como el zumbido de voces ejercido en la barahúnda de la llegada. Se abrió la puerta del recibidor y todos salimos para recibir a los visitantes. El patio estaba vacío; la luna iluminaba con su brillo vivo los alrededores; no se veía nada salvo los altos árboles con sus sombras alargadas y espectrales, humedecidos ahora con el rocío de la medianoche. Nos quedamos allí en pie, mirando de derecha a izquierda, como si despertáramos de pronto de un sueño; los perros andaban recelosamente, gruñendo y olfateando el patio, tras cesar total y repentinamente sus fuertes ladridos, y llevando la cola entre las piernas, como expresión de miedo. Nos miramos unos a otros con perplejidad y consternación, y creo que nunca antes había visto reunidos tantos rostros empalidecidos. Siguiendo las directrices de mi padre, tratamos de encontrar algo que pudiera indicar o explicar los sonidos que habíamos escuchado; pero no pudimos ver nada; e incluso el barro que cubría la avenida carecía de huellas. Regresamos a la casa más atemorizados de lo que es posible describir con palabras. Al día siguiente nos enteramos gracias a un mensajero que había cabalgado apresuradamente la mayor parte de la noche de que mi hermana estaba muerta. La tarde del domingo se había acostado sintiéndose bastante mal y el lunes se reveló inequívocamente que su indisposición se debía a una fiebre maligna. Fue empeorando por horas y la noche del martes, poco después de las doce, expiró[2]. Menciono esta circunstancia porque sobre ella se encontraron mil informes fantásticos y descabellados, aunque cabía pensar que la realidad difícilmente podía ser superada; y también porque produjo sobre mi espíritu un efecto poderoso y duradero, y me siento inclinada a pensar que también sobre mi carácter. Durante varios años a partir de ese suceso, incluso mucho después de que remitiera la violencia de mi pena, me sentí tan nerviosa y baja de espíritu que apenas podía decirse que viviera, y durante ese tiempo creció en mí el hábito de la indecisión, debida a una aquiescencia indiferente a la voluntad de los otros, un miedo a encontrar incluso la más ligera oposición y una disposición a apartarme de lo que comúnmente se denomina diversiones, y todo ello cobró en mí tal fuerza que apenas todavía lo he superado totalmente. No volvimos a ver al señor Carew. Regresó a Inglaterra en cuanto terminaron los tristes ritos apropiados al acontecimiento que acabo de mencionar; y no sintiéndose totalmente inconsolable volvió a casarse al cabo de los años; tras lo cual, por lo alejado de nuestras situaciones relativas, y por otras circunstancias, gradualmente dejamos de saber de él. Quedé

entonces como hija única; y dado que mi hermana mayor había muerto sin sucesores, era evidente que, siguiendo el curso ordinario de las cosas, las propiedades de mi padre, que le pertenecían por entero, acabarían siendo mías, y en consecuencia, antes de haber cumplido los catorce años, la casa de Ashtown se vio asediada por toda una hueste de pretendientes. Sin embargo, bien fuera porque yo era demasiado joven, o porque ninguno de los aspirantes a mi mano tenía un alto nivel de nobleza o riqueza, mis padres me permitieron que hiciera exactamente lo que quisiera; y eso fue bueno para mí, pues más tarde descubrí que la fortuna, o aún mejor la providencia, lo había ordenado, ya que yo no habría soportado que mis afectos se vieran comprometidos en ningún grado, pues mi madre no habría permitido que ningún *capricho tonto*, tal como ella habituaba a denominar una unión sentimental, se interpusiera en el camino de sus ambiciones; ambiciones que estaba decidida a realizar, desafiando cualquier obstáculo, y que para ello no vacilaría en sacrificar algo tan despreciable y tan poco razonable como la pasión de una joven.

Cuando llegué a la edad de dieciséis años comenzaron a revelarse los planes de mi madre y, por sugerencia de ella, nos mudamos a Dublín a pasar el invierno con el fin de no perder tiempo alguno en disponer de mí para su mayor provecho. Como hacía ya tiempo que me había acostumbrado a considerar que yo no tenía importancia alguna, ni por un momento creí que fuera yo en realidad la causa de todo el ajetreo y los preparativos que me rodearon, y como por ello me vi aliviada del dolor que me habría producido el conocimiento real de la situación, pude viajar a la capital con sentimiento de indiferencia total.

La riqueza y el parentesco habían permitido a mi padre establecerse en la mejor sociedad, por lo que al llegar a la metrópolis dispusimos de cualquier gozo o ventaja que ofrecían sus alegrías. El tumulto y la novedad de las escenas que me rodeaban no dejaron de divertirme considerablemente, con lo que mi mente recuperó gradualmente su tono, alegre por naturaleza. Casi inmediatamente se conoció y transmitió el hecho de que era yo una heredera, y desde luego mis atractivos fueron reconocidos de manera general. Entre los numerosos caballeros a los que tuve la fortuna de agradar, no pasó mucho tiempo hasta que uno obtuvo el favor de mi madre con exclusión de todos los aspirantes de menor importancia. No había entendido yo, sin embargo, sus atenciones, en realidad ni siquiera las había advertido, y ni en el menor grado sospeché de sus planes, o los de mi madre, con respecto a mí, hasta que ella misma me los contó de improviso. Asistimos a un espléndido baile celebrado por Lord M... en su residencia de Stephen's-green, y con la ayuda de mi doncella me dedicaba a quitarme rápidamente los ricos ornamentos que, ni en profusión ni en valor, sería fácil encontrarlos igual en ninguna familia de Irlanda. Agotada, me había dejado caer descuidadamente en un canapé junto al fuego tras las fatigas de la noche, pero desperté de las ensoñaciones en las que me había sumido por el sonido de unos pasos que se acercaban a mi cámara, tras los cuales entró en ella mi madre.

—Fanny, querida —dijo con su tono más suave—. Me gustaría hablar un poco contigo

antes de que te vayas a descansar. Espero que no estés fatigada.

—No, no, señora, se lo agradezco —respondí levantándome al mismo tiempo de mi asiento con ese respeto formal que tan poco se practica ahora.

—Siéntate, querida —me dijo sentándose a mi lado—. Tengo que charlar contigo un rato. Saunders (dijo a la doncella), puedes irte; no cierres la puerta del dormitorio, pero sí la de la antecámara.

Una vez cumplida esa precaución contra los oídos curiosos, mi madre prosiguió.

—*Tienes que* haberte dado cuenta, he de suponer mi queridísima Fanny, de la notable atención que te presta Lord Glenfallen.

—Le aseguro, señora... —empecé a decir.

—Bien, bien, eso está bien —me interrumpió ella—, desde luego que debes ser muy modesta a este respecto; pero escúchame un momento, amor mío, y te demostraré que tu modestia es absolutamente innecesaria en este caso. Lo has hecho mejor de lo que podíamos esperar, al menos en tan poco tiempo. Lord Glenfallen está enamorado de ti. Puedes alegrarte de tu conquista —y nada más decir esto mi madre me besó en la frente.

—¡Enamorado de mí! —exclamé con asombro nada fingido.

—Sí, enamorado de ti —repitió ella—. Devota y aturdidamente enamorado de ti. Pero querida, ¿qué hay de extraño en ello? Mírate en el espejo, y mira todo esto —siguió diciendo mientras con una sonrisa señalaba las joyas que me acababa de quitar y que ahora brillaban amontonadas sobre la mesa.

—Quizá no sea cierto —dije vacilando entre la confusión y una auténtica alarma—. ¿No es posible que haya un error en el fondo de todo esto?

—¡Error! En absoluto, querida —exclamó mi madre—. En absoluto; juzga por ti misma: lee esto, amor mío —contestó dejando en mi mano una carta dirigida a ella y cuyo sello había sido roto.

La leí entera sintiéndome muy sorprendida. Tras algunos finos adornos y cumplidos acerca de mi belleza y perfecciones, así como sobre la antigüedad y gran reputación de nuestra familia, hacía una petición formal de matrimonio que por el momento podía o no comunicárseme según considerara conveniente mi madre; y la carta seguía con la petición de que, en caso de que su solicitud fuera aprobada, el autor de la misiva pudiera visitamos unos días cuando regresáramos a Ashtown-house, lo que se produciría muy pronto, pues la primavera estaba ya bastante avanzada.

—Y bien, querida —exclamó mi madre con impaciencia—. ¿Sabes quién es Lord Glenfallen?

—Sí, señora —respondí yo con bastante timidez por temor a un altercado con ella.

—Pues bien, querida, ¿qué es lo que te asusta? —siguió diciendo ella—. ¿Tienes miedo de un título? ¿Qué ha hecho él que pueda alarmarte? No es ni viejo ni feo.

Guardé silencio, aunque pensé para mí: «tampoco es ni joven ni guapo».

—Queridísima Fanny —siguió diciendo mi madre—: seriamente podemos decir que has sido de lo más afortunada al conseguir el afecto de un noble como Lord Glenfallen, joven y rico, con recursos de *primera categoría*, sí, reconocidamente de primera

categoría, y perteneciente a una familia a la que no le excede en influencia ninguna otra de Irlanda... claro que ves la oferta bajo la misma luz que yo... ciertamente, creo que *debes* aprobarla.

Esto último lo pronunció en un tono nada dudoso. Me sentía tan asombrada por lo repentino de la comunicación que literalmente no sabía qué decir.

—¿No estarás enamorada? —preguntó mi madre volviéndose de pronto y fijando en mí, con un severo escrutinio, sus ojos oscuros.

—No, señora —respondí enseguida sintiéndome horrorizada, y qué joven no lo habría estado, ante tal pregunta.

—Me alegro de saberlo —respondió ella con sequedad—. En una ocasión, hace casi veinte años, un amigo me consultó sobre la forma en que debería tratar a una hija que, eligiendo un compañero por amor, se vio llevada a una situación ruinosa y acarreó la desgracia a su familia. Sin la menor vacilación le respondí que no se preocupara de ella, y la abandonara; ése es el castigo que me pareció oportuno para una ofensa a la reputación de una familia que no era la mía; y lo que aconsejé con respecto a la hija de otro, igualmente, y sin el menor remordimiento, lo *haría* con la mía. No puedo concebir nada que sea más intolerable y menos falto de razón que el hecho de que la fortuna y el carácter de una familia se vean echados a perder por los tontos caprichos de una joven.

Dijo todo esto con la mayor severidad y se detuvo como si esperara algún comentario por mi parte. Sin embargo, no dije nada.

—Pero no es necesario que te explique, queridísima Fanny, mis opiniones sobre el tema. Siempre las has conocido, y jamás he tenido motivos para creer que tú, voluntariamente, me ofendieras a mí o perjudicaras u olvidaras aquellas ventajas que la razón y el deber exigen que mejores... ven aquí, querida, bésame y no parezcas tan asustada. Bien, y ahora, con respecto a la carta, no es necesario que respondas todavía; desde luego debes darte tiempo para decidirte; entretanto, escribiré a su señoría dándole mi permiso para que nos visite en Ashtown... buenas noches, mi amor.

Y así terminó una de las conversaciones más desagradables, por no decir asombrosa, que había tenido nunca; no sería sencillo describir con exactitud mis sentimientos hacia Lord Glenfallen. Con independencia de cuáles hubieran sido las sospechas de mi madre, mi corazón no estaba en absoluto comprometido; y hasta ese momento, aunque no tenía la más ligera idea de cuáles eran sus opiniones reales, me había gustado mucho por ser un hombre agradable y bien informado al que siempre me alegraba encontrar. Había servido en la armada, y la cortesía que habían adoptado sus maneras en su posterior relación con cortes y ciudades no había borrado esa franqueza de costumbres que proverbialmente pertenece al marino. Todavía no podía saber yo si ese candor aparente profundizaba más allá de su porte externo; sin embargo, no cabía duda de que por lo que había visto yo de Lord Glenfallen era, aunque quizás no tan joven como hubiera sido de desear en una amante, un hombre singularmente agradable, por lo que cualquier sentimiento desfavorable que hacia él se hubiera

producido en mi mente se debía en su totalidad al temor, no falto de razones, de que se me pudiera obligar en mis inclinaciones. Reflexioné, sin embargo, que Lord Glenfallen era un hombre rico, y muy estimado; y aunque nunca pudiera esperar amarle en el sentido romántico del término, sin embargo no me cabía duda de que, considerando todas las circunstancias, sería más feliz con el de lo que podría serlo en mi casa. Cuando volví a encontrarlo lo hice con no poca vergüenza, aunque su tacto y buena educación me tranquilizaron pronto, y así no quedó de manifiesto mi torpeza; tuve la satisfacción de dejar Dublín e irme al campo con la convicción plena de que nadie, ni siquiera los más íntimos, sospechaban incluso que Lord Glenfallen me había hecho una proposición formal. Para mí eso era una razón muy seria para felicitarme, pues aparte de mi temor instintivo en convertirme en el objeto de especulaciones y murmuraciones, pensaba que si la situación que yo ocupaba en relación con él llegaba a conocerse públicamente, me vería comprometida de tal manera que apenas tendría la posibilidad de retractarme. El período en el que Lord Glenfallen había dispuesto visitar Ashtown-house se acercaba ahora rápidamente, y mi madre deseaba que me plegara totalmente a su voluntad y obtener mi consentimiento a la propuesta de matrimonio antes de que él llegara, por lo que todas las cosas tenían que realizarse fácilmente sin la menor objeción u oposición por mi parte; por ello, cualquier objeción que yo hubiera podido sentir tuvo que someterse; cualquier disposición a la resistencia que yo hubiera mostrado o hubiera supuesto sentir sería totalmente erradicada antes de que él se presentara, pues mi madre se dispuso a la tarea con una decisión y energía contra las cuales no servían ni siquiera las barreras que ella misma había creado con su imaginación. Si mi madre había esperado una oposición decidida por mi parte, se vio agradablemente decepcionada; mi corazón era absolutamente libre, todos mis sentimientos de preferencia o agrado estaban a favor de Lord Glenfallen, y bien sabía yo que en caso de que me negara a que se dispusiera de mí como ellos querían, mi madre tenía la capacidad y la voluntad necesarias para que mi existencia fuera tan desgraciada como podría hacerme el matrimonio peor avenido. Recordarás, amigo mío, que yo era muy joven y estaba totalmente bajo el control de mis padres, los cuales, aunque mi madre de manera particular, decidían sin el menor escrúpulo en este tipo de asuntos, y cuando no encontraban la obediencia voluntaria por parte de aquellos que estaban bajo su poder, de buen grado obligaban a una aquiescencia forzada utilizando sin paliativos todos los resortes de la disciplina doméstica más rigurosa y rígida. Como es natural, la combinación de todos esos elementos me indujo a decidir entregarme enseguida, y sin una oposición inútil, a lo que parecía ser casi mi destino. El momento fijado llegaba y con él mi pretendiente, ya aceptado; se presentó con un elevado estado de ánimo y más atractivo que nunca, si ello era posible. Sin embargo, yo no me encontraba con ánimo de gozar de su desenvoltura; mas toda la alegría que a mí me faltara quedaba ampliamente compensada por el triunfal y gracioso buen humor de mi madre, cuyas sonrisas de benevolencia y alborozo las entregaba con la misma generosidad que el sol del verano derramaba su luz. No le fatigaré siendo

innecesariamente prolija. Basta con decir que me casé con Lord Glenfallen, con toda la pompa y circunstancias de riqueza, rango y grandeza correspondientes. De acuerdo con las costumbres de la época, ahora humanamente reformadas, la ceremonia duró hasta mucho después de la medianoche, momento de procaces y promiscuas fiestas y orgías. De todo ello tengo un recuerdo dolorosamente vivo, sobre todo de las pequeñas molestias que me producían las bromas insípidas y ordinarias de los ingeniosos y guasones que abundan en todos esos lugares y ocasiones. No me apenó cuando pocos días después se presentó ante la puerta el coche de Lord Glenfallen para llevarnos fuera de Ashtown, pues cualquier cambio representaría un alivio frente a las tediosas ceremonias y formalidades a las que me obligaban las visitas recibidas incesantemente en honor de mis recién adquiridos títulos. Se dispuso que nos dirigiríamos a Cahergillagh, una de las propiedades de Glenfallen, que se encontraba en un condado meridional, por lo que necesitamos para ello un tedioso viaje (debido a la impracticabilidad de los caminos de entonces) de tres días. Partí pues con mi noble compañero, seguida por los lamentos de algunos y la envidia de muchos, aunque Dios sabe lo poco que merecía ésta última. Casi habían transcurrido los tres días de viaje cuando, al traspasar la cresta de una colina cubierta de matorrales, se abrió repentinamente a nuestra vista el dominio de Cahergillagh. Era un paisaje hermoso y sorprendente. Hacia el oeste se extendía un lago de considerable tamaño que reflejaba en sus amplias y tranquilas aguas el fuerte brillo del sol poniente, elevándose desde él unas empinadas colinas cubiertas por un rico manto de césped aterciopelado interrumpido de vez en cuando por la cara grisácea de alguna roca antigua y mostrando en sus laderas inclinadas, sus pendientes y oquedades todas las variedades de la luz y la sombra; cubría las colinas un tupido bosque de robles enanos, abedules y avellanos, revistiendo las orillas del lago, extendiéndose en rica abundancia por todos los promontorios y ascendiendo considerablemente por la ladera de las colinas.

—Ahí está el castillo encantado —dijo Lord Glenfallen señalando hacia un espacio considerable situado entre dos pintorescas colinas que se elevaba oscuramente alrededor del lago.

La pequeña planicie estaba ocupada principalmente por el mismo bosque salvaje y de poca altura que cubría las otras zonas del dominio; pero hacia el centro se elevaba una masa de árboles más altos y majestuosos que, oscuramente, se agrupaban, y salía de entre ellos una antigua torre cuadrada con muchas edificaciones de carácter más humilde que formaban, en conjunto, la casa solariega, o tal como se la solía llamar habitualmente, la mansión de Cahergillagh. Conforme nos acercábamos a la planicie sobre la que se levantaba la mansión, el camino serpenteante fue permitiéndonos diversas vistas del castillo, gastado por el tiempo, y los edificios que lo rodeaban; y puedo afirmar que, visto a través de los antiguos y hermosos árboles, y con el majestuoso resplandor del atardecer, raras veces he contemplado un paisaje más sorprendente y pintoresco. También me alegró percibir que aquí y allá ascendía el azulado y rizado humo desde chimeneas ocultas por una abundante y oscura hiedra

que cubría en gran parte el edificio. Al acercarnos más se hicieron evidentes otras señales de comodidad; y ciertamente, aunque el lugar tenía todas las trazas de poseer una antigüedad considerable, no había en él nada que resultara tristemente decadente.

—Amor mío —dijo Lord Glenfallen—: no debes imaginar este lugar peor de lo que es. No tengo gusto por la antigüedad, y al menos no debería elegir como residencia una casa atendiendo a la consideración de su vejez. No recuerdo haber sido nunca tan romántico como para superar mi aversión a las ratas y el reumatismo, esos fieles acompañantes de sus nobles restos de feudalismo; y prefiero con mucho un dormitorio moderno, cómodo y sin el menor misterio, con sábanas bien aireadas, en lugar de tapices, cojines enmohecidos y todos esos otros interesantes objetos románticos; sin embargo, aunque no puedo prometerte todas esas incomodidades que suelen acompañar a un antiguo castillo, encontrarás suficientes leyendas e historias de fantasmas como para que merezca tu respeto; y si la anciana Martha sigue todavía en pie, como confío que suceda, pronto tendrás una anécdota sobrenatural y apropiada para cada armario y esquina de la mansión; pero ya estamos aquí, por lo que sin más preámbulos, démosle la bienvenida a Cahergillagh.

Entramos en el recibidor del castillo, y mientras los criados se ocupaban en llevar nuestros baúles y equipajes, que habíamos traído para su uso inmediato, a los aposentos que Lord Glenfallen había elegido para él y para mí, le acompañe a un espacioso gabinete, entablado con roble negro bien pulido, de cuyas paredes colgaban los retratos de los diversos y dignos miembros de la familia Glenfallen. Desde el gabinete se dominaba una extensa llanura cubierta por el césped verde más suave, y limitada irregularmente por el bosque silvestre que antes mencioné, y por el que, a través de una arcada de hojas formada por las ramas y troncos, se derramaban los haces luminosos del sol poniente; en la distancia, un grupo de lecheras se aplicaban a su tarea acompañándola con quiebros de canciones irlandesas que, dulcificadas por la distancia, llegaban flotando hasta el oído de manera nada desagradable; y junto a ellas había sentados o echados, con toda la importancia grave que da el ser consciente de ejercer la protección, seis o siete perros grandes de diversas razas; más lejos todavía podía verse, a través de los claustros arqueados del bosque, a dos o tres pilluelos andrajosos atareados en conseguir que las vacas que se habían perdido alejándose de las otras se unieran a ellas. Al contemplar la escena que acabo de describir me sobrecogió una sensación de tranquilidad y felicidad que nunca había experimentado con tanta fuerza; y tan extraña me era esa sensación que mis ojos se llenaron de lágrimas. Lord Glenfallen no entendió la causa de mi emoción y tomándome amable y tiernamente de la mano, me dijo:

—No supongas, amor mío, que es mi intención que nos asentemos aquí, y siempre que desees irte sólo tienes que hacerme saber tu deseo para que sea cumplido, por lo que te ruego que no sufras ni un momento de inquietud por circunstancia alguna que yo pueda controlar. Pero aquí está la vieja Martha, tengo que presentártela, pues es una de las herencias de nuestra familia.

Martha era una anciana robusta, erguida y de buen humor, por lo que constituía un

agradable contraste con la bruja torva y decrépita cuya imagen había formado mi fantasía al saber que era la depositaria de todos los relatos espantosos que no me cabía duda abundarían en aquel antiguo lugar. Nos dio la bienvenida a mí y a su amo con una profusión de felicitaciones, dedicándose alternativamente a besarnos la mano y a excusarse por tal libertad, hasta que finalmente Lord Glenfallen puso fin a ese ceremonial, algo fatigoso, pidiéndole que me condujera a mis aposentos si estaban ya preparados. Seguí a Martha por una antigua escalera de roble hasta un pasillo largo y oscuro al final del cual estaba la puerta de los aposentos que había elegido para nosotros. Se detuvo allí la anciana y me pidió respetuosamente que entrara. Abrí la puerta, y ya me disponía a entrar cuando algo parecido a una colgadura negra pareció moverse con mi repentina presencia, cayó desde arriba de la puerta y cubrió totalmente la abertura; lo inesperado del hecho, y el crujido que hizo el paño al caer, me obligó a dar involuntariamente dos o tres pasos hacia atrás, tras lo cual me volví, sonriente y algo avergonzada, para decirle a la vieja criada:

—Ya ve lo cobarde que soy.

La mujer me miró asombrada y, sin decir nada más, iba a apartar la cortina para entrar en la habitación cuando al darme la vuelta me extrañó descubrir que no se interponía nada que obstruyera el paso. Entré en el aposento seguida por la criada y me sorprendió descubrir que, como el gabinete del piso inferior, estaba entablado, y que cerca de la puerta no había nada semejante a un paño.

—¿Dónde está? ¿Qué ha pasado con él?

—¿Qué es lo que su señoría desea saber?

—¿Dónde está la cortina negra que cayó junto a la puerta cuando intenté entrar por primera vez? —respondí yo.

—¡Que la Cruz de Cristo sea con nosotros! —exclamó la anciana poniéndose pálida de repente.

—¿Qué sucede, buena amiga? —volví a preguntar yo—. Pareces asustada.

—Oh, no, no, su señoría —contestó la anciana esforzándose por ocultar su agitación; pero en vano, pues dirigiéndose vacilante hacia una silla se dejó caer sobre ella y me pareció tan horrorizada y con una palidez tan mortal que pensé iba a desmayarse.

—Dios piadoso, líbranos de todo daño y peligro —murmuró al cabo de un rato.

—¿Qué le ha aterrado de este modo? —le pregunté empezando a temer que hubiera visto algo más que yo—. Mi pobre anciana, parece estar enferma.

—No es nada, no es nada, mi señora —contestó ella levantándose—. Suplico a su señoría me perdone por haber sido tan audaz; que el poderoso Dios nos defienda del infortunio.

—Martha —dije yo—. Algo te ha asustado mucho, e insisto en conocer la causa; si me dejas en la oscuridad al respecto, me sentiré mucho más inquieta que con cualquier cosa que puedas decirme; por eso deseo que me hagas saber lo que te agita; te ordeno que me lo digas.

—Su señoría dice que vio caer una cortina negra a través de la puerta cuando iba a

entrar en el aposento —dijo la anciana.

—Así es; pero aunque todo me parece extraño, no veo nada en ello que pueda agitarte hasta tal extremo.

—No presagia ningún bien el que viera tal cosa, mi señora —añadió ella—; va a suceder algo terrible; es un signo, mi señora... un signo que nunca falla.

—Explica lo que quieres decir, buena mujer —repliqué yo a pesar de mí misma, captando que allí había algo más de lo que yo podía explicar achacándolo a un terror supersticioso.

—Siempre que algo..., algo *horrible*, va a suceder en la familia Glenfallen, algún miembro ve que agitan ante sus ojos un pañuelo negro o que cae delante mismo una cortina de ese color; yo misma lo vi cuando sólo era una niña pequeña —siguió contando la anciana, pero bajando el tono de voz—, y nunca lo olvidaré. A menudo había oído hablar de ello antes, aunque no lo vi hasta entonces, y, Dios sea alabado, tampoco desde entonces lo he visto; pero iba a entrar en el dormitorio de Lady Jane para despertarla por la mañana, y cuando iba a retirar la cortina algo oscuro se agitó en medio, pero sólo por un momento; y cuando miré directamente hacia la cama allí estaba ella, fría y muerta, que Dios se apiade de mí; por eso, mi señora, no me culpo de acobardarme cuando algún miembro de la familia lo ve, pues de muchos he oído la historia, aunque con mis propios ojos sólo la vi una vez.

Yo no tenía una mente supersticiosa, pero no pude evitar un sentimiento de temor muy cercano al miedo que sin la menor reserva había expresado mi compañera; y si el lector piensa en mi situación, en la soledad, antigüedad y tenebrosidad del lugar, me concederá que la debilidad no carecía de excusas. Sin embargo, a pesar del ominoso presagio de la vieja Martha, el tiempo fue pasando tranquilamente. Sin embargo, hay un pequeño incidente que, aunque trivial en sí mismo, debo relatar, pues sirve para aclarar lo que después sucedió. Al día siguiente a mi llegada Lord Glenfallen, como era natural, deseó enseñarme la casa y los dominios, y partimos a dar un paseo; al regresar, se quedó algún tiempo silencioso y apesadumbrado, estado que era tan inusual en él que provocó mi sorpresa, y traté inútilmente de animarle con observaciones y preguntas; al final, al acercarnos a la casa, dijo como si hablara consigo mismo:

—Era locura... locura... locura —dijo repitiendo con amargura la palabra—. La ruina segura y rápida —ahí se detuvo un largo rato al cabo del cual, volviéndose de pronto hacia mí y con un tono muy distinto a aquél con el que hasta entonces me había hablado, me preguntó—: ¿Crees posible que una mujer guarde un secreto?

—Estoy convencida de que hay mucha falsedad en la consideración de charlatanas que tienen las mujeres, y de que puedo responderte con la misma franqueza con la que me has preguntado; te respondo que creo que una mujer puede guardar un secreto.

—Pues yo no —respondió él con sequedad.

Durante un tiempo caminamos en silencio; me había sorprendido mucho su respuesta abrupta, tan poco habitual en él; casi diría que su rudeza. Tras una pausa considerable pareció volver a ser él mismo y recuperando con un esfuerzo sus maneras

vivaces me dijo:

—Bueno, lo mejor para guardar bien un secreto es no desear tenerlo... la charlatanería y la curiosidad suelen ir de la mano; ahora te pondré a prueba con respecto a la última de estas cualidades. Seré tu *Barbazul*... ¡pero bueno!, ¿por qué bromeo así? Escúchame, querida Fanny, ahora te hablo con la mayor solemnidad: lo que deseo está íntima e inseparablemente relacionado con tu felicidad y honor tanto como con los míos; y el que cumplas mi petición no será difícil. Te impondré una muy ligera restricción durante tu estancia aquí, que ciertos acontecimientos que se han producido desde nuestra llegada me han decidido a que no sea muy larga. Debes prometerme por tu honor más sagrado que sólo visitarás la parte del castillo a la que puede llegarse desde la entrada principal, dejando a los criados la entrada posterior y la zona inmediata, lo mismo que el pequeño jardín cuyos altos muros ves allí lejos; y nunca, en momento alguno, trates de espiar o escudriñar esas zonas, ni de abrir la puerta que, a través del corredor, comunica la parte delantera de la casa con la posterior. No te pido esto por burla o capricho, sino por la convicción solemne de que el peligro y la desgracia serán las consecuencias seguras del incumplimiento de lo que te pido. Por el momento no puedo explicarte más... prométeme entonces estas cosas que son tu esperanza de la paz en este mundo y de la piedad en el otro.

Se lo prometí, satisfaciendo su deseo y él pareció aliviado; sus maneras recuperaron la elasticidad y alegría habituales, pero el recuerdo de la extraña escena que acabo de describir permaneció dolorosamente en mi mente. Transcurrió más de un mes sin que ocurriera nada digno de ser anotado; pero no estaba destinada a abandonar Cahergillagh sin nuevas aventuras, y un día que pretendía disfrutar del agradable sol en una rambla entre los bosques, subí corriendo a mi dormitorio para coger una gorra y un chal; al entrar, me sorprendió encontrarlo ocupado; junto a la chimenea, casi en el otro lado de la puerta, sentada en un sillón grande y anticuado había una dama; parecía más cerca de los cincuenta años que de los cuarenta e iba vestida de modo conveniente para su edad, con un floreado vestido de seda; llevaba encima abundantes joyas y dijes, y muchos anillos en los dedos; aunque muy rica, su vestido no era llamativo o de mal gusto; pero lo que resultaba notable en la dama era que aunque sus rasgos fueran hermosos, y en general agradables, la pupila de cada ojo estaba oscurecida por el blanco de una catarata, y evidentemente era ciega. Durante unos segundos quedé tan sorprendida por esa aparición inexplicable que no encontré palabras para dirigirme a ella.

—Señora —dije—, debe haber algún error... éste es mi dormitorio.

—¡Ésta sí que es buena, su dormitorio! —exclamó la dama con voz aguda—. ¿Dónde está Lord Glenfallen?

—Abajo, señora —contesté yo—; y estoy convencida de que se sorprenderá mucho de encontrarla aquí.

—No creo que sea así. Si me permite decirlo, no debe hablar de aquello que no sabe; dígale a él que quiero verle, ¿por qué tarda tanto el tunante?

A pesar del temor que la ceñuda dama me inspiraba, había algo en su tono de superioridad confiada que, considerando nuestras posiciones relativas, no dejaba de resultar irritante.

—¿Sabe usted, señora, con quién está hablando? —le pregunté.

—Ni lo sé ni me importa, pero supongo que es usted alguien de la casa, por lo que de nuevo le pido que si desea continuar aquí, haga que venga su amo inmediatamente.

—Debo decirle, señora, que soy Lady Glenfallen.

—¿Que es quién? —preguntó la desconocida inmediatamente.

—Digo, señora —repetí acercándome a ella para que me oyera con más claridad—, que soy Lady Glenfallen.

—Eso es una mentira, usted es una infame —gritó ella con un acento que me sobresaltó, y al mismo tiempo, abalanzándose hacia delante, me cogió y me sacudió violentamente mientras no dejaba de repetir «es una mentira, es una mentira» con una rapidez y vehemencia que hinchaba todas las venas de su rostro.

La violencia de su acción, y la furia que convulsionaba su rostro, me aterraron, y deshaciéndome de su sujeción grité tan fuerte como pude pidiendo ayuda. La mujer ciega seguía lanzándome un torrente de insultos, con la boca espumeante por la rabia, y agitaba impotente sus puños hacia mí. Escuché los pasos de Lord Glenfallen en la escalera y al instante salí corriendo. Al pasar junto a él percibí que tenía una palidez mortal y apenas sí pude captar estas palabras:

—Espero que ese demonio no te haya herido...

Le respondí algo que ya he olvidado y él entró en el aposento, cerrando la puerta desde dentro. No sé lo que sucedió en el interior, pero escuché las voces de ambos mientras discutían con fuerza y cólera. Creí escuchar el acento agudo de la mujer repitiendo estas palabras: «Deja que se cuide sola»; pero no estaba muy segura. Pero esa breve frase llenó de significados temibles mi alarmada imaginación; la tormenta remitió por fin, aunque no hasta que hubieron hablado más de dos largas horas. Lord Glenfallen regresó entonces, pálido y agitado.

—Esa pobre mujer ha perdido la cabeza —me dijo—. Imagino que te ha mezclado con alguno de sus desvaríos, pero no debes temer ninguna otra interrupción por su parte, pues la he hecho razonar. Confío que no te haría daño.

—No, no —respondí—, pero me aterró más allá de toda medida.

—Bien —respondió él a su vez—. Probablemente se comportará mejor en el futuro, y me atrevo a jurar que ni tú ni ella deseáis volver a encontraros después de lo que ha sucedido.

Este hecho, tan sorprendente y desagradable, tan lleno de misterio, y que daba lugar a tantas conjeturas dolorosas, no me proporcionó una base agradable para mis meditaciones. Todos mis intentos de llegar a la verdad se vieron frustrados; Lord Glenfallen evitó todas mis preguntas, y finalmente acabó por prohibir perentoriamente cualquier alusión al asunto. Me vi por tanto obligada a conformarme con lo que había visto realmente, y a confiar en que el tiempo resolvería la perplejidad en la que me

había dejado todo el asunto. El espíritu y temperamento de Lord Glenfallen sufrieron gradualmente un cambio total y dolorosísimo; se había vuelto silencioso y abstraído, sus maneras hacia mí eran abruptas, con frecuencia duras, pues en su mente parecía haber siempre una penosa ansiedad; y bajo esa influencia, su ánimo se vino abajo y su temperamento se volvió agrio. Pronto comprendí que su alegría era del tipo que producen la agitación y la excitación de la vida social, y no el resultado de un hábito mental saludable; todos los días me confirmaban en la opinión de que la consideración y buena naturaleza que tanto había admirado en él era poco más que una simple fachada; y con una pena y sorpresa infinitas por mi parte, el hombre noble y amable, de corazón abierto, que durante meses me había seguido y lisonjeado, asumió rápidamente la forma de un hombre triste, malhumorado y singularmente egoísta. Fue un descubrimiento amargo y traté de ocultármelo a mí misma todo el tiempo que pude, pero la verdad era innegable y me vi obligada a creer que Lord Glenfallen ya no me amaba, y que apenas hacía el esfuerzo de ocultar ese cambio en sus sentimientos. Una mañana, después del desayuno, Lord Glenfallen llevaba algún rato caminando silenciosamente arriba y abajo de la habitación, sumido en sus reflexiones, cuando de pronto se detuvo, se volvió hacia mí y exclamó:

—Ya lo tengo, ya lo tengo; debemos irnos al extranjero y quedarnos allí, y si así no hallamos la respuesta, bueno... tendremos que intentar algo más eficaz. Lady Glenfallen, me he visto metido en graves dificultades; ya sabes que una esposa debe compartir la fortuna del marido, para bien o para mal, pero renunciaré a mi derecho si prefieres quedarte aquí, en Cahergillagh, pues no me gustaría verte en otro lugar sin la posición a la que te da derecho tu rango; además, podría romper el corazón de tu pobre madre —añadió con burlona gravedad—. Así que decídete: Cahergillagh o Francia; si es posible partiré en una semana, por lo que debes decidirte en ese tiempo.

Abandonó la habitación al cabo de unos momentos y le vi por la ventana montado a caballo, seguido por un criado que también iba montado; había dado instrucciones a otro criado para que me informara de que no iba a regresar hasta el día siguiente. Tenía muchas dudas con respecto a cuál debía ser mi conducta, pues pensé que podría enfrentarme a un gran riesgo si le acompañaba en ese viaje por el continente que tan repentinamente había decidido, ya que en Cahergillagh siempre me servía de apoyo el pensar que, en caso de que su temperamento le llevara alguna vez a tratarme de manera violenta o injustificable, tenía el remedio a mi alcance en la protección y apoyo de mi propia familia, de cuya útil y eficaz comunicación me vería totalmente desprovista una vez en Francia. En cuanto a la posibilidad de permanecer sola en Cahergillagh, y por todo lo que sabía expuesta a peligros ocultos, apenas me parecía una situación menos objetable que la propuesta anterior; y sin embargo temía que debería decidir entre una y otra cosa, a menos que estuviera dispuesta a una ruptura real con Lord Glenfallen. Sumida plenamente en esas perplejidades y dudas desagradables, me retire a descansar. Cuando ya llevaba durmiendo algunas horas, llena de inquietudes, me despertó una persona que me sacudía con rudeza el hombro;

una lámpara pequeña ardía en mi habitación y con su luz descubrí, llena de horror y de asombro, que mi visitante era la misma dama ciega que tanto me había aterrado unas semanas antes. Me incorpore en la cama con la idea de tocar la campanilla para llamar la atención de los criados, pero ella se anticipó al instante diciéndome:

—No te asustes, niña estúpida; si hubiera deseado hacerte daño lo podría haber hecho mientras dormías, sin necesidad de despertarte. Ahora escúchame, atentamente sin miedo, pues lo que he de decirte te interesa a ti tanto como a mí; dime aquí, en presencia de Dios: ¿Lord Glenfallen se casó contigo, *se casó realmente* contigo...? Mujer, contesta la verdad.

—Tan cierto como que vivo y hablo es que Lord Glenfallen se casó conmigo en presencia de más de cien testigos.

—Pues bien —siguió diciendo ella—. Debería haberte dicho *entonces*, antes de que te casaras con él, que tenía una esposa viva, que soy yo; siento que tiemblas... ¡no debes asustarte! No pretendo hacerte daño... pero escúchame bien: *no* eres su esposa. Cuando dé a conocer mi historia, no lo serás ni a los ojos de Dios ni a los de los hombres; debes abandonar esta casa mañana; dejar que el mundo sepa que tu marido tiene otra esposa; retírate y déjale en manos de la justicia, que con seguridad se hará cargo de él. Si después de mañana permaneces en esta casa cosecharás los frutos amargos de tu pecado —y tras decir esto, abandonó la habitación dejándome muy poco dispuesta a dormir.

Tenía ahí alimento para mis peores y más terribles sospechas, aunque no era suficiente para eliminar toda duda. No tenía pruebas de que fuera verdad lo que había dicho esa mujer. Con independencia de cualquier otro hecho no había nada que me indujera a darle mucha credibilidad; pero cuando lo consideraba en conexión con el misterio extraordinario de algunas de las actuaciones de Lord Glenfallen, su extraña ansiedad por excluirme de determinadas partes de la casa, sin duda para evitar que me encontrara con esa persona... la gran influencia, o mejor dicho autoridad, que ella poseía sobre él, circunstancia esta que quedaba claramente establecida por el hecho mismo de que ella residiera en este mismo lugar, en lugar de otros muchos, donde él menos había deseado encontrarla... el que ella actuara así, y siguiera actuando, en contradicción directa con los deseos de él... Cuando consideré su declaración, repito, en relación con todas estas circunstancias, no puede evitar pensar que al menos había una temible similitud con las alegaciones que había hecho. Aun así no me sentí satisfecha en absoluto; las mentes jóvenes tienen grandes dificultades para creer, salvo que exista una prueba incuestionable, que exista una culpa premeditada en alguna persona en quienes han confiado; y en apoyo de ese sentimiento me tranquilizaba el hecho de que si la afirmación de Lord Glenfallen, que nada en las maneras de aquella mujer me llevaba a dudar, era cierta, es decir, que su mente no estaba cuerda, todas mis dudas y miedos debían venirse abajo. Decidí contarle a Lord Glenfallen de manera sincera y exacta lo fundamental de la comunicación que acababa de oír, buscando en sus palabras y mirada la prueba de su negación. Con todos esos pensamientos permanecí despierta y excitada la noche entera, creyendo a cada momento que oía pasos, o viendo

la figura de mi reciente visitante, por la que sentía una especie de horror y pavor que difícilmente puedo describir. Aunque sus rasgos habían sido evidentemente hermosos, y a primera vista no resultaban desagradables, había algo en su rostro que, analizado más de cerca, parecía indicar la indulgencia y predominio habituales de las pasiones malignas, y una capacidad de expresar la cólera animal con una intensidad como raras veces he visto igual, a la que daba un efecto casi sobrenatural el estremecimiento convulsivo de sus ojos ciegos. El lector podrá suponer fácilmente que no me resultaba muy agradable considerar que, siempre que el capricho la indujera a regresar, me encontraría yo al alcance de esa mujer violenta, y por lo que sabía loca, que aquella misma noche me había hablado con un tono de amenaza que sólo débilmente transmitían sus palabras desprovistas de los movimientos con los que las pronunció. Créame por tanto al decir que sentía verdadero miedo de abandonar la cama para cerrar la puerta, por si volvía a encontrarme con ella acechando en una esquina o mirando desde detrás de las cortinas de las ventanas, así de infantil era yo en mi miedo.

Llegó la mañana, y con ella Lord Glenfallen. No sabía, ni realmente me importaba, dónde podría haber estado; ocupaban totalmente mis pensamientos las sospechas y miedos terribles sugeridos por la conversación de la noche anterior. Él estaba, como de costumbre, taciturno y abstraído, y temí que en no muy buen estado de ánimo para escuchar con paciencia lo que tenía que decirle, fueran verdaderas o falsas las acusaciones. Sin embargo, decidí no dejar pasar la oportunidad y que Lord Glenfallen no saliera de la habitación hasta que, a pesar del riesgo, hubiera descargado mi mente.

—Mi señor —dije tras un largo silencio y haciendo acopio de toda mi firmeza—. Mi señor, desearía decirte unas palabras sobre un asunto de gran importancia y profundas consecuencias para ti y para mí.

Fijé mi mirada en él para discernir, si podía, si el anuncio le provocaba alguna inquietud, pero no pude percibir ningún síntoma de ese sentimiento.

—Bien, querida —contestó él—. Es éste sin duda un prefacio muy grave, y anuncia sin duda algo extraordinario... te ruego que me lo hagas saber sin mayor dilación.

Cogió una silla y se sentó casi frente a mí.

—Mi señor —insistí—. He visto a esa persona que tanto me alarmó hace poco, la dama ciega, la última noche.

Su rostro, sobre el que había fijado mis ojos, palideció, vaciló un momento y añadió:

—¿Acaso, señora, olvidaste totalmente o despreciaste mi orden expresa entrando en esa parte de la casa de la que te excluía tu promesa, o podría decir tu juramento?

—Mi señor —respondí yo a mi vez—: Ni he olvidado tus órdenes, pues tal cosa eran, ni las desobedecí. Anoche, mientras dormía en mi aposento, me despertó y abordó la persona que te he mencionado... lo que no puedo saber es cómo accedió al dormitorio.

—¡Ah! Habrá que averiguar eso —comentó él en tono de reflexión—. Y te ruego —añadió rápidamente fijando sus ojos en mí— que me informes de lo que esa persona dijo, pues sin la menor duda que algún comentario sorprendente es la consecuencia de

tu prefacio.

—Su señoría no se equivoca. Lo que dijo fue tan extraordinario que no puedo ni pensar en ocultártelo; me dijo, mi señor, que tenías una esposa en el momento en que te casaste conmigo, y que era ella.

Lord Glenfallen se puso pálido como la ceniza, casi lívido; por dos o tres veces se esforzó por aclarar su voz, pero en vano, y apartándose repentinamente de mí, caminó hasta la ventana. El horror y el desmayo que en la antigüedad abrumaron a la esposa de Endor, cuando con sus hechizos conjuró inesperadamente ala muerte en su presencia, debieron ser parejos a los que sentí yo cuando de esa manera se me presentaba lo que parecía una evidencia casi inequívoca de una culpa de cuya existencia tanto había dudado. Durante unos momentos se produjo un silencio en el que era difícil conjeturar quién de los dos, si mi esposo o yo, sufría más. Lord Glenfallen recuperó pronto el dominio de sí mismo, volvió junto a la mesa, se sentó de nuevo y me dijo:

—Lo que acabas de decirme me ha asombrado tanto, ha desplegado tanta culpa inmotivada, y desde una dirección desde la que tan pocas razones tenía para esperar ingratitud o traición, que tu anuncio casi me deja sin habla; sin embargo, esa persona en cuestión tiene una excusa: su mente, tal como te dije antes, está perturbada. Deberías haber recordado eso y vacilado al recibir una evidencia nada excepcional contra el honor de tu marido, los desvaríos de una lunática. Te digo ahora que ésta es la última vez que te hablaré sobre el tema, y en la presencia de Dios que habrá de juzgarme, y como espero piedad en el día del juicio, juro que la acusación que así se me ha hecho es totalmente falsa, ridícula y sin fundamento; desafío al mundo a que en cualquier cosa manche mi honor; y lo mismo que nunca he aceptado la opinión de los hombres locos relativa a tu carácter o moral, considero justo pedir que evidencies hacia mí una benevolencia semejante; y ahora, y para siempre, te pido que nunca vuelvas a atreverte a repetirme tus sospechas insultantes ni las calumnias torpes e infames de los locos. Y ahora mismo voy a hacer que la digna dama que contribuyó a este original invento comprenda perfectamente mi opinión sobre el asunto... buenos días.

Tras decir aquellas palabras, me dejó nuevamente en la duda, sumida en el horror pleno del suspense más terrible. Tenía razones para pensar que Lord Glenfallen había descargado su venganza sobre la autora de la extraña historia que yo había oído con una violencia que no se contentó con simples palabras, pues la vieja Martha, de quien yo me había convertido en favorita, mientras me atendía en mi habitación, me contó que temía que su amo hubiera maltratado a la pobre holandesa ciega, pues la había oído gritar como si la vida misma la estuviera abandonando, pero me pidió enseguida que no hablara con nadie de lo que me había dicho, y especialmente con el amo.

—¿Cómo sabes que es holandesa? —le pregunté deseosa de saber algo que pudiera arrojar alguna luz sobre la historia de esa persona, ya que parecía que ésta había decidido entrometerse en mi destino.

—Bueno, mi señora —respondió Martha—. El amo suele llamarla bruja holandesa, y le da otros nombres que no le gustaría escuchar, y yo estoy segura de que no es ni

inglesa ni irlandesa, pues siempre que charlan juntos hablan en una lengua muy extraña, y rápida, apostaría a que sí; aunque yo no debería hablar de ella; no me corresponde a mí mencionarla... pero ya que la habéis visto, no puede haber gran mal en hablar de ella ahora.

—¿Cuánto tiempo lleva esta dama aquí? —le pregunté.

—Se presentó aquí a la mañana siguiente de la llegada de su señoría —respondió Martha—. Pero no me pregunte más, pues el amo no se lo pensaría dos veces en echarme de aquí si me atrevo a hablar de ella, y mucho menos a vos, mi señora.

No quise presionar más a la pobre mujer, pues su desgana para hablar sobre el tema era evidente y razonable. El lector comprenderá fácilmente que con las ligerísimas bases que me proporcionaba mi información, y que contradecía el juramento solemne de mi esposo, y sacadas además de una fuente que en el mejor de los casos era muy cuestionable, no podía adoptar ninguna medida decisiva; en cuanto a la amenaza de la extraña mujer que inexplicablemente se había introducido dos veces en mi dormitorio, aunque por el momento me ocasionaba alguna inquietud, no era para mí tan formidable como para hacer que me marchara de Cahergillagh.

Unas noches después de la escena que acabo de mencionar, cuando Lord Glenfallen se había retirado pronto a su estudio, tal como acostumbraba, me quedé a solas en el salón para distraerme lo mejor que pudiera. No era extraño que mi pensamiento volviera con frecuencia a las escenas en las que recientemente había participado; el tema de mi reflexión, la soledad, el silencio, lo tardío de la hora y la depresión anímica de la que últimamente era presa constante tendieron a producir esa excitación nerviosa que nos coloca totalmente a merced de la imaginación. Para tranquilizar mi ánimo, me esforzaba en dirigir mis pensamientos hacia algo más agradable, cuando oí, o creí oír, que a pocos metros de mí y con un tono extrañamente burlón pronunciaban estas palabras: «hay sangre en la garganta de su señoría». Fue tan viva la impresión que de un salto me puse en pie e involuntariamente me llevé la mano al cuello. Busqué en vano por la habitación a quien había hablado. Fui hasta la puerta, la abrí y miré en el pasillo, llegando casi a desmayarme de horror por miedo a encontrarme en el umbral algo informe. Cuando miré lo suficiente me tranquilicé comprendiendo que no había nada extraño a la vista.

—He estado muy agitada últimamente; tengo los nervios atormentados —dije en voz alta con deseos de tranquilizarme. Toqué la Campanilla y, ayudada por la vieja Martha, me retiré a descansar aquella noche. Mientras la criada se dedicaba, como de costumbre, a disponer la lámpara que había ordenado que ardiera siempre durante la noche en mi dormitorio, me dediqué a desvestirme y para ello tuve que recurrir a un gran espejo que ocupaba una parte considerable de la pared, desde el suelo hasta una altura cercana a los dos metros. El espejo ocupaba un gran espacio en el entablamiento de la pared opuesta a los pies de la cama. Apenas llevaba allí un minuto cuando algo parecido a un paño mortuorio negro se movió lentamente entre el espejo y yo.

—¡Dios mío! ¡Ahí está! —exclamó enloquecida—. He vuelto a verlo, Martha... el paño

negro.

—¡Entonces que Dios se apiade de nosotros! —respondió ella haciendo el signo de la cruz, temblorosa—. Algún infortunio nos aguarda.

—No, no, Martha —contesté recuperando casi al instante el dominio de mí misma; pues aunque era de temperamento nervioso nunca había sido supersticiosa—. No creo en presagios. Ya sabes que vi, o creí ver, ese paño antes, y no sucedió nada.

—La holandesa llegó a la mañana siguiente —contestó ella.

—Me parece que ese hecho apenas merecía un anuncio sobrenatural —repliqué.

—Es una mujer extraña, mi señora. Y todavía no se ha ido... fíjese bien en mis palabras.

—Bueno, bueno, Martha, no tengo suficiente ingenio para cambiar tus opiniones, ni inclinación a alterar las mías; así que no hablemos más del asunto. Buenas noches.

Quedé a solas con mis reflexiones. Tras llevar casi una hora despierta, sentí finalmente un sueño ligero; pero mi imaginación seguía atareada porque me sobresalté saliendo de ese sueño poco recuperador al imaginar que escuchaba una voz que cerca de mi rostro exclamaba lo mismo que antes: «hay sangre en la garganta de su señoría». Tras esas palabras, escuché al instante una carcajada. Desperté estremecida por el horror y oí a mi esposo entrar en el dormitorio. Fue un alivio, pero como estaba asustada por las trampas que me había tendido mi imaginación, preferí guardar silencio y simular que dormía en lugar de iniciar una conversación con mi esposo, pues bien sabía que el estado de ánimo de éste era tal que con toda seguridad sus palabras transmitirían algo que sería mejor no oír ni pronunciar. Lord Glenfallen se dirigió a su vestidor, situado a la derecha de la cama. Como la puerta estaba abierta, pude verlo tumbado en un sofá, y media hora después me di cuenta, por su respiración profunda y regular, de que se había quedado dormido. Cuando el sueño se niega a visitarnos hay algo particularmente irritante, no para el temperamento sino para los nervios, en el hecho de saber que alguien que está junto a nosotros disfruta de ese privilegio que nosotros buscamos en vano; al menos así me lo había parecido siempre, pero nunca tanto como en esa ocasión. Mil imágenes molestas me acosaban y excitaban, cualquier objeto que mirara, aunque fuera familiar, parecía haber adquirido un extraño carácter fantasmático, y las sombras diversas que producía la lámpara parpadeante parecían convertirse en seres grotescos y sobrenaturales, y siempre que mis ojos se posaban en la figura durmiente de mi esposo sus rasgos parecían sufrir las contorsiones más extrañas y demoníacas. El viejo reloj fue dando una hora tras otra y cada una de ellas me encontraba, si ello era posible, menos dispuesta a dormir que la anterior. Hacía ya mucho que habían dado las tres; mis ojos, en sus paseos involuntarios, se posaron en el gran espejo situado, tal como ya he dicho, en la pared opuesta a los pies de la cama. Desde donde estaba podía verlo entero a través de las cortinas, y al mirarlo fijamente creí percibir que el cristal del espejo cambiaba de posición en relación con la cama; clavé los ojos en él con intensidad; no era un engaño, pues la luna del espejo, como si actuara movida por su propio impulso, se movió lentamente hacia un lado, dejando al

descubierto una abertura oscura en la pared, casi tan grande como una puerta normal. Había allí una figura en pie, aunque la luz era demasiado escasa como para que pudiera definirse con precisión. Entró cautamente en la habitación haciendo tan poco ruido que de no haberla visto no creo que hubiera tenido conciencia de su presencia. Iba vestida con una especie de camisón de lana y llevaba atado al cuello un paño o pañuelo blanco; a pesar de lo extraño del atuendo no tuve dificultades para reconocer a la mujer ciega a la que tanto temía. Se agachó acercando la cabeza casi hasta el suelo y permaneció en esa actitud, inmóvil, unos momentos, sin duda para averiguar si había allí algún sonido sospechoso. Aparentemente quedó satisfecha con su observación, pues de inmediato reinició su avance silencioso hacia una pesada mesa de tocador de caoba de mi esposo; al llegar a ella, se detuvo de nuevo y se quedó unos minutos escuchando atentamente. Luego, sin hacer ruido, abrió uno de los cajones, y tras buscar a tientas en él durante algún tiempo sacó algo que enseguida descubrí era una caja de cuchillas de afeitar. La abrió y probó el filo de cada uno de los instrumentos sobre la piel de su mano. Eligió una de ellas rápidamente y la sujetó con firmeza; se agachó igual que antes, y tras quedarse un tiempo escuchando con la mano que tenía libre, se abrió paso hasta el vestidor en donde dormía Lord Glenfallen.

Yo permanecía inmovilizada, como si estuviera bajo el hechizo potente de una pesadilla. No podía mover ni un dedo; no podía levantar la voz; ni siquiera podía respirar, y aunque esperaba que en cualquier momento iba a asesinar al durmiente, ni siquiera podía cerrar los ojos para ocultarles ese espectáculo horrible que no tenía capacidad para evitar. Vi que la mujer se aproximaba al durmiente, pasó ligeramente la mano libre por las ropas de éste para averiguar así su identidad, y tras un breve intervalo se dio la vuelta y entró de nuevo en mi dormitorio, agachándose otra vez para escuchar. Ahora ya no tenía dudas de que la cuchilla estaba dispuesta para mi garganta, pero la terrible fascinación que había trabado mi capacidad durante tanto tiempo seguía aferrándome. Compren día que mi vida dependía del esfuerzo más ligero y ordinario, pero no podía mover una articulación de la posición en la que estaba, ni hacer ruido para despertar a Lord Glenfallen. En ese momento la asesina, con pasos largos y silenciosos, se aproximó a la cama. Me parecía que el corazón se me estaba volviendo de hielo; puso la mano izquierda, que tenía libre, sobre la almohada; gradualmente la deslizó hacia mi cabeza, y en un instante, con la velocidad del rayo, me sujetó por el pelo mientras con la otra mano lanzaba la cuchilla a mi garganta. Una ligera imprecisión me libró de la muerte instantánea; el golpe no profundizó y la punta de la cuchilla me raspó en la garganta. En un momento, sin saber cómo, me encontré en el otro lado de la cama lanzando un grito tras otro; pero la miserable estaba decidida a asesinarme si podía lograrlo. Dando traspiés a lo largo de las cortinas, se precipitó hacia mí rodeando la cama; cogí la manilla de la puerta para tratar de escapar, pero ésta estaba cerrada, o en cualquier caso no pude abrirla y, movida por el instinto del terror, me encogí en una esquina... Ahora estaba a un metro de mí... luego tenía la mano sobre mi rostro... cerré los ojos, esperando no volver a abrirlos, y en ese momento

un golpe dado desde atrás por un brazo fuerte hizo que el monstruo cayera sin sentido a mis pies. En ese momento se abrió la puerta y entraron en la habitación varios criados alarmados por mis gritos. No recuerdo lo que sucedió después, pues me desmayé. Un desmayo seguía a otro, y tan mortales parecieron que consideraron dudosa la posibilidad de que siguiera viviendo. Pero a las diez me hundí en un sueño profundo y recuperador del que me despertaron hacia las dos para que pudiera declarar ante un magistrado llegado con ese fin. Declaré, lo mismo que Lord Glenfallen; jamás olvidaré la escena del examen de la mujer ciega y de las otras partes. La trajeron a la habitación custodiada por dos criados; llevaba una especie de bata de franela que no se había cambiado desde la noche anterior; estaba desgarrada y manchada, teñida a intervalos de la sangre que había manado en gran cantidad de una herida de su cabeza; con la pelea se le había caído el pañuelo blanco, y el cabello enmarañado le caía sobre su semblante salvaje, de una palidez mortal. Sin embargo, parecía absolutamente dueña de sí misma y la única lamentación que expresaba era la de no haber conseguido culminar su intento homicida, que en modo alguno trataba de ocultar. Cuando le preguntaron el nombre, dijo que era la condesa Glenfallen, y se negó a dar otro título.

—El nombre de la mujer es Flora Van-Kemp —dijo Lord Glenfallen.

—Lo *era*, lo *era*, traidor, perjuro y mentiroso —gritó la mujer, y luego lanzó una andanada de palabras en una lengua extranjera—. ¿Hay aquí algún magistrado? —preguntó en ese momento—. Soy la esposa de Lord Glenfallen... lo demostraré... escriba mis palabras. Deseo que me ahorquen o me quemen, para que él tenga lo que se merezca. Intenté matar a su muñeca; pero fue él quien me metió en la cabeza hacerlo: dos esposas eran demasiadas... tenía que asesinarla a ella o ella me ahorcaría a mí... escuchad todo lo que he de decir.

En ese momento la interrumpió Lord Glenfallen.

—Señor —dijo dirigiéndose al magistrado—. Pienso que será mejor seguir con nuestro asunto, las furiosas recriminaciones de esta infeliz mujer no son más que una pérdida de tiempo; si se niega a responder a sus preguntas, supongo que será mejor que me tome a mí declaración.

—¿Y vas a jurar por mi vida, asesino negro y perjuro? —gritó la mujer—. Señor, señor, tiene que escucharme —siguió diciendo dirigiéndose al magistrado—. Puedo probar su culpa... él me ordenó asesinar a esa joven y luego, cuando fallé, se puso tras de mí y me golpeó, y ahora quiere blasfemar por mi vida... deshacer todo lo que digo.

—Si es su intención confesar el crimen del que es acusada —intervino el magistrado —, puede incriminar a quien le plazca siempre que aporte evidencias suficientes.

—¡Pruebas...! no hay otra prueba que yo misma —contestó la mujer—. Lo juraré todo, escribiré mi testimonio, digo que lo escribiré... seremos ahorcados el uno al lado del otro, mi valiente señor... y todo ha sido obra tuya, mi querido esposo.

Tras decir aquellas palabras, lanzó una risa burlona, insolente, que para alguien que estaba en su situación resultaba horrible.

—Por el momento no escucharé nada —contestó el magistrado—, salvo respuestas

claras a las preguntas que le plantearé sobre este asunto.

—En ese caso, no oirá nada —contestó ella con hosquedad, y con nada se la pudo inducir o intimidar para que hablara de nuevo.

Luego declaramos Lord Glenfallen y yo, así como los criados que habían entrado en la habitación en el momento de mi rescate. El magistrado decidió entonces que ella sería encerrada, y debía enviársela directamente a la cárcel, a donde la conduciría un carruaje de Lord Glenfallen, pues lógicamente su señoría no era indiferente al efecto que podrían producir las vehementes acusaciones de la mujer en su contra si las pronunciaba ante todo aquel que pudiera escucharla entre Cahergillagh y el lugar de confinamiento al que fuera enviada.

Durante la época transcurrida entre la orden de prisión y el juicio de la prisionera, Lord Glenfallen sufrió una agonía mental imposible de describir. Apenas dormía, y cuando lo conseguía, sus sueños parecían el instrumento de nuevas torturas, y sus horas de vigilia excedían en intensidad, si ello era posible, a los terrores de sus sueños. Lord Glenfallen descansaba, si así podía llamarse al hecho simple de yacer en actitud de reposo, en su gabinete, por lo que yo tenía la oportunidad de presenciar, con una frecuencia mayor de la que deseaba, la temible actuación de su mente. Su agonía rompía a menudo en paroxismos temibles que daban la impresión de que el delirio y la pérdida total de la razón eran inminentes; a menudo hablaba de escapar del país, llevándose con él a todos los testigos de la terrible escena en los que se basaba la acusación; luego lamentaba con ferocidad que el golpe que le había dado no hubiera provocado su fin.

Llegaron las sesiones del juicio, y en el día designado Lord Glenfallen y yo asistimos a ellas para aportar nuestras pruebas. Se abrió la causa y la prisionera se presentó ante el tribunal. El juicio despertó gran curiosidad e interés, por lo que la sala estaba llena a rebosar. La prisionera, sin ni siquiera molestarse en escuchar la acusación, se confesó culpable y ningún representante del tribunal consiguió inducirla a que se retractara. Como se había perdido mucho tiempo en un intento inútil de inducirla a reconsiderar sus palabras, el tribunal, de acuerdo con la forma habitual, procedió a dictar sentencia. Cuando esto iba a hacerse, la prisionera exclamó en voz baja pero clara:

—Una palabra... una palabra, mi señor: ¿está Lord Glenfallen aquí en la sala? —Cuando le dijeron que así era, levantó la voz hasta un tono amenazador y siguió diciendo—: Conde de Glenfallen, te acuso aquí en este tribunal de justicia de dos delitos: primero, haberte casado con una segunda esposa cuando la primera todavía vive, y después el haberme impulsado al asesinato, por cuyo intento voy a morir... Prendedle... encadenadle... traedle aquí.

Esas palabras provocaron una risotada en la sala, tratada como era natural por el juez con una violenta recriminación, tras lo cual pidió a la mujer que guardara silencio.

—¿Entonces no lo va a prender, no va a juzgarlo? ¿Lo va a dejar libre?

El tribunal dio a entender que ciertamente se le permitiría «irse libremente», y ordenó de nuevo que se la llevaran a ella. Sin embargo, antes de que la orden fuera

ejecutada, ella agitó los brazos en el aire y lanzó un gritó agudo, tan repleto de desesperación y rabia preternaturales que podría haber arrojado a un alma a aquellas esferas en donde la esperanza ya no es posible. Ese sonido sigue zumbando en mis oídos meses después de que la voz que lo lanzó guardara silencio para siempre. La infeliz mujer fue ejecutada de acuerdo con la sentencia pronunciada.

Algún tiempo después de este acontecimiento Lord Glenfallen parecía sufrir más que antes, si es que tal cosa era posible, al tiempo que su lenguaje, que a menudo expresaba confesiones a medias de autoinculpación, y todas las circunstancias relacionadas con los últimos hechos, constituyeron un cuerpo de pruebas tan convincente que escribí a mi padre detallándole los motivos de mi miedo e implorándole que acudiera sin retraso a Cahergillagh para separarme del control de mi esposo, antes de dar los pasos legales para una separación definitiva. En tales circunstancias mi existencia estaba al borde de lo intolerable, pues además de las sospechas y miedos que me provocaba mi marido, me daba cuenta claramente de que si Lord Glenfallen no se recuperaba rápidamente, acabaría por enloquecer. Por esa razón esperaba con una impaciencia indescriptible la llegada de mi padre, o al menos una carta que la anunciara.

Aproximadamente una semana después de haberse llevado a cabo la ejecución, Lord Glenfallen vino a verme una mañana con una actitud inusualmente alegre.

—Fanny —me dijo—. Por primera vez puedo explicar a tu entera satisfacción aquella parte de mi conducta que hasta ahora parecía sospechosa o misteriosa. Después del desayuno ven a mi estudio, pues espero aclarártelo todo.

Esa invitación me produjo mayor placer del que había experimentado en varios meses; ciertamente, había sucedido algo que tranquilizaba la mente de mi marido en un grado extraordinario, y pensé que no sería imposible en absoluto que en la entrevista propuesta demostrara ser el más herido e inocente de los hombres. Llena con esa esperanza, acudí a su estudio a la hora designada; estaba ocupado en escribir cuando entré en la habitación y se limitó a levantar la mirada y pedirme que me sentara. Tomé una silla, tal como él deseaba, y permanecí en silencio aguardando a que quedara libre mientras terminaba de escribir la carta, la metía en un sobre, escribía la dirección y la cerraba; tras dejarla sobre la mesa, con la dirección boca abajo, dijo:

—Mi queridísima Fanny, sé que te debo haber parecido muy extrañol y muy poco amable... a veces incluso cruel. Antes de que termine esta semana te explicaré la necesidad de mi conducta, lo imposible que era que pareciera de otra manera. Soy consciente de que muchos de mis actos han debido dar lugar, inevitablemente, a dolorosas sospechas... sospechas que ciertamente, en una ocasión, me comunicaste. He recibido dos cartas enviadas por alguien respetable que contienen información con respecto a cómo seré capaz de probar que son falsos todos los delitos de los que podrían acusarme las sospechas más crédulas. Esperaba una tercera carta en el correo de la mañana que incluyera documentos que arreglarían el asunto para siempre, pero debido sin duda a algún descuido, o quizás a alguna dificultad para recoger los documentos,

algún retraso inevitable, no me ha llegado esta mañana en contra de lo que esperaba. Estaba terminando una carta para esa persona en el momento en que entraste, y si un mensaje que espero sea digno de confianza se cumple, pienso que habré recibido a un mensajero especial antes de dos días. He estado meditando el asunto, si sería mejor aclarar imperfectamente tus dudas permitiéndote conocer las dos cartas ya recibidas, o aguardar a que pueda reivindicar triunfante mi inocencia con los documentos que ya te he mencionado, y me he decidido, creo que lógicamente, por la última posibilidad; sin embargo, en la habitación contigua hay una persona cuyo testimonio no carece de valor... excúsame un momento.

Tras decir aquello, se levantó y se dirigió hacia la puerta de un gabinete que daba al estudio, quitó el pestillo, la abrió a medias, y diciendo que era él se deslizó en aquella habitación cerrando cuidadosamente la puerta tras él y pasando un pestillo. Inmediatamente escuché su voz en una animada conversación; lógicamente, mi curiosidad por el tema de la carta era grande, por lo que anulando cualquier pequeño escrúpulo que hubiera podido sentir, decidí mirar la dirección de la carta, que estaba sobre la mesa tal como la había dejado mi esposo, beca abajo. La cogí y le di la vuelta para verla dirección. Por unos momentos apenas pude creer lo que vieron mis ojos, pero no había error, pues en letras grandes estaban escritas las palabras «al arcángel Gabriel, en el cielo». Apenas había vuelto la carta a su posición original, recuperándome parcialmente del *shock* que me produjo esa prueba inequívoca de locura, cuando se abrió la puerta del gabinete y Lord Glenfallen regresó al estudio, cerrando cuidadosamente con el pestillo la puerta por el exterior.

—¿Quién hay allí? —pregunté haciendo un poderoso esfuerzo por parecer tranquila.

—Quizás tengas alguna objeción para verla, al menos de momento —contestó él pensativamente.

—¿Pero quién es? —repetí.

—Bueno, no veo que sirva de nada ocultarlo... la holandesa ciega; he estado con ella toda la mañana. Está muy deseosa de salir de ese gabinete, pero ya sabes lo extraña que es y que apenas se puede confiar en ella.

En ese mismo momento un fuerte golpe de viento agitó la puerta dando la impresión de que algo más sólido la estuviera empujando.

—¡Ja, ja, ja...! ¿La oyes? —preguntó él lanzando una carcajada. El viento remitió convirtiéndose en un largo aullido y de pronto Lord Glenfallen, controlando su alegría, se encogió de hombros y murmuró:

—Pobre infeliz, todavía no se ha acostumbrado.

—Será mejor no molestarla con preguntas de momento —dije yo con un tono tan despreocupado como fui capaz de fingir, aunque me sentía como si pudiera desmayarme en cualquier momento.

—¡Bueno! Quizás tengas razón. Vuelve en una o dos horas, o cuando te plazca, y nos encontrarás aquí.

Abrió de nuevo la puerta y entró con las mismas precauciones que había adoptado

antes, cerrándola por dentro, y al salir precipitadamente de la habitación volví a escuchar su voz en una animada conversación.

Me resulta difícil describir mis emociones; mi esperanza se había elevado a lo más alto y de pronto, en un instante, había desaparecido. La temible consumación se había llevado a cabo; el castigo había caído sobre el culpable; su mente se había destruido y con ello había desaparecido la capacidad de arrepentirse. No puedo describir la agonía de las horas que siguieron a lo que llamaría mi *terrible* entrevista con Lord Glenfallen, pero Martha interrumpió mi soledad para informarme de la llegada de un caballero que me esperaba en el salón. Baje, y con gran alegría encontré a mi padre sentado junto a la chimenea. Su viaje podía explicarse fácilmente: mis comunicaciones habían conmovido el honor de la familia. Le informe rápidamente acerca de la terrible enfermedad que había afectado a mi desafortunado marido. Mi padre sugirió la necesidad de destinar una persona a vigilarlo para impedir que se hiciera daño a sí mismo o lo hiciera a otros. Toqué la campana y pedí que se presentara un criado de la familia llamado Edward Cooke. Le expliqué clara y brevemente la naturaleza del servicio que se le requería y mi padre y yo, acompañados por el criado, acudimos al estudio; la puerta de la habitación interior seguía cerrada y en el aposento exterior todo permanecía en el mismo orden en el que yo lo había dejado. Llamamos a la puerta del gabinete sin recibir respuesta. Intentamos luego abrir la puerta, pero en vano, pues estaba bien cerrada por el interior; llamamos más fuerte, pero tampoco sirvió de nada. Seriamente alarmada, pedí al criado que forzara la puerta, y tras lograrlo después de varios intentos violentos, entramos en el gabinete. Lord Glenfallen estaba tumbado boca abajo sobre un sofá.

—No haced ruido, duerme —dije al tiempo que todos nos deteníamos.

—Está demasiado quieto —contestó mi padre.

Todos sentíamos una profunda repugnancia a acercarnos a ese cuerpo.

—Edward —dije por fin—. Mira a ver si tu amo duerme.

El criado se acercó al sofá en el que estaba acostado Lord Glenfallen; inclinó la oreja sobre la cabeza del cuerpo yacente para ver si podía oír el sonido de su respiración. Se volvió hacia nosotros y dijo:

—Mi señora, será mejor que no aguarde aquí, estoy seguro de que ha muerto.

—Déjame ver el rostro —dije yo terriblemente agitada—. Tienes que estar equivocado.

Entonces el criado, obedeciendo mi orden, dio la vuelta al cuerpo y... ¡Dios mío, lo que tuve que ver! Estaba muerto. Toda la pechera de la camisa, con los encajes, estaba empapada de sangre, igual que el sofá debajo de donde había estado su cuerpo. La cabeza quedó colgando hacia atrás, casi como si estuviera separada del cuerpo por un corte terrible que se abría en su garganta. Bajo su cuerpo vimos el instrumento que había causado la herida. Así pues, todo había terminado; nunca conocería la historia en cuyo final había estado tan profunda y trágicamente implicada.

La disciplina severa a la que mis padres habían sometido mi mente no fue inútil. Dirigí mis pensamientos y esperanzas a ese lugar en donde no hay ya más pecado,

peligro ni pena.

Termina así una historia breve en cuyos incidentes principales muchos reconocerán la historia de una familia distinguida, y aunque se refiere a una época algo distante, no nos hemos tomado por ello ninguna libertad con los hechos, sino que en nuestra narración de todos los incidentes nos hemos ceñido rigurosa y fielmente a la verdad.

ELL PERVERSO CAPITÁN

WALSHAWE DE WAULING

Capítulo I

Peg O'Neill paga las deudas del Capitán

A mi tío, el señor Watson de Haddlestone, le sucedió algo muy extraño; y para que pueda usted entenderlo tendré que empezar por el principio.

En el año 1822, el señor James Walshawe, más conocido como Capitán Walshawe, murió a la edad de ochenta y un años. El Capitán fue en sus primeros tiempos, y lo siguió siendo mientras se lo permitieron la salud y las fuerzas, uno de esos tunantes activos y enredones; pasaba sus días, y sus noches, sembrando promiscuidad y disolución, que por lo visto poseía en cantidad inagotable. La cosecha de ese cultivo iba entremezclada, y en abundancia, con espinos, ortigas y cardos, que picaban desagradablemente a los esposos, y que a él no le enriquecían.

El Capitán Walshawe era muy conocido en la vecindad de Wauling, donde en general solían evitarle. Le daban el nombre de «capitán» por cortesía, pues nunca había alcanzado ese grado en el ejército. Abandonó la milicia en el año 1766, cuando tenía veinticinco años de edad; en el período inmediatamente anterior sus deudas se habían vuelto tan importunas que fue inducido a librarse de ellas escapando y casándose con una heredera.

Aunque ésta no resultó ser tan rica como él había imaginado, demostró ser una muy cómoda inversión para lo que quedaba de sus confundidas inclinaciones; y vivió y disfrutó muchísimo a su antiguo estilo, con las rentas de ella, metiéndose en interminables riñas y escándalos; y en bastantes deudas y problemas financieros.

Cuando se casó estaba viviendo en Irlanda, en Clonmel, y allí, en un pensionado de un convento de monjas residía la señorita O'Neill, o, tal como se la conocía en la comarca, Peg O'Neill: la heredera de la que he hablado.

La posición económica de ésta era el único ingrediente para el romance, pues la joven dama era absolutamente corriente, aunque de apariencia jovial, con ese estilo de rasgos que se describe con el término *patata*; y en cuanto a la figura, algo excesivamente rolliza, y bastante baja. Pero también era impresionable; el hermoso y joven teniente inglés fue excesivo para sus tendencias monásticas y se fugó con él para casarse.

En Inglaterra existe la tradición de los cazadores de fortuna irlandeses, y en Irlanda la de los ingleses. La realidad es que, en otros tiempos, eran los tipos de características vagabundas de cada país los que principalmente visitaban el otro; y supongo, por mi parte, que un vagabundo bello, estuviera en su casa o en el extranjero, procuraría obtener el mejor partido de su rostro, que representaba también su fortuna.

En cualquier caso, el hecho es que se la llevó del santuario y, por alguna razón que supongo suficiente, fijaron su residencia en Wauling, Lancashire.

Una vez allí, el galante capitán se divirtió a su manera, subiendo a veces hasta Londres, desde luego por negocios. Creo que pocas esposas habrán existido que hayan llorado más que esa pobre y regordeta heredera de cara de patata, quien, por amor, saltó el muro del huerto del monasterio para caer en los brazos del bello Capitán.

Éste se gastó las rentas de ella, la asustó mortalmente con juramentos y amenazas y le rompió el corazón.

Finalmente, ella se encerró casi totalmente en su habitación. Tenía, para que la atendiera, a una vieja criada irlandesa, que era muy severa. La criada era alta, delgada y religiosa, y el Capitán supo instintivamente que le odiaba; y él la odiaba a ella a su vez: la amenazaba con frecuencia con echarla de la casa, y la echaba a patadas alguna que otra vez. Siempre que la humedad del día le obligaba a confinarse en la casa, o el establo, y se cansaba de fumar, empezaba a lanzar juramentos y a maldecirla, diciéndole que era una vieja *estafadora* y chismosa, con la que nunca se podía estar a gusto, que siempre turbaba la casa con sus malditas historias, y otras cosas de ese jaez.

Pero pasaron los años y la vieja Molly Doyle mantuvo su posición original. Quizás pensara él que tenía que haber alguien allí, y que, al fin y al cabo, no era probable que un cambio fuera para mejor.

Capítulo II

La vela bendita

Toleraba también otra intrusión, y por ello pensaba en sí mismo como un parangón de la paciencia y la amabilidad. Solía deslizarse arriba y abajo por las escaleras, y cruzar los pasillos, un sacerdote católico romano vestido con un traje largo y negro, un cuello bajo que sobresalía y una pequeña tira de muselina blanca alrededor del cuello; era alto, cetrino, de barbilla azulada e imperturbables ojos oscuros. El Capitán se encontraba con él a veces en un lugar, y otras en otro. Aunque pareciera caprichoso para su temperamento, trataba excepcionalmente a ese clérigo, incluso con una cierta cortesía hosca, aunque a sus espaldas se quejara de sus visitas.

Desconozco que tuviera mucho valor moral, y el eclesiástico parecía severo y dueño de sí mismo. Debía pensar que el sacerdote no tenía muy buena opinión de él y que si le ofrecía la oportunidad podría decir cosas extremadamente desagradables y difíciles de contestar.

Y llegó, finalmente, el momento en el que la pobre Peg O'Neill, convertida en un aciago día en la señora de James Walshawe, tuvo que llorar, estremecerse y rezar sus últimas oraciones. Acudió el doctor desde Penlynden, siendo tan vago como de costumbre, aunque algo más pesimista, y durante una semana la visitó con frecuencia. El clérigo del traje negro largo también acudía diariamente. Y finalmente llegaron los últimos sacramentos cuando ella estaba en las puertas de la muerte, cuando el pecador atraviesa esos terribles pasos de los que no cabe el retorno; cuando el rostro se aparta para siempre de la vida y vemos una forma que retrocede y escuchamos una voz, ya irrevocable, en la tierra de los espíritus.

Así murió la pobre dama; y algunas personas le dijeron al Capitán que lo sentían mucho. No creo que a él le pasara lo mismo. Pero no se encontraba muy bien entonces e interpretó admirablemente el papel de duelo y penitencia, por encontrarse enfermo e indispuesto. Aquella noche bebió mucho brandy con agua, y como necesitaba mejor compañía llamó a Farmer Dobbs para que bebiera con él. Le contó todas sus penas, hablándole de lo felices que podrían haber sido él y «la pobre dama que estaba allí arriba» de no haber sido por los mentirosos, busca gracias, cuentistas y demás que se interpusieron entre ellos; con esto se refería a Molly Doyle, pero conforme fue volviéndose más elocuente por el licor, llegó por fin a maldecirla y denostarla por su nombre, y con una libertad muy superior a la que ya acostumbraba. Habló de su amabilidad y carácter natural con términos tan conmovedores, derramando en este tema sensibles lágrimas. Cuando se marchó Dobbs bebió algo más de grog, volvió a las

maldiciones y denostaciones y, sin demasiada estabilidad, subió las escaleras para ver «lo que la infernal Doyle y las otras... viejas brujas estaban haciendo en la habitación de Peg».

Al abrir la puerta de un empujón encontró a media docena de viejas, sobre todo irlandesas, de la ciudad vecina de Hackleton sentadas con un té y rapé, con velas encendidas alrededor del cadáver, ataviado con una túnica de sarga de color marrón extrañamente cortada. Secretamente había pertenecido a alguna orden —creo que las carmelitas, pero no estoy seguro— y en el ataúd le habían puesto el hábito.

—¿Qué diablos están haciendo con mi esposa? —gritó el Capitán con voz gruesa—. ¿Cómo se atreven a vestirla así... inútiles, viejas embaucadoras? ¿Y qué hace esa vela en su mano?

Creo que estaba algo sorprendido, pues el espectáculo era bastante horripilante. La muerta se encontraba ataviada con esa extraña túnica marrón, y en sus dedos rígidos, que formaban una especie de cuenca, con la cruz y las gruesas cuentas de madera rodeándolos, ardía una vela de cera que lanzaba su luz blanca sobre los rasgos afilados del cadáver.

—Tiene lo que se merece —dijo Molly Doyle, quien no iba a dejarse pisotear por el Capitán.

La cólera del Capitán aumentó, quitó de la mano muerta el cirio de cera y estuvo a punto de lanzarlo a la cabeza de la anciana criada.

—¡Es una vela santa, pecador! —gritó ella.

—Estoy pensando hacer que te la comas, animal —gritó a su vez el Capitán.

Pero creo que hasta ese momento no sabía que se trataba de una vela consagrada, pues se apaciguó, aunque algo a desgana, y antes de seguir hablando metió la mano con la vela (que para entonces ya se había apagado) en el bolsillo.

—Sabe endiabladamente bien que no tenía ningún derecho a realizar sus... brujerías con mi pobre esposa, sin mi permiso... ¿No es cierto? Y haga el favor de quitarle ese maldito delantal marrón y vestirla decentemente en su ataúd, que yo tiraré por el fregadero su cera del diablo.

Dicho eso, el Capitán salió de la habitación con paso airado.

—Y ahora su pobre alma está en prisión, desgraciado, y que lo mismo te suceda a ti; y ojalá la tuya quede encerrada en la mecha de esa misma vela hasta que se queme, salvaje.

—Por menos de nada haría que te ahogaran en un estanque como se hacía con las brujas —rugió el Capitán desde arriba de las escaleras, de pie en la antecámara y con la mano apoyada en la barandilla.

Pero la puerta de la cámara de la muerte se cerró con un golpeteo y el capitán bajó hasta el salón, donde permaneció un rato examinando la vela sagrada, con esa gravedad típica del que está achispado, y luego, con ese sentimiento reverencial hacia lo simbólico, nada infrecuente en los libertinos y tunantes, cuidadosamente la guardó en un cajón en el que se acumulaba todo tipo de objetos obsoletos: paquetes sucios de

tarjetas, pipas fuera de uso, frascos de polvos rotos, su espada militar y un manojo polvoriento de «Flash Songster», así como otra literatura cuestionable.

No volvió a perturbar el dormitorio de la dama muerta. Siendo un hombre volátil, es probable que ocupaciones y planes más alegres comenzaran a entretener su fantasía.

Capítulo III

Mi tío Watson visita Wauling

La pobre señora fue enterrada decentemente y el Capitán Walshawe reinó a solas durante muchos años en Wauling. Para entonces se había vuelto ya lo bastante prudente y experimentado como para descender violentamente la arriscada colina que conduce a la ruina. Por ello había un método en su locura; y así, tras ser viudo durante más de cuarenta años, también él murió, al fin, pero con algunas guineas en su bolsa.

Cuarenta años, y en cuesta arriba, es un gran *edax rerum*, y contienen un maravilloso poder químico. Actuaron, inexcusablemente, sobre el alegre Capitán Walshawe. Le sobrevino la gota, que en nada ayuda ni al humor ni al placer, con lo que sus manos elegantes se abultaron en todas las articulaciones pequeñas convirtiendo lentamente aquellas en unas garras inútiles. Cuando la enfermedad interfirió en su ejercicio empezó a engordar y al final era casi corpulento. Sufrió lo que el señor Holloway llamaba «mal de piernas» y tuvo que ser transportado en una gran silla de ruedas con el respaldo de cuero; y con los años, las enfermedades siguieron acumulándose.

Lamento decir que nunca oí que se arrepintiera o pensara seriamente en el futuro. Todo lo contrario, pues su conversación se volvió más sucia, divirtiéndose con sus pecados favoritos, y su temperamento fue haciéndose más truculento. Pero no se hundió en la chochez. Si consideramos las enfermedades de su cuerpo, sus energías y malignidades, que fueron muchas y activas, la edad le afectó muy poco. Y así siguió hasta el final. Cuando su disposición se agitaba maldecía y juraba de tal manera que hacía temblar a las personas decentes. De él podían esperarse palabras y golpes; por fortuna, estos últimos no eran ya muy seguros. Pero tomaba la muleta y la lanzaba contra quien le hubiera ofendido, o bien le arrojaba a la cabeza el vaso o el frasco de medicinas.

Para entonces se había convertido en una peculiaridad del Capitán Walshawe el que odiara casi a todo el mundo. Mi tío, el señor Watson, de Haddlestone, era primo del Capitán y su heredero universal. Pero mi tío le había prestado dinero por la hipoteca de sus fincas y habían acordado la venta, con plazos y precios concertados; «artículos» que los abogados decían todavía tenían fuerza legal.

Pienso que el malparado Capitán le guardaba rencor por ser más rico que él y le hubiera gustado hacerle una mala jugada. Pero tal cosa no entraba en sus costumbres; al menos mientras vivió.

Mi tío Watson era un metodista, y lo que ellos llaman un «dirigente de clase»; y en

general, un hombre muy bueno. Por entonces estaba cerca de los cincuenta años, era grave, tal como le correspondía por su profesión; algo seco y un poco severo quizás, pero un hombre justo.

Cuando estaba en Haddlestone le llegó una carta del doctor Penlynden anunciándole la muerte del perverso Capitán; le sugería en ella que asistiera al funeral y que era conveniente que se personara allí para atender en Wauling a los diversos asuntos. Lo razonable de esa petición convenció a mi buen tío, quien de inmediato viajó a la vieja casa de Lancashire, llegando a ella a tiempo para el funeral.

Mi tío, que estaba ligado al Capitán por su madre, le recordaba en su juventud esbelta y hermosa con calzones cortos, sombrero de tres picos y encajes, y quedó sorprendido por lo abultado del ataúd que contenía sus restos mortales; pero como ya se había cerrado la tapa, no pudo ver el rostro del abotargado y viejo pecador.

Capítulo IV

En el salón

Este relato lo conocí de labios de mi tío, un hombre en quien se podía confiar y nada proclive a las fantasías.

El día resultó ser terriblemente lluvioso y tempestuoso, lo que persuadió al doctor y al abogado a permanecer durante la noche en Wauling.

No había testamento; de eso estaba seguro el mandatario. Como las enemistades del Capitán cambiaban constantemente, y no llegaba a ponerse totalmente de acuerdo conforme a la mejor manera de dar salida a una malignidad cuya dirección se modificaba constantemente, había dado instrucciones de redactar un testamento una docena de veces. Pero el proceso había sido siempre detenido por el propio testador.

Buscaron el testamento sin encontrarlo. Los papeles estaban todos bien, salvo una excepción importante: los arrendamientos no se encontraban por ninguna parte. Había unas circunstancias especiales, relacionadas con varias de las tenencias o inquilinatos principales de la finca, que aquí es innecesario detallar, por cuya causa la pérdida de esos documentos era muy grave, representando incluso un peligro evidente.

Por ello mi tío los buscó infatigablemente. Colaboró con él el mandatario, mientras el doctor ayudaba haciendo alguna sugerencia de vez en cuando. El antiguo criado parecía un hombre sordo y honesto y realmente no sabía nada.

Mi tío Watson estaba muy preocupado. Imaginaba, aunque posiblemente sólo fue una fantasía, haber detectado por un momento una mirada extraña en el rostro del abogado; y desde ese instante en su mente se convirtió en una idea fija el que el mandatario lo sabía todo sobre los arrendamientos. Aquella noche, en el salón, el señor Watson expuso sus ideas ante el doctor, el mandatario y el criado sordo. Empezó hablando de la historia de Ananías y su esposa Safira; se extendió después sutilmente acerca de la naturaleza horrible del fraude y el robo, del hecho de interferir de cualquier manera en el desarrollo honesto de los asuntos concernientes a los bienes y propiedades, etc., y luego inició una oración larga y fatigosa en la que, con fervor y aplomo, sostuvo que el duro corazón del pecador que hubiera hurtado los arrendamientos podría suavizarse o romperse de modo que permitiera su restitución; o que, de permanecer reservado y contumaz, ojalá al menos fuera la voluntad de los cielos el llevarle ante la justicia pública, sacando los documentos a la luz. La realidad era que todo el tiempo estaba implorando al mandatario.

Terminados esos ejercicios religiosos, los visitantes se retiraron a sus aposentos y mi tío Watson escribió junto a la chimenea dos o tres cartas urgentes. Cuando terminó la

tarea, se había hecho tarde; las velas brillaban en los cubos de los candeleros y todos estaban en la cama, y supongo que dormidos, salvo él.

El fuego de la chimenea casi se había extinguido y mi tío Watson sintió frío, mientras la llama de las velas palpitaba extrañamente arrojando alternativamente luz y sombra alrededor de la vieja sala entablada y sus raros muebles. En el exterior todo era el trueno salvaje y los gemidos de la tormenta; y el crujido de ventanas distantes sonaba a través de los pasillos, y por las escaleras, como si por la casa se estuvieran moviendo personas coléricas.

Mi tío Watson pertenecía a una secta que no rechaza en absoluto lo sobrenatural: al contrario, su fundador había confirmado la existencia de los fantasmas de la manera más enfática. Por ello se alegró al recordar que durante la búsqueda que había hecho aquel día de los arrendamientos había visto una vela de cera de unos quince centímetros en la cajonera del salón; y en aquella situación no deseaba verse sorprendido por la oscuridad. No tenía tiempo que perder y, tomando el mazo de llaves, de las que ahora era el dueño, abrió prontamente la cerradura y cogió la vela, que en aquellas circunstancias era como un tesoro. Encendiéndola, la colocó en el candelero en el lugar de una de las velas apagadas, y tras soplar la otra, que estaba a punto de extinguirse, miró a su alrededor, tranquilizado por la luz uniforme. En ese mismo momento un golpe inusualmente violento de la tormenta lanzó un puñado de gravilla contra la ventana del salón, con un crujido agudo que le sorprendió en medio del estruendo y el alboroto. La propia llama de la vela se agitó con el movimiento del aire.

Capítulo V

El dormitorio

Mi tío caminó hasta la cama protegiendo la vela con la mano, pues las ventanas del pasillo traqueteaban furiosamente y le desagradaba más que nunca la idea de quedar a oscuras.

Su dormitorio era cómodo, aunque anticuado. Cerró la puerta pasando el pestillo. Había un espejo alto frente al pie de su cama de cuatro columnas, sobre el tocador situado entre las ventanas. Trató de cerrar las cortinas, pero no pudo mantenerlas unidas; y como les sucede a muchos caballeros en una situación semejante, no tenía ninguna aguja ni había ninguna en el grueso acerico situado bajo el cristal.

Volvió la cara al espejo, dando la espalda a la cama, unió las cortinas y colocó contra ellas una silla para impedir que se volvieran a abrir. El fuego era vivo y dentro del guardafuegos tenía una provisión de leña y carbón. La apiló para asegurarse una llama alegre durante la noche, colocó unto a la cama una mesita negra de caoba, con patas en forma de sátiro, y puso encima la vela, tras lo cual se metió entre las sábanas, apoyó en la almohada la cabeza cubierta con un gorro de dormir rojo y se dispuso a recibir el sueño.

Lo primero que le hizo sentirse incómodo fue un sonido que procedía de los pies de la cama, el cual se hizo muy claro cuando la tormenta se adormeció momentáneamente. Se trataba sólo del suave susurro que producían las cortinas, que habían vuelto a abrirse; al abrir él a su vez los ojos, vio que recuperaban su perpendicularidad, y sentado en la cama casi esperaba ver algo misterioso en la abertura.

Pero no había nada más que el tocador y los otros muebles oscuros, así como las cortinas de la ventana que ondulaban débilmente por la violencia de la tormenta.

Por eso no se levantó, puesto que el fuego era vivo y alegre, para volver a colocar la silla contra las cortinas en la posición en la que las había dejado antes, previendo que posiblemente volvería a producirse la apertura de éstas que ya le había sobresaltado, haciéndole salir de su sueño incipiente.

Poco después se dispuso nuevamente a dormir, pero le turbó un sonido que creyó procedente de la mesita sobre la que había colocado la vela. No podía decir de qué se trataba, pero despertó con un sobresalto y, acostado y algo atónito, oyó con claridad un sonido que le turbó mucho, aunque no hubiera en él nada necesariamente sobrenatural. Lo describió diciendo que se parecía al que produciría una delgada hoja de mesa con una curvatura convexa, que se deprimiera en la dirección contraria y de

pronto, como movido por un resorte, recuperara su posición convexa natural. Fue un porrazo fuerte y repentino que hizo saltar el pesado candelabro; y terminó, aunque mi tío no pudo volver a dormirse al menos durante diez minutos.

La siguiente vez que despertó se encontraba en ese estado de ánimo extraño y sereno que se produce a veces. Abrimos los ojos sin saber por qué, con gran placidez, y al instante estamos bien despiertos. Esta vez había dormido algo más de tiempo, pues la llama de la vela parpadeaba, *in articulo*, en el cubo del candelero de plata. Pero el fuego de la chimenea seguía siendo brillante y alegre. Por ello puso el apagavelas sobre el candelero y casi al mismo tiempo escuchó un golpe en la puerta y una especie de siseo creciente. Mi tío se incorporó en la cama asustado y turbado. Sin embargo, se acordó de que había pasado el pestillo de la puerta; y somos unos materialistas tan inveterados, incluso en medio de nuestro espiritualismo, que ese hecho le tranquilizó, por lo que lanzó un suspiro profundo y empezó a sosegarse. Pero uno o dos minutos más tarde se produjo otro golpe en la puerta, más fuerte y alto.

—¿Quién es? —preguntó instintivamente en tono alto y con voz severa. No hubo ninguna respuesta. Remitió el efecto nervioso del sobresalto y creo que mi tío debió recordar que especialmente en una noche tormentosa se escuchan crujidos que estimulan nuestra imaginación y nos hacen pensar en todo tipo de ruidos fantasmales.

Capítulo VI

El apagavelas se elevó

Poco después se encontraba de nuevo acostado, con la espalda vuelta hacia el lado de la cama en el que se hallaba la puerta y el rostro hacia la mesa sobre la que estaba el enorme y antiguo candelero, cubierto con el apagavelas; encontrándose en esa posición, cerró los ojos. Pero no pudo recuperar el sueño. Empezó a turbarle todo tipo de extrañas fantasías, de las que me contó algunas.

Sintió que lo que supuso era la yema de un dedo le presionó claramente en la punta del dedo gordo de un pie, como si hubiera una mano viva entre las sábanas y le estuviera haciendo una señal de que prestara atención o guardara silencio. Luego volvió a sentir que algo del tamaño de una rata daba repentinamente un salto en mitad de la almohada, justo bajo su cabeza. Después oyó que una voz emitía muy suavemente un «¡oh!», justo detrás de su cabeza. Todas esas cosas las sintió ciertamente, pero la posterior investigación no reveló nada. Sintió entonces pequeñas y extrañas presiones que se producían de vez en cuando sobre su cuerpo y luego, de pronto, tiraron hacia atrás del dedo corazón de su mano derecha, con una sacudida ligera que le asustó terriblemente.

La tormenta seguía entre tanto cantando, gimiendo y riendo roncamente entre las ramas de los viejos árboles y entre las chimeneas; mientras, mi tío Watson, aunque rezaba y meditaba tal como era su costumbre cuando estaba despierto, sentía latir de excitación su corazón pensando a veces que le estaban acosando espíritus malignos, y otras veces que se encontraba en las primeras fases de un proceso febril.

Sin embargo, mantuvo los ojos cerrados y deseó, como hicieron los compañeros de naufragio de San Pablo, que llegara el día. Finalmente, otro breve período de sueño debió privarle de los sentidos, pues despertó tranquilamente, lo mismo que antes, abrió en seguida los ojos y lo vio todo como si no hubiera dormido ni un instante.

El fuego seguía rojizo y brillante, proyectando una luz nada incierta, y el enorme candelero de plata, rematado con su alto apagavelas, seguía como antes en el centro de la mesa negra de caoba. Pero al fijarse accidentalmente en la parte superior del apagavelas, contempló algo que le hizo dudar de la evidencia que tenía ante sus ojos.

Vio que el apagavelas era levantado desde atrás por una mano diminuta y que tras él aparecía un pequeño rostro humano, no más grande que una uña del pulgar, y con todos los rasgos agradablemente proporcionados. En ese semblante liliputiense había una consternación tan cadavérica que horrorizó indeciblemente a mi tío. Vio dos piececitos y un par de piernas diminutas vestidas con calzones cortos de seda y calzados

con zapatos de hebilla, apareciendo después el resto de la figura. Colgándose con los brazos del receptáculo de la vela, las pequeñas piernas se estiraron y se estiraron, junto al tallo del candelero, hasta que los pies tocaron la base, y luego por una de las patas de la mesa en forma de sátiro, hasta que llegaron al suelo, extendiéndose elásticamente y creciendo de manera extraña en todas sus proporciones conforme llegaron al suelo, donde, una vez allí, los pies y los zapatos eran los de un hombre adulto y bien formado, mientras la figura iba reduciéndose hacia arriba hasta tener en la cabeza sus extrañas dimensiones originales, como si se tratara de un objeto visto en algún espejo extrañamente curvado.

Al encontrarse de pie en el suelo se expandió alcanzando sus proporciones adecuadas, aunque mi asombrado tío no pudo saber cómo lo había hecho; y estando casi de perfil al lado de la cama, mi tío vio que se trataba de un hombre joven hermoso y elegante, con un anticuado traje militar, un gorro pequeño de tres puntas y con encajes, con pluma encima, pero con el aspecto de un hombre que fuera a ser ahorcado, por la indecible desesperación que transmitía.

Caminó con ligereza hacia la chimenea y se volvió unos segundos, muy abatido, dando la espalda a la cama y la repisa de la chimenea, por lo que mi tío pudo ver que la empuñadura de su espadín brillaba a la luz del fuego. Después, cruzando la habitación, se detuvo junto al tocador y fue visible a través de las cortinas separadas al pie de la cama. El fuego ardía todavía con tal viveza que mi tío lo vio tan claramente como si estuvieran encendidas media docena de velas.

Capítulo VII

Culmina la visita

El espejo era un mueble anticuado que tenía debajo un cajón. Durante el día mi tío había buscado en él los papeles con cuidado, pero la silenciosa figura abrió el cajón, apretó un resorte situado a un lado, que dejó al descubierto, por detrás, un falso receptáculo, y sacó de él un paquete de papeles atados con cinta rosa.

Durante todo ese tiempo mi tío le contemplaba en un estado de horror, no atreviéndose ni a parpadear ni a respirar, y la aparición no había dado ni por un momento la más ligera idea de que tuviera conciencia de que un ser vivo estuviera en la misma habitación. Pero en ese momento, por primera vez, reposó su mirada lívida en mi tío con una odiosa sonrisa cargada de significado, al tiempo que levantaba el pequeño paquete de papeles entre el dedo índice y el pulgar. Le lanzó luego un largo guiño y dio la impresión de que hinchaba una de sus mejillas en una mueca burlona, lo que dadas las horribles circunstancias hubiera resultado ridículo. Mi tío no pudo saber si se trató realmente de una distorsión intencionada o fue sólo uno de esos terribles engaños que turbaban constantemente las proporciones de la figura, como si ésta fuera contemplada a través de un medio desigual que la pervertía.

La figura se acercó entonces a la cama dando la impresión de que al hacerlo al mismo tiempo se agotaba y aumentaba su malignidad. El terror de mi tío llegó casi a su culminación en ese momento, pues pensó que se acercaba a él con un propósito maligno. Pero no fue así, pues el soldado, por el que parecían haber transcurrido veinte años en su breve movimiento entre el tocador y la cama, se dejó caer en una gran sillón de brazos y respaldo alto, de cuero relleno, al otro lado del fuego, colocando los tacones sobre el guardafuegos. Los pies y las piernas parecieron hinchársele vagamente, viéndose a su alrededor como una especie de fajas, y crecieron hasta convertirse en algo enorme al mismo tiempo que la parte superior de la figura se inclinaba y adoptaba las proporciones correspondientes, alcanzando una masa grande y corpulenta, de rostro maligno y cadavérico, con las arrugas de una vejez extrema y unos ojos vidriosos y descoloridos. Con estos cambios, producidos en una manera indefinida, pero tan rápidamente como lo hace una nube en el crepúsculo, se desvaneció el hermoso uniforme, apareciendo en su lugar, de alguna manera, unos trapos de lana grises y sueltos; parecían manchados y podridos, como si enjambres de gusanos los hubieran cruzado hacia dentro y hacia fuera, y la figura se iba poniendo más y más pálida hasta tal punto que mi tío, al que le gustaba fumar en pipa y empleó por ello el símil de una manera natural, dijo que toda la efigie adoptó el color de las cenizas del tabaco, y los

grupos de gusanos se convertían en pequeñas y agitadas chispas como las que vemos recorrer los restos de una hoja de papel quemada. Entonces, con la fuerte corriente producida por el fuego, y la que procedía de la ventana, que rechinaba con la tormenta, dio la impresión de que era atraído por los pies hacia el fuego, y que toda la figura, como cenizas encendidas, flotaba y desaparecía con rápido movimiento por la amplia y antigua chimenea.

Mi tío tuvo la impresión de que de pronto el fuego se oscurecía y el aire se volvía helado, volviendo a escuchar el temible estruendo de la tempestad, que agitó la vieja casa de arriba a abajo, y sonaba como el grito de una multitud sedienta de sangre al recibir a una nueva víctima que llevara mucho tiempo esperando.

El bueno de mi tío Watson solía decir: «He estado en muchas situaciones de miedo y peligro en el curso de mi vida, pero nunca, ni antes ni después, recé con tanta agonía; pues entonces, lo mismo que ahora, me resultaba evidente, fuera de toda duda, que acababa de contemplar el fantasma de un espíritu maligno».

Conclusión

Hay dos circunstancias curiosas que observar en relación con mi tío, quien, tal como ya dije, era un hombre absolutamente veraz.

En primer lugar, la vela de cera que sacó del cajón del salón y encendió junto a su cama aquella horrible noche era, sin la menor duda, y de acuerdo con el testimonio del viejo criado sordo, que llevaba cincuenta años en Wauling, la misma «vela sagrada» que había estado en los dedos del cadáver de la pobre dama, vela en relación con la cual la vieja irlandesa, muerta ya desde hacia tiempo, había lanzado contra el Capitán la curiosa maldición que mencioné.

En segundo lugar, tras el cajón situado bajo el espejo encontró otro receptáculo secreto en el que estaban ocultos papeles idénticos a los que él sospechaba que el mandatario había hecho desaparecer. Hubo otras circunstancias, reveladas más tarde, que convencieron a mi tío de que el anciano había dejado allí los papeles con la intención de quemarlos, aunque no le diera tiempo a hacerlo.

Un elemento notable de este relato de mi tío Watson es que por lo que pudo deducir mi padre, que no había visto en toda su vida al Capitán Walshawe, el fantasma guardó un parecido horrible y grotesco, pero inequívoco, con la imagen que tuvo el difunto bribón en diversas fases de su larga vida.

La propiedad de Wauling fue vendida en el año 1837, y poco después se derribó la vieja casa construyendo una nueva más cerca del río. A menudo me he preguntado si existieron rumores de que la casa estaba encantada, y en tal caso me hubiera gustado conocer las historias que se oían. Era una casa antigua pero cómoda y firme, y además bastante hermosa, por lo que su demolición resultó claramente sospechosa.

JOSEPH THOMAS SHERIDAN LE FANU (Dublín, Irlanda, 1814-1873). Nació en el seno de una familia hugonote. Fue educado por su padre, clérigo, por tutores privados y, finalmente, en el Trinity College de Dublín. Se colegió de abogado en 1839, pero nunca llegó a ejercer y pronto abandonaría el derecho por el periodismo. Escribió baladas, cuentos y poemas para la *Dublin University Magazine*, revista de la que llegaría a ser editor y propietario en 1861. Tras la muerte de su mujer, en 1858, se retiró de la vida social, llegando a ser conocido como el «Príncipe invisible». Se convirtió en poco menos que un recluso, dedicándose por completo a su obra literaria.

Escribió algunas de las mejores historias fantásticas y de terror de su tiempo: *La casa junto al cementerio* (1863), *El tío Silas* (1864), *La profecía de Cloostedd* (1868), *La rosa y la llave* (1871), la colección *En un vidrio misterioso* (1872) —que contiene *Té verde, El familiar, El juez Harbottle*, *Carmilla* y *La habitación del Dragón Volador*—, y la publicación póstuma *El vigilante y otras historias macabras* (1894).

Notas

[1] He alterado cuidadosamente los nombres que aparecen en el manuscrito original, pues como verá el lector algunas de las circunstancias aquí registradas no resultan honorables para los implicados; y como viven todavía muchas personas honradas y honorables que guardan estrecha relación con los principales protagonistas del drama, el lector se dará cuenta de la necesidad de la determinación que he adoptado. <<

[2] El heredero universal del finado Francis Purcell, que tiene el honor de seleccionar los manuscritos de su llorado amigo que puedan parecer dignos de ser publicados, con el fin de que la sabiduría que contienen pueda llegar al mundo antes de que el escepticismo y el utilitarismo hayan privado a nuestra especie del preciado don de la credulidad, y rechace burlonamente, pisoteándolos hasta su aniquilación, estos inofensivos fragmentos de pintoresca superstición que nos hemos propuesto conservar, ha sido acusado de ocuparse excesivamente de lo maravilloso; y se ha insinuado a medias que el amor de ese heredero universal por la *nigromancia* es tal que está dispuesto a apartarse un kilómetro de su camino para encontrarse con un espíritu maligno o un duende, sacrificando con ello todo respeto por la verdad y la exactitud a la esperanza ociosa de aterrorizar la imaginación, comerciando así con el mal gusto de su lector. Es por ello que suplica le den la oportunidad de reivindicar su inocencia absoluta con respecto a todos los crímenes de los que le han acusado, asegurando a su lector que *nunca comerció con el mal gusto*, ni se separó un centímetro de su camino para introducir brujas, hadas, diablos, fantasmas ni ningún otro miembro de la horrenda fraternidad de los temidos espectros y cocos. En lo tocante a estos relatos, el cumplimiento de su deber le ha exigido poca responsabilidad y ninguna dificultad; ciertamente, sólo es responsable de la alteración de los nombres de las personas aquí mencionadas cuando dicho procedimiento parecía necesario, y de alguna nota ocasional, siempre que le pareció posible meter baza de modo inocente. Estos relatos, tal como anuncia el encabezamiento de cada uno, ya habían sido *puestos por escrito* por el reverendo Francis Purcell, párroco de Drumcoolagh; y en todos los casos, muy numerosos, en los que el presente autor ha tenido la oportunidad de comparar el manuscrito de su llorado amigo con las tradiciones reales habituales entre las familias cuyas fortunas pretenden ilustrar, ha descubierto siempre que cualquier elemento sobrenatural que ocurriera en la historia, lejos de haber sido exagerado por él, más bien ha sido suavizado, y explicado siempre que ello pudo lograrse. <<